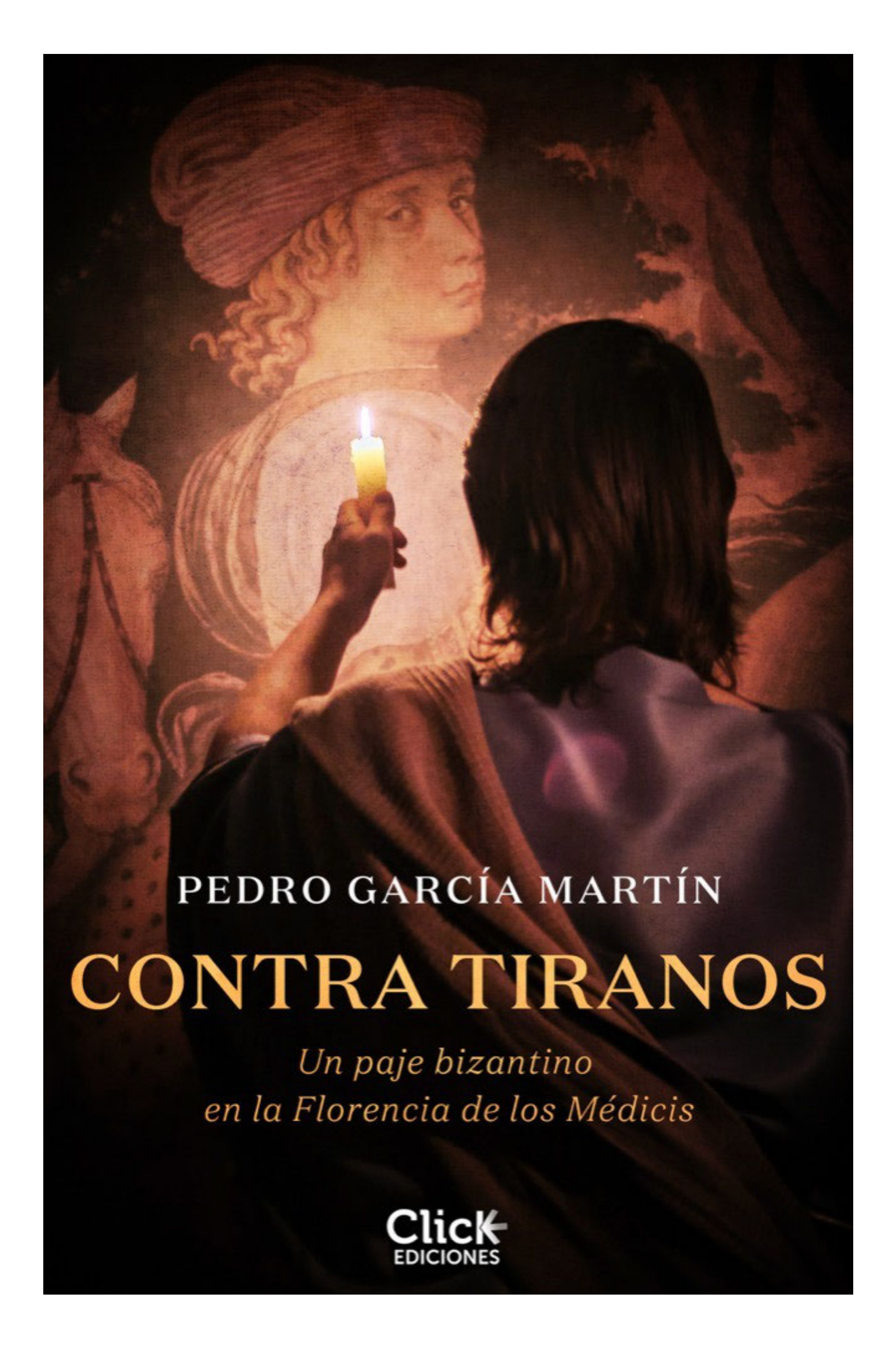
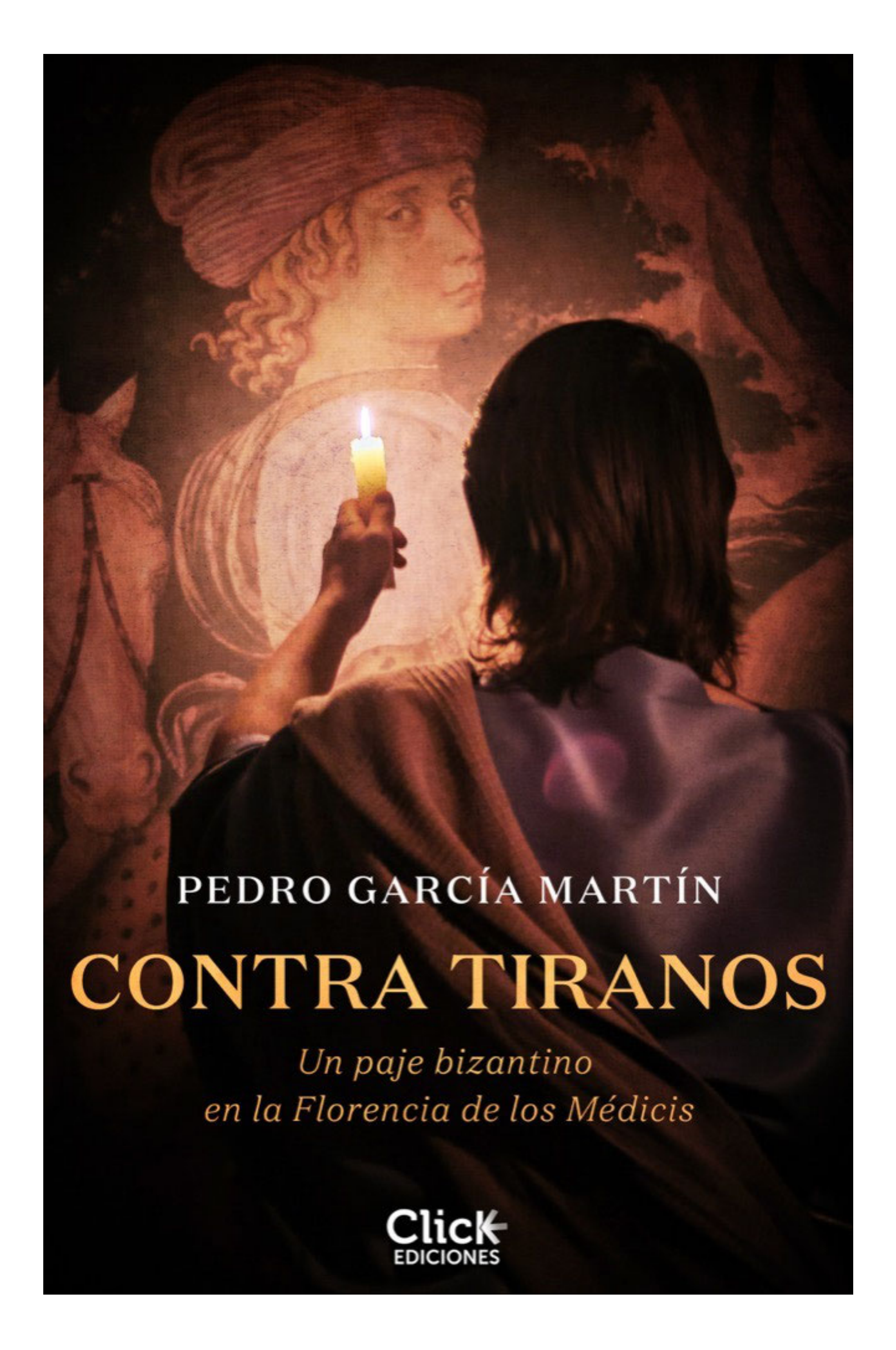

PEDRO GARCÍA MARTÍN
CONTRA TIRANOS
Un paje bizantino
en la Florencia de los Médicis
Click
EDICIONES


PEDRO GARCÍA MARTÍN
CONTRA TIRANOS
Un paje bizantino
en la Florencia de los Médicis
Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

PRÓLOGO. Mi alma, mi carne y mi angustia

PRIMERA PARTE. AÑORANZAS DE MISTRÁS

I. El reino de la luz

II. Rodaron cabezas

III. La edad de oro en Villa Olimpia

IV. Una república de poetas

V. La audiencia a los embajadores

VI. La púrpura bordada con hilos del sol

VII. Alegoría del buen gobierno

VIII. Por amor a la belleza

IX. Por amor al dinero

X. Si quieres la paz, haz la guerra

SEGUNDA PARTE. MIS RUINAS DEVASTADAS

XI. Una infame paliza

XII. Perro…, niño…, hierba…

XIII. Juicio de Dios, yerro de los hombres

XIV. Traición en la batalla de Mirto

XV. ¿Qué hallaremos en el mundo de las sombras?

XVI. Cuarteles de invierno

XVII. El país de Mani

XVIII. La campaña de las Montañas Malas

XIX. Fieras en el Mal Consejo

TERCERA PARTE. LA CIUDAD DE LOS MIL NOMBRES

XX. Sin tiempo para el lamento

XXI. Guardiana de la «manzana roja»

XXII. Las armas y las letras

XXIII. Penitencia para el buen ladrón

XXIV. Mujeres bizantinas

XXV. La Escuela para Pajes

XXVI. Carrera en el hipódromo

XXVII. El Imperio Secreto

XXVIII. La traición de Cirilo, el Sedero

XXIX. Una fiesta en el palacio nuevo

XXX. Los anuncios del basileus

XXXI. De boda y de viaje

CUARTA PARTE. LAS ESCALAS DE PONIENTE

XXXII. Puntos rojos sobre aguas verdosas

XXXIII. La ciudad nenúfar

XXXIV. La dulzura de Ferrara

XXXV. En la basílica de San Jorge

XXXVI. De caza y confidencia

XXXVII. Las banderas del condotiero

XXXVIII. La danza de la muerte

XXXIX. Misteriosos sepultureros

QUINTA PARTE. DIVINA FLORENCIA

XL. Media naranja preñada de gajos

XLI. Flechas anatolias

XLII. La calma después de la tormenta

XLIII. Bajo la púrpura, el crimen

XLIV. El agasajo en el palacio Peruzzi

XLV. Esclavo de Venus

XLVI. La misión de los tres pajes

XLVII. Pesquisas en los mercados

XLVIII. Desmontando a messer Cosme

SEXTA PARTE. LOS MESES DEL CONCILIO

XLIX. El Concilio de Florencia

L. El éxodo de los doctores

LI. Malas nuevas

LII. La amistad con Pedro de Médici

LIII. La coartada de Rávena

LIV. Ante la tumba de Dante

LV. Justicia entre los pinos

LVI. Falsas reliquias

SÉPTIMA PARTE. EL TIEMPO VUELA, LA PATRIA AGONIZA

LVII .De leones y libros

LVIII. El cortejo de los reyes Médicis

LVIX. La lección de los guepardos

LX. La fiesta de San Juan Bautista

LXI. El lugar ameno de Villa Careggi

LXII. Mi boda estéril

LXIII. La cruzada de Varna

LXIV. Alma libertada

LXV. Un regalo en mármol de Carrara

LXVI. Réquiem por Bizancio

OCTAVA PARTE. LA CABALGATA DE LOS REYES MAGOS

LXVII. El complot de los limoneros

LXVIII. La nevada azul

LXIX. El dolor de la lucidez

LXX. A la mayor gloria de la familia Médici

LXXI. Lucio…, Luchino… y verde hierba

LXXII. El cebo de la bella Bianca

LXXIII. Una sangre lava otra sangre

LXXIV. Epístola de Besarión

LXXV. El exiliado es una sombra

EPÍLOGO. Ir y venir por patria extraña

ÍNDICE DE PERSONAJES

Biografía

Notas

Créditos



Contra tiranos

Un paje bizantino en la Florencia de los Médicis

Pedro García Martín



A mis padres, que me regalaron una guía de Florencia para conducirme por la belleza.

Y a Mistrás, que me enseñó la lección fértil de las ruinas: la de que todo pasa.



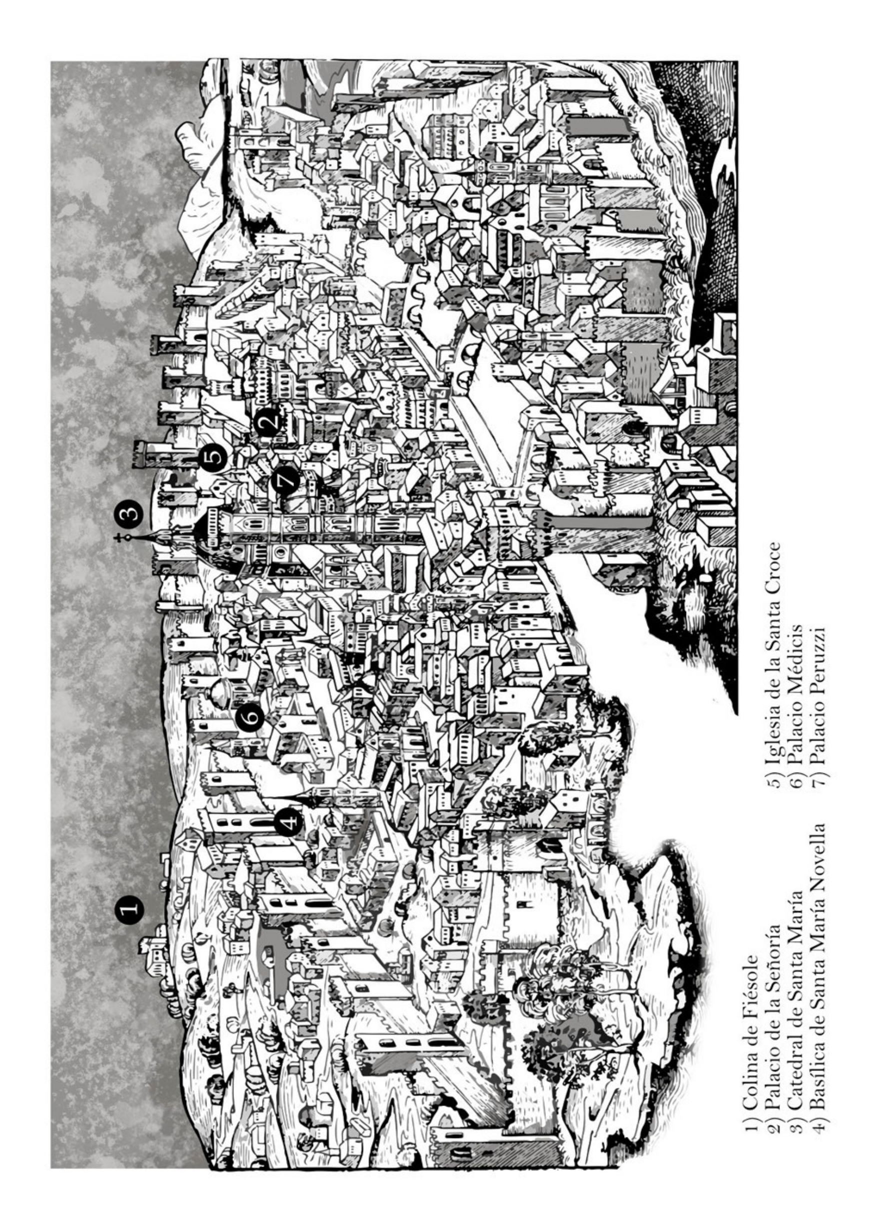
Mapa 1. El Peloponeso y el despotado de Mistrás

(Dibujo de Miguel Ángel Tejedor)



Mapa 2. Viaje del séquito bizantino de Juan VIII a tierras latinas

(Dibujo de Miguel Ángel Tejedor)



Mapa 3. Vista de Florencia en 1439

(Dibujo de Miguel Ángel Tejedor)

«En un Estado en el que se venera el dinero, se desprecia la excelencia y a los hombres buenos, el tirano vivirá siempre rodeado de mediocres que le hagan sentir seguro.»

Platón, La República

«El bailoteo de unos pocos cirios alumbraba, como si los fuera pintando, los frescos de Benozzo Gozzoli que cubrían los muros del pequeño oratorio. No he visto jamás una cabalgata de tan bella fantasía… Y quien más me impresionaba era ese muchacho que llevaba un guepardo a la grupa del corcel.»

Manuel Mujica Láinez, Bomarzo

PRÓLOGO

Mi alma, mi carne y mi angustia

«La ira oculta tu dolor: empieza por perdonarte», resuenan en mi cabeza las palabras de mi maestro Besarión. No quiero escucharlas. No me hacen bien. He llegado hasta Florencia para realizar una misión, para cumplir una promesa. Soy hijo de un linaje de nacidos en la púrpura. Soy hijo del héroe griego forjado por los hilos del sol. Siempre he defendido la razón de los hombres buenos. Siempre he luchado contra tiranos. Ahora debo enfrentarme a mi destino. Un espartano siempre venga su honor. Una sangre lava otra sangre.

Estoy en el oratorio del palacio Médici. Contemplo el fresco de La cabalgata de los Reyes Magos. Miro a los personajes del pasado. Busco al culpable entre los rostros. Quiero hallar respuestas. Las paredes hablan. Trato de entenderlas. Debo escucharlas. El bailoteo de los cirios alumbra esta bella fantasía.

La pintura de Benozzo Gozzoli es la viva imagen de los años del Concilio. A la cabeza del cortejo, abriendo paso al rey anciano, aparezco yo pintado en el día de la llegada a la cuna de Dante. Soy la viva imagen de los jóvenes de la Grecia antigua: el cuerpo atlético, los cabellos rizados, las mejillas encendidas, los ojos azules, los labios finos. La fuerza del guerrero. La sabiduría del filósofo. Hércules y Platón en uno. Visto a la moda de los pajes de la corte bizantina: túnica añil, gorro persa a juego y un ribete rojo en el cuello. Poso elegante. Miro fijo a los espectadores. Una mano empuña las riendas de mi caballo. La otra ata en corto a un gato salvaje subido a su lomo.

Muy cerca está mi amigo Demetrio con túnica verde y medias encarnadas. Ha descabalgado para sujetar a uno de los guepardos. A

sus pies, un halcón desgarra a una presa, portando entre las garras el anillo de diamantes de Pedro el Gotoso. Una metáfora del poder severo y luminoso de los Médicis.

Tras el largo viaje desde Mistrás, tras el arduo caminar de una vida azarosa, gozo de la panorámica soñada. Mi cara expresa toda la emoción que sentí al divisar por primera vez la divina Florencia.

Ahora, mientras repaso los muros de la sala, el corazón se me desboca en su soledad. Nuestro camarada Ruggiero vigila la entrada. El pintor, a la luz de una vela, me ha ayudado a localizar mi retrato. Luego se ha alejado unos pasos para dejarme a solas con él. Me veo reflejado en la pintura como en un espejo del tiempo. Me detengo ante ella durante un buen rato. Retrocedo para observarla en la distancia. Me acuerdo de las procesiones imperiales de Bizancio. Como en ellas, hay un orden ceremonioso, una jerarquía respetuosa. Me embriaga de emoción este libro de las maravillas.

En ese momento, parado en medio del oratorio, me fascina aún más el paisaje pintado por Gozzoli. Me pongo a mirarlo de frente como solo se mira un icono: sereno el cuerpo y elevada el alma. Apartando las tentaciones profanas. Silenciando el ruido del mundo.

El cielo es azul celeste de seda recién teñida. Las nubes de azúcar enhebran las agujas de los cipreses. Las villas burguesas se acicalan coquetas bajo el peso grato del sol. El verdor cubre la campiña ondulada de colinas y sembrada de castillos. El musgo abraza las rocas. El rocío brilla en la hierba tierna. Las copas de los pinos son mecidas por el aire. Las hojas de parra sombrean los jardines.

Los pajes de los séquitos, de torso atlético bajo la túnica, corremos tras los animales silvestres como atletas griegos. Las muchachas de ojos vivos nos miran risueñas con ardiente deseo. Sus cabellos rizados están ceñidos por guirnaldas de flores. Los camellos y los guepardos, los ropajes de los viajeros y los criados negros recuerdan una caravana oriental. Sopla una brisa tenue entre los olivos. Huele a prado florido de violetas. Se escucha cantar a los jilgueros en su laberinto de ramas. El alba, despuntando detrás de unas rocas plateadas, asoma su luz por levante. El ocaso desciende cuajado de estrellas por poniente. El prodigioso cortejo, serpenteando por caminos tortuosos, se pierde entre rocosas lejanías.

Me pregunto: ¿adónde fueron los días felices de antaño? El horizonte de la pared, una cadena de dulces lomas, muere entre cipreses y viñas como muere el cielo en los campos de Mistrás. Mi paraíso perdido de la infancia. Mi amada república de poetas. Aunque en este friso de nostalgia no solo hallo un lugar tan hermoso como el de mi patria. Es otra cosa. Es un destello de belleza en medio de la fealdad del mundo. Es una geografía poética venerada en una capilla palaciega. Sí. Eso es. Un tesoro sagrado de colores brillantes. Una tierra prometida al final del éxodo. La armonía de Platón de la que me hablara mi maestro.

Miro más allá de la cabalgata de los Reyes Magos. Percibo el paisaje por los sentidos y por la razón. Libero sus luces atrapadas entre las sombras. Lucho contra tiranos. La tiranía del cuerpo, del espíritu y del poder. Hasta alcanzar el dolor de la lucidez. Hasta descubrir la bondad de la vista. Porque sé que asomarse a esa ventana alivia la angustia de los hombres: como un regazo tibio que sosiega el alma, como un viento fresco que amansa la carne. Mi alma, mi carne y mi angustia.

PRIMERA PARTE

AÑORANZAS DE MISTRÁS

«Mistrás es ahora una estrella extinta, pero incrustada en esa conmoción de mineral uno puede ver un milagroso y superviviente brillo del resplandor que dio vida a este último cometa que, fulgurante, atravesó el cielo vespertino de Bizancio.»

Patrick Leigh Fermor, Mani. Viajes por el sur del Peloponeso

I

El reino de la luz

Mi primer recuerdo en el mundo fue el sol de Mistrás. Los rayos que al alba se deslizaban cuesta abajo hasta entibiar nuestra mansión. Los haces que, cual puntas de flechas, cual polvo de cometa, atravesaban la mosquitera de mi cuna y me hacían cosquillas de luz. Las estrellas que parpadeaban nerviosas mientras caía el velo anaranjado del día sobre los campos. Cada edad del hombre tiene su fulgor. Cada mañana radiante, un rosado atardecer.

Era Mistrás el reino del sol. Un prodigio de tejados rojos encaramado al monte Taigeto de nieves perpetuas. Un nido de águilas bicéfalas volando por los estandartes de seda. Un oasis de bienestar suspendido entre el cielo y la tierra. Decía bien mi maestro: «Es Mistrás la ciudad de Dios».

Esos rayos protectores empezaron a calentar las laderas de la colina un par de siglos atrás. La codicia de los malditos cruzados había saqueado Constantinopla. No se limitaron a apoderarse de todas las riquezas materiales. Nuestros hermanos sufrieron las peores humillaciones. Mis preceptores me enseñaron a no olvidarlas nunca.

Algunos de esos cruzados ocuparon Morea. La dividieron en doce baronías gobernadas por señores feudales. La Iglesia justificó sus tropelías. Los nuevos barones repartieron las tierras entre sus soldados a costa de reducir a los griegos a la servidumbre. Los poetas latinos escribieron cantares de gesta donde les adulaban como «caballeros honorables en busca de gloria». Mis paisanos los vieron como lo que eran: conquistadores sin escrúpulos.

Un descendiente de aquellos traidores, Guillermo de Villehardouin,

edificó en esta cima empinada el castillo de los francos. Tras sus robustas murallas, cercadas de matorrales que se derraman hacia el valle, los extranjeros se hicieron fuertes en la antigua Esparta. Desde sus estratégicas almenas vigilaron con celo la extensa campiña. No conocían la piedad. Dominaron con mano de hierro el principado de Morea.

Gracias a Dios, que escuchó nuestras plegarias, pronto llegó el fin de la ocupación latina de mi patria. En el año del Señor de 1348, Mistrás, mientras la peste negra hacía estragos, fue reconquistada por los bizantinos. En adelante, la gobernarán hijos y hermanos de los emperadores, los cuales recibían el nombre de «déspotas». [1] Las familias griegas fueron poblando las laderas del recinto amurallado. Las iglesias y los monasterios, custodios de iconos santos y frescos celestiales, embellecieron el lugar. Las reformas del Gran Palacio lo hicieron muy acogedor. A tal punto que algunas temporadas vinieron a residir en él los divinos basileus de las dinastías Catacucena y Paleóloga. Las personas reales encontraban aquí un bálsamo contra las preocupaciones con las que las cargaba el peso de la púrpura. Bizancio hería el cuerpo, Mistrás sanaba el alma.

El viajero que enfila el camino de Esparta contempla la ciudad como una pirámide recortada en el paisaje. Arriba se encadenan las sierras azules del Taigeto. Abajo se hunde el lecho medio seco del río Eurotas. Al oeste se erigen los monasterios de Peribleptos y la Pantanassa y la mansión Frangopoulos. Al este se perfilan las cúpulas encarnadas de la catedral de San Demetrio y las cruces en los tejados de San Nicolás y Santa Sofía.

En el centro urbano estaba la puerta de Monemvasía. A media ladera, controlaba el acceso a la torre de ladrillo del Palataki, así como a las amplias salas y miradores del palacio de los déspotas. En la base, fuera del cerco amurallado, se apiñaban las humildes casas de los campesinos. Estos cultivaban cereales, viñas, olivos y moreras en las parcelas del valle. El pan nuestro de cada día para los habitantes de la metrópoli.

La permanente amenaza de los feroces turcos llevó a los déspotas a buscar alianzas con la nobleza latina. De manera que los sucesivos herederos se casaron con damas ricas de poniente, como Isabel de Lusignan, Cleofa Malatesta, Maddalena Tocco y Caterina Zacaria.

Corrieron el riesgo de que sus suegros estuviesen tentados de usurparles el poder. No fue porque no lo intentaran.

Sin embargo, a los gobernantes bizantinos les salió bien esta jugada política, consiguiendo espantar a los moscones forasteros. Asentados en el trono, reforzado su ejército con mercenarios latinos, arrebataron a los francos el principado de Acaya y desalojaron a los venecianos del puerto de Patras. Los señores de Morea, con capital en Mistrás, se convirtieron entonces en los árbitros de la península del Peloponeso.

Poco a poco, la ciudad se fue haciendo cosmopolita. Los déspotas, príncipes nacidos en la púrpura, se rodearon de una corte aristocrática. No faltaban ni los nobles bizantinos ni las damas refinadas. Ni las armas ni las letras. Unas, empuñadas por una casta militar que se sentía descendiente de los héroes espartanos. Los oficiales que mandaban la infantería de la guarnición. Los jefes de la caballería que se criaba en los pastos a pie de monte. La memoria de los 300 hoplitas que frenaron a los persas se mezcló con la de los arcángeles armados que hacían guardia en las pinturas de las iglesias. Las otras eran honradas por una república de sabios que se había formado en torno a la figura ilustre de Gemistos Pletón. Esta pléyade culta hizo del monte Taigeto un Olimpo bizantino.

También estaban atendidos los espíritus. Los religiosos, guiados por el obispo, administraban los sacramentos en las iglesias. Los monasterios no dejaron de recibir nuevas vocaciones. Los artistas trabajaron primorosamente para esos mecenas. Los templos enriquecieron su decoración con iconos, pinturas, lámparas y candelabros. Los gobernadores, por su parte, tuvieron buen cuidado de alimentar los estómagos, no fuera que hubiese revueltas populares. Los tenderos mantuvieron abastecido al vecindario. Los campesinos pagaron sus impuestos, asegurando la paz social.

A los habitantes griegos vinieron a sumarse labradores espartanos, desertores francos y una comunidad judía de tejedores de sedas y alfombras. Nuestros trajes de brocados y damascos no tenían nada que envidiar a los que se confeccionaban en Constantinopla. De hecho, algunos viajeros se desviaban de su ruta para comprar piezas que vestirían, regalarían o revenderían a su vuelta a casa. Eran muy apreciadas las túnicas de ceremonia, bordadas con dibujos de

guerreros, animales mitológicos y racimos de viña. Aunque la mayor producción eran los hábitos cortos de lienzo recogidos en la cintura, resistentes y baratos, con los que se vestían las gentes del común de la Morea.

En nuestra urbe llegaron a vivir veinte mil almas. Además, a través del mar, estaba mejor comunicada con la cristiandad latina que con Constantinopla. De ahí que recalaran en ella embajadores y comerciantes venecianos, genoveses, florentinos y españoles. Estos visitantes de paso hacían intercambios mercantiles y culturales. Lo mismo negociaban con productos exóticos —sobre todo seda bizantina y especias orientales— que aportaban ideas novedosas. Iban y venían. Traían y llevaban.

Mis mayores pertenecían a las clases más ilustres. Por parte de madre, mi señora Artemisa Paleóloga, emparentábamos con la familia del déspota, que era como hacerlo con la familia imperial. A sus hijos nos enseñó el arte de la cortesanía. Por parte de padre, el general Nicéforo Urano, lo hacíamos con el grupo de militares formados en el principado desde su reconquista a los francos por las tropas bizantinas. A sus hijos nos enseñó el arte de la guerra.

Los escritores empezaron a llamar a Mistrás «la maravilla de Morea». En ella buscaban refugio emperadores y patriarcas cuando la peste prendía en la capital, el verano agobiaba en las orillas del Bósforo o simplemente se retiraban de la vida pública. El lujo de los espacios palaciegos, la riqueza artística de los templos, el tañido familiar que bajaba desde los campanarios, la brillante escuela de filósofos le dieron una repentina fama en el mundo mediterráneo.

El lugar era muy ameno si se miraba con ojos de poeta. La colina, faldeada de casas y huertas, se convirtió en una isla de verdor flotando en medio de la aspereza espartana. Los cipreses, las mimosas y los frutales brotaban en las cunetas de las callejuelas que subían hasta el castillo. Las margaritas de las cunetas, las amapolas de pétalos carmesíes y las uvas moscateles de las parras labraron un jardín silvestre de vivos colores.

A pesar de los años transcurridos, todavía puedo respirar el perfume de las flores en primavera, pisar las hojas caídas en el otoño y enterrar las botas en la nieve cuajada. Todavía, escuchar el zumbido

de las abejas en las colmenas. Todavía, sentir la calidez del reino del sol. Digo bien ahora al recordar que «era Mistrás la ciudad de Dios». Aunque la cruz de los ángeles estaba siendo amenazada por los demonios de la media luna.

II

Rodaron cabezas

Nada es eterno en esta vida terrena. A fuer de ser justos, además del reinado del sol, también me acuerdo del día en que ese paraíso se hizo sangre de muerte. El cronista anotó en sus anales el año del Señor de 1435.

Una mañana inesperada nos asaltaron los meligs. [1] Estos merodeadores bárbaros, que tenían fama de cortacabezas, habían descendido desde sus guaridas en las Montañas Malas. Los invasores arrasaron una parte de la ciudad baja. Apenas era un niño que aún andaba pegado a las faldas de mi madre. Apenas pude escapar a la carrera como habían hecho algunos vecinos. Pero se me quedó grabado el rostro terrible de aquellos paganos sanguinarios. Su crueldad acuchillando a cuantos les salieron al paso. Su furia derribando estatuas antiguas. Su sacrilegio cegando los ojos divinos de los iconos.

Les atrajo la prestancia de nuestra residencia. Mi padre la había bautizado como Villa Olimpia en honor de los atletas espartanos, en cuyo espejo se miraban los guerreros como él. Era un palacete situado a medio camino entre el monasterio de la Pantanassa y la mansión Lascaris. Lo rodeaba un jardín emparrado donde brotaban manchas de olivos. Unas hileras de cipreses lo circundaban. Unos centinelas de leña a los que regaba el agua que nacía del pozo y moría en la huerta. Unas copas verdes cuyas sombras refrescaban los calores veraniegos. El frontón de la casa, en honor a la sangre púrpura de mi madre, estaba blasonado con las armas de la dinastía imperial.

Los bandidos meligs cayeron sobre la villa como una jauría rabiosa

que codicia su presa. Saltaron la verja de la calle. En su ímpetu, amputaron las efigies, derribaron maceteros y rompieron la imagen de Hércules que coronaba la fuente. De seguido, se arremolinaron a la entrada, profiriendo gritos espantosos y fuera de sí. En un par de golpes echaron la puerta abajo usando un busto de mármol como ariete. Entraron en nuestro hogar matando a diestro y siniestro.

Presencié la escena como uno de esos espectadores que gozan del privilegio de sentarse en los palcos del hipódromo de Constantinopla. Unos dignatarios a los que envidié durante mi formación en la Escuela para Pajes. Unos cortesanos a los que serví como guía en las carreras de carros. Los criados de mi familia, siguiendo órdenes de mi madre, me habían escondido en un altillo camuflado por una reja de madera. Vi cómo los asaltantes decapitaron a los hombres con sus espadas. Vi cómo violaron a las mujeres sin atender a sus súplicas. Asistí a una masacre desalmada conteniendo la respiración.

El jefezuelo de los bandidos, un tipo de mirada aviesa y labio partido por un tajo, llevaba la cabeza de nuestro sirviente más querido colgada del cinto. La había aplastado entre las esteras de la prensa de aceite. No me turbó el goteo de sangre. Tampoco, la mirada perdida de la víctima. Más bien me asqueó el sinsentido de la acción. Me sublevó lo gratuito de la muerte. Aún no podía saberlo. Pero Platón me iba a enseñar el valor de la vida humana. Me iba a dar la fuerza y la razón para vengar la injusticia.

No obstante el caos reinante, a pesar de la matanza, me impresionó la respuesta de mis padres. Admiré la serenidad de mi madre empuñando un cuchillo para matarlos o matarse antes de correr la misma suerte que sus criados. Me fascinó la irrupción de mi padre

abalanzándose

sobre los meligs en el fragor del combate. En un instante se encarnó en un hoplita. En un héroe que, tocado por el yelmo del águila bicéfala, blandía el hacha de doble filo. En un dios Marte abatiendo uno tras otro a los invasores hasta liberar nuestra mansión.

Los soldados del general Urano, testigos de su bravura tantas veces demostrada, se emplearon a fondo con aquellas malas bestias. Las

campanas habían dado la alarma. Una unidad de la guarnición había bajado al llano a través de la puerta de Monemvasía. Al grito de aera, que significa «aire» y «alma» a la vez, los espartanos entraron en la lucha cuerpo a cuerpo en volandas del coraje. Una lluvia de flechas los precedió. Una descarga de espadas tomó el relevo de los arqueros para rematar la faena. Las casas y los caminos se tiñeron de sangre bárbara. Supe que en la guerra sin cuartel no hay mejor forma de vencer al enemigo que despertar su temor. Aprendí lo que era luchar a degüello. Sin hacer prisioneros.

«Actuaron como carniceros de hombres», «Les abrieron en canal como a las reses en el matadero», escribieron los cronistas en palabras amables.

Los antiguos espartanos decían que las mejores murallas de una ciudad son sus habitantes. En Mistrás aprendimos esa lección. Los guardias de retén hicieron retroceder a los bandidos hasta las casuchas de los arrabales. Todavía les arrojaron jabalinas para batirles en su huida desordenada. Para cuando llegaron los refuerzos del castillo franco, los meligs supervivientes habían puesto pies en polvorosa, retornando a sus refugios trogloditas en las cumbres.

Aprendí que la brutalidad de los hombres no conoce límites. Se ensaña con el prójimo. Mata a los inocentes. Fuerza a las mujeres. Mutila las imágenes de los dioses. Deja la tierra sembrada por un rastro de mártires de donde solo puede brotar el dolor.

Aquel episodio doméstico me dejó una huella profunda. Apenas tuve uso de razón, rememorando el valor de mis padres, decidí honrarles de la forma más agradecida que puede hacer un hijo. Decidí imitar sus modelos. Aprendería el saber estar de la señora Artemisa Paleóloga. Cultivaría el heroísmo del general Nicéforo Urano. Sería a la vez un filósofo y un guerrero. Una mente lúcida, un cuerpo fuerte y un alma justa para conducirme por la vida.

Me convertiría en el ideal del kalós kagathós («bello y valiente») al que aspiraban los jóvenes en la Grecia antigua. Mantendría una mens sana in corpore sano, como recomienda el proverbio romano. Solo necesitaba un preceptor que me instruyese. Apenas sabios consejos para tomar el buen camino.

De momento, me encomendé a san Jorge, cuya fe había movido a mis padres a bautizarme con su nombre. Nuestro patrón era todo un ejemplo a seguir. Por eso usaría el valor y la razón para alancear a los dragones que me saliesen al paso por esos mundos de Dios. A buen seguro no tardarían en ponerme a prueba las desdichas que nunca faltan. La aparición del desasosiego en mi alma no se haría esperar.

III

La edad de oro en Villa Olimpia

Todo volvió a su ser. Los ataques de los salteadores meligs, cada vez más arrinconados en el sur profundo, cada vez más escondidos en las Montañas Malas, fueron esporádicos. No empañaron para nada el buen gobierno que vivió Mistrás durante esas primeras décadas del siglo

XV

. La boda entre el déspota Teodoro II Paleólogo y la dama de la nobleza latina Cleofa Malatesta selló una breve tregua con el papa de Roma. Una alianza de conveniencia que puso de manifiesto sus beneficios mutuos durante la guerra de Morea.

La península del Peloponeso, cuya punta marcaba el límite para los barcos que navegaban por el mar Egeo, había permanecido en la periferia del Imperio bizantino. Solo cuando este empezó a perder territorios a manos del gran turco, los Paleólogos tomaron el castillo que los cruzados habían erigido en Mistrás y lo convirtieron en su segundo polo de poder en medio de principados hostiles. En sus almenas ondearon invencibles las banderas del águila imperial. Desde entonces, el basileus venía a nuestra ciudad para cambiar de aires, dejando por unas semanas las intrigas políticas de Constantinopla. Aquí gozaba de una segunda corte más sosegada. Salía de caza con más seguridad. Le agobiaban menos aduladores. Hallaba la paz que tanta falta le hacía.

La ciudad vivió su edad de oro mientras yo crecía feliz en Villa Olimpia. Mi padre, atlético y sagaz, pasaba por ser el mejor de los estrategas. Mi madre, culta y hacendosa, ejercía de piloto de la

familia. Era un niño sano y robusto, de pelo rubio y mofletes sonrosados, gracioso a los ojos de los hombres y hermoso a los de las madres. En esos años de bonanza, en esa calma tensa que precedió a la tormenta turca, mi familia aumentó con la venida al mundo de mis hermanos. En nuestras cunas, mis padres fueron pintando una luna y dos soles, que son los adornos simbólicos reservados para las niñas y los niños espartanos.

Primero vine al mundo yo. La elección del nombre de un recién nacido no era caprichosa, ni la proponía solo el padrino, porque el nombre influiría en el pequeño durante toda su vida. En las familias plebeyas de Esparta se acostumbraba a encender varios cirios con nombres y, como si fueran oráculos, el último que se apagaba era el elegido. Los linajes nobles creían más en el santoral. Por eso me bautizaron como Jorge en honor del santo protector de Bizancio. Era un calco físico de mi padre. Un cuerpo de soldado y un espíritu de sabio. Un niño celebrado con una ofrenda de higos y vino —el alimento y la libación— a los parientes que visitaron Villa Olimpia para verme recién nacido.

Al año siguiente lo hizo la dulce Irene, una belleza clásica de rostro sereno y rizos dorados, a la que mi padre quiso llamar así porque ansiaba la paz en el fragor de las batallas. La educación de las niñas quedaba en manos de sus madres. Las pobres la descuidaban porque tenían que trabajar para vivir. En cambio, las aristócratas les enseñaban un griego puro, unos principios religiosos, unos consejos domésticos y unas nociones cortesanas. Mi hermana poseía una elegancia natural. A imagen y semejanza de nuestra señora Artemisa. No cabía ninguna duda. Irene estaba destinada a ser princesa.

Mucho después, a los pocos meses de morir mi padre, vio la luz el pequeño Lucas. Mi madre esperaba del niño que fuese un hábil dibujante como ella. Por eso le eligió el nombre del apóstol que había pintado el primer icono de la historia sagrada. Pero, no sé cómo decirlo, no atino a dar con las palabras precisas. Lucas tenía una sombra en la mirada que presagiaba un azar doloroso.

No en balde vio la luz poco después de que mi padre cayese abatido de un flechazo por la espalda durante la batalla de Mirto. De momento no se aclaró la autoría de su muerte. Mi madre, tras

honrarle como al héroe que fue y guardarle luto, se enterró en vida en un convento. Nuestro tío Narsés, almirante en la flota repartida entre Corinto y Kalamata, tomó las riendas de la familia y pasó a ser el tutor de sus hijos, mi tutor. Pero estos sucesos luctuosos aún estaban por venir.

Cada vez que nacíamos uno de los hijos, mi madre, que pintaba iconos como los ángeles, nos realizaba uno para que nos protegiera. Lo hacía por vocación y devoción: por su destreza en el dibujo y por su fe en las imágenes sagradas. Una fe que, como aprendí en Florencia, es distinta entre latinos y ortodoxos. Ellos rezan a sus imágenes desde la distancia de los bancos de la iglesia. Nosotros besamos la tabla para llevarnos briznas de santidad pegadas a las comisuras de los labios.

La señora Artemisa, según afirmaban los entendidos, era una maestra de los colores. Mi madre nos explicó que el sol engendra el arco iris y que todos los colores tienen nombre y apellido: el rojo púrpura de los Paleólogos, el verde hierba que esmaltaba los campos de Esparta, el azul turquesa del mar Jónico… Todos los colores tienen sus matices. Todos los matices, sus tonos. Nosotros mismos —Irene, Lucas y yo— éramos matices carnales de nuestros padres.

Mis maestros decían de mí que era muy espabilado. En la primera escuela ya destacaba entre los alumnos por mis reflexiones precoces. Más tarde entré en la academia del famoso maestro Gemistos Pletón. Allí me asignaron como preceptor a su joven discípulo Besarión. Absorbía sus enseñanzas como una esponja porosa de Rodas. Comprendía a la primera los coloquios de los adultos. Me enamoré de la poética, que, más que un arte, te educa los ojos para ver la belleza del mundo.

Mi mejor amigo, Demetrio, hijo del capitán Orestes Mazapos, que servía en la unidad de mi padre como lugarteniente, me dedicaba lindezas del tenor de «Las coges al vuelo», «Tienes la vista de un lince» y «Eres más listo que el hambre». Ya sé que eran frases elogiosas de un camarada. Pero, en mi vanagloria, me gustaba creer que algún poso de verdad había en ellas.

¡Mi querido Demetrio!, ¿qué habrá sido de él? Fuimos uña y carne.

¡Con él compartí tantas cosas! Los juegos de infancia. Los amoríos furtivos con las muchachas. Nuestros estudios en la academia platónica. Nuestra primera guerra en Mani. La Escuela para Pajes en Constantinopla y la suerte de la delegación bizantina en Florencia.

Por el contrario, Lyra, su bella hermana, mi primer amor platónico, no desperdiciaba una ocasión para echarme en cara mis flaquezas: «Eres más presumido que un pavo real», «Te tienes por el Apolo de Mistrás», y la que más me dolía, «Porque sabes leer y escribir, crees que sabes leer y escribir». Quería pensar que eran dardos lanzados por la muchacha desde el despecho. Pero en mis momentos de duda, a fuer de ser sincero, sabía que en ellos había cierto poso de verdad. ¡Pobre Lyra! La peste que de vez en cuando traían sin saberlo las caravanas desde los barcos atracados en los puertos le segó la vida. Murió antes de alcanzar la edad casadera.

En las veladas familiares, mis padres hablaban con fervor del rey sol, del lugarteniente de Dios que era el emperador de Bizancio. En las clases de la escuela, mis maestros disertaban con cariño sobre el astro rey, cuya calidez daba la vida al país de Mistrás. Citaban el nombre de Basilio, de donde deriva basileus, que era un apelativo propio de santos. Invocaban al sabio Miguel Psellos, para el que somos hijos de la sabiduría, reflejos humanos de la excelencia divina. Por eso, decían los profesores, debíamos alimentar nuestro espíritu con los haces luminosos que desprende el sol radiante. En cuanto alcancé la edad de la razón, en cuanto me mostré despierto de mente, mi madre me explicó esas metáforas acerca de la luz sagrada.

«El primero de nuestros reyes —nos contaba en las veladas al amor de la lumbre— fue Lacedemón, hijo de Zeus y de Taigeto, dioses del monte donde vivimos. Este monarca tomó por esposa a Esparta, hija del dios río Eurotas, que riega nuestro valle. Los mitos, mis queridos hijos, dieron nombre a los lugares de la Grecia pagana. Que, como canta el poeta Homero de Larissa, más que una geografía es una geopoética: una patria lírica regada por las lluvias doradas de los nimbos, un país idílico engendrado por los rayos fértiles del sol. Esa es la sal de nuestra tierra.»

El relato de mi madre me dejó pensativo. Traté de desentrañar esos mitos antiguos leyendo los renglones secretos del paisaje. ¿Qué

quería decir un ciprés curvado por el viento, un olivar plateado por el rocío o un viñedo preñado de racimos? Me asomé a una de las ventanas de Villa Olimpia que da a poniente. El crepúsculo descendía formando vetas alargadas de un rojo sanguíneo. Los picos de las cigüeñas las agujereaban con su vuelo ligero de regreso a los nidos. El sol del ocaso cosía el horizonte con el hilo de oro de sus rayos.

IV

Una república de poetas

La corte del déspota de Morea dio a luz una cultura excelsa. El sol ilustrado de Mistrás fue un cometa efímero antes de la hecatombe del Imperio. El protocolo del poder adquirió un refinamiento solo comparable al de la casa imperial. En la decoración del nuevo palacio, los jardines, las iglesias y los monasterios, los artistas tuvieron mayor libertad creativa frente a la rigidez ortodoxa. La tolerancia de ideas hizo de la ciudad un refugio de pensadores.

Este renacimiento contó con una figura estelar: el sabio Gemistos Pletón. El filósofo de los griegos antiguos fundó una academia adonde acudimos a educarnos los hijos de las familias más notables. A resultas de esta revolución de las letras, de este florecimiento de las artes, Mistrás se convirtió en una versión reducida de Constantinopla.

Nuestro preceptor nos contó la vida de su maestro. El pensamiento de Pletón había bebido en fuentes nada ortodoxas. Nacido en Constantinopla, hijo de un sacerdote, fue educado para servir como funcionario imperial. Sin embargo, pasó su juventud en la ciudad de Adrianópolis, que era una encrucijada de ideas entre Oriente y Occidente. Allí conoció la cábala judía y la doctrina de Zoroastro sobre la lucha entre el bien y el mal. Después de esta travesía del desierto, tras estar tentado por creencias paganas, descubrió a Platón y se consagró a difundir su obra.

En 1407 fue enviado a Morea en calidad de juez acompañando al nuevo déspota Teodoro. Pronto se ganó la admiración de su señor, con el que estableció una fraternidad personal, lo que le permitió abrir una academia platónica en el Gran Palacio. Su fama de sabio

irradió por las provincias del Imperio hasta rebasar sus fronteras y alcanzar tierras latinas. Algunos de los eruditos bizantinos más brillantes vinieron a su encuentro en Mistrás. Los filósofos Basilio Besarión y Jorge Escolario, el metropolitano Samaras, el historiador Agatón el Monje, entre otros, fueron sus discípulos. Y al cabo de los años se convirtieron en maestros de jóvenes que como yo deseábamos aprender sin medida.

Dos décadas más tarde llegaron las promociones más brillantes de la academia. El gobierno del déspota Teodoro, ayudado por su hermano Constantino, se había afianzado en la península de Morea. Lo hizo ganando batallas que estuvieron en el filo de la navaja. El arreglo de la muralla de Hexamilión frenó los ataques infieles desde Corinto. La victoria naval en las islas Esquínadas permitió a nuestra armada dominar las aguas jónicas. La reconquista de Patras a los venecianos nos dio el control del puerto más estratégico.

Los más asiduos a las clases éramos vecinos de Mistrás. El sobrino del gobernador, Leandro, de ojos azules y modales exquisitos, llamado a ser mandatario en la provincia. Un hijo del noble Michaelis, el sonriente Pirgos, cuya obesidad y pelo crespo engañaban acerca de sus luces. El primogénito de Cirilo Pafos, el mercader de telas más rico, al que llamábamos Markos el Sedero. Un egoísta al que su padre, que traficaba sin escrúpulos con la capital —desde usura a esclavos— le había dado por consejo: «En los negocios no confíes en nadie. Ni siquiera en tus familiares». Mi amigo de la infancia Demetrio, hijo del militar Orestes Mazapos, cuya robusta figura revelaba un carácter firme como una roca. Y yo mismo, un adolescente que, creyendo saberlo todo, me había propuesto ser un filósofo y un guerrero para honrar a mis padres.

Otros compañeros habían venido de Tesalónica, Macedonia y Tracia. Les había atraído la novedad del platonismo que se enseñaba en Mistrás. También había muchachas. La hermosa Lyra asistió hasta su temprana muerte. De carácter tan vivaz como arisco, solía ajustarme las cuentas en los debates. La pelirroja Nora, hija del cartógrafo Crysoloras, tenía desarrollado un gran sentido de la orientación. Al final de nuestros estudios se unieron al grupo Helena Paleóloga, hija única de los señores Teodoro y Cleofa, y mi hermana Irene, tan bella como uno pudiera imaginarse a Afrodita.

No engañaron a nadie sus aires de princesas. Una acabaría siendo reina de Chipre y la otra, señora del Epiro.

El maestro Pletón, que había escrito memoriales de reforma política, comenzó por explicarnos nuestro lugar en el mundo.

—Bizancio es un reflejo imperfecto de la perfección divina. El emperador es el lugarteniente de Dios. Su corte, una imitación humana de la corte celestial.

—¿Y el Imperio? —preguntó un discípulo.

—El Señor lo ha dotado de un orden estable. Cada uno de nosotros pertenecemos a un grupo. A lo largo de nuestras vidas podemos cambiar de grupo, ascender o descender en la escalera de la sociedad, pero no podemos cambiar el orden perfecto.

—¿Por qué? —dijo otro.

—Porque profanar el mismo es cometer el pecado de la «anomalía»: el desorden que tanto ofende a Dios.

—¿Quiénes pertenecemos a ese orden?

—Todos los súbditos que servimos al basileus y pagamos tributos.

—Los pobres no pagan.

—Por eso son marginados. Aunque merecen vivir de la caridad pública. Cristo también fue pobre. Debemos imitar su ejemplo.

—Eso sí —intervino el obispo Samaras—. Cada uno con arreglo a su dignidad. Todos damos limosna. Pero el gobernante, desde su palacio; el religioso, desde su iglesia, y el plebeyo, desde su trabajo.

A los alumnos, que casi todos éramos de cuna noble, nos enseñaron que no había contradicción entre nuestra riqueza y los donativos a los necesitados. El propio Pletón era terrateniente, lo que no le impidió aconsejar a los gobernantes un reparto de tierras entre los pequeños campesinos, siempre, eso sí, que no saliesen de los grandes propietarios. ¡Y qué decir del obispo, los monjes o nuestros padres aristócratas! ¡Entre todos se repartían los feudos de Esparta!

Mientras socorrieran a los vasallos más humildes, sus conciencias estarían a bien con Dios.

El director de la academia platónica no ocultó nunca sus convicciones. Dirigió cartas a su amigo el déspota Teodoro y a su padre el emperador Miguel aconsejándoles mejoras en el gobierno del Imperio. Les propuso convertir el Peloponeso en un principado autónomo. Les insistió en que Grecia, más que una provincia bizantina, era la cuna de la filosofía antigua. «Somos griegos por nuestro origen. Desde que alcanza la memoria de los hombres, vivimos en esta tierra, que es nuestra madre patria», nos repetía en las clases.

Tales ideas culturales desagradaron en la capital. La gota que colmó el vaso fue su opinión religiosa, pues, sin romper con los dogmas de la Iglesia, trató de hacer compatible el cristianismo con la mitología griega.

—Mirad a esos provincianos de Esparta. Se han apartado de la senda de Cristo para adorar a los dioses paganos. —Nos llegaban calumnias de los más ortodoxos de Constantinopla.

—Más vale ser el más humilde de los filósofos que el más notable de los asnos —respondía el maestro.

El patriarca de Constantinopla, enfurecido, quemó públicamente sus tratados. Sin embargo, los emperadores siguieron respetando a Pletón, hasta el punto de contar con él para acudir al Concilio de Ferrara. Comprendieron que ni mucho menos quería abolir el Imperio. Al contrario. Pretendía dotar al basileus de poderes que doblegasen a una nobleza feudal que aprovechaba el río revuelto de la invasión turca.

Al poco de entrar en la academia, el erudito Besarión nos fue asignado como preceptor de Leandro, Demetrio y de mí mismo. En las primeras clases nos habló del arte de gobernar. «El emperador en Bizancio y los déspotas en las provincias deben guiarse por la prudencia política —nos recalcaba—. Tienen que ejercer el poder con sabiduría para tomar decisiones justas.» «Necesitan rodearse de buenos consejeros.» «Sus ejércitos han de estar bien informados para adelantarse al enemigo.» A los alumnos nos parecían lecciones

sensatas. Aunque de vez en cuando dejaba caer una perla enigmática: «Ya que los príncipes no pueden abarcarlo todo, para suplir su imperfección humana deben tener muchos subalternos que les sirvan de ojos, de orejas, de pies y de manos por todo el Imperio».

En aquel tiempo, la enseñanza se vio favorecida en todo Bizancio por el uso del papel, que, frente al costoso pergamino, multiplicó las ediciones de los libros. Los poetas antiguos florecieron en los manuales escolares, donde los profesores nos leían a Homero, Sófocles, Hesíodo y Eurípides. «Antes que romanos, somos griegos», nos recordaban. También en versos aprendimos la Crónica de Morea, que narra la invasión cruzada y nuestra victoria sobre los francos. La gramática, el griego, el latín, la retórica y la filosofía completaron nuestra educación. ¡Ya hubieran querido las escuelas latinas atesorar tales conocimientos!

La última clase del maestro Besarión fue como si nos leyese su testamento dejando la herencia a sus discípulos.

—Aquí os hemos preparado para la lucha por la vida.

—¿Qué tipo de guerra es esa?

—La más personal. Porque el hombre siempre lucha contra tiranos.

—¿Contra tiranos?

—Contra la tiranía del cuerpo, del alma y del poder.

Cuando nos llegó el día de marchar a la Escuela para Pajes de Constantinopla, el venerable director Gemistos Pletón valoró nuestro paso por el aula del palacio de los déspotas: «Aquí, en nuestro Olimpo de Mistrás, habéis aprendido de memoria el mapa de la geografía poética. Vuestro camino había estado sembrado de espinas. Unos bajasteis desde las colinas de la vanidad. Otros subisteis desde los valles de la codicia. Otros cruzasteis desde la calle de la envidia. Ahora, al abandonar este remanso de sabiduría, solo os esperan viajes de placer por la tierra del pensamiento».

Estas palabras fueron más que una lírica metáfora de despedida. El

paso por la academia había sido para nosotros un rito de purificación. El aprendizaje nos había preparado para echar el vuelo desde nuestra jaula de oro. Sin darnos cuenta, lección tras lección, forjamos un pacto de sangre que nos ligó para siempre a esta república de poetas.

V

La audiencia a los embajadores

El déspota Teodoro II, hermano del basileus de Bizancio Juan VIII, era el príncipe que gobernaba el territorio de Morea en su nombre. A comienzos de agosto, el mes tórrido así llamado en honor de César Augusto, ordenó celebrar una audiencia a los embajadores recién llegados.

El canto del gallo avisó al sol de que ya era hora de bordar el pañuelo del alba. El campanario de la iglesia de Peribleptos dio el tañido inicial para que el resto tocase a fiesta de guardar. Todos los grandes señores del territorio espartano acudieron a la ceremonia diplomática.

Nadie quiso perderse el festejo del año. Ningún poderoso faltó a la cita con los nuevos extranjeros de Mistrás. Hasta los viejos de largos mostachos y las viudas de riguroso luto aguardaban delante de sus casas. Hasta las monjas de clausura se asomaron a la puerta de sus celdas para ver pasar a los invitados. Hasta las doncellas recatadas corrían a los miradores con una risa nerviosa en los labios.

Los invitados formaban una hilera de jinetes. Los más pudientes montaban en caballos ricamente enjaezados. Los demás iban a lomos de burros que estaban acostumbrados a subir las empinadas pendientes. Un exótico desfile entre cunetas de margaritas amarillas y anémonas rojas que añadían más colores a un cortejo ya de por sí variopinto.

El obispo, asistido por una legión de sacerdotes, celebró el oficio religioso en la catedral de San Demetrio. Sus apariciones y desapariciones a través del iconostasio, los cánticos griegos

acompañados por el salterio, los juegos de luces y sombras de las candelas en los frescos fueron un espectáculo teatral a los ojos de los visitantes latinos. Nuestras misas ortodoxas, como pude comprobar más tarde en Florencia, eran más ceremoniales que las católicas.

Poco después, tras recibir la bendición, la comitiva se trasladó a palacio. Era este una residencia de dos pisos, erigida sobre la explanada de las fiestas en la ciudad alta, desde cuya galería superior podía contemplarse el paisaje de Esparta. En su sala de audiencias habían montado unas arquitecturas efímeras de madera para acomodar al público selecto. Otros curiosos estaban asomados al balcón y las ventanas ojivales. En el trono de una tribuna, cubierta de purpurina y rodeada de banderas con el águila imperial, el déspota fue recibiendo las cartas credenciales y los regalos de los diplomáticos.

—¡Kilos irthate! («¡Bienvenidos!») —decía Teodoro.

—Señor, tenga este presente de su humilde invitado —respondía cada embajador.

—Os recibimos con vino, dulces y palabras de oro. —Era la fórmula bizantina de la hospitalidad.

Nuestro déspota no tenía aliados por las tres partes del orbe de la Tierra como el basileus antes de que le cercaran los turcos. Pero sí mantenía relaciones con algunas repúblicas italianas, colonias balcánicas y principados griegos que veían en nuestra ciudad un enclave comercial y estratégico. Además, la mayoría de los embajadores que iban o venían de Constantinopla hacían un alto en nuestra ciudad: bien para avituallarse antes de seguir la marcha, bien para hacer algún negocio con nuestros mercaderes. Lo mismo les vendíamos tejidos propios, aceite y grano, que les comprábamos piezas finas de Damasco y muselinas de Mosul. Las damas de la corte decían que en la variedad está el gusto.

Una vez pasado el acto solemne, rotas las filas, como se decía en el ejército, la rigidez dio paso a los corrillos espontáneos. «En griego —decía mi maestro Besarión—, las palabras “extranjero” y “huésped” son sinónimas.» Las charlas entre bizantinos y forasteros,

traducidas por la algarabía de los intérpretes, eran más afables a medida que se acercaba la comida de bienvenida.

No en balde, el cocinero del déspota, Markos Megalos, había sido discípulo del afamado Manolis Galateo, jefe de cocinas en el palacio imperial de Bizancio. El banquete fue tan copioso como refinado. Aún puedo saborear las aceitunas de Kalamata, las pasas de Corinto, el relleno de queso de cabra, los pichones perfumados con humo de romero y, en homenaje a Morea, las moras con canela. Aún refresca la memoria de mi gaznate el vino de malvasía, el tinto de Samos y el blanco de Laconia. Todavía recuerdo las palabras de mi maestro cuando decía que los bizantinos estamos hechos de oro y gula. Y de carne placentera, añadí yo.

Tras los postres, mientras paseaban para bajar la comida, los convidados departieron en grupos repartidos por los jardines: unos, empurpurados por los pétalos de los hibiscos; otros, sombreados por los laureles entre las adelfas. Yo les escuchaba andando entre ellos sin llamar la atención. Aprendía de todo y de todos.

Aquí, bajo el cenador cubierto por una parra, hablaban funcionarios bizantinos y diplomáticos llegados de reinos lejanos. Allí, alrededor de las flores que brotaban como un anillo en torno a la fuente, se mezclaban burgueses vestidos de punta en blanco con monjes melenudos de hábito desgastado. Allá las damas, en torno a la princesa Cleofa, comentaban el porte de los forasteros. En cuanto se apartaba una del grupo, criticaban el vestido de la comadre ausente.

—Mirad al gobernador de Acaya —observó la señora Iria, la hermana de Kalambaka, el jefe de los espías—. Cómo se nota que ha estrenado el cargo.

—Va de grupo en grupo sin que le dejen meter baza —añadió Metilene, la esposa del almirante Narsés—. La paloma revolotea en busca de palomar.

—¿Os habéis fijado en el embajador de Venecia? —dijo Laia Crisolis, la esposa de Teófanes el jurista—. Se llama Marco Bellini. ¡Y qué apuesto es!

—Una siente que la desnudan esos ojos negros —añadió la viuda

Palamida para sorpresa de todas—. Voy a preguntar por sus credenciales. —Y abandonó el grupo femenino en busca de información.

—¡Por Dios, qué ropas más antiguas lleva! —criticó una cotilla.

—Eso le gustaría a ella —sentenció otra—, ¡que el veneciano le enseñase «sus credenciales»!

—¡Ja, ja, ja! —Las matronas soltaron una risa nerviosa, una sonrisa cortesana, apenas un revuelo de pajarillos.

—Observad a los dos embajadores de Florencia y a su paje. ¡Qué misteriosos les hacen esas ropas ligeras y esos sombreros infieles! —quiso repetir la jugada la señora Iria, a la que se le había pegado el oficio de su hermano.

—No son sombreros infieles, sino los gorros a la moda entre los latinos. Sus mercaderes cuentan que a los señores les gusta el rojo cereza y a los jóvenes el verde hierba —la corrigió mi madre, que, como buena pintora de iconos, ponía apellidos a los colores.

—Lo que yo he dicho. Las cerezas y las hierbas esas que llevan en la cabeza ocultan algún secreto. Estoy segura.

—¿Dónde ves tú el misterio, mujer? —respondió mi señora Artemisa—. A mi juicio, son bien parecidos y elegantes. Pero podemos leer en los ojos la historia de los hombres. Y en este caso, uno de ellos tiene la mirada limpia, y el otro, turbia, del color de la mentira. —El aludido, el emisario Lucio Lupi, que acababa de volverse, les clavó unos ojos de perro que infundían temor.

Allá, sentados en un banco a la sombra, el prelado Samaras, el maestro Gemistos Pletón y sus discípulos Besarión y Escolario acordaban los pormenores de un concilio en tierras italianas.

—Los latinos han hablado al emperador y al patriarca de Constantinopla de un encuentro ecuménico —observó el venerable filósofo mesándose la barba.

—Quieren reunificar las iglesias cristianas —añadió su alumno aventajado.

—Primero deben unirse ellos —se apresuró a decir el prelado—. Tienen tres papas repartidos entre Roma y Aviñón. Parece que les sobran…

—No seas impetuoso, mi buen Samaras. Ni mucho menos blasfemes. Todo el mundo merece ser escuchado antes de recibir una respuesta —sentenció el filósofo.

Acá, a pie firme, pude ver a mi padre y a mi tío, el almirante Narsés, comentando con sus oficiales la importancia estratégica de Patras. La capital del principado de Acaya había estado en poder de los francos durante demasiado tiempo. Pero hacía seis años que las tropas bizantinas desalojaron de ella a los ocupantes venecianos.

—Vamos logrando que los latinos se replieguen hasta el norte. Les tenemos arrinconados en la baronía de Arcadia —dijo mi padre.

—Con la toma de Patras hemos podido anclar una flota permanente en el muelle de San Nicolás —añadió mi tío el marino—. Así podemos vigilar el golfo desde la acrópolis.

—Tenemos que reforzar la guarnición de infantería —añadió el general—. Es una ciudad muy poblada, en la que pueden prender las revueltas.

—Desde luego. Es la puerta del oeste de Grecia. La necesitamos para expulsar a los francos del Peloponeso —concluyó su lugarteniente Orestes.

—Parece que la alianza entre los Paleólogos y los Malatesta empieza a dar sus frutos —irrumpió el déspota Teodoro, que les había escuchado, aludiendo a su boda con una princesa latina—. No se puede gobernar con prudencia sin el concierto de un buen matrimonio político.

Mi madre me abrazó por el hombro y me alejó de las tertulias. Anduvimos despacio hasta el mirador de la plaza. A esa hora de la sobremesa estaba desierta tras el bullicio de la mañana y el vocerío de las gentes. Nos asomamos al valle del Eurotas desde un balcón de piedra comido por una enredadera. Me cogió de la mano para admirar las mejores vistas del paisaje. Lo recuerdo bien. Lo

recuerdo como si fuese ahora. Porque solo agarrado a ella sentí la caricia amorosa de sus dedos de nieve.

VI

La púrpura bordada con hilos del sol

Me pareció que aquella tarde mi madre estaba muy hermosa. No tenía nada que envidiar a las basilissas de los mosaicos. A esas soberanas retratadas a imagen de la Virgen sentada en el trono celestial. A aquella Teodora de ojos almendrados que, como observé un tiempo después en la iglesia de San Vital de Rávena, lucía dorada entre damas elegantes y guardias aguerridos. Mi señora Artemisa era también un «don de los dioses», como se llamaba a la emperatriz.

El rostro fino estaba bañado por una luz suave. Los cabellos ensortijados caían sobre los hombros teñidos de grana. Los pendientes y el collar de diamantes espejeaban bajo el sol. El cuerpo de matrona vestía capa púrpura sobre dalmática blanca y ribetes azules. Su cintura era ceñida por una faja incrustada de brillantes. Su voz cristalina brotaba de unos labios carnosos. Sus ojos color de avellana, cuyas pupilas eran carbón encendido, miraban dulces como solo sabían acariciar las manos delicadas. ¡Ay, sus ojos! Detrás de ellos estaba toda la historia de Grecia.

Yo acababa de cumplir 16 años y me di cuenta de que quería enseñarme algo especial. Algo que no había podido apreciar mientras fui pequeño. Algo que no olvidaría jamás. Lo supe nada más cruzar nuestras miradas bajo un quiosco cubierto por racimos de lilas.

Era un domingo abrasador. Un dorado atardecer. La canícula había enardecido a las chicharras. Mi madre, elegante y jovial, arrullando a un gato de angora, me mostró el delicioso panorama que se veía desde el mirador de la plaza del palacio.

El cielo añil relucía como una cúpula recién pintada. Las nubes rosáceas semejaban salvas de fuego griego disparadas desde las bocas de los cipreses. Las terrazas de olivos derramaban sus cornisas plateadas. Las manchas de robles semejaban cabellos dorados del rey del bosque. El verdor cubría la campiña: verde sandía de huerto fértil, verde laurel de pino resinero, verde esmeralda de viñas preñadas de uvas. Los pueblos fortificados, herencia de las venganzas de sangre, alzaban sus cerros almenados en los confines de la vasta llanura. El estiaje del Eurotas hacía que su lecho pedregoso discurriera seco entre alamedas. El río era ya pura nostalgia de agua.

Permanecimos callados durante un rato. Mi preceptor me había hablado de unos monasterios en Meteora que, encaramados sobre un bosque de rocas, parecían flotar entre el cielo y la tierra. Esa era la sensación que yo tenía ahora: rozaba la gloria sin perder de vista el suelo. Los generosos cultivos donde los campesinos cosechan pan y uvas. Los sembrados cuyos surcos eran lecciones de geometría. Las volutas de humo navegaban por el cielo azulado. La brisa acariciaba los tomillares que desprendían su aroma silvestre.

En ese instante, una pareja de águilas imperiales planeaba en círculo sobre el valle. Sus sombras alargadas cubrían los surcos ocres de la tierra. Sus alas tornasoladas —gráciles plumas, ardientes violetas— nos recordaron a nuestros arcángeles protectores.

—No pienses el paisaje, Jorge. ¡Siéntelo! —me dijo entornando los ojos y aspirando el olor de la madreselva.

—Ya lo siento, madre. Ya lo siento —respondí imitándola.

—He oído al embajador Salvo decirle al déspota que nuestras ciudades son muy parecidas. Que Mistrás es la Florencia de Oriente.

—Más bien su Florencia será la Mistrás de los latinos…

—Una respuesta orgullosa, hijo. Pero la verdad es que, aun siendo reflejos divinos, no hay dos bellezas iguales.

El soplo del viento cambiante —ora el racheado boreas, ora el testarudo meltemi— achaparraba los matorrales. Las gotas

sanguíneas de las amapolas despuntaban entre los rastrojos amarillos. Los naranjos silvestres exhalaban un perfume tardío. Sonaba una algarabía de pájaros. Tintineaban las esquilas de los rebaños diseminados por las laderas. Las cabras, como una cuadrilla de jardineros, iban recortando los escobones amarillos a dentelladas.

—Es una maravilla. ¿Cómo es posible que haya maldad en un mundo tan hermoso? —le hice la primera pregunta adulta a mi madre.

—La flaqueza humana, Jorge. La vida es injusta y breve. Procura viajar por ella a través de la belleza —me respondió aquella diosa de Mistrás.

La luz siguió siendo nítida al atardecer. Permitía ver el horizonte en lontananza. Una recua de mulas trotaba por la senda del molino levantando una nube de polvo. Cargaba los sacos de harina que mañana serían pan. Una bandada de flamencos volaba en forma de uve hacia poniente. Una luna nueva asomaba precediendo a las estrellas perezosas. Una franja de arena dibujaba la playa lamida por las espumas del oleaje. Allá donde el mar Jónico, vinoso y salobre, bate las costas solitarias y minerales.

—Mira, Jorge, los campos de Esparta. Mira esos olivos recios, esas higueras retorcidas, esos cipreses altivos, esas cepas antiguas, esas moreras fragantes. La puesta del sol los tiñe de grana y oro. Mis colores sagrados cuando pinto iconos.

—Es verdad, madre. Ahora el cielo parece rojo y la llanura dorada.

—Pues esos son los símbolos de nuestro basileus y de los miembros de su familia. La seda púrpura que los cubre está bordada con hilos de oro para que reflejen la luz del sol.

—¿Y por qué lleva usted una túnica encarnada en las fiestas y padre no?

—Es un privilegio que gozamos los parientes de los Paleólogos: el linaje de los nacidos en la púrpura. Mientras que tu padre, el general Nicéforo, desciende de una estirpe de guerreros, la de los

estrategas de la familia Urano. Observa cómo él y tu tío visten las galas del soldado.

—Pero todos habéis consagrado la vida al emperador.

—Tú también, hijo mío. Recuerda que nuestro basileus, el rey de reyes de la Nueva Roma, es la encarnación del sol que nos da la vida. Luce la púrpura en el manto y el oro en la corona. Y sus rayos alcanzan a todos los súbditos y a todos los confines de Bizancio.

—Y llegan a Mistrás…

—Sobre todo a Mistrás. La sangre generosa de la dinastía corre por nuestras venas. Ahora ya lo sabes: ¡eres un destello de su luz divina! Nunca lo olvides.

—No lo olvidaré. Se lo juro, madre, por estas tierras antiguas que me han visto nacer. —Y besé el icono de la Virgen Pantanassa, la soberana del universo que ella me pintara para protegerme desde la cuna.

Aquel crepúsculo supe que era hijo de la púrpura bordada con los hilos del sol.

VII

Alegoría del buen gobierno

El dorado festivo dio paso a los trabajos y los días. Cada cual volvió a los quehaceres que Dios nos había asignado. El déspota, a gobernar. Los soldados, a adiestrarse para la guerra. Los preceptores, a enseñar. Los panaderos, a hornear. Los mercaderes, a abrir las tiendas. Los artesanos, a trabajar en los talleres. Los albañiles, a edificar casas. Las vecinas, a las labores domésticas y a comprar en el mercado. Los niños, a jugar y enredar en la calle. Los campesinos, a labrar la tierra. Los pastores, a cuidar los ganados. Los mendigos, a pedir limosna por caridad.

Nadie quedaba fuera del buen gobierno. Los religiosos se encargaban de rezar por todos nosotros ante los iconos sagrados. El basileus, que era el lugarteniente de Dios en la tierra, velaba por sus súbditos como el padre lo hacía por sus hijos. Mi maestro Besarión me explicó que esta armonía social reinaba porque todos los ciudadanos de Mistrás tiramos de la misma cuerda. La cuerda de la paz y la concordia.

En la semana siguiente a la audiencia, los embajadores y los mercaderes realizaron los negocios que les habían traído hasta nuestra ciudad. Los cortesanos de Constantinopla, parientes de nuestro señor Teodoro, visitaron el palacio para tratar asuntos políticos. El apuesto Marco Bellini comerció con especias, sedas y pinturas, mientras arrancaba suspiros a las mujeres. El gobernador de Acaya mostró sus extravagancias de nuevo rico derrochando en compras y comilonas. El negociante bizantino cambió telas de Siria por cántaras de aceite. El delegado de Hydra consiguió el abasto de cerámica para la isla. El de Creta ofreció los servicios de sus arqueros. El delegado del papa de Roma se entregó a los excesos

carnales en la mesa y el burdel.

—Parece que el obispo cultiva los siete pecados capitales —dijo un miembro en la academia.

—No perdona ni uno —observó un compañero.

—Querrá predicar con el ejemplo —añadió otro socarrón.

—Por amor de Dios. No podéis juzgar a un rebaño por una oveja descarriada —respondió un profesor.

—Así es —asintió el sabio Gemistos Pletón—. La mayoría de los latinos permanecen en el redil de la Iglesia. Y a todos los cristianos nos guía el mismo Buen Pastor.

Los embajadores florentinos empezaron a frecuentar Villa Olimpia. Los Lupi solicitaron ser recibidos por mi padre en calidad de jefe militar. Le querían enseñar una armadura que, por encargo de Cosme de Médici, había sido bruñida en las prestigiosas fraguas de Milán. Con este propósito se presentaron en casa unos días después de la audiencia en palacio. Siguiendo el consejo de Salvo, que les acompañaba, regalaron al general Urano una daga labrada con la figura de Marte. Mientras que messer Rossi obsequió a mi señora Artemisa con un pequeño cuadro. Una panorámica de Florencia en la que destacaba por su belleza la reciente cúpula de la catedral. Sin duda se habían informado bien acerca de los gustos de sus anfitriones.

Eran tipos muy distintos. Messer Salvo Rossi, a sus 30 años, los ojos azules, los cabellos rubios, la cara afeitada y el ingenio despierto, lucía tan apuesto en el vestir como refinado en sus modales. Era un hombre de confianza de la banca Médici al que le habían encargado una misión en la isla de Rodas.

La Orden de los Caballeros de San Juan había sido expulsada de Tierra Santa por los infieles. Durante un tiempo estuvo buscando una nueva sede en el Mediterráneo. La encontró en Rodas, conquistándola por las bravas. Se hizo fuerte tras su puerto amurallado. Después de la supresión de la Orden del Temple por el papa, los sanjuanistas recibieron los bienes de aquella y se

convirtieron en una potencia económica. Creyeron que podían comprar todo. Bien lo sabemos en Mistrás. El déspota Teodoro I, angustiado por la amenaza turca, les vendió nuestra ciudad. Solo la reacción de mis convecinos le obligó a anular el trato.

Los banqueros de media Europa se disputaban administrar el tesoro de San Juan. Pensaban que si se dedicaba al préstamo de sus capitales, podía crecer sin parar. Las cuentas de los caballeros las había llevado hasta entonces la casa Bardi, pero, al sufrir una bancarrota, dejó el camino libre a otros prestamistas. Cosme de Médici estaba al acecho de un cliente tan poderoso. De hecho, se acababa de casar con donna Contessina Bardi, hija del patriarca de ese clan de banqueros arruinados. El manejo de las finanzas de los caballeros sanjuanistas le ayudaría en su plan de alianzas para afianzarse como señor de Florencia.

El otro embajador, Lucio Lupi, poseía la mirada turbia a juicio de mi madre. Era un renegado de la rama familiar que le emparentaba con los Albizzi. El jefe de estos últimos, Rinaldo, había sido asesinado hacía poco sin que su primo moviera un dedo para evitarlo. En plena guerra civil entre los dos partidos de la República, el de los Albizzi y el de los Médicis, había traicionado a los suyos y se había pasado a las filas de messer Cosme. Era un maestro en el arte de desaparecer siempre que había problemas.

En nombre de la casa Médici, Lucio compraría madejas de sedas y telas bordadas en Mistrás: unas serían tejidas en Florencia, y las otras vestidas por los parientes. Debía entregar las ganancias al señor de Florencia y, de paso, informarle de todo lo que había visto. Los embajadores son los mejores espías de los gobernantes. Aunque no siempre lo cuentan todo. Los Lupi, aprovechando este viaje bizantino, también llevaban de contrabando armas ligeras para su venta en el mercado negro de Constantinopla. Esta falta de escrúpulos la evidenciaba cada poco al aconsejar al joven Luchino: «En los negocios, como en el amor y en la guerra, todo vale».

Le acompañaba como paje su hijo, un muchacho de apariencia inofensiva, pero que había heredado el carácter retorcido de su progenitor. Era fruto del pecado, nacido de las relaciones entre Lucio y su cuñada, que le costaron la vida a la esposa engañada. El rostro aniñado, los ojos lastimeros escondían a un lobo con piel de

cordero.

Cuando estaban en público simulaban ser una pareja que respetaba la jerarquía familiar. El padre llevaba la voz cantante. Vestía el gorro, los anillos y las prendas rojas de los burgueses de Florencia. El hijo, que apenas hablaba para saludar, lucía el sombrero verde de plato a la moda entre los jóvenes italianos. Sin embargo, en la intimidad daban rienda suelta a sus instintos perversos para con los sirvientes, las mujeres y los indefensos. Mi maestro Besarión les descubrió enseguida. Observó en ellos una maldad enfermiza que les hacía disfrutar con el sufrimiento ajeno.

Los tres florentinos marchaban juntos hasta Constantinopla por razones de seguridad. Desde allí cada uno tomaría un camino diferente: el afanoso Salvo navegaría por las escalas de Levante hasta las islas griegas que lindaban con la frontera de Turquía; el malvado Lucio y su vástago comerciarían en los bazares del Cuerno de Oro y regresarían a casa con los beneficios de sus trapicheos.

Los Lupi permanecerían en Mistrás un par de meses. Esperaban la llegada de una galera veneciana al puerto de Patras. En sus bodegas, junto a productos de otros mercaderes, viajaban armaduras de parada para los gobernantes y corazas de campaña para los oficiales del ejército. Pero también —y esto lo descubrió mi padre a costa de su vida— lanzas y espadas de tapadillo para revenderlas al mejor postor.

—Mire qué acabado —mostró Lucio la armadura al general—. Además, tiene este cuero que sobresale del peto para proteger el cuello. Le aseguro que el precio no será problema.

—Sí que parece bien forjada —apreció el trabajo mi padre—. Déjeme que lo piense.

—Y a usted, ¿cómo se le ha ocurrido regalarme un cuadro? —preguntó mi madre a messer Salvo en otro lado del jardín.

—Seré sincero. En palacio me dijeron que donna Artemisa era una maestra pintando iconos.

—Adulaciones cortesanas…

—No es un elogio gratuito. Esa fama habla de sus dotes artísticas.

—¿Le gustaría ver la obra que estoy acabando?

—Sería un honor. Con el permiso de su marido, claro está.

—Pues venga mañana temprano. Es la mejor luz para ver pinturas. Más tarde, el sol quema los colores.

La visita concluyó con amables saludos. Irene y yo contemplamos la escena asomados a una ventana. Mis padres se retiraron al cuarto de estar de la mansión en busca de sombra. Los huéspedes salieron al mediodía abrasador y tomaron el camino hacia su residencia. La villa era un oasis en el desierto de Mistrás. Las criadas retiraban el servicio. Apenas el roce de platos y copas perturbaban el canto de los pájaros. Una espesura de adelfas ocultaba el claro donde se había recibido a los huéspedes. El cantar del agua derramándose en la fuente acunaba la siesta. La estatua de Hércules, dedicado a sus doce trabajos, robaba las manzanas de oro del jardín de las Hespérides.

¿Acaso no eran estos los Campos Elíseos de los que nos hablaban los profesores? ¿Acaso no era el huerto de la edad de oro? Ahora que me pesan los años, ahora que escribo cansado de la vanidad del mundo, sé que Villa Olimpia fue para mí el paraíso perdido de la niñez.

VIII

Por amor a la belleza

El edén de Villa Olimpia era un remanso de paz. La mansión estaba rodeada de un jardín alegre. Los cipreses, las moreras y los olivos nos daban sombra. Los tomillos, perfume. Los hibiscos, flores de Tierra Santa. El agua de las fuentes, el correr de las acequias, frescura. Los perros y los gatos se movían a sus anchas. Las aves exóticas de la pajarera y los peces de colores del estanque alegraban este paisaje domesticado. Mi madre nos contaba desde pequeños que las ninfas del atardecer —jóvenes sonrosadas y rubias— moraban en las ramas del naranjo y el limonero.

El cargo militar de mi padre le obligaba a combatir en las fronteras del despotado. Cada vez se quejaba más de esas ausencias repetidas. Decía que se estaba perdiendo la infancia de sus hijos. Por eso, cuando paraba en este reposo del guerrero, disfrutaba del afecto de su esposa y de los juegos fraternos entre Irene y yo.

Mi madre nos profesaba a todos su cariño y cuidaba del hogar. Expresaba su autoridad en modales cortesanos. Una familia como la nuestra, un linaje espartano, era la mejor cara del buen gobierno de Mistrás.

Al día siguiente, a la hora acordada, el embajador Salvo Rossi se presentó en la verja de nuestra casa. Un sirviente le hizo pasar al merendero del huerto. Mi madre vestía dalmática blanca y ribetes azules: el blanco de la casa y el azul del mar. «Los colores de Grecia», decía ella. El forastero, sin apenas poder disimularlo, se prendó de aquellos ojos negros, porte elegante y gesto noble de matrona. Mi señora Artemisa había mandado acomodar el cenador con cojines de seda y alfombras urdidas por tejedores hebreos. Un

criado quemó hierbabuena en un pebetero de plata. Otro expuso junto al pozo el icono de San Jorge a medio acabar.

—Es muy bonito —observó el florentino—. No tiene que envidiar a otras tablas griegas.

—Exageráis —respondió mi madre—. Si supieseis el mérito que tiene un pintor de iconos… Es un hombre que consagra su vida a Dios.

—No lo niego. Pero estoy siendo sincero. Esas caídas de los ropajes, esas figuras místicas son muy delicadas.

—El arte bizantino es una obra religiosa.

—En mi país, los pintores son diferentes. Trabajan en un taller los encargos que les hacen los mecenas.

—Algo me han contado los viajeros latinos.

—¿Por eso aparece un paisaje en el fondo de su retrato?

—Sí. Lo he aprendido de los cuadros venecianos.

De pronto se hizo el silencio en el jardín. Los criados enmudecieron. Los pájaros dejaron de cantar. Los peces flotaron indolentes en el estanque. Los perros se amansaron en el suelo. Fue como si pasase la «hora azul» de la que hablan los poetas antiguos: el momento en el que la tierra deja de respirar y nada se oye antes de reanudar sus latidos. Mi señora Artemisa y messer Salvo habían comprendido que hablaban un mismo lenguaje.

—¿Sabe lo que tienen en común nuestras pinturas?

—¡La belleza!

—La belleza, donna Artemisa. Aquella que causa placer a la vista.

—La que solo se encuentra en la obra del hombre —recordó mi madre las lecturas de Platón.

—Si pudiese contemplar Florencia, si viese la cúpula rojiza de su

catedral, sentiría que estaba en el paraíso.

—Ya siento eso en Mistrás —dijo mi madre viendo brillar el sol en la piel tersa de los limones.

—La verdad es que las dos tienen un parecido. Son nuestras tierras prometidas.

—¿Como mi icono y su cuadro?

—Mi pintura ha sido un regalo modesto. Pero mirando su San Jorge, si me permite, madonna, creo que usted tiene ojos en la yema de los dedos —la volvió a halagar el invitado.

El caballero Salvo Rossi continuó haciendo visitas a nuestra villa. Al principio, Irene y yo recibíamos con desconfianza a aquel forastero que tanto agradaba a nuestra madre. Temíamos perder su atención. Sentíamos celos. Poco a poco, el florentino, paciente y sociable, se fue ganando la simpatía de todos.

Conmigo hablaba de los estudios en la academia platónica, donde había hecho amistad con mi maestro Besarión. Ambos tenían muchas cosas por compartir. A mí me relataba leyendas latinas. Me leía versos de un poeta de su patria, el Dante, que, como yo deseaba hacer cuando fuera mayor, había cultivado las armas y las letras. «El espíritu se eleva sobre el fango de la muerte», me traducía. Sus palabras me gustaban: me hacían soñar despierto, me invitaban a viajar a otros mundos.

A Irene la trataba como lo que era, una pequeña princesa: con delicadeza de niña, con respeto de mujer. En una ocasión, le describió los peinados y los vestidos de moda entre las damas italianas, con sumo agrado de mi hermana. En otra, le regaló una pulsera de piedras duras, que ella mostraba a sus amigas para que admiraran el brillo de sus colores al sol.

Tan solo mi padre, atareado en preparativos militares, quedó al margen de esta relación de cortesía.

IX

Por amor al dinero

El general Nicéforo Urano estaba muy preocupado por la marcha de los asuntos bélicos. Acababan de comunicarle que tropas francas habían penetrado en la comarca de Arcadia. El ejército de Mistrás debía frenar su avance antes de que recuperasen la península del Peloponeso. Necesitaba armas y tropas auxiliares. En busca de ellas, después de haberle mostrado la armadura en la víspera, llamó al embajador Lupi a sus aposentos.

—¿Puede conseguirme una partida de espadas? —le preguntó mi padre.

—Esperamos un cargamento de ellas. Han sido fundidas en Milán —le repitió el astuto Lucio—. Llegará en breve al puerto de Patras.

—Las muestras son buenas. Pero el precio que pide es exagerado.

—Me lo puede pagar a plazos.

—Aquí tiene un anticipo en oro. Es de mis propios fondos. —Y sacó un par de bolsas de un arcón.

—Siguen faltando dos tercios. Y no puedo esperar mucho. He de proseguir camino a Constantinopla.

—¿Acaso duda de que le pague todo?

—No es eso. Pero si me diera una garantía…

—¿Qué quiere decir?

—Que me firme esta letra de cambio.

—Ese tipo de pago no lo usamos en Bizancio.

—Es sencillo. Se compromete a darme el plazo restante cuando vuelva el año próximo. Yo la escribo en italiano y usted en griego.

—Me voy a fiar. Pero, por su bien, ¡ni se le ocurra engañarme! —Y mi padre firmó apremiado por la guerra.

—El resto lo podría sacar del tesoro de Mistrás —insistió el ambicioso prestamista tras guardarse la letra firmada.

—En estos momentos no tiene fondos.

—Pues pídale el dinero al déspota. —Mi padre se enfureció.

—¡Un militar espartano no es un pedigüeño! ¿No le basta mi palabra de que recibirá todo el dinero?

—La palabra es importante, pero la liquidez también. Y sabe que no me faltarán compradores… —advirtió con descaro el tipo de los ojos rabiosos.

—¡Lo que sé es que eres un sucio usurero! ¡Solo te mueve al amor al dinero! —le gritó mi padre tuteándole, zarandeándole y guardando el oro en el arca bajo llave—. ¡No hay trato! ¡Sal enseguida de mi casa! Y escucha bien: ¡mañana no quiero verte en Mistrás! —Y le empujó fuera del cuarto.

Los Lupi hablaron con su compañero de embajada antes de desaparecer del mapa. El banquero despechado contó a su paisano una versión falsa de los hechos. Le dijo que el general le había querido extorsionar. Que le había pedido un préstamo por la fuerza. Que le había amenazado de muerte. En cambio, mi padre calló sus planes para chantajearle, sus presiones para sacarle dinero a toda costa. «Es por esto, Salvo —concluyó su lamento fingido—, por lo que Luchino y yo tenemos que abandonar la ciudad para salvar la vida. Dejamos en tus manos los intereses de Florencia.»

El bueno de messer Rossi no entendía nada. Intentó aplacar la ira de su colega. Se ofreció a mediar en la disputa. Todo fue en balde. Esa

noche, padre e hijo hicieron el equipaje para viajar con las primeras luces del alba.

Tras negarse el general a este acuerdo mezquino, temiendo su furia de guerrero, los Lupi se ausentaron de Mistrás con rumbo desconocido. Unas semanas después, un correo enviado por nuestros agentes en Patras informó del merodeo de la pareja por el puerto, donde acababa de atracar una galera veneciana. Los extranjeros habían recogido unos fardos de la bodega del barco —decía el mensaje—, y luego, al atardecer, cuando estaba despoblado el muelle, habían subido la carga a un par de naves ligeras.

Esos barcos sin bandera navegaron de cabotaje, pegados al litoral. Seguían la ruta de los contrabandistas. Algunos pescadores que faenaban en aquellas aguas los vieron descender hasta el golfo de Kyparisia. Nuestro Estado Mayor, convocado por mi padre, se propuso interceptarlos, aunque sabía que la costa recortada, con sus bahías desiertas, ofrecía muchos puntos de desembarco para las naves furtivas. Antes de que enfilasen rumbo al litoral montañoso de Mani, se les perdió la pista. Allá donde la península se sumerge de golpe en las aguas insondables del mar Jónico.

X

Si quieres la paz, haz la guerra

«Si quieres la paz, haz la guerra», dice el proverbio antiguo. El déspota de Mistrás, por mediación del papa de Roma, había firmado una tregua con los francos del norte. Pero estos, incapaces de acostumbrarse a una vida sedentaria, habían reanudado las correrías contra los vecinos griegos. Los agresores amenazaban con conquistar toda la baronía de Arcadia, pues barones se llamaba a los señores de la comarca que la gobernaban en nombre del basileus de Bizancio.

Al final del verano, mi padre, Nicéforo Urano, viajó con su ejército hasta las tierras de Arcadia. Allí se reunió con tropas aliadas griegas y, tras acordar una estrategia conjunta, se aprestaron a librar batalla contra los invasores francos. Lucharían a campo abierto en la llanura de Mirto.

Nada más llegar al campamento, los exploradores, que habían tanteado las posiciones rivales, trajeron al general unas espadas similares a las que había querido venderle Lucio Lupi. Todo encajaba. Mi padre acababa de descubrir el tráfico de armas que el malvado florentino había realizado con los enemigos de Mistrás.

—Desconozco los detalles acerca del lugar de la entrega y del precio pagado por ellas —le dijo mi padre a su oficial de confianza.

—¿No pueden ser unas armas parecidas a aquellas?

—No, Orestes. Estoy seguro de que se trata de las mismas que me ofrecieron los Lupi en Villa Olimpia. Mira la marca de Milán en la hoja.

—¡Malditos traidores! —exclamó el fiel Mazapos—. Pagarán por esto.

—Escucha. Solo compartiré este secreto contigo. Ahora lo que importa es la batalla.

Los ejércitos griegos y francos velaron armas antes de entrar en combate. Todo parecía seguir su curso. Unos soldados dormían a pierna suelta junto a sus pertrechos. Otros, más temerosos de Dios, rezaban a los santos guerreros de los iconos que colgaban de sus cuellos. Los soldados de guardia permanecían vigilantes a la luz de las hogueras. Parecía como si los arcángeles del cielo aletearan sobre los campamentos. Las tiendas arracimadas en la llanura semejaban dos enjambres de avispas prestas a aguijonearse hasta la muerte.

Sin esperarlo mi padre, entró en acción un factor sorpresa, una treta que iba a resultar fatal para su vida. Los barcos que habían portado las armas de contrabando estaban de acuerdo con otros que llevaron a algunos mercenarios. Eran meligs reclutados en el litoral de las Montañas Malas, que, ascendiendo a través del golfo de Mesenia, habían arribado a las costas arcadias. Los Lupi les habían dado un adelanto en florines de oro para realizar un trabajo sucio. Mientras duró la oscuridad, esta flotilla de asesinos esperó agazapada en la bahía de Los Hinojos, donde solo se atrevían a fondear renegados y piratas. Pero, antes del amanecer, los bandidos desembarcaron y, a uña de caballo, se adentraron en tierra firme.

Esa noche fue inquietante. Caía una luz enfermiza de luna menguante. El cielo fue cubriéndose de nubarrones negros. El mar embravecido arrojaba olas gigantes contra la costa. Los relámpagos de la tormenta presagiaron un fatal desenlace. El augurio nunca falla.

Los Lupi no esperaron a ver el final del combate. Se esfumaron cuando todavía las tropas de los dos bandos aguardaban en sus tiendas de campaña. Acordaron con un arriero local que les guiase por el camino de vuelta más corto a Mistrás. Compraron a un tratante de ganado unos caballos veloces y resistentes. Abandonaron el país de Arcadia con las prisas de unos ladrones a los que persiguen los guardias.

Marcharon disfrazados para no llamar la atención de los paisanos: vestidos a la griega y con el rostro cubierto por un pañuelo. El guía conocía los pasos, los puentes y los atajos. De manera que en su ruta de fuga buscaron los lugares más apartados. Atravesaron sendas poco transitadas. Vadearon ríos por el lecho seco de sus cauces. Solo se cruzaron con pastores que cuidaban sus rebaños y labriegos solitarios que volvían del campo al pueblo. Apenas echaron una cabezada sobre la hierba reciente de los bosques de paso. Cabalgaron de día y de noche para cubrir la distancia en un par de jornadas.

Querían llegar a Mistrás antes de que volviese a ella el ejército del general Urano. Sabían que, en su ausencia, su esposa era la administradora de la hacienda. Pretendían cobrar la letra de cambio y robar las bolsas de oro del arcón de mi casa. Estaban dispuestos a hacer cualquier barbaridad para vengarse de mi padre. Les corría el veneno del odio por las venas.

Alcanzaron la ciudad al atardecer. Los viajeros se cambiaron de atuendo en el último tramo del camino. La herrería vieja estaba deshabitada. Nadie les vio quitarse los ropajes griegos y ponerse los italianos. El padre se vistió con el hábito verde y el gorro rojo de cono. El hijo, con una camisa parda y la gorra verde de plato. Los centinelas, saliendo del cuerpo de guardia, les dieron el alto en la puerta de la muralla baja. A la vista de esos trajes lujosos, enseguida pensaron que eran extranjeros ilustres.

—¿Quiénes sois? —les preguntó el sargento de guardia.

—Lucio y Luchino Lupi, el embajador de Florencia y su paje. —Le mostraron el salvoconducto.

—¿Y adónde vais?

—A visitar al déspota por negocios. Tomad. Bebed unas jarras de vino a nuestra salud. —Les dio un puñado de monedas.

—Parece que todo está en orden. Podéis pasar.

La caravana llegó hasta el albergue donde se alojaban los embajadores. Lucio mandó al arriero que buscase una cuadra para

que descansasen los caballos y pasasen la noche. Después se encontró en la taberna con su colega Salvo Rossi, que apuraba sus últimos días de estancia en la ciudad antes de proseguir viaje hacia Rodas.

—¿Cómo de vuelta, messer Lucio y compañía?

—Dejamos aquí un asunto pendiente. Nos dijeron que el general Urano había salido de campaña y queremos resolverlo sin que peligren nuestras vidas.

—¿Y dónde habéis estado?

—En el puerto de Patras. Teníamos que recoger una partida de tintes de pintura.

—En Mistrás escasean. Por eso se pagan caros —dijo el joven Luchino.

—Sobre todo aprecian el dorado —añadió su padre.

—Claro. Para ellos es el color más noble. Lo emplean para pintar las coronas de los santos.

—Por cierto, ¿no te importa que vayamos contigo a Villa Olimpia? Creo que a la señora Artemisa le gustarán nuestros tintes.

—En absoluto. De vez en cuando me paso un rato para ver cómo está acabando el icono de San Jorge. Además, llegáis justo a tiempo, porque pensaba despedirme de la familia.

—Entonces, te acompañaremos.

En el dormitorio del albergue, hablando en voz baja, padre e hijo repasaron el plan de venganza contra mi padre. La coartada para la visita consistiría en ofrecer tinte dorado a su esposa. Una vez dentro de la casa, Lucio le exigiría cobrar la letra de cambio, mientras Luchino entretendría al embajador Salvo y vigilaría para que no entrase ningún criado. Si mi madre se negase a pagar, el prestamista la obligaría como fuera. Robarían las bolsas de oro del arcón. También se llevarían algún objeto que inculpase a su colega diplomático. Después, padre e hijo se despedirían de su paisano

pretextando un asunto urgente.

En la esquina de la calle montarían en los caballos que el guía les tendría preparados. Llevarían ese objeto comprometedor a la habitación de Salvo como prueba del delito. Saldrían de Mistrás a plena luz del día y, una vez extramuros, galoparían como alma que lleva el diablo. Era una idea perversa. Les movía el nervio endiablado de la malicia.

SEGUNDA PARTE

MIS RUINAS DEVASTADAS

«Y es allí (como una Toscana un poco desordenada), imposible, inexpugnable, irreal, tan a plomo que da vértigo mirarla, donde cuelga Mistrás, las ruinas devastadas de un pasado que es el más devastado y extinguido de todos los de nuestra historia. Mistrás, lacerada, trágica, como un cadáver desenterrado y que invoque sepultura.»

Cesare Brandi, Viaje a la Grecia antigua

XI

Una infame paliza

«Huu, huuuuu», ululaba la lechuza de Palas Atenea posada en una higuera del jardín. Sus ojos de ámbar permanecían abiertos. Sus chillidos de arpía se prolongaban más allá del alba. No era una buena señal. Era un aviso de peligro. Era un preludio de tragedia. Una desgracia se cernía sobre nuestra casa. Un pecado mortal se iba a cometer contra mi familia. El diablo acechaba en la ciudad de Dios.

Los embajadores de Florencia se plantaron en la verja de Villa Olimpia. Pidieron al portero que avisase a la señora Artemisa de su llegada y le preguntase si les podía recibir. La anfitriona asintió y ordenó a las criadas que dispusiesen sillas, mesas bajas y bandejas bajo las moreras. El jardín apenas estaba amurallado por un cinturón de adelfas.

El grupo se sentó en torno a la fuente coronada por la estatua de Hércules. Sus chorros derramaban frescor. Su dios recordaba al heroico general Nicéforo en acción. Mi madre se extrañó al ver que a messer Salvo le acompañaban los Lupi. Sabía de la discusión con su marido y les situaba muy lejos de Mistrás. Esperaba impaciente para que le explicasen el motivo de su presencia.

—Buenos días, donna Artemisa —saludó cortés el embajador Rossi.

—Señora —añadieron los Lupi con una inclinación de cabeza.

—Bienvenidos a Villa Olimpia. —Les devolvió el gesto mi madre—. ¿A qué se debe el honor de su visita?

—Madonna, he venido a despedirme y a agradecerle sus atenciones

—dijo Salvo.

—En griego, «extranjero» y «huésped» son una misma palabra. La hospitalidad es nuestra mejor virtud.

—Lo sé y le reitero las gracias. Si no es molestia, me gustaría ver cómo ha terminado el icono de San Jorge.

—Ahora pido que lo traigan. Ya sabe que luce más con la luz del sol.

—Nosotros también nos iremos pronto —intervino Lucio siguiendo su treta—. Pero como sabemos que la señora es una gran pintora, le queríamos ofrecer un tinte dorado.

Los Lupi mostraron su apreciada mercancía. A una señal de su padre, Luchino abrió una bolsa de terciopelo. En su interior brillaba un polvo amarillo que, diluido en agua, se convertía en el color del oro. La señora Artemisa hizo una prueba. Untó su pincel de marta en el tinte y pintó una corona en el icono. El resultado —un aura brillante sobre la cabeza de un santo— la convenció de la bondad del producto.

—Parece de excelente calidad —dijo la anfitriona—. Y el dorado es difícil de conseguir en Mistrás. ¿Cuánto cuesta?

—Lo que usted estime. Lo único que le pido es que el pago sea en monedas de oro. Las necesito para comerciar en Constantinopla.

—De acuerdo. Le daré la misma cantidad que al último tratante de pinturas.

—Si pasáramos a la casa, le dejaría la bolsa con el tinte y usted me pagaría.

—Está bien. En ausencia de mi marido, yo llevo las cuentas de la familia.

—Messer Salvo puede esperar en el jardín admirando su pintura. Solo será un momento.

Antes de pedirle a la señora entrar en la casa, el malvado Lucio se

había cerciorado de las escasas personas que estaban en la villa.

Aquella mañana yo había ido a clase en la academia platónica. Mi hermana, acompañada de su nodriza, había subido a palacio para reunirse con las damas de la esposa del déspota. La princesa Cleofa preparaba una fiesta de recepción a los heroicos espartanos que estaban luchando en Arcadia. Quería preguntar a Irene por los gustos de nuestro padre. Le preparaban una bienvenida para premiarle por una victoria que daban por hecho. Mi madre le había dado consejos para empezar a familiarizarse con el protocolo cortesano.

Solo regresaríamos a Villa Olimpia para la comida. A la mesa estaban invitados mi preceptor Besarión, mi tía Metilene y mis primos. Ninguno imaginaba las desdichas que nos íbamos a encontrar.

Mi madre y Lucio Lupi caminaron hasta la columnata jónica de la entrada. Pasaron a la habitación donde el comerciante había tratado con el general Urano. La anfitriona mandó a un criado de confianza que se quedase esperando instrucciones en la puerta. Después, pidiendo a su invitado que aguardase un momento, desapareció detrás de las cortinas para sacar el dinero del arcón. Cuando volvió al cuarto, parada frente al mercader, sintió un escalofrío. Su semblante había cambiado. Ahora la miraba con aquellos ojos de perro que tanto miedo le daban.

El prestamista puso sobre la mesa la letra de cambio que había firmado el general. Mi madre no había visto un papel así en su vida ni sabía qué le reclamaba aquel bastardo. Mientras, afuera, en el jardín, el siniestro Luchino entretenía a messer Salvo haciéndole preguntas sobre el icono: «¿Cómo mezclan la yema de huevo y los colores?, ¿cómo doran los bizantinos esas coronas sin nuestro tinte?». De reojo observaba que nadie entrase en la casa.

En un momento, excusando ir al retrete, el joven avieso entró en la mansión. Anduvo sigiloso pasillo adelante. Tapó la boca a nuestro criado para que no chillase. Se deshizo del mismo clavándole un puñal en el costado. Arrastró el cuerpo debajo de un mueble. Pegó el oído a la puerta del cuarto donde discutían. Al pronto, en el silencio de la vivienda, un Lucio violento amenazó a mi señora

Artemisa con cobrarse la deuda por la fuerza.

—¡Me vas a dar el dinero por las buenas o por las malas! —gritó a mi madre con su mirada vidriosa.

—¡Antes muerta! —Empuñó una de las espadas que el general tenía a mano desde el ataque de los meligs.

—¡Paga, zorra!

—¡No te atrevas a tocarme! —Blandió el arma para matar o matarse en defensa de su honor.

—¡Ven aquí, fiera! —Trató de sujetarla por los cabellos.

—Tú te lo has buscado.

Mi madre le asestó un tajo en el brazo que empezó a empapar su manga con un hilo de sangre. Los gritos de dolor alertaron a Luchino, que se precipitó sobre la habitación. Entre los dos golpearon con saña a mi madre. La desarmaron a puñetazos. Según caía, volcó el candelabro de san Demetrio. Mala señal fue perder la protección del santo patrón de Mistrás. Al apagarse la luz de sus velas, al rodar de espaldas por el suelo, también se apagó para mi señora Artemisa la esperanza de salir bien parada de allí.

—¡Coge el oro del arcón! ¡Busca detrás de la cortina! —ordenó Lucio a su cómplice.

—Ahora mismo, padre.

—Voy a vendarme esta herida antes de desangrarme. Coge el cuadro de Florencia que le regaló Salvo a esta. Será la prueba de su culpa.

—¡Y tú, puta, te vas a enterar de cómo se las gasta un Lupi! —amenazó el joven con las venas del cuello hinchadas y los dientes afilados.

Me hace daño recordar el resto. Doña Artemisa, sangre de Paleólogos, nacida en la púrpura, fue maltratada en su propia casa. Sus agresores golpearon a la mujer, pero también a la pariente del

emperador de Bizancio y a la esposa del general Urano. Debían ser castigados tres veces. Solo merecían la trinidad de la muerte.

XII

Perro…, niño…, hierba…

El ruido en el interior de la casa alertó a las personas que estaban en el jardín. El primero en acudir en auxilio fue messer Salvo. Al llegar a la entrada, se cruzó con los Lupi, cuyos ojos inyectados en sangre le respondieron a su pregunta de ¿qué ha pasado? Después se presentaron dos sirvientas que, al entrar en la habitación, encontraron al embajador arrodillado ante el cuerpo maltrecho de mi madre. El jardinero, que estaba podando el emparrado, vio desde la escalera cómo alguien cruzaba la salida de la verja. Le pareció que eran Lucio y Luchino despidiéndose para disimular.

—¿Qué ha pasado, donna Artemisa? —preguntó el embajador.

—Perro…, niño…, hierba… —balbuceaba mi madre palabras inconexas.

—¡Ayudadme a llevarla a su cama! —dijo Salvo a las criadas.

—¡No se acerque a nosotras! ¡No nos haga daño! —replicaron atemorizadas.

—Pero ¿adónde vais? Necesitamos ayuda.

Las sirvientas salieron de la casa pidiendo socorro. Pensaron que el extranjero Salvo había pegado a mi madre. Así lo iban contando a quienes querían escucharlas. El jardinero pidió a un muchacho que corriese a avisar a la guardia. Los vecinos, alertados por el alboroto de las criadas y el ladrido de los perros, se arremolinaron en la villa. Los hombres estaban dispuestos a detener al agresor que aún permanecía en la casa. Una patrulla de soldados apresó al diplomático florentino sin que opusiera resistencia.

En ese instante llegamos mi hermana, mi preceptor y yo. Mis tías Clío y Metilene y mis primos lo hicieron unos instantes más tarde. El prudente Besarión nos pidió que no entrásemos en el cuarto donde yacía la señora Artemisa. Nos quiso evitar una escena tan dolorosa. No lo consiguió.

Mientras mi tía Metilene trataba de calmar el llanto de Irene, yo, en un descuido de la guardia, me colé en el cuarto. Vi a mi madre tumbada en una cama. Su hermana Clío le había colocado una almohada de plumas debajo de la cabeza y la había tapado con una sábana de seda. Trataba de cubrir su desnudez, entrevista por los vestidos desgarrados. Las criadas limpiaban la sangre de su rostro. Apreté contra mi pecho el icono de la Virgen de Pantanassa que me regaló mi madre. ¡Juré por Dios matar al culpable de esa atrocidad!

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Besarión una vez adecentada.

—Perro…, niño…, hierba… —siguió repitiendo mi madre.

—Dígame algo, alguna frase, ¡por amor de Dios!

—Perro…, niño…, hierba…

—¿Qué significarán esas palabras? ¿Los perros guardianes? ¿Sus hijos? ¿El jardín? No tienen sentido.

—Ahora está confusa —observó el médico—. Más tarde, cuando vuelva a su ser, nos explicará qué ha querido decir.

Mi preceptor Besarión hizo llamar a todos los sirvientes. Formaron un círculo en torno a la fuente de Hércules para no perturbar más el delirio de mi madre en casa. Me sumé al grupo. No quería perderme ningún cabo suelto. El maestro recabó todos los testimonios que pudiesen arrojar luz sobre el suceso.

—¿Qué habéis visto vosotras? —se dirigió a las criadas.

—A la señora con la túnica rota y sangre en la cara —dijo una.

—Y a ese hombre que la sujetaba en el suelo —añadió otra.

—No me parece obra de un caballero como Salvo —musitó el

filósofo.

—¿Y tú qué me dices? —preguntó al jardinero.

—Yo solo vi a esos otros dos extranjeros salir de la villa. El padre iba despacio, como si estuviese mareado, y el hijo le ayudaba a caminar.

—A mí me pareció que eran infieles con turbantes —dijo una vecina.

—¿Turcos en Mistrás?

—No le haga caso, señor. Mi mujer es analfabeta, pero no tiene mal corazón —la disculpó el marido.

Los Lupi se subieron a los caballos ensillados por el arriero. Fueron al trote hasta el albergue donde se alojaban los embajadores. Lucio se limpió la herida y se vendó dentro del cuarto para que no le vieran. A continuación camufló la mayor parte del oro que había robado en el doble fondo del equipaje. Mientras tanto, su hijo subió al cuarto de Salvo Rossi y, pensando que pronto llegaría la guardia, dejó en un lugar visible una bolsita de oro y el cuadro de Florencia que este regalase a mi señora Artemisa.

Sin pausa, volvieron a montar en sus corceles y se dirigieron hacia la puerta de la muralla baja. Cruzaron la puerta de Monemvasía, situada en el centro de la colina, a plena luz del día. Salieron de la ciudad sin hacer ruido. En campo abierto, picaron espuelas, galopando por un camino de herradura sin rumbo conocido. En unas horas, mientras que Salvo era interrogado en una celda, los prestamistas estaban lejos de Mistrás. Pareció como si se los hubiese tragado la tierra.

Era costumbre que cada comerciante que regresaba del extranjero llevara un regalo para la Signoria de Florencia. Los Lupi la obsequiaron con una alfombra persa. Messer Salvo lo hizo entregando su vida.

XIII

Juicio de Dios, yerro de los hombres

La justicia actuó rápida y severa con el acusado. El déspota Teodoro reunió a los magistrados en palacio. Enseguida envió un correo al almirante Urano, cuya flota estaba atracada en el puerto de Kalamata. Llegaría a uña de caballo en una jornada. Mi tío, como pariente de sangre, asumiría la representación de la familia en el juicio. Estimaron que era mejor no preocupar a mi padre, que estaba a punto de entrar en combate contra los invasores francos. Si se hubiese enterado el general, su corazón se habría dividido entre el deber a la patria y el amor a su esposa. Solo Dios sabe cuál de sus dos sentimientos habría triunfado.

—¿Qué pruebas tenemos contra el acusado? —preguntó Teodoro.

—Los testigos de la paliza y los objetos del robo —respondió un juez.

—Las criadas vieron al forastero golpeando a doña Artemisa en el suelo —añadió otro.

—Y en su albergue hemos encontrado el oro de los Urano y una pintura de Florencia.

—Es el cuadro que regaló a la señora. Sería la coartada para ganarse su amistad y entrar en Villa Olimpia.

—¿Ha confesado el preso? —preguntó el déspota.

—Niega su culpa. Insiste en que no sabe lo que le ha pasado a la señora. Solo dice que al entrar en la casa se cruzó con sus paisanos —contestó un juez.

—Y eso que mis carceleros se han empleado a fondo… —añadió el guardián dando a entender la tortura del desdichado Salvo.

—Le está cargando el delito a los otros florentinos. Pero hemos preguntado en el albergue y en el cuerpo de guardia. En ambos nos han dicho que los Lupi salieron tranquilamente de la ciudad a sus negocios.

—¡Solo cabe su muerte! —irrumpió mi tío, recién llegado tras cabalgar toda la noche.

—¡Y así será, almirante! —le respondió Teodoro.

—Es un hereje latino. Merece la hoguera —opinó el patriarca.

—Ha mancillado el honor de mi familia —dijo Narsés Urano—. Un pecado como este se castiga con la pena capital.

—Un poco de calma. No somos bárbaros como los meligs o los turcos. Debemos respetar las leyes de Bizancio.

—Tampoco olvidemos que el acusado es un embajador de una ciudad amiga en el comercio —observó un juez.

—Os he escuchado a todos, y todos tenéis parte de razón. El crimen del forastero ha sido execrable. Solo consideraré como atenuante su condición de diplomático —dijo Teodoro.

—Pero, señor… —trató de intervenir mi tío.

—¡Está decidido! Doy por probado que el preso Salvo Rossi apaleó a la señora Artemisa Paleóloga y robó oro del arcón de su familia. Le sentencio a la horca —concluyó el déspota.

La muerte es prosaica. El juicio, sumario. Los carpinteros levantaron un patíbulo en la plaza de Metrópolis. El escarmiento debía ser público. El déspota Teodoro y los notables de Mistrás asistieron a la ejecución desde unas gradas efímeras. El pueblo, deseoso de diversiones, se agolpó frente al cadalso para ver el espectáculo. El patriarca pidió al condenado que se arrepintiese y confesase la verdad.

—¡Soy inocente! —repetía una y otra vez Salvo—. ¡Inocenteeeee…!

—Admite tu crimen, y la bondad de Dios te perdonará.

—¡Esa es la verdad! ¡Nunca haría daño a donna Artemisa! ¡Yo la apreciaba mucho!

—¡Calla, blasfemo! ¡Deja de difamar su nombre!

—¡Arderás en el infierno!

A una señal del déspota, el verdugo puso al condenado la soga alrededor del cuello. Accionó la palanca y se abrió la trampilla. El embajador Salvo Rossi cayó al vacío. Quedó colgando como un pelele. Sus ojos azules se desorbitaron mirando a la gente. Sus cabellos rubios cayeron alborotados sobre el pecho. Nunca llegó a Rodas. Nunca volvió a Florencia. Ni siquiera fue enterrado en sagrado. Le hicieron un hueco vergonzante entre las tumbas de los suicidas.

—Que Dios le perdone si es culpable. O que Dios nos perdone a nosotros si hemos matado a un inocente —dijo mi maestro Besarión y se santiguó.

«El espíritu se eleva sobre el fango de la muerte», recordé los versos de Dante que el embajador me traducía. No sabía qué pensar. Estaba hecho un lío. ¿Cómo iba a pegar messer Salvo a mi madre? ¿Cómo, a robar en mi casa? Algo se me escapaba.

Mi madre había sido trasladada a palacio por orden expresa de la princesa Cleofa. Su hermana Clío y mi tía Metilene, con ayuda de las criadas, no se separaban de ella. A Irene y a mí, el almirante Narsés nos llevó a su casa, donde estuvimos acompañados de mis primos. Era una villa más pequeña que la nuestra. La más adecuada para las necesidades del almirante, pues este, embarcado en verano, apenas la ocupaba unos meses. Mientras tanto, el resto del año, su familia estaba protegida dentro de las murallas de Mistrás.

El médico curó las heridas físicas de mi señora Artemisa. Sin embargo, permanecían abiertas las del espíritu, como se podía ver por su mudez repentina y su mirada perdida en la lejanía. A la

semana empezó a tener vómitos y mareos. El doctor los atribuyó al estado de confusión en el que la había sumido la paliza.

Tratando de que sanase, llegó a visitarla un saloi, uno de esos que se hacen llamar «locos de Cristo». Estos curanderos vagabundos eran venerados por el pueblo como santos en vida. El milagrero tampoco consiguió sanarla. Nos dijo que padecía una enfermedad del alma llamada melancolía. El caso es que aumentaba su malestar y no acababa de recuperar el habla. Temimos seriamente por su vida.

Por entonces, preocupado por el destino de mis padres, no conocía los detalles de la agresión a mi señora Artemisa. Tardaron en revelarme la verdad sobre la infamia de aquellos malnacidos. Lo que parecía claro es que habían dañado su ánimo para siempre. Su rostro fino se bañaba de lágrimas cada poco. Sus rizos ensortijados se habían vuelto lacios. Su voz cristalina se había apagado. Sus ojos de avellana, unas pupilas de carbón encendido, se perdían tristes como si solo pudieran ver el espanto. ¡Ay, sus ojos! Detrás de ellos estaba toda la tragedia de Grecia. Mi tragedia.

XIV

Traición en la batalla de Mirto

Los enemigos que nunca faltan no tardaron mucho en aparecer. San Jorge se ausentó de mi guarda mientras me hacía hombre. Rezamos al protector de Bizancio para que nos condujese a la victoria. Sin embargo, mi padre, el valiente Nicéforo Urano, fue asesinado a traición durante la batalla de Mirto. Corría el año del Señor de 1436. Yo cumplía 16 años. Me había prometido llevarme al combate en la siguiente campaña.

No era mi padre de los tipos que pasan desapercibidos. Le rodeaba un aura de leyenda. Encarnaba el ideal antiguo del kalós kagathós: el «bello y valiente». En el combate se transformaba en el héroe de las mil caras. Alto, espigado, dos metros de estatura, el rostro noble y el cuerpo atlético, le hacían destacar entre sus soldados, ya de por sí hercúleos por la lucha, ya de por sí curtidos por la vida. Unos guerreros que se miraban en los legendarios espartanos, de los que les hablaron sus mayores. Unos soldados fieles hasta derramar la última gota de sangre por su general y su patria.

La predicción sobre la batalla —de la que su lugarteniente Orestes Mazapos nos contó los detalles— pintaba bien para las fuerzas de Mistrás. «Hoy hay un cielo mágico. Es un día distinto. Los jóvenes griegos cabalgarán al combate en pos de la victoria», leyó mi padre el pronóstico que le habían hecho los augures. Aquel día nefasto, tras su trágico desenlace, supe que no hay horóscopos buenos, sino astrólogos malos.

El paisaje temblaba en la llanura de Mirto bajo un calor sofocante. El pope griego dio la comunión a los soldados de infantería y a los jinetes apeados de sus sillas de montar. En el bando rival, el

sacerdote católico hizo lo propio con nuestros enemigos para encender sus ánimos. Los generales pronunciaron arengas apasionadas. Sonaron las trompetas. A la carrera y a voz en grito, los ejércitos bizantino y franco se lanzaron a una lucha sin cuartel. El vencedor decidiría el futuro de la baronía de Arcadia.

Mi padre, erguido a lomos de su caballo blanco, galopó al pie de una hilera de matorrales que conducía al campo de batalla. Llevaba el yelmo alado y empuñaba el hacha de la victoria en la mano. Encabezó la carga de caballería contra los francos al grito de aera, que significa «aire» y «alma» a la vez. El corneta tocó «¡Al ataque!». Los soldados, con una espada en una mano y el escudo en la otra, se enfrascaron en una lucha cuerpo a cuerpo. Acabaron por entremezclarse con sus enemigos.

De pronto, unos jinetes arcadios, a los que habíamos considerado aliados, cortaron el paso al general Urano. Simularon reforzar un frente que retrocedía. En realidad, abrieron un pasillo para que pasaran los sicarios meligs, haciendo de pantalla frente a las tropas de Mistrás. Alguien les había sobornado para infiltrarse en ese flanco. Los hombres de confianza de mi padre, envueltos en la refriega, le perdieron de vista por un momento.

En medio de la confusión, entre la polvareda y el griterío, unos arqueros dispararon al general sus flechas desde la retaguardia. Herido por la espalda, se revolvió para repeler el ataque. Los esbirros meligs le atravesaron los costados y el corazón con lanzas afiladas. Su guardia personal reaccionó a tiempo para que su jefezuelo, el sanguinario Karameligs, un tipo de mirada torva y labio cortado por un tajo, no le decapitase. El bárbaro quería su cráneo para coronar la pirámide de cabezas cortadas que solían levantar tras la lucha. A la consigna de «¡Por san Jorge!», los soldados más leales, dirigidos por el capitán Mazapos, pusieron en fuga a los bandidos, pero no pudieron salvar la vida a mi padre.

No cabía duda. Los verdugos se habían camuflado entre nuestras filas amigas con la ayuda de algunos arcadios traidores. Los supervivientes se replegaron enardecidos hacia la costa. En la bahía de Los Hinojos, cuyo puerto solo frecuentaban forajidos, esperaban las naves que les habían traído desde sus guaridas en el país de Mani. Unos comerciantes extranjeros les pagaron la mitad que

restaba del soborno. Después les embarcaron de vuelta hasta las Montañas Malas. Alardeaban del dudoso honor de haber matado al héroe de Mistrás.

De nada sirvió lamentar el descuido de los guardaespaldas. De nada, el castigo ejemplar sobre el mismo campo de batalla que pobló los escasos árboles de ahorcados. De nada, despedazar a los meligs prisioneros y esparcir sus restos por las tierras ensangrentadas de Mirto. Menos aún, la excusa de los astrólogos atribuyendo el crimen a la conjunción de Saturno y la Luna. El general Urano yacía muerto en un charco rojizo. Su sangre fluía como un arroyo encarnado que desagua en un río turbio. Su alma volaba ya hacia los Campos Elíseos, el paraíso que Dios solo reserva a los elegidos.

Uno de sus capitanes, Orestes Mazapos —el padre de mi mejor amigo, Demetrio—, nos trajo a casa el cuerpo yerto. Acabábamos de dejar la vivienda de mi tío Narsés y de regresar a Villa Olimpia.

El héroe abatido estaba cubierto por el estandarte de los Paleólogos: las águilas bizantinas de doble cabeza sobre seda bordada en oro. Le habían amortajado de gala antes de que se celebrase el rito funerario. Ese lugarteniente curtido en mil combates, ese tipo duro y robusto, trató de contener la emoción: el dolor de la pérdida, la rabia de la impotencia. Pero al final no pudo evitar unas lágrimas de ira. De su boca salieron amenazas terribles jurando revancha.

Aquellas palabras honrando al guerrero espartano, que antes que jefe era hermano de patria, creo que me marcaron para siempre. La venganza —pensé entonces— es el único remedio que cura el mal de la traición.

Mi madre, todavía enferma desde su atropello, había presentido su muerte días atrás. La noche previa a la batalla tuvo una visión profética. La despertó una pesadilla en la que aparecía una casa sin tejado. En el lenguaje de los sueños, eso significa la tumba. Pero es que, a la misma hora del combate, mientras ponía velas a los iconos, los perros de la casa dejaron de ladrar.

De ahí que esperase los restos mortales del general con dos coronas de laurel en la mano: una para ceñirla a las sienes de su marido difunto, otra para aquel militar de su unidad que diese caza a los

asesinos. Pensaba, como sus ancestros, que solo los atletas coronados pueden alcanzar la morada de los héroes.

XV

¿Qué hallaremos en el mundo de las sombras?

Tras el velatorio en Villa Olimpia, al alba de un día desapacible, tuvo lugar la ceremonia fúnebre de mi padre. El déspota Teodoro II mandó que le rindiesen honores de Estado. El hermano del basileus de Bizancio, por cuyas venas corría sangre divina, elogió públicamente a su general fallecido: dijo que era el más valiente de entre los valientes; dijo que era el Leónidas de los Trescientos en las Termópilas; dijo que ya moraba en el panteón de los héroes.

El filósofo Gemistos Pletón, tras enumerar sus méritos bélicos, añadió que su alma ascendería al cielo en brazos de los arcángeles y que su cuerpo descendería a la tierra cubierto de laureles. «La simiente de los Urano —concluyó la alabanza— brotará hacia la luz entre los cipreses del cementerio.» A su lado, Basilio Besarión recordó que mi padre fue la mejor encarnación del kalós kagathós («bello y valiente») de la Grecia antigua.

Su viuda, de riguroso negro roto por un velo púrpura, fue llevada en brazos por el déspota Teodoro y su mujer Cleofa hasta el féretro. Después, conteniendo las lágrimas, depositó un par de monedas en los ojos del difunto. Era el pago anticipado al barquero Caronte para que el espíritu de mi padre cruzase la laguna Estigia. Era la garantía de que arribase a la orilla de los muertos. Los sepultureros cerraron la caja como quien guarda un tesoro.

Poco después, siguiendo el protocolo bizantino, mi señora Artemisa fue recibiendo el pésame de familiares, cortesanos, religiosos y militares que estuvieron al mando del general Nicéforo. El capitán Orestes Mazapos le recordó que para un espartano era mejor morir

en el campo de batalla que en la cama. Mi maestro Besarión, a sabiendas del amor de mi madre por los iconos, trató de serenarla comparando la guerra con un pintor de la muerte. «Su marido es la imagen de un santo soldado», le dijo.

A todos ellos, mi señora Artemisa les respondió con una inclinación de cabeza para agradecerles su asistencia. Seguía sin poder hablar con fluidez. Sus ojos destilaban un brillo febril. Estaba profundamente dolida. Era costumbre que el propio emperador acogiese a la viuda y a los hijos de los caídos. Aunque, en honor del mártir asesinado, delegó esta generosidad en un pariente de sangre. De manera que, muy cerca de ella, se situó su cuñado, el almirante Narsés. La noticia le había cogido mientras anclaba la flota en el golfo de Mesenia. No se lo pensó. Regresó al galope para hacerse cargo de la situación. A los ojos de todo el mundo, firme como un mascarón de proa, el jefe de la Armada figuraba como el nuevo cabeza de familia.

Al acabar el desfile de dolientes, la noble viuda trató de entonar «el llanto», como llamamos los griegos a las frases de consuelo que se dirigen al público. No pudo articular dos palabras seguidas. Lo hizo su hermana Clío por ella. Gracias a la cultura espartana que atesoraba, mi querida tía recitó de memoria el lamento de Andrómaca sobre el cuerpo de Héctor, añadiendo al final unos versos como si los pronunciase mi madre:

¡Oh, mi guerrero, mi ciprés en la tierra, mi águila en el cielo!

¿Hallarás a nuestros ancestros en el mundo de las sombras?

El traslado del ataúd desató la histeria de unas mujeres que juraban venganza, proferían lamentaciones y se arrancaban mechones de pelo. Eran las plañideras venidas de los pueblos para entonar cantos fúnebres heredados de los antiguos. Unos himnos que en Mistrás llamamos «palabras del destino», porque, a diferencia de los romanos, no tenemos la certeza de que nuestros muertos vayan al Hades de las sombras o al paraíso de la luz. Mi maestro nos enseñó

que apenas un manojo de escogidos por Dios es premiado con alcanzar el jardín de los justos.

El entierro se dio por acabado cuando mi señora Artemisa Paleóloga, nacida en la púrpura bordada por el sol, sufrió un desmayo antes de que los enterradores echasen la última palada de tierra sobre el féretro. Enseguida volvió en sí. Pero el velo carmesí que se le cayó, en andas del viento, fue a parar a los pies de los magistrados que habían juzgado al embajador Salvo. Algunos ancianos lo interpretaron como un augurio por desentrañar después de su sentencia. Mi maestro Besarión se agachó para recoger la prenda con mimo y, ante los deudos expectantes, la hizo pasar de juez en juez hasta devolvérsela a mi madre.

La oración del patriarca rompió la tensión del momento. «Los ángeles —dijo— sostienen con firmeza las almas de los mártires.» Al acabar, los fieles se santiguaron, el cortejo se disolvió y los asistentes comenzamos a marchar de vuelta a casa. Todavía pudimos escuchar las últimas palabras del religioso: Krisma sto pallikari («Gloria al guerrero»).

Los familiares más allegados entramos silenciosos en Villa Olimpia. Acabábamos de regresar a casa después de los días pasados junto a mis tíos. Ni siquiera los más pequeños lloraron. Mantuvimos la compostura propia de nuestra nobleza de sangre.

Mi madre se envolvió en un manto negro. Las manos estaban posadas sobre su vientre preñado de Lucas sin saberlo. Permaneció sentada junto a las camas, vigilando nuestro sueño. El gato de angora ronroneaba en su regazo. Las lágrimas mudas arrasaban su cara de Virgen dolorosa. De pronto se había marchitado su brillo de emperatriz de mosaico. Ahora era ya una basilissa grave: comedidos los labios, rígido el rostro. Ahora era una mujer desvalida que pedía ayuda a raudales.

Desde el cobijo de las sábanas, haciéndome el dormido, pude observar cómo su mirada se perdía entre las tinieblas. Nunca supe si aquellos ojos, una mezcla de candor y sabiduría, buscaban auxilio o exigían una respuesta. Si llegaron a atisbar algo en el abismo del Hades, como Odiseo cuando vio desvanecerse a su propia madre. O si encontraron a las almas de los seres queridos en el jardín de los

justos. Porque, de seguido, me pareció que deletreaba lentamente, haciendo un esfuerzo sobrehumano, estas palabras:

¡Mi amado esposo, mi hoplita en la tierra, mi ángel en el cielo!, ¿qué hallarás en el mundo de ultratumba?

Una lechuza de Palas Atenea se posó en la higuera del jardín. Estuvo ululando su dolor las trescientas noches que duró el luto.

XVI

Cuarteles de invierno

Mi madre había sido maltratada en nuestra casa de Villa Olimpia. Mi padre había sido asesinado en la emboscada de Mirto. Tamañas vilezas no podían quedar sin castigo. Iban más allá de una insolencia de bandidos. Más allá de un oscuro complot. Vejar a una Paleóloga y matar a un general griego eran crímenes gravísimos. Atacaban la soberanía del déspota de Mistrás. Deshonraban a la persona sacrosanta del emperador de Bizancio. Cada puñetazo y cada patada dados en el cuerpo de doña Artemisa eran también puñetazos y patadas dadas en el del rey de reyes. Cada flecha y cada lanza clavadas en el cuerpo del general Urano eran también flechas y lanzas clavadas en el lugarteniente de Dios.

Los malhechores habían perpetrado un delito de lesa majestad a los ojos de los hombres. Los asesinos habían cometido un pecado mortal a los ojos del Señor. Apenas cabía vengarlos para que nuestras heridas dejasen de sangrar. Solo un castigo ejemplar para mitigar el dolor de los justos. El dolor de mi familia.

El señor de Mistrás, Teodoro II, reunió a su Estado Mayor en una sala reservada de palacio. En los muebles pegados a las paredes reposaban unos iconos castrenses cuyos nimbos dorados brillaban a la luz de las velas. San Jorge, san Demetrio y san Mercurio pisoteaban infieles a lomos de caballos blancos. El arcángel san Miguel y su legión de ángeles, armados con espadas, flotaban en el cielo prestos a caer sobre los demonios.

En medio de la oficina se hallaba una mesa con un mapa desplegado del Imperio bizantino. En su cabeza figuraba Constantinopla, la que hasta ahora había sido reina de las ciudades,

fortín de murallas inexpugnables. Aunque sus fronteras terrestres empezaban a hallarse cercadas por los ejércitos del gran turco. Estaba situada a caballo entre Europa y Asia. Hacia levante manteníamos una cabeza de puente. Permitía a nuestros barcos navegar pegados a la costa por el estrecho de los Dardanelos. De ese modo, remontaban hasta el mar Negro, donde nos abastecíamos de cereales para la alimentación de la capital y de petróleo para hacer el fuego griego empleado por nuestra artillería. Hacia poniente, un corredor de seguridad marítimo unía la capital con la península de Morea, entre cuyas ciudades brillaba con luz propia mi bien amada Mistrás.

Este territorio era el más próspero de Bizancio, nuestra querida patria espartana, pero sus fronteras cambiantes hacían de él un rompecabezas. El padre del déspota, el malogrado emperador Manuel II, había reconstruido el Hexamilión. Esta muralla frenaba las invasiones bárbaras en el istmo de Corinto. No obstante, huestes turcas y albanesas hacían incursiones relámpago en el norte para hostigarnos. Al tiempo, grupos de belicosos francos hacían lo propio desde una franja perpendicular a la costa en la comarca de Arcadia. Disponían de un puerto secreto en la bahía de Los Hinojos para cobijar barcos de mercenarios.

En el otro extremo, en el sur profundo, se hallaba el país de Mani. Lo habitaban los griegos niklanos, enredados en venganzas entre clanes, pero que respetaban su alianza con nosotros. Mientras tanto, en las cuevas más agrestes de las Montañas Malas, estaban guarecidos los bandidos meligs. Nuestro corazón latía en Mistrás, un prodigio rampante del monte Taigeto, donde habíamos resucitado la república ideal de Platón.

Los estrategas iban pinchando las regiones de Morea con banderitas de colores. Movían piezas de ajedrez sobre ese tablero geográfico: las blancas eran amigas, y las negras, enemigas. La partida había comenzado.

Una brisa húmeda se colaba por las ventanas entreabiertas. Soplaba desde los jardines recién empapados por el aguacero. La luz tenue de la mañana de septiembre descubría el rostro circunspecto de los militares. Las primeras nieves caerían sobre el Taigeto en unas semanas. Las anunciaba el frío de las crestas de las montañas en las

tardes nubosas. Las campañas de primavera se preparan siempre desde los cuarteles de invierno.

—El asesinato de nuestro héroe debe ser castigado con dureza —habló el déspota—. Razones humanas y divinas nos asisten. Su memoria y mi autoridad así lo exigen.

—Conocemos la identidad de sus verdugos. Mis agentes les han seguido la pista desde Mirto hasta el sur de Esparta. Son los bandidos meligs, que habitan en las Montañas Malas —añadió Nikos Kalambaka, el jefe de los espías.

—Ahora hay que averiguar quién les encargó el trabajo —dijo Narsés Urano—. Ese malnacido es más culpable que los propios cortacabezas.

—Podemos ir tomando posiciones sobre el terreno y, cuando regrese el buen tiempo, atacarles por sorpresa en sus guaridas —propuso Orestes Mazapos, recién ascendido a general.

—Así matábamos dos pájaros de un tiro: confesarían quién les pagó por matar a mi hermano y cesarían sus incursiones —dedujo el almirante.

—Quiero que nuestros espías vigilen día y noche —añadió un calculador Teodoro—. Y quiero acabar con los bandidos antes de que la familia imperial llegue a Mistrás para pasar el verano.

—Serviremos sus cabezas en bandeja a nuestro basileus.

—Pon en marcha los escítalos —ordenó a Kalambaka.

La escítala era una técnica de espionaje que inventaron los antiguos espartanos. Un carpintero cortaba dos trozos de madera con el mismo tamaño. Los cortes tenían que coincidir al detalle. Uno permanecía en Esparta y el otro se le hacía llegar al destinatario que vivía en tierras enemigas. Un amanuense escribía a lo largo de una cinta de cuero el mensaje que le dictaba el jefe de los espías. De forma que solo se podía leer al enroscarlo en el escítalo o trozo de madera. El mensajero llevaba la cinta de cuero atada a los costados como si fuese su cinturón. Al llegar al receptor, el correo le daba la

cinta. La enrollaba en el otro trozo de madera y descifraba el texto. En caso de que el mensajero fuese apresado, o sufriese un accidente, nadie sospecharía que su cinturón ocultaba un mensaje secreto. Ahora, el jefe Kalambaka enviaría mensajeros al país de Mani. Repartirían escítalos entre algunos fieles del despotado de Morea.

—Mi señor, si me permite —intervino el cartógrafo Leónidas Crisoloras, cuya opinión era muy respetada—. No solo nos enfrentamos a unos enemigos sanguinarios, a una horda de demonios desalmados, como los llamaba san Nicón, sino a sus escondites agrestes en las Montañas Malas.

—¿Qué quieres decir?

—Que antes de luchar contra los meligs tenemos que vencer su geografía hostil.

—Háblanos de aquellas tierras. Tú las conoces bien. Las recorriste de joven para levantar los mapas que te había encargado mi padre —le dijo Teodoro invitándole a describirlas.

—Sea como mandáis —respondió el anciano de nariz aguileña, que se había quedado ciego de tanto forzar la vista con los pergaminos —. Pero permitid que entre en la sala mi hija Nora para que sitúe los lugares de mi relato sobre el mapa.

El bueno de Leónidas era sobrino del erudito Manuel Crisoloras, que fue embajador del basileus Manuel II en Occidente, adonde fue enviado con la misión de solicitar ayuda contra las invasiones de los bárbaros turcos. Los latinos, a la vista de la sabiduría que atesoraba, le pidieron que se quedase un tiempo entre ellos. Enseñó filosofía en Florencia, Milán y Pavía, despertando el entusiasmo por la cultura griega en Occidente. Al cabo, en Roma se convirtió al catolicismo, fue nombrado cardenal y participó en el Concilio de Constanza.

Mientras daba clases en estas escuelas, le sustrajeron un mapa del geógrafo Ptolomeo que llevaba en su valija diplomática, el cual fue impreso en las principales capitales de Europa. De esta forma, a hurtadillas, los latinos se cercioraron de la esfericidad de la Tierra. El joven Leónidas había aprendido el oficio de cartógrafo en el estudio que su tío tuvo en Constantinopla.

Un sol tímido había ido secando el suelo y los bancos del jardín. Desde sus laberintos vegetales llegaban las risas de los niños de la familia del déspota. Desde la columnata del porche lo hacían las advertencias maternas de doña Cleofa dichas con la boca pequeña. Unas criadas atendían sus órdenes para arreglar las travesuras infantiles. Otras, bajo un emparrado lleno de racimos, rellenaban de almohadas el sillón donde iba a sentarse la señora. La paz doméstica ignoraba la guerra feroz que se planeaba en palacio. La paz y la guerra apenas estaban separadas por una pared de silencio.

XVII

El país de Mani

—La región del Peloponeso, a la que los latinos llaman Morea por el color de las moreras, tiene en su extremo una península con la forma del tridente de Poseidón —comenzó Crisoloras, al tiempo que su hija iba señalando sobre el mapa—. Ese tridente es el país de Mani.

—Desde allí vienen a Mistrás los pastores trashumantes —observó el jefe Kalambaka para demostrar que estaba informado.

—Y las mejores plañideras para los entierros —añadió un consejero.

—También reclutamos algunos remeros en sus puertos —observó el almirante Narsés—. Son muy apreciados por su resistencia física.

—El gran monte Taigeto —continuó el venerable cartógrafo—, en uno de cuyos vértices se asienta Mistrás, se alarga hacia el sur a través de pequeñas sierras encadenadas. Sus laderas se precipitan al mar en el cabo de Matapán. Son muy escarpadas. Carecen de sombra y de agua. Por eso, apenas hay pueblos.

—Eso nos dificulta la intendencia —opinó el general Mazapos.

—También les dificulta a ellos el refugio —contestó mi tío Narsés.

—Los antiguos espartanos resistieron en sus colinas el empuje de las legiones de Roma hasta fijar la frontera —siguió Leónidas—. Pero solo habitaron las Montañas de Niklas. Pronto estalló en ellas una guerra civil entre familias. Una larga venganza que dio lugar a pueblos regidos por cada uno de los clanes desde sus torres defensivas.

—¿Y las Montañas Malas?

—Las dejaron sin poblar. Son muy abruptas. No tienen recursos naturales. Los únicos que se atrevieron a penetrar en sus entrañas fueron eremitas en busca de soledad espiritual. Y, de vez en cuando, pastores tras ganado perdido y criminales huyendo de la ley.

—Pero mi autoridad abarca todo el despotado, incluido el país de Mani Mistrás —reaccionó Teodoro un poco molesto—. Los niklanos también son mis súbditos. Me deben obediencia.

—Nadie pone en duda que su alteza gobierna sobre todo el territorio del Peloponeso —matizó el jurista Teófanes Kostakos—. Sin embargo, tampoco desconoce nuestro estado de guerra en la región de Arcadia, donde mantenemos a raya a los francos y, más arriba, a los infieles turcos y albaneses. No podemos reducir las tropas que vigilan esas fronteras.

—Quiero recordar que hace tiempo llegamos a un acuerdo con los niklanos. Ellos no nos atacan y nosotros les dejamos hacer en sus aldeas —remató el consejero Alikas Pelios—. Eso, como acaba de decir el jurista, nos deja las manos libres para ocuparnos de la defensa hasta el istmo de Corinto.

—Los linajes de Niklas no se opondrán a nuestra campaña de castigo —añadió el general Mazapos—. Por un puñado de monedas nos facilitarán el paso hacia las guaridas de los cortacabezas. Es más, algunos se alistarán en nuestro ejército como tropas auxiliares.

—Y pensar que hubo un tiempo en que todos los helenos dejábamos nuestras polis para luchar contra los bárbaros… —lamentó un Teodoro evocador de la edad dorada de la Grecia antigua.

—Las ramas de las familias niklanas llevan siglos desangrándose en venganzas sangrientas —prosiguió Crisoloras—, pero no nos causan problemas, porque luchan entre sí sin rebasar su comarca. En cambio, los bandoleros han expulsado a todo ser viviente de sus grutas y, de vez en cuando, nos atacan en busca de un botín con el que seguir viviendo de la rapiña.

—Como sucedió el año pasado, cuando cayeron sobre Mistrás —

recordó Kalambaka.

—Aunque esto tiene algo bueno. Toda la península de Mani se ha convertido en irreductible. Ningún invasor, ni griego ni turco, ni cristiano ni musulmán, ha conseguido conquistarla. La naturaleza es agreste. La terquedad de sus vecinos los ha rechazado.

—¿Tan difícil es? —preguntó Orestes—. Los meligs tendrán algún punto flaco.

—El oro —respondió el cartógrafo—. Los niklanos lo mismo pueden ser leales que dejarse comprar por dinero. Sin embargo, los cortacabezas solo obedecen a su jefe, y este sabe que sus hombres adoran el vil metal. Son codiciosos. Son insaciables. Se dice de ellos que llenan ánforas de monedas y las esconden bajo tierra en sus grutas.

—Seguro que a cambio de ellas asesinaron a mi hermano en Mirto —observó el almirante.

—Solo un dato más —concluyó el sabio desde la lucidez de su ceguera—. Para nosotros es un territorio inexplorado.

—Por eso, los lugareños llaman a este lugar escarpado las Montañas Malas.

—Más elocuente aún. El nombre que los meligs han dado a su capital lo dice todo: la Tierra del Mal Consejo. Un infierno de piedras y víboras agazapadas bajo las chumberas.

El déspota Teodoro y sus consejeros conocían ya el teatro de operaciones. Acordaron los preparativos para la expedición de primavera al Mani profundo. Redoblaron los ejercicios militares de los soldados durante el periodo en que no combatían. Mandaron emisarios a tratar con los jefes niklanos, a espías para obtener información de primera mano y a agrimensores para estudiar el lugar del campamento base. Ahora que pienso en esta escena, en los jefes de Mistrás recorriendo el mapa con la mirada, me acuerdo del consuelo que mi maestro Besarión dirigió a mi madre: ¡la guerra es el pintor de la muerte!

Los bandidos cortacabezas, ajenos a esta campaña de castigo, se dispusieron a invernar en sus cuevas como alimañas. Sus mujeres, tan salvajes como ellos, habían hecho acopio de víveres para aguantar la estación. En esos refugios trogloditas, como hacen las urracas, guardaban sus botines relucientes de tesoros.

La milicia de Cristo, las huestes de los soldados santos, exterminarían a esa horda de demonios desalmados. Dios —como decía mi padre— sería nuestro general en jefe. Fui de los primeros en alistarme a ese banderín de enganche. El caballo blanco del icono de San Jorge relinchaba impaciente en un altillo de la estancia.

XVIII

La campaña de las Montañas Malas

No fue difícil convencer a los niklanos. El dinero, salvo en el amor y la muerte, casi todo lo puede. Las familias locales aplazaron por un momento sus guerras civiles. Invocaron la fraternidad entre pueblos griegos. Renovaron su alianza con los vecinos de la península. Pero, sobre todo, aceptaron de buen grado las monedas contantes y sonantes que les dio el déspota Teodoro.

A cambio, nos facilitaron guías que infiltraron a nuestros agentes en los escasos pueblos de la zona. Después, a medida que iban cobrando los pagos por su colaboración, permitieron el tránsito de las tropas de Mistrás por su territorio. Las mujeres avejentadas, los hombres de grandes bigotes y los popes de las iglesias se alineaban en la calle para ver pasar a las milicias espartanas. Los niños de piel tostada por el sol se quedaban boquiabiertos al deslumbrarles los reflejos de las armas. Aquellos que disfrutan del placer de los desfiles no son los soldados que portan las banderas, sino los espectadores que los contemplan desde los balcones y las casas.

Nuestro ejército se apostó en una altiplanicie protegida por un olivar. La regaba un arroyo que saciaba nuestra sed. El campamento fue bendecido por los sacerdotes. Cada día celebraban misa de campaña. Su oración final acababa siempre con la súplica del soldado: «Señor, ten piedad». A mediados de junio, cuando la luz del mediodía ciega a los hombres y las sombras escasean, todo estaba preparado para el inicio de la campaña de las Montañas Malas. Un ejército de hoplitas, una legión de ángeles justicieros, acabaría con los malditos meligs.

—Repasemos la estrategia por última vez —dijo Orestes a sus

oficiales.

—La noche previa al ataque terrestre, la flota de guerra zarpará de su base en el golfo de Mesenia y arribará a aguas de poniente. Una vez anclada, aprovechando la oscuridad, nuestros soldados de asalto desembarcarán tras las filas enemigas —señaló mi tío Narsés en un mapa.

—Nuestra infantería esperará apostada al otro lado del monte. Aquí. En los valles del este —apuntó el general—. En cuanto los mensajeros del almirante nos avisen, iniciaremos la ofensiva. Los bandidos quedarán atrapados por una pinza de tropas bizantinas.

—Los barcos van artillados con fuego griego. Cubrirán la retirada de los adversarios. Ninguno de esos bastardos saldrá vivo de esta.

—Esperemos que también los astrólogos nos confirmen el cruce de Afrodita y la Luna. Esa conjunción nos asegurará la victoria.

La flota mandada por mi tío simuló estar faenando con las redes echadas tras la puesta del sol. Desde las alturas de sus refugios, los cortacabezas solo veían antorchas alineadas frente a la costa, como hacían los pescadores en las noches de luna creciente. Sin embargo, con las primeras luces del amanecer, nuestras tropas, a bordo de barcazas, descendieron a tierra en la bahía de Mármari.

Al punto, siguiendo una maniobra ensayada, cerraron filas en la playa. Marcharon rápidas por el lecho de un torrente. Ascendieron a media altura desde donde dominaban el frente enemigo. Después se desplegaron a lo largo de la espina dorsal de la sierra y, cerrando caminos y pasos, se parapetaron tras las peñas. Se intercambiaron señales con los barcos fondeados mediante el código de banderas de colores.

Esperaron vigilantes. Una hilera erizada de lanzas, visibles desde las cumbres donde se habían hecho fuertes los bandidos, cortaba la retirada a todo aquel que quisiera huir por el mar. Solo al anochecer, el almirante Urano mandó soltar palomas mensajeras, a las que se había tenido un tiempo sin comer. De ahí que se guiasen por el hambre y la luz. Sobrevolaron las defensas rivales hasta alcanzar las jaulas alumbradas por hogueras al otro lado de la

montaña. Las mantenían encendidas los soldados del campamento de Niklas.

Nada más recibir el mensaje, el general Mazapos dio la orden de avance a paso ligero. Fue respondida por los vítores de los combatientes. Éramos tres secciones compuestas por el ejército de Mistrás, los refuerzos bizantinos llegados desde la capital y las tropas mercenarias de los niklanos. Los estandartes de san Jorge, san Demetrio y san Teodoro protegían a cada una de estas unidades.

En la vanguardia iban las fuerzas de asalto. Algunos jinetes abrían la formación. Portaban armaduras y lábaros, que eran las insignias del emperador. Pero la mayoría de los mandos subían a lomos de mulas que estaban hechas a trepar por los riscos empinados. Solo montaban caballos el general Orestes, sus escoltas y el abanderado. Los oficiales estaban adornados con máscaras en el peto y penachos en las sillas para hacerse visibles a la tropa. De paso, esas figuras fantásticas de las armaduras podían asustar a los rivales. Aunque a los meligs pocas cosas los asustaban.

Nos sobrevoló un águila real. Lo tuvimos por un buen agüero. A la caballería la secundaba el grueso de los infantes, compuesto por arqueros de élite, soldados armados con lanzas y espadas y honderos de buena puntería. A mis compañeros de armas se les había equipado con un casco de cuero y una túnica ligera para soportar el calor. Detrás venía un cuerpo de intendencia, a base de sirvientes, aguadores, herreros, cocineros y sanitarios. Tras la línea de combate permanecían las tropas de protección para prevenir cualquier ataque por la retaguardia.

Tomamos precauciones y, guiados por los exploradores, empezamos a subir por las cuestas escabrosas. Tras una hora de marcha, no había ni rastro del enemigo. Hasta que de pronto, al coronar una loma, vimos la pista macabra que nos habían dejado los meligs. En una higuera solitaria del camino, atado a su tronco retorcido, yacía desangrado uno de nuestros exploradores. Le cubrían las moscas. Le comían las hormigas. A sus pies había una pequeña pirámide de cráneos humanos que estaba coronada por su propia cabeza. Nos advertían de que entrábamos en la Tierra del Mal Consejo.

XIX

Fieras en el Mal Consejo

Entrar en ese pedregal fue como entrar en el infierno abrasador. Razón tenía el bueno de Crisoloras, el viejo cartógrafo, cuando dijo de Mani que era un país de víboras venenosas agazapadas bajo las chumberas. Una montaña de sed y penurias. Un laberinto de grutas y pasadizos. A medida que la senda se estrechaba, serpenteando por unas curvas angostas, nuestros jinetes pusieron pie en tierra para no reventar a los caballos. Llegamos a un tramo tan cerrado que nos obligó a subir de uno en uno. De pronto, encajados en un desfiladero, nos convertimos en un blanco fácil. Sentíamos el peligro a flor de piel.

—¡Cuidado! ¡Piedras por el flanco! —advirtió un capitán al verlas rodar.

—¡Caen por todos lados! —observó otro cuando ya habían arrollado a algunos hombres.

—¡Disparad las flechas! —mandó el general a los arqueros—. ¡Soltad los animales! —gritó el jefe de nuestros hermanos bizantinos.

Entonces quedamos fascinados. Se puso en acción la unidad de animales amaestrados llegada desde Constantinopla. Los cetreros lanzaron al vuelo a sus halcones para que amedrentasen al enemigo desde el aire. Mientras los meligs miraban al cielo, sin entender la finalidad de esos pájaros, no estaban atentos a lo que sucedía a sus pies. Los domadores de gatos salvajes, como supe que los llamaban a pesar de estar domesticados, rastreaban a los bandidos por las cavernas de la montaña. Les daban a olfatear sus ropas harapientas

y, enseguida, los animales ansiaban despedazarlos.

La lucha era ya de fieras contra fieras. Si querían hacer prisioneros, los bizantinos se apresuraban a lanzar redes sobre los rivales acosados. Atadas por hilos de bramante, esas mallas separaban a las bestias de sus presas humanas. Los dueños de los guepardos se hicieron pescadores de bandidos. No cabía duda. Los soldados del basileus eran unos maestros en esta suerte de cacería militar.

Mi amigo Demetrio y yo apenas cruzamos la mirada. No hizo falta pronunciar palabra. Los dos teníamos que prestar en breve el servicio militar en Constantinopla. Los dos queríamos hacerlo ya en esa unidad de animales salvajes. Él admiraba a los halcones. Yo, a los gatos. Él era Libra: un signo de aire. Yo, Tauro: uno de tierra. El zodiaco no engaña. Los astros inclinan a cada uno hacia su querencia. Ambos acabábamos de descubrir nuestra vocación castrense por mano del destino.

—¡Fuera del camino! ¡Desplegaos! —ordenó el general Orestes—. ¡Seguid a las fieras!

—¡Rodead las grutas mientras nos cubren los arqueros! —añadió un capitán a la infantería que, espada en ristre, luchaba con los rivales que les salían al paso.

A la voz de aera, con el aire y el alma a la vez, los espartanos trepamos hasta los escondites más inhóspitos. Nuestros hermanos de la capital hostigaban al enemigo con sus perros, gatos salvajes y hasta hienas. Los asaltantes caíamos sobre ellos cuando asomaban a las entradas de las cuevas. Sabíamos que no correrían como ovejas asustadas. Nos hacían frente tirando al cuello derrotes de cuchillo. Sus mujeres eran tan feroces como los hombres. Más de una degolló a un compañero.

—¡Detrás, Jorge! —me avisó Demetrio de un ataque por la espalda.

—¡Maldito melig! —exclamé hundiendo mi espada en su vientre.

Acababa de matar a mi primer hombre. Un muchacho que tendría mi misma edad. No hubo tiempo para remordimientos. El combate arreciaba. Nos jugábamos la vida en cada lance. Besé el icono de la

Virgen Pantanassa y seguí luchando. Debo confesar que, una vez pasado el fragor de la batalla, no me sentí culpable. Todo lo contrario. Me embriagó la nobleza de mi sangre nacida en la púrpura. Me enorgulleció la estirpe guerrera heredada de los Urano. El sabor dulce de la venganza por el asesinato de mi padre.

La ofensiva parecía no tener fin. A pesar de sus bajas, no cesaban de salir meligs de las madrigueras agrestes, como si de una plaga de demonios se tratase. Empezábamos a estar cansados bajo el calor sofocante. Cada posición que ganábamos conllevaba un enorme desgaste. Aunque el cielo escuchó nuestras súplicas. Estalló de pronto una tormenta de arena que sopló en dirección a los enemigos. La polvareda les cegó. Quedaron a merced de nuestras tropas. Estoy convencido de que san Jorge, mi protector, había escuchado nuestras oraciones. Estoy seguro de que el patrón de Bizancio combatía a la vanguardia de la milicia de Cristo.

Los cortacabezas que consiguieron escapar por la retaguardia fueron detenidos. Se estrellaron contra las defensas que el almirante Urano había apostado en la costa. La cabeza del jefe Karameligs acabó ensartada en la lanza de nuestro abanderado. Apenas ya un bufón con la mirada perdida. Solo un demonio pudriéndose en la Tierra del Mal Consejo.

Algunos bandidos, sobre todo mujeres y niños, fueron cautivados. Tenían por destino el mercado de esclavos de Constantinopla. La flota de mi tío, navegando de vuelta a su base, los llevaba encadenados en sus bodegas. Otros prisioneros se quedaron en tierra. Una vez que confesaron los escondites del oro, fueron ejecutados. «Les cortaron las extremidades de sus cuerpos como racimos de uvas», escribieron los cronistas en palabras campechanas. En medio del campamento se colocó la cabeza del jefe Karameligs, que, exhibida como un trofeo, chorreaba un hilo de sangre reseca por el labio partido.

Nuestros oficiales nos mandaron rastrear las cuevas de aquellos bárbaros. Buscábamos pruebas de su soborno para matar a mi padre en los campos de Mirto. Seguíamos la pista de Crisoloras, el anciano cartógrafo, para dar con sus fortunas subterráneas. Escarbamos en el suelo de los rincones más escondidos de las grutas. Al cabo hallamos enterradas jarras repletas de oro.

—Mi general, mire lo que hemos encontrado —dijo un soldado al jefe Mazapos.

—Monedas de oro… —observó otro.

—Más que eso: ¡florines de Florencia! —exclamó el general.

—Algunas bolsas, además de la flor de lis, llevan bordada la marca del banquero.

—«Lupi» —leyeron a la vez.

—Ya sabemos quién pagó a los traidores de Mirto: ¡los embajadores florentinos! —dedujo Orestes.

—Pero no se trata del hombre que ahorcamos en Mistrás —observó el pope.

—Las sospechas de mi general Urano eran fundadas. Sabía que los Lupi estaban tramando una venganza contra su familia.

—Ajusticiamos a un inocente —insistió el religioso.

—A veces pagan justos por pecadores. Pediremos al déspota que envíe una carta de disculpa a los señores Médicis. Debemos reparar este error con diplomacia.

Mientras algunos mandos se reponían de la sorpresa, comentando el hallazgo de los florines, las distintas unidades descendieron de las cumbres. El ejército se reagrupó en el campamento de Niklas. Notábamos la fatiga del combate. Nos agobiaban los rigores del verano. Pero habíamos vencido al enemigo. Habíamos honrado a mi padre. Habíamos cumplido con nuestro deber. Tocaba celebrar la victoria. Aunque mi alma no se sosegaba. Estaba ensombrecida por la pena. Pensaba ya en ir a Florencia a matar al culpable de las desdichas de mi familia.

Un hormigueo de mercenarios permanecía en las montañas rapiñando el botín a la luz de las antorchas. El vocerío excitado por el vino salía de las tiendas de nuestros soldados. Aún en la noche cerrada, apenas entrevista por el parpadeo de la luna, los buitres seguían picoteando los cuerpos desmembrados. Era el paisaje

después de la batalla. Desde mi asiento junto a una hoguera, me fijé en los ojos de los gatos salvajes clavados en el resplandor de las llamas: espejos de vida, reflejos de muerte. Su iris irradiaba el fulgor del sol. Sus hechuras revelaban la agilidad del atleta. Empecé a estudiarlos. Los admiré embelesado. Nunca dejarían de impresionarme.

No me sentí culpable de mis primeros muertos en combate. Pensé que había cumplido con mi deber de guerrero. Que había vengado a mi padre como se merecía. Que esa era la lucha por la vida de la que nos hablaban nuestros profesores.

Unas nubes postreras, teñidas de rojo sanguinolento, se posaron en el horizonte. Nos recordaron la resurrección de los santos guerreros en el jardín de los justos. Una lluvia de estrellas, cual laureles que van ciñendo las sienes, caía sobre nuestras cabezas espartanas. La bandera de Bizancio ondeaba en los nidos de águilas. Me pareció que la luna llena brillaba sobre la tierra entera.

TERCERA PARTE

LA CIUDAD DE LOS MIL NOMBRES

«Queriendo moldear su propio reino sobre el de los antiguos emperadores romanos, el basileus se había fijado estos dos objetivos: el estudio de la literatura y la disciplina de las armas.»

Miguel Psellos

XX

Sin tiempo para el lamento

No hubo tiempo para lamentar mi orfandad. Mi tío Narsés pasó a residir en Villa Olimpia y tomó las riendas del clan familiar. Mi madre nos confesó, para sorpresa de todos, que estaba encinta de Lucas. No podíamos permitirnos que la gente murmurase sobre la fecha de la concepción. A sus allegados les dijo que fue antes de que mi padre partiera a la batalla de Mirto. Pero, en previsión de calumnias, entristecida como estaba, se retiró al monasterio de la Virgen de Pantanassa. Ni el niño por venir, ni los nuevos destinos de Irene y míos curaron su melancolía. Pintar iconos fue su único consuelo. Tampoco por mucho tiempo.

Los hijos de mi señora Artemisa salimos de la casa natal para no volver. A petición de la princesa Cleofa, siguiendo la costumbre de acoger a los huérfanos de los generales caídos, mi hermana pasó a ser dama de compañía en el palacio. Allí aprendió, entre otras destrezas cortesanas, el bordado de perlas, el canto de himnos y el lenguaje de las flores. Las artes propias de las jóvenes bizantinas de cuna noble.

Yo seguí la recomendación de mi preceptor. Me dispuse a hacer el servicio militar y cortesano en la Escuela para Pajes de Constantinopla. El sabio Besarión pensó que había llegado a la edad de culminar la formación que me habían dado en la academia platónica. Le obedecí expectante ante la nueva vida que se abría ante mis ojos. Esa ilusión no menguó mi sed de venganza. No sabía ni cuándo ni cómo, pero hallaría el modo de viajar a Florencia para matar a Lucio Lupi.

Nada más llegar el verano, con los rigores del sol, llegó también el

anuncio de la púrpura. Mistrás se vistió de gala para acoger al basileus de Bizancio. Las águilas de dos cabezas, estampadas en banderas carmesíes, anidaron en cada almena del castillo. El déspota Teodoro, asistido por su esposa, cuidó hasta el último detalle para recibir la visita anual del emperador, su familia y su corte. Los veinte mil vecinos de la ciudad se desvivieron en acomodar a sus ilustres huéspedes. Al fin y al cabo, no todos los días se codeaba uno con la nobleza de sangre ni se tenía tan cerca al lugarteniente de Dios. Por la fiesta de San Juan, la ciudad del monte Taigeto se convertía en la capital del Imperio, en la ciudad de Dios del mundo conocido.

Su alteza Juan VIII, descansando de las obligaciones de Estado, solía pasar un par de meses en Mistrás. Desde lo alto de la colina, asomado a la ventana de sus aposentos, tendía la vista a lo largo de la campiña espartana. Olvidaba por un momento las intrigas de su madre y hermanos para arrebatarle la corona. Pero no podía dejar de atormentarle la amenaza turca en las mismas puertas de Constantinopla.

—Hermano, acabamos de perder Salónica, una de las joyas del Imperio —le dijo Demetrio.

—Este sultán es más ambicioso que su padre. Y me temo que su hijo lo sea más que él —respondió el basileus.

—De momento está respetando la nueva tregua.

—Los enemigos llevan siglos atacando nuestra capital. Sus murallas siempre han resistido.

—Me temo que ahora puedan caer tan rápidas como las de Jericó. Y no a causa de unas malditas trompetas, sino a merced de una fuerza irrefrenable, a manos de la sed de sangre de esos diablos con turbante.

—¿Y se te ocurre cómo detenerlos?

—No. Lo que sé es que no podremos hacerlo solos.

Al comienzo de su reinado, Juan había hecho un llamamiento al

mundo occidental. Como no obtuvo respuesta, rebajó su dignidad al punto de viajar en persona a Hungría, Milán y Venecia. De esta última república obtuvo un préstamo a cambio de cederles la gobernación de algunas plazas.

Cuando murió su padre, el emperador Manuel II, le dejó escrito en el testamento que mantuviese una ambigüedad política. «Cuando te veas inquietado por los infieles —le escribió—, traspasa a los latinos este peligro. Propón un concilio, empieza las negociaciones, pero da largas al asunto.» Obedeciendo este consejo, se dirigió al papa Eugenio IV para celebrar ese concilio que uniese a ambas Iglesias de una vez para siempre. Tras numerosas conversaciones, el pontífice, que entendía de dinero por ser hijo de un mercader veneciano, vio una rentabilidad política en la propuesta. Firmó un tratado con el embajador bizantino por el que el basileus recibiría ocho mil florines para los gastos del viaje. También armaría cuatro galeras a su costa para ir a recogerle a Constantinopla. Ahora, en Mistrás, Juan esperaba la llegada de delegados papales para decidir la sede del Concilio.

El efímero éxito militar en Bizancio legitimaba al emperador. Sin embargo, sus enemigos en la corte no le habían agradecido que resistiese a los ejércitos del sultán Murad II. Tampoco habían respetado su reciente viudedad tras la muerte de su segunda esposa Sofía de Monferrato. No tenía hijos, ni de su primer matrimonio con Ana de Moscú, ni de la princesa italiana. Esa soledad en el poder hacía de él un blanco fácil de las conspiraciones.

La falta de descendencia apremiaba al basileus para volver a casarse. Mientras encontraba novia, una aristócrata a la altura del trono, sus adversarios le presionaban para que nombrase coemperador a su hermano pequeño. Esta tradición aseguraba que el titular compartía el poder con otro familiar sin que sus rivales recurriesen al asesinato.

De resultas, los conspiradores de palacio, aunque portadores de la misma sangre Paleóloga, estaban al acecho de cualquier paso en falso que diera. Tanteaban a las candidatas a una nueva boda imperial. Infiltraban espías en la corte. Agitaban la moral del ejército. Solo sus queridos hermanos Teodoro y Constantino, uno déspota de Mistrás y el otro consejero personal, le colmaban de

atenciones y le proporcionaban la seguridad que tanto le faltaba.

Entre las distracciones favoritas del emperador estaba la caza. En los bosques del monte Taigeto podían cobrarse ciervos y jabalíes. Muy de mañana salía la partida de palacio camino del bosque. No faltaban jinetes, halconeros y domadores de guepardos llegados desde Constantinopla. Verlos acosar a sus presas antes de que los cazadores las atravesasen con sus lanzas era toda una lección de destreza. Orestes y yo, como nos había sucedido en las Montañas Malas, los mirábamos ensimismados. Nos reafirmaron en nuestra vocación castrense. De manera que, enseguida, solicitamos el ingreso en la unidad de animales salvajes del ejército bizantino.

La caza no interrumpía las obligaciones políticas de su majestad. Una vez a la semana, el emperador concedía audiencias, por las que iban desfilando los notables de la ciudad, los viajeros ilustres y los correos que le traían noticias de Constantinopla. La llegada de unos delegados del papa de Roma, aprovechando los lazos de parentesco con la princesa Cleofa, hizo que Juan VIII convocase un consejo de sabios en asuntos religiosos.

—El nuevo pontífice, Eugenio IV, ha sido expulsado de Roma por los mercenarios del condotiero Visconti. Le ha acogido la familia Médici en Florencia —le informó el mensajero Giovanni de Ragusa.

—Ahora quiere trasladar el Concilio Latino de Basilea. Pone como disculpa la hostilidad de los vecinos. Pero, en realidad, se debe a que muchos cardenales no aceptan la unión de las Iglesias —añadió su colega Heinrich Henger.

—El papa le ofrece a su alteza elegir una ciudad que sea de su conveniencia para acudir al concilio.

—Tiene que ser un lugar cercano al mar —respondió el basileus—. Eso nos facilitaría el viaje y nos aseguraría la retirada en caso de peligro.

—Podía ser Rávena. Allí conservamos descendientes bizantinos —propuso el patriarca José.

—Precisamente por eso no querrán los latinos —apuntó Gemistos

Pletón.

—El puerto más a mano es Venecia —razonó Besarión—, pero tenemos razones para no fiarnos de ella. Nunca olvidaremos su saqueo de Bizancio.

—Los papas son señores de Aviñón. Ahí estarían a salvo —apuntó Giovanni de Ragusa.

—¿Y Bolonia? Es una gran ciudad de los Estados Pontificios —preguntó un consejero griego.

—Ahora mismo no es segura. La familia de los Bentivoglio está intentando separarla de Roma —explicó Heinrich Henger.

—Demasiado lejanas —respondió el emperador—. Señores embajadores, lo pensaré bien y, en breve, les daré una respuesta que llevarán al santo padre.

Su majestad Juan VIII se reunió en privado con un consejo de sabios compuesto de militares y religiosos. Estudiaron los pros y contras de varias ciudades italianas. Repasaron las alianzas con los gobernantes de esas repúblicas. Hasta que acordaron proponer al pontífice que el lugar más adecuado para celebrar el concilio era la ciudad de Ferrara. Luego me enteré de que en esa elección influyeron mucho las buenas reflexiones de mi admirado Besarión. En agradecimiento, el emperador le nombró arzobispo de Nicea, encargándole formar parte de los teólogos que defenderían la parte ortodoxa en el concilio.

El propio basileus comunicó a los embajadores de Roma su decisión. La delegación bizantina navegaría por el Adriático en galeras latinas que garantizarían su seguridad. Temía, y con razón, a los piratas renegados apostados a lo largo de la costa de Dalmacia. Atracarían en Venecia y, enseguida, bajarían por el río Po hasta desembarcar en Ferrara. Una vez allí, se alojarían en el castillo del marqués de Este, desde el que asistirían al concilio. Sus sesiones se celebrarían en la iglesia más segura de la ciudad.

Mi tío, el almirante Narsés, acompañó a los delegados pontificios por tierra hasta Kalamata. Luego, les escoltó por aguas del mar

Adriático. Desde la costa italiana, los señores Giovanni de Ragusa y Heinrich Henger siguieron viaje directo a Roma. Nada más llegar a la Ciudad Eterna, sin tiempo para sacudirse el polvo del camino, transmitieron esa propuesta al papa Eugenio. La nueva venida de un emperador bizantino a tierras de Occidente se valoró como una oportunidad para la paz religiosa.

Nuestro basileus sabía que esta decisión de ir en persona al bárbaro poniente era muy arriesgada. Si la jugada le salía bien, si conseguía la unión de las Iglesias cristianas, obtendría aliados latinos contra la amenaza del gran turco. Pero si fracasaba, si volvía con las manos vacías, sus enemigos en la corte presionarían al ejército para destituirle. Su padre, Manuel II, ya lo había intentado años atrás. No consiguió la más mínima ayuda militar de los reyes latinos.

Al atardecer, desde la plaza de Metrópolis, le veíamos asomado a la ventana de palacio. Podíamos adivinar sus dudas. Compartíamos sus temores. El último rayo del sol se reflejaba en una hebra de oro de su barba florida.

XXI

Guardiana de la «manzana roja»

El séquito de Juan VIII salió de Mistrás bajo el sol templado del alba. El verano moría entre rastrojos amarillos y racimos de uvas maduras. La caballería del general Mazapos le guio hasta el puerto de Kalamata. Desde la media luna de su playa, entre aguas turquesas y barcas de pesca, la flota imperial zarpó con rumbo a levante. Durante un trecho peligroso, el de las costas salvajes de Mani, le escoltaron las naves del almirante Narsés. Pero tras doblar el cabo Tenaro, cuyo faro semeja un ojo de cíclope, las galeras bizantinas navegaron en solitario por islas amigas hasta llegar al mar de Mármara.

La nave escarlata del basileus atracó en el embarcadero privado de Bucoleón. Le esperaban para recibirle su madre Helena Dragas y su hermano pequeño Tomás. Estos Paleólogos renegados conspiraban en secreto contra Juan. La matriarca se había ganado en el pasado fama de piadosa entre el pueblo. Corrían tiempos en los que su marido, el emperador Manuel II, había negociado una tregua con los turcos que daba un respiro a Bizancio. Pero ahora veía en el primogénito a un traidor dispuesto a poner la ortodoxia bajo la autoridad de Roma. Aunque estos familiares, en un gesto para la galería, le colgaron del cuello un crucifijo bendecido antes de desembarcar. Nada más echar amarras, entre una hilera de siervos que le hacían reverencias, su alteza bajó a tierra y dirigió sus pasos hacia el Gran Palacio.

La procesión imperial, en la que cada individuo ocupaba su lugar en el mundo, se formó en orden ascendente. La encabezaron los portadores de insignias, seguidos de las autoridades civiles, los mandos militares y las dignidades religiosas. Al final de la hilera

marchaba el basileus. Estaba custodiado por los cuerpos de élite de la guardia. Era asistido por los eunucos. El cortejo pasó entre burócratas y notarios, abogados y médicos, comerciantes y artesanos, pero también entre un gentío de popes, soldados y esclavos de múltiples países. A su zaga íbamos los súbditos de Mistrás y de los otros despotados del Imperio.

Esa comitiva rectilínea tan solo se desvió hacia Santa Sofía, donde su majestad iba a realizar una ofrenda de gratitud a la Virgen. La basílica estaba engalanada por mosaicos dorados, lámparas plateadas e iconos brillantes a la luz de las velas. Al entrar en la iglesia, recibió el saludo del patriarca José, que, revestido de su mejor brocado, había aparecido a través de la puerta del iconostasio. Los eunucos le quitaron la corona al basileus por respeto al soberano del cielo. La función litúrgica estuvo amenizada por cantos repetitivos y notas musicales que se entretejían en el aire. Nuestro querido Besarión nos susurró al oído:

—Estáis en el paraíso terrenal. Ante el trono de Dios en su gloria. Gozáis del reino de los querubines.

—Ya lo veo, maestro —le respondió un deslumbrado Demetrio.

—Y yo lo siento —añadí yo recordando las enseñanzas de mi madre sobre el paisaje—. Vale la pena luchar por este paraíso, este trono y este reino.

El patriarca nos bendijo, y todos los fieles salimos a la calle: «La paz sea con vosotros. La sabiduría divina es la luz del mundo». El emperador, en su infinita bondad, repartió monedas de oro entre los cantantes del coro, los popes y los mendigos. Bajo sus harapos, decía su alteza, se ocultaba la pobreza de Cristo.

El último tramo del desfile, desde el miliario de oro hasta la entrada principal a la ciudadela, discurrió bajo los pórticos de los perfumistas. De repente, mientras caía sobre nuestras cabezas una lluvia de pétalos de rosas, nos embriagaron aromas deliciosos. Por momentos, nos pareció respirar el olor de la santidad, empaparnos con hojas frescas de terciopelo. El séquito rebasó la puerta de Bronce. La familia de su majestad se retiró a sus aposentos. El cronista anotó en el libro de los anales que «la vuelta del basileus

era como la aurora que tanto habían esperado los súbditos».

Mi amigo Demetrio y yo habíamos tenido el honor de ir a bordo de la Armada del emperador de los romanos. Nunca lo olvidaríamos. Nuestro preceptor Besarión nos acompañó. Quería darnos a conocer la ciudad más deseada por el mundo: ¡Constantinopla! También, la más amenazada.

—Esta es la capital de los mil nombres: Nueva Jerusalén, Reina de las Ciudades, Polis de Polis, Ciudad del Peregrinaje, Puerta de la Felicidad, Ojo del Mundo, Refugio del Universo, Nueva Roma… —enumeró nuestro maestro—. Es la guardiana de la «manzana roja».

—¿La «manzana roja»? —le preguntamos.

—Llamamos así al globo terráqueo que sostiene en una mano la estatua del emperador Justiniano. Simboliza el orbe. Está colocado delante de la basílica de Santa Sofía. Muestra a nuestro basileus como el dueño del mundo.

—Nadie discute su autoridad —dije en mi ignorancia provinciana—. Es el representante de Dios en la tierra.

—Eso pensamos desde Mistrás. Pero aquí podemos sentir el aliento de un enemigo despiadado, el sultán Murad, al que sus vasallos turcos han empezado a llamar el Audaz.

—Pero, maestro. Nuestro ejército ha detenido su avance.

—Tú lo has dicho, Jorge: «Ha detenido». No lo ha eliminado. Estamos en una tregua frágil antes de que los infieles lancen el gran ataque.

—Entonces, ¿por qué es importante ir al concilio de los latinos?

—Por llegar a acuerdos religiosos. Pero, sobre todo, para despertar en sus conciencias cristianas el peligro musulmán.

—¿Tan grave es la situación?

—Los jenízaros entran en combate vociferando: «¡A Bizancio!», «¡A Viena!», «¡A Roma!»… Ya no se ponen límites ni conocen el miedo.

—Tampoco nosotros —replicó mi orgullo militar.

—Sí, pero en su fanatismo, en su odio a la cruz, no les importa morir para ir a su paraíso musulmán —continuó el sabio—. Quieren ver ondear sobre la cristiandad los estandartes de la luna nueva y las colas de caballo. Quieren arrebatarnos la «manzana roja».

—Los soldados del emperador no lo permitiremos. Daremos la vida por Bizancio.

—¡Que Dios nos ampare! —suplicó Besarión.

De camino a nuestro albergue en el barrio de la Cadena, nos cruzamos con un vecindario prodigioso. Algunos bizantinos parecían príncipes. Montaban en caballos enjaezados, vestían ropas de seda bordadas en oro y lucían joyas de piedras preciosas. Las mujeres, de la más noble a la más humilde, eran muy hermosas. De cabellos rizados, cara ovalada y ojos bonitos y penetrantes. Me parecieron recién salidas de esas cerámicas antiguas en las que el negro y el rojo rivalizan por ser los colores dominantes. Me recordaron a las estatuas de las diosas griegas que habían cambiado la frialdad del mármol por la calidez de la carne. Tuve la suerte de amar a alguna de ellas antes de viajar a tierras latinas.

Los vecinos apuraban sus labores en las calles antes de volver a casa. Los sacerdotes merodeaban alrededor de las iglesias. Los ancianos recogían el tablero de ajedrez con el que habían jugado toda la tarde. Los vendedores ambulantes no dejaban de pregonar sus mercancías. Los soldados cambiaban la guardia para hacer la imaginaria nocturna. Los extranjeros venidos de todas las partes del mundo se mezclaban como las teselas de colores que componen un mosaico abigarrado.

Al final de la jornada estábamos excitados por las impresiones vividas, pero aún más ilusionados ante las que estaban por venir. Desde la ventana de mi cuarto, recordando los consejos de mi madre en el mirador de Mistrás, percibí la belleza acallando el ruido del mundo.

El cuerno era solo de oro cuando se contemplaba la puesta de sol desde las murallas marítimas. A lo largo de la orilla, en la cinta

cárdena de la ciudadela antigua, se desvanecían los contornos desde la punta del Gran Palacio hasta las cúpulas de las iglesias. El juego entre el agua y la tierra hacía del estrecho del Bósforo un diamante entre dos esmeraldas. Los mercaderes desmontaban sus tenderetes en un revuelo de fardos y carretillas. Las barcas forradas de tela se deslizaban hacia los atracaderos. Los macizos de flores bordeaban las riberas como unas puntillas de encaje. Bañadas por aguas doradas, mecidas por brisas salobres, destilaban la última fragancia del día. Bizancio era ya un temblor púrpura cuando la torre Gálata había perdido su sombra.

XXII

Las armas y las letras

El despertar de Bizancio era el inicio de un espectáculo de magia. Los dedos finos del sol apartaban la gasa de la niebla. Las murallas más sólidas del mundo abrían sus puertas como los hombres abren sus ojos: alzando las pestañas de sus rastrillos. La gran cúpula de Santa Sofía inflaba su globo rojo hacia el cielo.

Las calles empezaron a animarse. Músicos, cantantes, bailarinas y cuentacuentos comenzaron su función. A la vuelta de una esquina, unos flagelantes, a los que el pueblo llamaba «locos de Cristo», se mortificaban a base de latigazos. Alcanzaban el éxtasis mediante cortes en el pecho de los que brotaba su sangre de mártires. A la vuelta de otra, un feriante hacía bailar a su oso ruso, un flautista hipnotizaba a una serpiente y unos mendigos harapientos pedían unas monedas. Constantinopla, además de sus nombres, era el país de las mil maravillas.

Nuestro preceptor había dispuesto para Demetrio y para mí una formación en la Escuela para Pajes: las letras se aprendían en la academia; las armas, en el cuartel. Debíamos mirarnos en el espejo de príncipes del basileus, para quien el sabio Miguel Psellos había fijado dos objetivos: el estudio de los textos y la disciplina de las armas.

De manera que, al día siguiente, nos presentó al director de la academia de palacio, el maestro Miguel Ático. Este sabio de barbas blancas como la nieve nos saludó afablemente. Luego, nos explicó que recibiríamos lecciones de literatura griega y latina, filosofía platónica y protocolo cortesano. El edificio ocupaba una pequeña ala del palacio de Blanquerna. Nuestra pensión estaba junto a la

muralla marítima desde la que se tendía una cadena hasta el barrio de Pera para proteger el estrecho. El director nos advirtió de que debíamos madrugar para ser puntuales. El horario abarcaba todas las mañanas, de lunes a sábado, desde las nueve hasta la hora de comer. El reglamento era riguroso: faltar sin causa justificada acarreaba la expulsión de la academia.

Esa misma tarde, nuestro maestro hizo lo propio en el cuartel de domadores, situado en uno de los extremos del hipódromo. Mientras esperábamos en el cuerpo de guardia, Besarión nos contó la historia de la basilissa Teodora. «Había nacido en estas cuadras —dijo—. Era hija del cuidador de osos amaestrados. Tuvo que ganarse la vida como bailarina en un circo e incluso como ramera en un burdel. Pero cuando el gran Justiniano se enamoró perdidamente de ella —“mi más dulce encanto”, la llamaba—, fue coronada emperatriz junto a su marido y gobernó con prudencia bajo su manto de púrpura. La lección de su vida, mis dilectos discípulos, se resume en un verbo: persistir.»

El oficial al mando, Genadio Kristóvulos, nos arengó sobre el principio de disciplina que guiaba a su unidad: «Lo mismo vale para los soldados que para los animales —nos insistió—. Lo mismo, en la paz que en la guerra. La disciplina es la regla de oro del soldado bizantino».

Una vez hechos los cumplidos, suplicamos al bueno de Besarión que nos dejase callejear un rato, que nos hiciese de guía en una ciudad cien veces mayor que Mistrás. Anduvimos con los ojos expectantes. La riqueza y la pobreza eran extremas. De pronto cruzaba una aristócrata sentada en una lujosa litera sostenida por cuatro esclavos. De pronto lo hacía un grupo de tullidos que resaltaban sus taras en busca de limosna. La riqueza y la pobreza también eran vergonzosamente públicas.

Nos acercamos a un corrillo que escuchaba a un charlatán junto a la puerta de las Abejas. Relataba el cuento de un barco bizantino que, desorientado por la tormenta, se adentró en un mar desconocido. Al cabo de varios días a la deriva, los marineros divisaron una isla con árboles, pájaros y agua dulce, por lo que descendieron para aprovisionarse en ella. Pescaron y cazaron algunas presas. Pero cuando encendieron fuego para cocinarlas, el suelo dio una violenta

sacudida y los arrojó al mar: «La isla era una ballena que llevaba mucho tiempo varada, por lo que le había crecido vegetación encima. Al sentir la quemazón en su lomo, se revolvió contra los náufragos. Los griegos, que saben el nombre secreto de los vientos, se encomendaron a san Jorge para que hablase con el rey Eolo. Este calmó al pez. La tormenta amainó. Un soplo sagrado devolvió el barco al Mare Nostrum, nuestro familiar Mediterráneo», concluyó el relator.

—Esa historia se la he escuchado a las caravanas árabes que acampan en Alejandría —dijo un mercader de especias—. Nada más que el protagonista se llamaba Simbad.

—Algo parecido cuentan los latinos que atracan en el puerto —respondió otro—. Allí es un monje irlandés, al que llaman san Brandán, el que navega rumbo al paraíso y se topa con una ballena.

—¿Cómo pueden darse estas coincidencias? —pregunté a Besarión.

—Porque las leyendas circulan entre los pueblos como la fluidez de las aguas. Después, cuando alguien las oye, las repite a su manera.

—¿A pesar de hablar distintas lenguas?

—Precisamente por eso. Los humanos tenemos la necesidad de hacernos entender.

A mi preceptor le vinieron a la cabeza algunos cuentos infantiles que le narraron en la escuela. En unos, la isla, en lugar de una ballena, era una tortuga encallada en un archipiélago. En otros, le hablaban de las islas móviles del mar Egeo. Aquellas que cuanto más te acercas a ellas, más se alejan de los barcos. En la fábula más querida aparecía la Atlántida de Platón. Surgía majestuosa entre las brumas marinas. Un paisaje ilusorio en el que se recortaban sus murallas rojas, sus altas torres y sus palacios de oro. Una ciudad mágica donde parpadeaban luces mientras sonaba una música dulce.

Sin querer, Besarión recordó a sus maestros y a sus compañeros de escuela como si no hubiese pasado el tiempo. Pudo ver los rostros barbados de unos, las caras risueñas de los otros, los atriles con los

útiles de escribir. De pronto, volviendo a escuchar al charlatán de Bizancio, susurró: «¡Qué viejo eres, Basilio!, ¡qué breve es la vida!».

XXIII

Penitencia para el buen ladrón

Mientras el charlatán pasaba un platillo por el público, Demetrio y yo vimos cómo un joven robaba la bolsa de dinero a nuestro maestro, distraído como estaba tras el desenlace de la historia. Nos guiñamos el ojo y, retrocediendo despacio, salimos del grupo. El ladrón se dio cuenta de que le habíamos descubierto y echó a correr hacia el mercadillo.

—¡Ve por detrás de los puestos! —le dije a mi amigo—. Que solo me vea seguirle a mí.

—¡Apartaos! —gritaba aquel abriéndose paso entre el gentío.

—¡Párate o te juro que lo sentirás! —le amenacé.

Cuando estaba a punto de atraparle, sin que el ladrón dejara de mirar hacia atrás, Demetrio apareció entre los puestos de fruta y le puso la zancadilla. El fugitivo cayó al suelo haciendo rodar manzanas, naranjas y hortalizas. Le levantamos sin contemplaciones. Le registramos y recuperamos la bolsa.

—Ahora vamos a llamar a los guardias.

—Eso si no nos tomamos la justicia por la mano.

—¡Quietos! —Apareció por detrás Besarión—. Dejadle que pida perdón. Luego, que se vaya.

—Pero, maestro… ¡Le ha robado! —replicó Demetrio.

—Quizás tuviera necesidad de ello. Hay que socorrer a los pobres.

Debemos imitar el ejemplo de Cristo.

Recordé las enseñanzas de la academia.

—Muchacho, ¿crees en la bondad de Dios?, ¿estás arrepentido? —le preguntó nuestro maestro.

—Sí creo. Le prometo que no lo volveré a hacer.

—Escucha atentamente. Te vamos a dejar libre y, además, te daremos dos cosas: unas monedas para que comas hoy y este rosario. Debes ofrecérselo a la imagen del «buen ladrón» que hay en la iglesia de San Salvador de Cora.

—¿Y cómo sé en qué pared está?

—Le preguntas al pope. Pero hazlo pronto, porque por la tarde pasaremos a comprobarlo mis discípulos y yo.

El joven ladronzuelo, algo confuso, nos dio las gracias. Mató el hambre con algo de comida callejera y, enseguida, se apresuró a ir al templo. Demetrio y yo quedamos intrigados con la decisión de nuestro preceptor. Pensamos que nos estaba impartiendo una lección. Pero ¿cuál era su moraleja? Prometió que nos la explicaría más tarde.

Los tres seguimos recorriendo la ciudad. Admirando sus plazas concurridas, el foro romano, sus tiendas de productos exóticos y sus jardines amenos. En uno de ellos, frente al hermoso palacio de las Blanquernas, hicimos un alto para comer un bocado y saciar la sed en una fuente. Asomados a un mirador sobre el Cuerno de Oro, nuestro preceptor nos dio un consejo: «Si añoráis Mistrás, asomaos al borde y ved correr las aguas. Es la mejor medicina para curar la melancolía».

La nobleza poseía lujosos palacios urbanos. Estos tenían una capilla para orar, un comedor con sillas y cuartos decorados con pinturas murales, donde los moradores lucían sus vestidos y joyas. A veces poseían mosaicos que emulaban a los palacios imperiales. Otras, residencias veraniegas que se habían ido perdiendo conforme avanzaban los turcos. Veneraban a los santos de los iconos

iluminados por lámparas de aceite. Debajo de las imágenes estaba la inscripción: «La luz de Cristo brille por todos». El contraste con los barrios de los pobres era enorme. Las casas eran sórdidas, las callejuelas angostas, los robos frecuentes. Pero este era el plan divino para con los fieles. El basileus, un instrumento de Dios, conservaba este orden social justo.

Después de mucho caminar, llegamos a San Salvador de Cora, donde quedamos deslumbrados por sus mosaicos y frescos. Unos recreaban la vida de Jesús. Otros retrataban al basileus y a su mujer. Nuestro maestro nos llevó hasta el arco en el que san Pedro acompaña a los humanos a entrar en el paraíso. Entre ellos aparecía el «buen ladrón» con la cruz en la mano.

—Parece que el ladronzuelo ha cumplido su promesa —dijo el preceptor al observar el rosario y una vela encendida en el pebetero —. No es fácil dar con este rincón apartado. Y él lo ha hecho.

—¿Por qué le permitió escapar? —preguntó Demetrio.

—Porque permitir que todo siervo de Dios participe de su perdón es una obra de caridad.

—¿Y la elección de esta iglesia? —añadí yo.

—Aquí me ordenaron presbítero hace unos años. Y aquí quiero dar una noticia a mis discípulos predilectos.

—Somos todo oídos.

—Escuchad, ¡su alteza Juan Paleólogo me va a nombrar consejero imperial!

—¿Consejero, nuestro maestro? —dijo Demetrio.

—Nos alegramos mucho. Le debemos lo que somos —confesé con sinceridad.

—No podía revelar este secreto hasta estar en Constantinopla. El emperador quedó muy contento con mis opiniones sobre el concilio cuando estuvo en Mistrás. De hecho, asumió mi propuesta de Ferrara como lugar de reencuentro entre las dos Iglesias.

—¿Y como recompensa le ha dado ese cargo?

—Así es. En calidad de consejero le acompañaré en el séquito bizantino que viajará a Italia.

—¿Podemos ir nosotros?

—Primero tenéis que completar vuestra educación en las artes y las letras. Luego os propondré al basileus para que forméis parte de la expedición.

—¡Gracias, maestro! ¡Que Dios le bendiga!

Estábamos eufóricos. Ni en el mejor de los sueños habíamos imaginado tamaña aventura. Nos pareció que toda la corte celestial festejaba nuestra buena suerte desde los mosaicos dorados de las cúpulas. Demetrio y yo abrazamos a nuestro preceptor para agradecerle su confianza.

Sin embargo, cada uno veía el viaje a su manera. Mi amigo pensaba que era una forma de honrar la estirpe militar de su padre. Mientras que yo veía una oportunidad para vengarme del asesino del mío. Calculé que Ferrara no estaba muy lejos de Florencia. Seguro que encontraría el modo de ir a ella. Lavaría el honor de mi familia matando al miserable de Lucio Lupi. «La ira oculta tu dolor —me diría más tarde el sabio Besarión—. Debes empezar por perdonarte.»

XXIV

Mujeres bizantinas

Los estudiantes de la Escuela para Pajes nos hospedábamos en un albergue regentado por la señora Dalmacia. Tenía una cocinera, una sirvienta y un recadero que era un eunuco retirado de palacio. Estaba situado en el barrio de la Cadena. Lo llamaban así por una cadena tendida entre Constantinopla y Pera que impedía el paso de las naves enemigas. La pensión estaba pegada a las murallas marítimas que lamían las aguas del Cuerno de Oro.

Había pertenecido a su marido, Mauricio de Atenas, abastecedor del palacio de Blanquerna. Por sus orígenes griegos alojaba a paisanos de visita en la capital. El hombre murió ahogado durante un naufragio en el mar de Mármara. El abordaje desde una galera turca echó a pique el barco de pasajeros. Dalmacia, que de joven había sido sirvienta de la emperatriz, era mujer de mucho mundo. Conocía bien al vecindario. Sabía sus anécdotas más sabrosas. Los huéspedes éramos todos varones. La mayoría estábamos relacionados con el servicio a la corte. Después de la cena, le pedíamos que nos contara historias. Nuestro tema favorito eran las mujeres bizantinas.

—Señora Dalmacia, ¿no ha pensado en volver a casarse? —le preguntamos una vez.

—Cuando aparezca el hombre adecuado —nos respondió.

—¿Y qué cualidades debe tener?

—Las de la viuda de Pelikán.

«Me contaron —relató nuestra patrona— que el ministro Pelikán de

Filadelfia, consejero de confianza del emperador, murió de repente mientras dormía. Su viuda empezó a ser acosada por una legión de pretendientes que querían hacerse con su fortuna. Algo parecido a lo que le pasó a Penélope, la mujer de Ulises. Para que sus hijos pequeños heredaran esos bienes, se resignó a entrar en un monasterio.

»Quiso el azar que, paseando con unas amigas por la ribera del Bósforo, contándoles ese pesar, se cruzasen con un jinete que acababa de llegar a Constantinopla. Era tan apuesto que les pareció un san Jorge. A lomos de su caballo blanco, vestido de plata y azul, llevaba la capa roja al viento y la espada ceñida a su fina cintura. La viuda quedó prendada al instante. El viajero les preguntó por la casa del ministro Pelikán. Dijo venir del frente de batalla, donde se había enterado de su fallecimiento. Quería despedirse de él, ¡porque era su hermano!

»La viuda vio la solución a sus problemas sin necesidad de hacerse monja. Se gustaron y, tras un breve luto para guardar las apariencias, se casaron. Los dos sabían que el recién aparecido era un impostor, pero ¡gozaban tanto en la cama! Guardaron el secreto como su tesoro más preciado. Ambos habían encontrado su media naranja.»

—Esa expresión viene de la obra El banquete de Platón —dije orgulloso.

—¿Y cómo la explica? —me preguntó la patrona.

—Los primeros hombres eran tan perfectos que tenían forma esférica, como las naranjas, con cara y extremidades a cada lado. Desafiaron a los dioses, y Zeus los partió por la mitad con su rayo. Desde entonces estamos condenados a caminar sin rumbo en busca de nuestra mitad.

—Yo sigo viendo hombres esféricos en esta habitación. Y están más gordos que las naranjas. —Miró con picardía al eunuco, que se marchó enfadado.

—¿Sabe algún chisme picante? —le dijimos en otra velada.

—El de la prostituta Flaviana.

«Entre las cortesanas más populares de la ciudad —nos contó— había una tal Flaviana la Pintora. A diferencia de sus compañeras de oficio, las cuales admitían a todo tipo de clientes, puso un rótulo selectivo en la puerta de su burdel: “Se admiten reyes, príncipes, nobles y embajadores. Nunca plebeyos”. Su especialidad amatoria se hizo famosa en todo el Imperio. Muchos clientes viajaban desde provincias lejanas para probarla. Y nunca mejor dicho.

»La prostituta recibía a los hombres en una antesala del dormitorio. Una criada les servía un elixir afrodisiaco. Un licor ambarino en una copa con los bordes ribeteados de canela. Según iba haciendo efecto, les mandaba pasar a la alcoba. Sentados en un diván frente a ella, encendida su sangre por momentos, la mujer se iba desnudando al ritmo de un baile sensual. “Vamos a jugar a la conquista dulce de Bizancio” —les decía—. Y al caer la última prenda mostraba un mapa del Imperio dibujado en su cuerpo con pinceladas de miel. La cara era Grecia; los pechos, las montañas de Armenia; el vientre, Macedonia; los brazos, Galípoli y Pera; los muslos, Adrianópolis y Tesalónica, y así sucesivamente hasta componer esta geografía erótica. El cliente excitado debía ir lamiendo territorios hasta llegar a Constantinopla, que estaba en el sexo.

»Las autoridades políticas y religiosas prohibieron ejercer a Flaviana. El emperador vio un mal ejemplo en el juego de la conquista dulce porque se burlaba del peligro turco. Los eclesiásticos no criticaron esta práctica por inmoral ni por censurar a clientes del pueblo, como era de esperar. ¡Estaban molestos porque se había olvidado de incluir a patriarcas, arzobispos, monjes y popes en el rótulo!»

—De todas las mujeres del Imperio, ¿cuáles son las más enamoradizas? —le preguntamos una noche.

—Las griegas. Cuando eligen a un hombre, no lo sueltan.

«El gobernador de Tesalia —la señora nos puso este ejemplo—, que era el general Mauricio, tenía una hija única: la dulce Helena. Esperaba casarla con un príncipe de sangre azul. No contaba con

que la muchacha se iba a enamorar de un capitán de su ejército: Doménico. El padre, contrariado, tramó un plan para deshacerse de él. En la comarca de las Montañas Rubíes reinaba Anaís la Serrana. Esta se había ganado fama de devorahombres. Varón que yacía con ella por la noche y no la satisfacía, varón que era ejecutado al amanecer. La Serrana había pedido al señor de Tesalia un pretendiente. Este decidió mandarle a Doménico.

»El capitán y la joven estaban desesperados. Contaban las horas que les quedaban de estar juntos antes de que él viajara a las Montañas Rubíes. Tras darle muchas vueltas, a Helena se le ocurrió una treta ingeniosa. "Acuéstate con la reina, pero sin quitarte la armadura —le dijo a su amado—. Así no corres el riesgo de que quede descontenta." Doménico se presentó en el palacio de Anaís. Le hizo jurar ante sus cortesanos que si pasaban la noche juntos en la cama y si no tenían malas relaciones, le perdonaría la vida. A la reina le pudo la soberbia: "Aún no ha nacido el hombre que se me resista" —dijo públicamente.

»Al caer el sol, la reina se acostó, ordenando que le trajeran a su víctima. El capitán se metió bajo las sábanas cubierto con una armadura ajustada de la cabeza a los pies. La Serrana intentó una y mil veces desnudarle: unas veces trataba de excitarle para que se la quitase; otras, trataba de romper las ligaduras que unían el yelmo, el peto y los escarpes. No hubo manera. Sus piezas estaban tan bien atadas que blindaron a Doménico. Amaneció sin haber consumado el acto. A la reina no le quedó más remedio que dejar libre al bizantino.

»De regreso a Tesalia, persistió en el cortejo a su amada, hasta que el gobernador cedió. Los enamorados se casaron y, como sucede en los cuentos, fueron felices. La agudeza de la dulce Helena había salvado a su marido de una muerte segura.»

Por boca de Dalmacia supimos muchas confidencias sobre mujeres bizantinas. Nos habló de la etiqueta de la basilissa y sus damas aristócratas. Detalló sus códigos de colores. En los actos oficiales vestían a la griega: el hábito blanco hilado en oro y la capa púrpura. Mientras que en recepciones más desenfadadas cambiaban la moda helena por llamativos bordados de seda. También nos enseñó a mirar a las mujeres del pueblo. De grandes ojos y piel morena,

alegraban las calles con el bamboleo de sus ropas coloridas, en un constante ir y venir entre mercados. Le preguntamos por el ideal de belleza bizantina. Nos relató que las canciones de amor que interpretan los poetas siempre alaban a la mujer de cabello rubio, ojos azules y piel blanca. «Por eso les gustan tanto a nuestros hombres las esclavas circasianas.» Fue la primera vez que oí hablar de estas mujeres de hermosura sin par.

XXV

La Escuela para Pajes

Era otoño. Las madrugadas en Bizancio, como el aceite que arde en la lámpara, encendían las riberas de amarillo. Los rayos del sol naciente atravesaban el colador de las nubes. Las cúpulas de las iglesias flotaban indolentes en el cielo. Los tejados y las casas enrojecían. Las calles despertaban a la agitación de los peatones. Los cipreses verdes encarnaban en guerreros espigados. Sonaba el piar de los pájaros. Corrían los chorros de las fuentes. Olía a salitre húmedo. Sabía a fruta madura. Un rocío celeste vertía sus gotas en el mar sereno. La ciudad se iba cubriendo de una túnica castaña. Las hojas caídas eran sus ribetes de oro.

Estábamos enamorados de Constantinopla. Mi amigo y yo cumplimos a rajatabla el plan que nos había preparado nuestro maestro. Por la mañana asistíamos a la academia. Por la tarde, al hipódromo. Los domingos escuchábamos misa solemne. Con el tiempo, fuimos invitados a las recepciones en los salones del palacio de Blanquerna. Poco a poco, el prudente Besarión nos introdujo en los círculos sociales que rodeaban al basileus. Solo había que esperar el momento oportuno para demostrar que estábamos preparados para servirle.

En la Escuela para Pajes nos ampliaron las enseñanzas recibidas en la academia de Mistrás. La gramática compaginó el latín con el griego. Aprendimos algunas nociones de lengua franca, un idioma común a las ciudades portuarias del Mare Nostrum que nos serviría para hablar con los cristianos latinos. La filosofía subordinó Platón a Aristóteles. La poesía desapareció. Un paje, un joven servidor del basileus, tenía que aprender disciplinas prácticas. «Los versos son para los ociosos», nos explicó el director Miguel Ático. Debíamos

sabernos de memoria el protocolo. El manejo de los papeles nos facilitaría su custodia en el archivo. La lectura de libros de historia nos explicaría de dónde venimos. Sus lecciones nos evitarían repetir errores. La retórica —concluyó el instructor— era fundamental para hablar y escribir con elegancia.

—La naturaleza es muy sabia —nos dijo el profesor Ático—. El astro rey gobierna Bizancio.

—Mi madre me enseñó que somos hijos de la púrpura bordada con los hilos del sol —le respondí.

—Y te enseñó bien. Nuestro emperador es la luz de los hombres. Por eso viste prendas de ese color tejidas con hebras de oro.

—¿Los bizantinos creamos la púrpura?

—La púrpura viene del Líbano. Nació en la ciudad fenicia de Tiro. Aunque nosotros la tintamos como nadie.

—¿Y la seda?

—De la lejana China.

—Pero en Mistrás tejemos con ella. Tenemos criaderos de gusanos y plantaciones de moreras.

—Por eso tu país se llama Morea. Pero quiero explicaros cómo nos hicimos con ella. La conseguimos mediante una treta ingeniosa. Enviamos a unos monjes a los mercados persas, donde paran las caravanas para aprovisionarse de mercancías, antes de seguir la ruta a poniente. Allí los religiosos compraron gusanos. Los ocultaron en bastones huecos y los trajeron de contrabando. Se los arrebatamos a los árabes delante de sus mismas narices. Ahora somos nosotros los que guardamos su secreto.

La seda bizantina había sido uno de nuestros bienes más preciados en Europa. Ahora, desmembrado el Imperio a manos de los turcos, aún subsistían un par de talleres imperiales, aunque eran un pálido reflejo de la riqueza pasada.

Las vestiduras seguían indicando la pertenencia social: los nobles

llevaban una túnica larga de seda; los mercaderes, una de lino, y las gentes del pueblo, un paño de lana basta. Yo portaba el gorro persa y la túnica corta propia de un paje. Las galas del basileus, los cortesanos y los arzobispos lucían espectaculares. Eran túnicas cosidas con hilos de oro y adornos policromados. Teñidas en púrpura roja, se mezclaban con figuras violetas y amarillas. Las mujeres parecían relicarios tallados con sus ropas ceñidas y sus mangas rematadas en perlas.

Las escenas sobre la vida de Jesús, cacerías, animales y flores de los bordados convertían a los familiares del emperador en tapices andantes. A lo largo de mi vida viajera he visto sus retratos en palacios, cuarteles e iglesias. En Santa Sofía, San Salvador de Cora, en Rávena… Y siempre me impresionaron. Los personajes brillaban con luz propia. Parecían haber sido tejidos en los mosaicos vidriados de las paredes. Como hilos de colores entre teselas doradas. Tal que bellezas entre bellezas.

Me enseñaron que esas piezas lujosas, sin alcanzar la plenitud de los siglos de oro, todavía cumplían una importante función política. Eran labradas primorosamente por las manos ágiles de las tejedoras. Se aprovechaba la vistosidad de las sedas para hacer regalos de Estado. De vez en cuando, dábamos espléndidos ropajes a los papas y a los reyes latinos, en busca de alianzas políticas. Los agraciados guardaban dichas prendas en el armario reservado para los eventos fastuosos. Era otra forma más de halagarlos para que nos ayudaran en la cruzada contra la media luna.

También me enteré de que los animales exóticos eran obsequios diplomáticos. Enseguida me puse al día en el hipódromo de las especies preferidas por cada país. Los leones gustaban mucho en las ciudades italianas porque evocaban la Roma imperial. Los osos iban y venían de Rusia para su empleo en el circo. Los halcones traídos de Escandinavia, Malta y Arabia se distribuían en los mercados de las aves rapaces. Los cisnes eran muy apreciados en Centroeuropa para embellecer los estanques de los príncipes. Alguna vez se regaló un rinoceronte para congraciarse con el papa o un elefante para apaciguar la ira del sultán. Los únicos animales que no se utilizaban como moneda de cambio político eran los gatos salvajes de nuestro ejército.

—Los bizantinos somos griegos por nuestro origen. Desde que alcanza nuestra memoria, vivimos en esta tierra —reanudé la conversación repitiendo palabras del sabio Pletón.

—¡Antes romanos que griegos! —zanjó el tema el maestro Ático—. Nos dimos cuenta de que en la capital no eran bien vistas las ideas de nuestro filósofo.

—Hay muchas rayas rojas en el patio de armas —volvió Demetrio a hablar del color ante esta reacción hostil del profesor.

—Señalan el lugar que debe ocupar cada unidad en los desfiles militares. Pero hay marcas púrpuras por todos los rincones de palacio. Así, cada súbdito sabe dónde pararse cuando hace su aparición el emperador.

—Lo mismo sucede en el palacio de Mistrás.

—Es el color del poder. Hasta las emperatrices dan a luz en una cámara de parto cuyas baldosas son de pórfido granate y techos escarlatas.

—¿Y por qué no lo hacen en su dormitorio?

—Porque así los príncipes recién nacidos lo primero que ven en esta vida es el linaje del sol.

—Yo tengo sangre Paleóloga —dije orgulloso.

—Y yo de militar espartano —añadió mi camarada.

—Por eso estáis aquí. Para convertiros en pajes imperiales y formar parte de los elegidos de Dios.

Languidecía la tarde sobre el estrecho del Bósforo. Demetrio y yo regresábamos a la pensión enriquecidos de saberes. Éramos dos esponjas de Rodas que todo lo absorben. De pronto, el viento del oeste desprendió las hojas secas de los árboles y arrancó los pétalos de las flores tardías en los jardines. Un torbellino multicolor barrió las calles hasta zambullirse en el mar. Su danza nerviosa despojó algunos toldos de las tiendas. Las nubes del otoño descargaron una lluvia de gruesas gotas. Nosotros las sentimos como laureles que

caían sobre las cabezas de unos jóvenes felices.

XXVI

Carrera en el hipódromo

En el cuartel del hipódromo quedamos fascinados con la doma de animales salvajes. Demetrio, al que ya le gustaban las rapaces cuando íbamos de caza en Mistrás, se convirtió en un hábil cetrero. En la torre del Halconero, el jefe de los cazadores le enseñó a hacer bolitas de carne sin sangrar para los halcones peregrinos. Después, los lanzaba al vuelo para abatir aves enemigas. En el palomar de San Nicolás, el maestro de palomas mensajeras le mostró los pichones anillados con cintas de colores, a los cuales había que respetar la vida por llevar el correo al palacio imperial. Comprendió que la lucha entre halcones y palomas era una metáfora de la guerra y la paz. Mejor aún, entre los seres humanos; era lo más parecido a la lucha por la vida.

Por mi parte, aprendí a leer los gestos de los felinos nada más salir de las jaulas: los ojos penetrantes de los guepardos; la agilidad en el salto de los linces; la ferocidad en los dientes afilados de los gatos salvajes. No me extrañó que fuesen una unidad de élite en la guerra. Estos animales amaestrados olisqueaban al enemigo y, enseguida, se precipitaban sobre él corriendo a la velocidad de la flecha. Cazaban de día y de noche. Los guiaba el olfato. Los orientaba la agudeza de su vista. A los amos nos hablaban en el lenguaje del silencio. Éramos hermanos combatiendo codo con codo.

Durante la campaña de las Montañas Malas quedé prendado para los restos. Me prometí que nunca me separaría de ellos. Tenía buena mano con los animales. Aprendía a escuchar sus voces secretas, a leer sus rugidos, a sentir su pérdida. En poco tiempo, superadas las pruebas que me fueron poniendo, me convertí en un paje domador del ejército romano de Oriente.

Nuestro servicio militar no se limitó al adiestramiento de animales. También nos ejercitábamos en la lucha cuerpo a cuerpo, el manejo del escudo, la espada y la lanza, la monta de caballos y la guía de carros. El soldado bizantino debía ser un guerrero completo: ¡un héroe disciplinado! Yo me encontraba muy a gusto y, al destacar en cada una de esas destrezas, mi oficial, Genadio Kristóvulos, me hizo una propuesta.

—Escucha, Jorge. En la fiesta de San Cirilo y San Metodio habrá circo en el hipódromo.

—¿Circo?

—Sí, una sesión con todo tipo de espectáculos: malabaristas, acróbatas, animales exóticos, jinetes cabalgando de pie y carreras de carros. Es una ocasión solemne que conmemora el martirio de los apóstoles de Tesalónica. Asistirá el emperador, su familia y lo más selecto de la corte. Quiero que representes a nuestra unidad.

—¿Con una exhibición de doma de gatos?

—No, no. Corriendo entre los aurigas del ejército. Antes competían cuatro equipos. Con el tiempo se han reducido a dos: los azules, que representan a los militares, y los verdes, a los religiosos. La gente discute mucho sobre el equipo que va a ganar. Algunos se acaloran hasta llegar a pegarse. Otros apuestan sus escasos dineros. Pero lo que a ti te interesa saber es que el auriga vencedor es tratado como un héroe.

—No sé si yo estaré a la altura.

—Lo estarás. Tenemos tiempo por delante para entrenar.

Los consejeros del basileus habían tenido la idea de restaurar el circo. De ese modo, reverdecerían viejos laureles, pero, sobre todo, levantarían la moral de una población angustiada ante el cerco otomano. Quien más, quien menos tenía el miedo metido en el cuerpo. Los gobernantes, mejor informados que la plebe, sentían el aliento de los alfanjes en la nuca con cada nueva derrota militar. Una diversión tan del gusto popular como el circo disiparía esos ánimos entristecidos.

Los esplendores del hipódromo hacía tiempo que habían decaído. El saqueo de los cruzados arruinó buena parte de las instalaciones. No obstante, una arquería de dos pisos seguía entera frente a la pista, una parte del graderío se mantenía en pie y una sucesión de columnas señalaban la espina central. Allí permanecían —imponentes en su altura, admirables en su esbeltez— el obelisco egipcio de Constantino al sur, la columna Serpentina en medio y el otro obelisco de Teodosio al norte. En su pedestal labrado podía verse al emperador coronando al ganador de la carrera de carros. Estos símbolos eran muy poderosos, porque habían sido testigos de los grandes eventos ciudadanos. Aquí se había aclamado a generales victoriosos, ejecutado a los caídos en desgracia y derrocado a emperadores indignos por el pueblo sublevado. Si los cronistas tuvieran que escoger un escenario de la historia bizantina, sería el hipódromo romano.

Llegó el día de la competición. La guardia imperial tomó posiciones. Antaño, el basileus accedía al palco a través de un pasadizo secreto que salía del Gran Palacio, por lo que no corría riesgos. Pero desde que su familia se instalara en el palacio de Blanquerna, en la orilla norte del Cuerno de Oro, había que montar toda una logística de seguridad para que atravesase las calles o desembarcase en un puerto cercano. Al cabo, su majestad Juan VIII tomó asiento en la kathisma, una tribuna reservada frente a la pista, rodeado de parientes y de la flor y nata de la nobleza bizantina. Era el mejor sitio. Desde allí se divisaba todo el circo. De los religiosos a los laicos, de los nobles a los plebeyos, de los ricos a los pobres, de los adultos a los niños, todos los vecinos asistían a unos pasatiempos que levantaban pasiones.

Los juegos preliminares calentaron el ambiente. Unos domadores hicieron pasar a los leones africanos por aros de fuego. Otros obligaron a los osos rusos a ponerse de manos. Los acróbatas hicieron equilibrios sobre la cuerda floja. Las danzarinas bailaron ritmos exóticos. Los comedores de fuego arrojaron llamaradas por sus bocas. El público fue subiendo el tono hasta que, al empezar la carrera de carros, estalló en un vocerío estruendoso.

El basileus dio la salida dejando caer un pañuelo púrpura. Los caballos rebufaron al sentir el tirón de las bridas. Los equipos

estaban formados por ocho carros: cuatro de los azules y otros tantos de los verdes. A cada bando lo apoyaban militares y eclesiásticos repartidos entre el público.

Enseguida chocaron los dos más rezagados. Descarrilaron fuera de la pista. Sus aurigas rodaron por el suelo. Los caballos siguieron trotando desbocados. Los restantes fuimos en un pañuelo hasta rodear el obelisco de Teodosio, donde se daba la vuelta a la uve de la pista. En el tramo de la columna Serpentina, un auriga verde se puso en cabeza, mientras yo me mantenía en el grupo perseguidor. Poco a poco, empujado por la casta, tirando de coraje, dejé atrás a los dos vehículos que me emparedaban. Fui acercándome hasta la altura del que iba en cabeza. Me arreó unos latigazos que esquivé como pude. Le embestí con las ruedas para orillarle. Todo valía con tal de vencer. Por fin, durante la última vuelta, le rebasé en la recta final. ¡El equipo azul había ganado la carrera y yo había sido su guía!

En adelante procuré siempre vestir con ese color, el azul castrense. Para mí era el color de los vencedores. ¡Qué orgullosos se debían haber sentido mis padres: uno en el jardín de los justos y la otra en el claustro de la Pantanassa!

Los espectadores enloquecieron. Muchos de ellos bajaron a la pista y rodearon mi cuadriga. Los camaradas del cuartel me felicitaron efusivamente. A la orden de nuestro oficial Kristóvulos abrieron un pasillo que ascendía por el graderío hasta el palco de la kathisma. Subí entre una hilera de admiradores que me palmeaban en la espalda. Llegaban hasta mis oídos los vítores del aforo. Me incliné para reverenciar al emperador. Asistido por un eunuco, ciñó una corona de mirto en mis sienes y, tras alzarme, me entregó una bolsa de oro. En ese momento, gozoso y fugaz, pensé que acababa de nacer a los ojos del lugarteniente de Dios.

XXVII

El Imperio Secreto

Mi maestro Besarión me citó una mañana en la iglesia de San Salvador de Cora. Me extrañó un poco. No había dicho nada a Demetrio ni fuimos caminando juntos como la vez anterior. Tampoco me explicó el motivo ni cuánto duraría la reunión. Solo que dispusiese de un par de semanas libres. Ya se había encargado él de pedir permiso al director de la Escuela para Pajes y al oficial del hipódromo. La verdad es que me intrigaba el asunto. La noche anterior no pegué ojo.

Entré en el templo como quien entra en un libro de las maravillas: deslumbrado por la alegría de sus ilustraciones, embriagado por la delicadeza de sus colores. El sabio Besarión me esperaba bajo la cúpula de los antepasados de Jesús. A esa hora solo había algunos fieles rezando en la capilla. Unos sacerdotes ordenaban los objetos litúrgicos del altar antes de decir la misa del mediodía. Mi preceptor me invitó a pasear bajo el dorado de los mosaicos y el arco iris de los frescos. Despacio, como si estuviésemos rezando a las imágenes, me llevó hasta la capilla principal. Tras unas columnas de mármol, en cuyos capiteles flotaban ángeles, nos adentramos en un túnel que daba a la vieja cripta. Estaba en penumbra. Sin ruidos ni testigos. El lugar ideal para una confesión.

—¿Estás contento con tu educación como paje? —me preguntó.

—Más que contento. Estoy feliz.

—¿Recuerdas que en Mistrás nos prometimos luchar contra tiranos?

—Claro. La tiranía del cuerpo, del alma y del poder.

—Pues ahora te necesito para que te sumes al combate.

—¿A la guerra contra el turco?

—Contra todos los enemigos de Bizancio. Los de fuera y los de dentro. Porque a veces los traidores están en casa.

—Ya sabe que puede contar conmigo.

Entonces me habló por primera vez del Imperio Secreto. Pertenecían al mismo aquellos que anteponían la defensa de Bizancio por encima de sus glorias personales. Un oficial prestigioso que había renunciado a ser general en jefe del ejército. Un arzobispo con fama de santo que rechazaba el título de patriarca. Un bibliotecario guardián de papeles que no aspiraba a dirigir el archivo imperial. Y más personas de esa calidad que hacían de la modestia virtud.

En ese momento recordé aquellas palabras enigmáticas que nuestro preceptor dejaba caer de vez en cuando durante sus lecciones en Mistrás: «Ya que los príncipes no pueden abarcarlo todo, para suplir su imperfección humana deben tener muchos subalternos que les sirvan de ojos, de orejas, de pies y de manos por todo el Imperio».

La propia Iglesia ortodoxa había servido de modelo para organizar el Imperio Secreto. Era acéfalo: sin una cabeza única. Cada jefe de territorio era autónomo. Las fuentes de información consistían en las iglesias y los monasterios, los secretos revelados por los fieles al confesor, los desplazamientos geográficos de los agentes y el dominio de la lectura y la escritura. En la cúspide había un consejo de sabios compuesto por militares, religiosos y hombres de letras. No había partidos. Ni verdes ni azules. Cada consejero tenía un lugarteniente que se comunicaba con los miembros de la sociedad secreta repartidos por el Imperio y el extranjero. La contraseña para conocerse era una cruz bizantina, de madera o de metal, pero de color púrpura.

Las noticias averiguadas por las redes de informantes se remitían a Constantinopla. Aquí eran valoradas por los consejeros para tomar las decisiones más acertadas. Por algo llamaban la «cocina del Imperio» a las reuniones en San Salvador. Los documentos se

examinaban a la luz de la prudencia. Después, debidamente camufladas, se mandaban a los espías las instrucciones a seguir.

La sede clandestina de la sociedad era esta iglesia de Cora. Sus popes ignoraban la naturaleza de esas reuniones que tenían lugar en la cripta después de las misas. ¡Cómo iban a sospechar de unos fieles cumplidores que no se perdían ninguna celebración litúrgica! Además, el templo estaba en un suburbio, entre las murallas de Constantino y las de Teodosio, apartado de la vida pública de la ciudad. Era la tapadera perfecta.

—¿Lo has comprendido? ¿Tienes alguna duda? —me preguntó mi maestro.

—Solo una. ¿No hay un jefe supremo del Imperio Secreto?

—Somos las criaturas de un ser superior.

—¡Dios! —exclamé.

El consejo de sabios había decidido ponerme a prueba. El arzobispo Besarión era un miembro reciente del Imperio Secreto. Iba a viajar a Occidente en la expedición del basileus, por lo que debía reclutar a su red de informantes, empezando por un hombre de confianza. Mi maestro había pensado en mí. ¿Por qué no también en Demetrio? Mi camarada era un militar. Actuaba con los ojos puestos en la guerra. En cambio, yo reunía otras cualidades. Era un filósofo y un guerrero: Hércules y Platón en uno. A esto se sumaba mi cultura, mi sangre y mi orfandad. «El perfecto agente —me dijo mi preceptor— debe tener valor, ser prudente, hablar y escribir bien, estar libre de parientes y dependencias, mostrarse elegante a los ojos ajenos y dócil a los de sus superiores.»

—Te vamos a encargar una misión.

—Usted dirá.

—Tienes que comprobar algo que nos preocupa.

—¿Por qué yo?

—Porque se trata de un paisano de Mistrás.

—¿He de regresar a casa?

—No, no. El sospechoso está aquí en Constantinopla. ¿Te acuerdas del padre de tu condiscípulo al que llamabais el Sedero?

—Claro. El mercader Cirilo Pafos. Uno de los más ricos de la ciudad.

—Cada tres meses viene al gran mercado del foro. Dice que a vender telas. Tenemos que comprobarlo. Debes seguirle y enterarte con quién trata. Luego nos informas aquí, en San Salvador, después de la misa del domingo.

—Pero me puede reconocer.

—Ahí entra en juego tu habilidad para pasar inadvertido. Además, te ayudará alguien de confianza. Stéfanos, ¿puedes venir? —Se dirigió a una silueta que salió de detrás de una columna.

—Pero ¡si es el ladrón que le robó mientras escuchábamos al cuentacuentos!

—Todo estuvo preparado. ¿Crees que un ratero va a cruzar la ciudad de cabo a rabo para hacer una ofrenda en unos frescos?

—No parece lógico.

—Stéfanos es un agente muy hábil. Se mueve como pez en el agua por las calles. Los dos sois jóvenes y pasaréis por amigos.

El espía del Imperio Secreto conocía con pelos y señales a todos los tenderos de la ciudad. Me llevaría a tiro hecho. Teníamos que averiguar la identidad de aquellos con los que negociase Cirilo Pafos. Pero ¿cómo acercarnos a nuestro hombre sin que le espantáramos? Di con la farsa. Nos disfrazaríamos de mujeres. Nos ayudaría un amigo de Stéfanos, que haría el papel de eunuco. De esta guisa empezamos a recorrer los mercados como si fuésemos dos damas nobles protegidas por un guardián.

XXVIII

La traición de Cirilo, el Sedero

El sedero de Mistrás visitó algunos puestos del mercado. En uno compró hilos de oro y plata. En otro, agujas y bordados. En otro, artesanías domésticas para la familia. No se privó de mirar las bondades de las esclavas jóvenes. Bebió un refrigerio de agua de menta que traían aguadores a lomos de mula. Llevó al palacio de las Blanquernas algunos paños tejidos en sus talleres. Vestidos exclusivos que buscaban encaprichar a las princesas. Visitó a clientes que gustaban de la seda labrada en Mistrás. Comió en una taberna céntrica. Durmió en un albergue costoso, la Casa del Foro, que frecuentaban los viajeros ilustres. Así, durante varias jornadas. Ningún movimiento extraño. Ningún paso en falso.

Hasta que una mañana se dirigió al barrio de Pera. Cruzó el Cuerno de Oro en un barco de pasajeros. Subió desde el puerto al mercado de Gálata. Alrededor de esa torre de Babel se agolpaban comerciantes genoveses, francos, árabes, persas y orientales. El despreocupado Cirilo se paró a la altura de un tendero musulmán con su ayudante mozo. A juzgar por las gallinas enjauladas, los colgantes y las especias que vendía, no parecía un sedero. Nuestro tipo cruzó unas palabras con él. Entraron en el interior de un local. Stéfanos, el eunuco y yo, disfrazados de la cabeza a los pies, nos acercamos al puesto. Oímos el regateo de compradores y vendedores. Preguntamos aquí y allá. Finalmente, en un descuido del muchacho que vigilaba la mercancía, conseguí colarme en la trastienda.

Escuché sin hacer el más mínimo ruido. El tendero era un árabe que, enrolado en las caravanas, recorría la Ruta de la Seda a lo largo de Anatolia. Una de sus paradas obligatorias era Bursa: la

ciudad sagrada de los otomanos, la escuela de sus guerreros más fanáticos. Escuché a Cirilo relatar a este agente musulmán las novedades habidas en Bizancio desde su última visita. Las decisiones políticas. Las maniobras militares. Los rumores sobre los planes del basileus.

—¿Averiguaste algo sobre el fuego griego?

—He sonsacado a mi contacto en el ejército. Nadie sabe a ciencia cierta cuáles son sus ingredientes.

—Pero habrá alguno imprescindible.

—Creo que una sustancia llamada petróleo. Es lo que le permite seguir ardiendo en el agua.

—¿Cómo la obtienen?

—No se encuentra en Bizancio. Viene de tierra adentro hasta el puerto de Varna.

—¿Dónde está?

—En el mar Negro. Unas galeras lo traen hasta aquí en barriles camuflados entre otras mercancías.

—Tienes que descubrir cuáles son esas galeras. El fuego griego es un asunto prioritario para el sultán.

—Lo voy a intentar.

—Te pagaré el doble.

—Déjame que indague. Te diré algo en la próxima cita.

Me pregunté dónde había recabado toda esa información. Sin duda, en los círculos que frecuentaba: la corte del déspota de Morea, el palacio imperial, el mercado del foro y otros lugares populosos de Constantinopla. A cambio, recibió un suculento pago en monedas de oro, según calculé mientras escuchaba contarlas. Ese soborno continuado era el que le permitía llevar esa vida de despilfarro. Llevaba a la práctica el consejo que le daba a su hijo: «En los

negocios no confíes en nadie. Ni siquiera en tus familiares». No cabía duda. Cirilo estaba traicionando a Bizancio. No tenía escrúpulos en pasar las revelaciones más sensibles. Había que interceptarle antes de que volviera a Mistrás. De ello se encargaría un agente más veterano.

Los consejeros encargaron el trabajo a una mujer que pasaba por ser la viuda respetable de un comerciante de telas. Eso le permitía visitar domicilios para mostrar su mercancía sin que sospecharan de sus intenciones. Melisa, que así se llamaba nuestra compañera, era una especialista en venenos. Enseguida se personó en la Casa del Foro. Pidió hablar con el dueño del albergue. Tenía que ofrecerle una partida de sábanas. Cuando estuvieron cara a cara, la viuda le dijo que era amante de Cirilo, el Sedero, ofreciéndole un buen dinero por permitirle entrar en su habitación. Quería darle una sorpresa.

El posadero aceptó. La llevó al cuarto del mercader. Melisa lo examinó de cabo a rabo. Entonces dio con el punto débil para deshacerse del traidor. Este era muy devoto de Santa María desde que fuera bautizado en esa iglesia de Mistrás consagrada a la Virgen. Llevaba siempre un icono de ella que dejaba en la cabecera de la cama. Antes de dormirse le rezaba y lo besaba repetidas veces. Nuestra espía impregnó la tabla con un veneno llamado polvo de Persia. Es incoloro y mortífero. La repasó un par de veces con un pincel de pelo de marta para que aumentara la dosis. Al anochecer, Cirilo regresó al albergue, cenó un bocado en su taberna y se dirigió a su cuarto. No notó nada raro. Se desvistió y, puesto de rodillas, oró ante Santa María. Besó el icono y se acostó. Unas horas más tarde murió entre terribles dolores de estómago. El veneno de Melisa no dejó rastro.

Mis pesquisas sobre el sedero de Mistrás satisficieron a los consejeros del Imperio Secreto. Mi maestro se sentía muy orgulloso. La misión había sido bien resuelta. En las siguientes jornadas me sometí a una formación exhaustiva como agente, antes de emprender viaje a tierras latinas.

Uno de los sabios del consejo me explicó el empleo de todo tipo de señales. Las orales, que eran transmitidas por la voz humana, mandaban ejecutar las órdenes del mando. Las musicales movían a

las tropas en el fragor del combate. Al escuchar las notas de trompetas, tambores y cornetas, los ejércitos atacaban, se detenían o se retiraban. Las señales mudas eran necesarias para cubrir la distancia en las batallas terrestres y navales. Lo que parecía un juego infantil, como era agitar banderas de colores, permitía combinar letras que formaban mensajes.

Otro militar me describió pistas dejadas sobre el terreno por los exploradores. Servían para orientar la marcha de nuestras legiones. Amontonar piedras en las encrucijadas de los caminos. Clavar estacas inclinadas hacia una dirección. Hacer signos con ramas de árbol para advertir que allí cerca estaba el enemigo. Tuve la oportunidad de ver algunas durante la campaña de las Montañas Malas contra los meligs. También insistió en la disciplina que era necesario observar durante las guardias. «El centinela debe aprenderse bien el santo, la seña y la contraseña —me dijo—. Y esas hay que cambiarlas diariamente para garantizar la seguridad.»

Otro día, un archivero me habló de la importancia de los documentos. «Los embajadores que mandamos a otros países reúnen los informes. Por eso suelen hacerse acompañar de un secretario que lleva un libro de notas», me reveló. Aprendí que un agente bizantino debía moverse por las plazas, los puertos y las tabernas con los ojos bien abiertos. Que pegaría la oreja hasta en las conversaciones más triviales. No desdeñaría ningún comentario ni rumor por banal que le pareciera. Comunicaría al embajador las noticias obtenidas y, a su vez, este mandaría al secretario ponerlas manuscritas.

Aquí era donde entraba en juego el lenguaje cifrado. A veces eran códigos que hacían los mensajes ininteligibles para el enemigo por si caían en su mano. Otras, frases invisibles intercaladas en los renglones de las cartas. El receptor se encargaba de descifrarlas cuando llegaban intactas a su destino.

—En Mistrás utilizamos los escítalos, los troncos con cintas de los estrategas espartanos.

—Cada medio requiere una técnica. No es lo mismo comunicarse en la ciudad que en el campo, en una exploración terrestre o en una batalla naval.

—Pero habrá algunas mejores que otras.

—Todas son buenas si guardan el secreto del mensaje.

Este erudito de los papeles me ilustró sobre los métodos para proteger los correos. «Los hay muy vulgares. Escribir una frase en el cuero cabelludo de un hombre rapado. Pasado un mes, el pelo crece y cubre el mensaje. O los que se guardan en el cinturón de los viajeros. O los que se ocultan en los arreos de las caballerías —me enumeró varios ejemplos—. Sin embargo, los más sutiles son los que se escriben con tintas simpáticas.» Trabajamos con agua diluida en zumo de limón, jugos de frutas mezclados con polvos y colorantes invisibles. Estos escritos, puestos sobre la llama de una vela, revelaban mensajes secretos. Yo estaba encantado con estas explicaciones. Me parecían trucos de magia muy ingeniosos.

No obstante, el sabio Besarión me aclaró que la mayor parte de la información del Imperio Secreto la guardábamos sus agentes en la memoria.

—No necesitamos el Mapa Universal del basileus.

—¿Qué es ese mapa?

—El cuarto de mando del palacio. En él se registra todo lo que sucede en el Imperio.

—¿Y por qué se llama así?

—Porque guarda todas las noticias que se reúnen acerca del mundo que nos rodea. Es como si un cartógrafo trazase una y otra vez la imagen del universo.

—¿Cómo suplimos nosotros ese despacho?

—Con la memoria. Cada hombre debe ser un archivo móvil.

—¡Ja, ja! Me imagino una biblioteca con piernas.

—Está bien que disfrutes del oficio. Por cierto, lee este libro. Son las Estratagemas de Polieno. Un griego de Macedonia que cuenta el uso de las tretas que nos dieron glorias militares.

—Lo haré. —Abrí una página al azar y leí en voz alta—. «No tanto la fuerza como el engaño consigue los laureles de la victoria.»

La última lección que me dieron decía: «Tan importante como informar es desinformar». Dejar caer un documento falso en poder del enemigo. Simular que te han interceptado a un correo cuando, en realidad, hemos dejado que le apresen para confesar mentiras. Propagar noticias fingidas en los corrillos de plazas y mercados. Entre estas astucias hubo una que me pareció muy original: hacer mapas engañosos. En ellos se dibujaban ciudades ilusorias, caminos que no conducían a ninguna parte, barcos de guerra anclados en los puertos y montañas que aparecían de repente en mitad de las llanuras. Me encantaba imaginar los falsos países que podría pintar en esos mapas fantásticos.

XXIX

Una fiesta en el palacio nuevo

Nuestro maestro de protocolo en la academia de Mistrás, Agatón el Monje, nos había encandilado con sus descripciones del palacio sagrado de los emperadores de Bizancio.

—El Gran Palacio es una ciudad dentro de la ciudad —nos relataba—. Tras pasar la puerta de Bronce se suceden una serie de pórticos. En sus patios hay jardines y fuentes, estatuas y autómatas, cuyos sonidos acompasan el canto de las aves. Las oficinas de gobierno, los juzgados y las mazmorras se reparten alrededor de la residencia del basileus. El tesoro, rebosante de oro, plata y piedras preciosas, está a buen recaudo en una galería subterránea.

»También se prodigan las dependencias militares y religiosas. Un par de cuarteles de la guardia imperial reparten a los centinelas por los puestos de vigilancia. Una docena de capillas intramuros ofrecen asistencia espiritual. No falta ninguno de los servicios que se dan en el resto de Constantinopla.

»Un edificio muy especial es la botica. Está en una torre del jardín imperial, entre cuatro caminos de mármol, que representan los cuatro puntos cardinales. Aquel que va a ella en busca de medicinas tiene que andar descalzo para purificarse. El boticario mayor, elegido en secreto, despacha a través de una ventanilla cubierto por un velo. Tiene dos ayudantes: uno del bando de los azules y otro del de los verdes. Entre todos preparan la “tabla de los venenos”, como se llama al recetario de las medicinas, por lo que si se ponen de acuerdo pueden envenenar a un emperador o a un heredero.

»Estos boticarios elaboran una gran variedad de venenos, desde los

políticos a los amatorios, pero hay uno en particular que nos ha dado mala fama a los bizantinos: el argumento envenenado. No son palabras retóricas, vacías e inocentes, sino que el envenenador, poniendo la mano cerrada sobre el oído de su víctima, le sopla una pócima como si le estuviese hablando. Al rato, el oyente siente vértigos, fiebre y dolores, hasta morir echando espumarajos por los labios. De ahí que los extranjeros que nos conocen eviten que les hablemos al oído.

»Los soberanos han aprendido de las revueltas del pasado. Por eso, en previsión de asedios, el palacio dispone de hornos de pan, cisternas de agua y talleres artesanos. Puestos en el peor de los casos, si todas estas precauciones fallasen, un pasadizo conduce al basileus desde su dormitorio a un puerto privado. En su muelle le espera una nave artillada para zarpar al momento.

La realidad era más prosaica. Ni cuarteles ni capillas. Ni botica ni venenos. Los emperadores de Bizancio habían vivido durante siglos en la pompa de este edificio majestuoso. Pero ahora, a medida que nuestro Imperio fue recibiendo zarpazos de los cruzados y de los turcos, el Gran Palacio se fue abandonando hasta arruinarse. Toda aquella ciudad dentro de la ciudad se redujo en el nuevo palacio de Blanquerna. Me di cuenta de que el maestro Agatón el Monje, que nunca había salido de Mistrás, era un ingenuo que fantaseaba con buena intención. Deduje que solo había leído crónicas bizantinas escritas en su antiguo apogeo. Desconocía la decadencia del monumento al igual que la del Imperio.

El palacio de Blanquerna era mucho más modesto. Construido en una colina al norte del Cuerno de Oro, estaba dispuesto en terrazas para adaptarse al terreno. Tenía muy cerca la Kerkaporta de las murallas para huir en caso de ataque. Albergaba varias salas nobles, despachos, dormitorios, cocina, jardín, cuerpo de guardia y una cárcel. Aledaña a sus muros estaba la iglesia de Santa María, para que la familia imperial asistiese a misa diaria. Pero los jardines, las fuentes, los autómatas y la «tabla de los venenos» que tanto excitaban nuestra imaginación provinciana se habían desvanecido. Aún no sabía que ese espejismo desaparecía poco a poco a medida que los infieles nos iban arrebatando pedazos del Imperio.

El cuarto de mando en el palacio nuevo recibía el nombre de Mapa

Universal. A lo largo de una mesa alargada estaban desplegados mapas de las provincias del Imperio, planos de ciudades, informes de embajadores y documentos de funcionarios para su consulta. Eran los instrumentos que ayudaban a tomar las decisiones políticas y militares. De ahí que en las paredes hubiese imágenes del poder, como iconos sagrados y retratos de los emperadores, para que contribuyesen mediante su influjo al éxito de las medidas adoptadas.

Aquella mañana, el basileus había reunido a sus consejeros con carácter de urgencia. Un correo le había informado del asedio turco a Tesalónica. Su alteza se hacía acompañar de un enano ciego al que decía tener especial afecto porque le fue regalado cuando era niño. El bufón Néstor el Armenio, como le llamaban los cortesanos, actuaba en realidad como espía para su señor. Aquellos creían que era sordo y no tenían reparos en contar secretos delante de él.

—Nuestra segunda capital todavía puede salvarse. La armada desembarcaría refuerzos en este puerto. —Señaló un militar sobre el mapa.

—Pero ¿cómo hacemos llegar a tiempo los barcos? —dijo el emperador—. Porque el enemigo nos puede impedir el paso por el estrecho de los Dardanelos.

—Todavía conservamos la península de Galípoli. Desde ahí haríamos frente a las tropas infieles apostadas en la otra orilla —respondió un consejero.

—Sería una maniobra de distracción. Mientras, enviaríamos refuerzos desde Atenas —añadió otro.

—Dejadme que lo piense. Ahora, salid del cuarto.

—Su alteza —dijo el enano—. ¿Puedo quedarme un momento? Tengo que hacerle una consulta.

—Está bien. Pero sé breve.

Los consejeros abandonaron la sala de mando. Cuando el bufón se cercioró de encontrarse a solas con su señor, pidió que le llevase

ante un gran mapa del Imperio. Después le fueron relatados de memoria los territorios que había conquistado el gran turco, cuyas noticias le ocultaban los consejeros para que no se preocupase. Adulándole, pensaban que obtendrían mayores beneficios. «Galípoli es un puente por donde pasan continuamente familias otomanas para repoblar las provincias europeas», «Los jenízaros han llegado hasta las puertas de Moldavia. Los campesinos huyen despavoridos», «Los siervos de Bosnia han recibido con los brazos abiertos a los gobernadores turcos», «Los infieles se preparan para el asalto final a Tesalónica».

El basileus fue siguiendo sobre el mapa la relación de territorios perdidos que le enumeraba su servidor. Cuando el enano calló, dándose cuenta de lo mermado que se hallaba Bizancio, su alteza enfureció ante las mentiras de sus ministros. El fiel bufón le había ayudado a quitarse la venda de los ojos. Juan se sintió muy solo.

El día de mi primera visita a palacio se celebraba la fiesta de San Demetrio. Precisamente era el gran mártir de Tesalónica. Frente al miedo que había desatado el cerco de los turcos, y como ya sucediese con la carrera en el hipódromo, cualquier excusa era buena para mostrar la magnificencia del emperador de los romanos.

A media mañana, su alteza se retiró a su cuarto para cambiarse, mientras iban llegando los invitados al ágape. El comandante de la guardia y sus hombres acompañaron al eunuco de las llaves mientras iba abriendo las puertas de los pasillos. Los huéspedes fueron llegando al jardín. Se distraían escuchando el canto mecánico de unos pájaros autómatas. Se deleitaban con las escasas flores que aún quedaban sin marchitar. El canciller, conforme entraban en una estancia que llamaban la Casa Valiosa, fue regalando a cada uno monedas con la efigie del emperador. Cuando los sirvientes acabaron de vestirle con telas lujosas, el basileus mandó que avisasen al primer ministro, el cual se personó junto al maestro del tintero, como se denominaba al escribano, por si había que tomar nota de sus palabras para la posteridad.

—Que se quede solo el ministro —dijo su majestad—. No hace falta que escriban las instrucciones que te voy a dar.

—Como su alteza ordene —respondió aquel e hizo salir al

escribano.

—El bufón Néstor el Armenio me ha abierto los ojos. Me ha relatado los territorios que hemos perdido. ¿Estás tú entre los ministros desleales?

—Ni mucho menos, señor. Lo ignoraba. Los militares no me informan de la marcha de la guerra.

—Me acaban de traer una carta que confirma los malos augurios: «Los turcos llegados de Anatolia han sido conducidos por guías nativos hasta la ciudad. Habían concertado con un espía que esa noche les abriría la puerta por donde recibían alimentos para aguantar el cerco enemigo. Sus galeras habían interceptado nuestros barcos con refuerzos. Tropas jenízaras se colaron por esa rendija causando el pánico entre los asediados. La cabeza de puente que teníamos en Galípoli ha caído en poder de los enemigos».

—¡Es una pérdida terrible! Ahora tienen el paso libre hacia Europa.

—La situación es insostenible. Esta tarde, después de la comida, pasaremos al salón del trono. Tengo que hacer dos anuncios públicos.

—¿Me los va a adelantar?

—Uno será de boda y el otro de viaje.

—Ambos son muy importantes.

—¡Estate preparado para las reacciones! Ahora vamos al comedor. ¿Sabes en qué has de convertirte?

—En ciego, sordo y mudo, majestad.

—Así debe ser el buen secretario: el que guarda los secretos.

El jefe de cocinas, Manolis Galateo, había preparado uno de sus banquetes memorables. También se encargaba del protocolo en la mesa, por lo que fue asignando los puestos de cada huésped. Pero, sobre todo, era un experto en satisfacer el gusto más exigente de los comensales. Ya lo habíamos intuido en Mistrás durante la comida

de su discípulo Megalos. El día de la audiencia a los embajadores en el que mi madre me mostró el paisaje de Esparta.

Ahora, en el comedor del palacio de Blanquerna, Manolis había dispuesto quince mesas, cubiertas por manteles bordados y compuestas de vajillas de plata. Antes de mandar a los camareros que sirvieran, entraron en la sala tres vehículos cubiertos de púrpura, los cuales pararon en el sitio del basileus y en dos baldosas rojas del pasillo central. Portaban unos enormes vasos de oro, cuyo peso no podían sostener manos humanas, los cuales fueron destapados. Los elevaron al techo cuatro criados tirando de unas poleas con cuerdas de pieles doradas. Al descubrir sus tapaderas exhalaron perfumes tan exquisitos que, combinados con el olor apetitoso de los platos, embriagaron nuestros sentidos.

El maestro de los fogones ideaba manjares inigualables. Conocía recetas secretas. Los faisanes rellenos de miel, el cabrito macerado al tomillo y las barbas hiladas de huevo hicieron las delicias de los paladares más refinados. Y como sin vino no hay comida, las jarras de blanco aromático de Laconia, de tinto afrutado de Corinto y de malvasía de las islas regaron los gaznates con más caudal que agua llevaba el río Eurotas.

El patriarca José bendijo aquel banquete exuberante. Afirmó que santificaba la mesa. En verdad, cuando decía que aquellos manjares eran una bendición de Dios, lo que justificaba era su propia glotonería. Los convidados acabábamos pidiendo a Manolis que saliese de los fogones para aplaudirle. Me tengo por uno de los afortunados en probar sus recetas. Mi maestro Besarión me dijo que los bizantinos estamos hechos de oro y gula. Y yo le respondí que también de carne placentera.

XXX

Los anuncios del basileus

Todo estaba dispuesto en la sala del trono para la audiencia vespertina. Después del copioso banquete, los invitados pasaron al cuarto de recreo, donde la familia imperial se distraía jugando a los dados y al ajedrez. Los sirvientes atendían sus peticiones. Los músicos amenizaban la espera tocando flautas, tambores y salterios.

En las tertulias se murmuraba sobre las novedades del basileus. Que si iba a nombrar nuevos funcionarios. Que si iba a mandar una expedición contra el gran turco. Que si iba a desplazarse hasta Tracia para participar en una cacería de jabalíes. Nadie esperaba las decisiones tan importantes que le había anticipado al ministro.

Antes de comenzar la sesión se siguió al detalle el ritual cortesano. El público entró en la sala. El maestro de ceremonias fue colocando a cada uno en las marcas rojizas que le correspondían. El maestro del tintero se sentó en una mesa cercana al estrado. Mojó la pluma en el frasco y empezó a caligrafiar un documento. Llegado el momento, se escucharon unas palmadas dadas por el canciller. Enseguida, el eunuco de las llaves descorrió la cortina que ocultaba el trono de la mirada de los súbditos. Su alteza Juan VIII, ataviado con ropajes bordados de oro, apareció en majestad con la aureola que solo desprende el lugarteniente de Dios. Lucía la corona en la cabeza, la espada en una mano y el cetro en la otra.

—Nuestro rey de reyes desea anunciar a los súbditos dos grandes decisiones —dijo el primer ministro.

—Este día 15 de septiembre del año del Señor de 1437, yo, Juan VIII Paleólogo, basileus de Bizancio, emperador de los romanos, doy

fe… —comenzó a anotar el escribano las palabras soberanas—, contraeré matrimonio con la noble señora María de Trebisonda antes de que acabe el mes. Ya he acordado con su padre la dote. Los preparativos están en marcha desde el verano.

—¡Oh! —Una exclamación de sorpresa recorrió la sala.

—¡Maldito zorro! ¡Qué callado se lo tenía! —susurró por lo bajo su madre, Helena Dragás.

—Tenemos que actuar pronto —le respondió su hijo Demetrio—. ¿Veneno?

—¡Veneno! —confirmó la matrona.

—Y al poco de mi boda —continuó el basileus— partiré con una comitiva a tierras latinas. Me arriesgaré como hizo mi padre Miguel, y yo mismo cuando visité hace unos años Hungría, Milán y Venecia. Viajaré de nuevo hasta allá para conseguir aliados contra los turcos.

—También participaremos en el Concilio de Ferrara —añadió el patriarca José II, que era ferviente partidario de la unión de las Iglesias.

—El papa de Roma ha aceptado trasladarlo a esa ciudad. Zarparemos en cuanto nos mande unas galeras que garanticen nuestra seguridad durante la travesía a poniente.

—Su santidad Eugenio IV ha acordado con el marqués de Este, gobernador de Ferrara, que el concilio se inaugure en enero del próximo año. En él debatiremos sobre la unión de las Iglesias. Trataremos de conseguir la paz entre cristianos.

—Tenemos, pues, tiempo de reunir en Constantinopla a los patriarcas ortodoxos del Imperio. Con ellos y con nuestros delegados formaremos la comitiva. De camino haremos escala en un puerto cercano a Mistrás. Quiero que se sumen a ella algunos sabios de la academia platónica de Gemistos Pletón. ¿Nuestro arzobispo de Nicea podrá ocuparse de ello?

—Por supuesto, majestad. Hoy mismo mandaré un correo. Seguro

que estarán preparados para embarcarse —respondió el sabio Besarión.

—El patriarca y el comandante del ejército harán la lista de los miembros de la expedición. Id en paz. —El eunuco de las llaves volvió a correr la cortina para cubrir el trono.

«Juan VIII, en Cristo Señor, basileus del Imperio romano de Oriente», terminó de redactar el escribano, puso una arroba como punto final y, ya en su alcoba, el emperador firmó el documento.

El papa Eugenio IV, cansado de la deslealtad de los cardenales reunidos en Basilea, barajó varias sedes alternativas. Cuando los delegados que había mandado a Mistrás le llevaron la respuesta positiva del basileus, vio en ella la solución. Era la excusa perfecta para cambiar la ciudad del concilio por decreto y, de paso, anular todos los acuerdos precedentes. En realidad, era la ocasión de aplastar a los conciliaristas, a los partidarios de la superioridad del concilio sobre el papa. Temeroso por su vida como estaba, mandó a Ferrara a un hombre de confianza, el cardenal Niccolò Albergati, que le representó en las sesiones hasta que tuvo noticia de que los griegos estábamos llegando a las costas italianas. Solo entonces hizo su entrada solemne en la capital de los señores de Este.

Los anuncios del basileus causaron un gran revuelo en Constantinopla. No se hablaba de otra cosa en palacio, en la iglesia y en la calle. El alto clero, los grandes funcionarios y los mandos castrenses maniobraban para que se les incluyese en el séquito. Los mercaderes pensaban hacer negocio con el abastecimiento de las galeras. Los marineros formaban colas en el muelle para enrolarse en la tripulación. Muchas mujeres y niños se preparaban para separarse de sus maridos y padres. Los jóvenes estábamos muy ilusionados. Todos los alumnos de la escuela de pajes queríamos ir en esa flota imperial.

Nuestro maestro Besarión nos citó a Demetrio y a mí en el Milión, la piedra que, a un lado de la basílica de Santa Sofía, marcaba el punto desde el que se medían las distancias a todas las calzadas del Imperio. Marchamos guiados por sus pasos serenos entre barrios ruidosos, mozalbetes jugando y puestos de vendedores ambulantes. Era una mañana agradable. Andábamos bajo un cielo azul y un sol

que nos templaba la piel. Pensamos que quería decirnos algo y quería decírnoslo al aire libre de la calle.

—¿Conocéis la diferencia entre pasear y caminar? —nos preguntó.

—Parecen iguales. Pero nos ha enseñado que las apariencias engañan —le contesté.

—¿Acaso no son la misma cosa? —dudó mi amigo.

—Pasear es un entretenimiento civil. Es un rito pacífico. Está más cerca del ocio que del negocio. En cambio, caminar es una campaña militar. Es un instinto guerrero. Está más cerca del animal libre que del súbdito obediente.

—Luego ahora estamos paseando.

—No solo. Nada es simple —respondió—. Transitamos desde el corazón de la ciudad a su extremidad en las murallas de Teodosio.

—¿Y qué nos espera en nuestra meta?

—Salir del paseo y enfilar el camino.

—¿Aventurarnos en las afueras?

—Sí. Pero en vuestras afueras.

—¿Cómo lo haremos?

—El tiempo del paseo por Bizancio ha acabado. Ya estáis educados en las armas y las letras. A partir de aquí caminaréis por la selva desconocida de Occidente. Y es en ella, entre el peligro y la fortuna, donde buscaréis vuestra libertad.

El hambre se juntó con las ganas de comer. El viaje a tierras latinas para fusionar las Iglesias con la inminencia de la boda. Las intrigas de los enemigos del basileus en la corte se aceleraron. De esta forma, su hermano Demetrio, instigado por la matriarca de la familia, acordó con un mercenario envenenar a su alteza. La manipuladora Helena Dragás, cubierta bajo un manto piadoso de popularidad, sobornó al boticario mayor para que le preparasen una

pócima mortal. Luego consiguió introducir al envenenador en la cocina del hipódromo, donde se preparaban refrigerios para el emperador y sus amigos en los descansos entre espectáculos. La jugada no le salió como había planeado.

La rueda de la fortuna es caprichosa. Quiso que esa tarde uno de los nobles sentados en el palco llevase un pequeño mono sobre su hombro. Sus jugueteos nerviosos hicieron las delicias de los cortesanos. El sicario sirvió a su majestad la copa de vino envenenada. Pero, en una de sus piruetas, el mono se le adelantó para beber en ella hasta apurarla. Esta gracia desató las carcajadas de los presentes. De pronto, el animal cayó al suelo, empezó a asfixiarse y retorcerse de dolor. Al poco murió echando espumarajos por la boca. La mueca en las caras de los invitados pasó de la risa al espanto al darse cuenta de que había sido un intento de asesinato. Lo que es el azar. Nuestro señor se había librado de morir gracias a la travesura de un simio.

El culpable fue detenido cuando trataba de escapar de la tribuna del hipódromo. Los guardias le arrearon unos puñetazos para reducirle. Le apremiaron a que dijese quién le había sobornado. Era urgente evacuar al basileus. Como el detenido no confesaba, el comandante mandó trasladarle a la cárcel del palacio nuevo, mientras protegía a su alteza en su camino de regreso a Blanquerna. Sin embargo, pasadas unas horas, cuando fue a interrogarle en su celda, se llevó una sorpresa: ¡no podía hablar porque alguien le había cortado la lengua!

El oficial montó en cólera, abroncó a los carceleros y maldijo su suerte. Ahora peligraba su propia vida. Preguntó a sus hombres. Le contestaron que el príncipe Demetrio, el hermano de su alteza, les había ordenado dejarle a solas con él y con sus escoltas durante un rato. «Le tengo que ajustar las cuentas a ese asesino», les había dicho. Los conspiradores contra el emperador se habían delatado sin disimulo, aunque ellos, cargados de cinismo, lo negaron hasta la saciedad. El basileus no se atrevió a castigar a los autores por ser de su propia sangre. Mi preceptor me había enseñado que la debilidad siempre se paga cara.

XXXI

De boda y de viaje

La boda entre Juan VIII y María de Trebisonda se celebró en breve. El novio vestía capa púrpura, túnica corta, cinturón de oro y botas bordadas con las águilas bicéfalas. La novia estaba ataviada con el manto carmesí, la triple diadema de piedras preciosas y los pendientes de perlas. Una faja adornada con diamantes ceñía su túnica blanca cosida con hilos de oro. El emperador —el gesto melancólico, la barba florida— portaba corona, espada y cetro. La doncella —una muchacha de ojos claros y tímida sonrisa— mostraba cierto rubor en los pómulos y desprendía perfume de agua de canela. La pareja lucía a los ojos de los súbditos los símbolos del poder de Bizancio. En la víspera se había adornado la cámara nupcial con amuletos púrpuras para asegurar la fertilidad.

La ceremonia tuvo lugar en la basílica de Santa Sofía. Fue oficiada por el patriarca de Constantinopla, José II, asistido por una legión de sacerdotes. Los padrinos, en un alarde de cinismo, fueron la matrona Helena Dragas y su consuegro Markos de Trebisonda, padre de la muchacha. Entre los testigos, además de nobles bizantinos, figuraron los hermanos de su alteza: Teodoro y Constantino de Morea, que le querían bien; Demetrio, que le había intentado envenenar, y Tomás, que aún era pequeño. En nombre del buen gobierno, era necesario guardar las apariencias ante el pueblo; era preciso ocultar aquella lucha intestina por el trono. Los actores representaban su papel en el gran teatro de la corte.

—Mi hermano Constantino vendrá desde Mistrás. Asumirá el gobierno mientras yo esté fuera. La emperatriz estará informada de todo. El gran Justiniano así lo hizo con Teodora y fue un acierto —dijo su alteza a los ministros—. Ambos tendrán consejeros de

confianza. Entre ellos, el padre de mi esposa.

—Es un honor para nuestra familia —agradeció Markos.

—Pero más importante que despachar los asuntos domésticos es proteger sus vidas. Tú serás el responsable de su seguridad —se dirigió al jefe de la guardia palaciega Nikos Varego.

—¿Incluso de los familiares de su alteza? —preguntó cauteloso.

—Sobre todo de mis familiares. Te autorizo a detener por la fuerza a mi madre y a mis hermanos si fuese necesario.

—El basileus también necesitará escolta durante el viaje —dijo el primer ministro—. ¿Y si con su visita al papa estamos entregando la presa al cazador?

—Con su permiso, le destinaré a los mejores soldados —intervino el comandante de la guardia imperial, Alejandro de Naxos—. Nos tememos que quieran atentar contra su persona.

—Demasiados enemigos desean mi muerte. Seguro que lo intentarán. ¡Que Dios nos socorra! —concluyó el emperador.

Las galeras pontificias atracaron en el puerto. Quedaron amarradas al muelle del Cuerno de Oro. La gran cadena tendida desde el barrio de Gálata las protegía contra ataques de barcos enemigos. En señal de buena voluntad, los delegados de Roma se hicieron acompañar del prefecto de Sicilia, el gobernador de Bari y el exarca de Rávena. Estos parientes lejanos de la aristocracia bizantina harían de mediadores entre el papa y el basileus. En las semanas precedentes habían ido llegando al palacio de Blanquerna los arzobispos de Oriente: Antonio de Heraclea, Marcos de Éfeso, Isidoro de Kiev, Abraham de Suzdal, Dionisio de Sardes y mi preceptor, Besarión, que lo era de Nicea y ya estaba en él.

De esta manera, la ciudad de ciudades reunió gentes de todo el mundo: al alto clero de la Iglesia ortodoxa, a los parientes italianos y a los delegados del papa de Roma. Constantinopla se convirtió más aún en una torre de Babel donde se escuchaba rezar en cien lenguas y hablar en mil acentos.

El día de la partida, la comitiva se encomendó a Dios en la basílica de Santa Sofía. El emperador se sentó a la derecha del altar, y el patriarca ecuménico a la izquierda. Tañeron las campanas. Los sacerdotes entonaron himnos. Una hilera de obispos barbudos se apiñaba a lo largo de las naves del templo. Las cabezas estaban cubiertas por mitras adornadas con gemas. Los cuerpos vestían brocados escarlatas, jacintos, lilas, azules y esmeraldas. Las manos empuñaban báculos de oro rematados por animales retorcidos como los de las letras capitulares de los manuscritos. Las luces de las velas, los candelabros y las lámparas colgadas del techo hacían bailar las sombras de las paredes. Los mosaicos aspiraban nubes de incienso. Los iconos recibían besos devotos. Los siervos de Dios fueron bendecidos para viajar al Occidente latino.

El séquito salió al encuentro de los súbditos en la puerta Áurea. Los heraldos habían recorrido las calles anunciando el viaje imperial. Redoblaron su repique las campanas. Sonaron fanfarrias de trompetas. Su alteza, los nobles y los prelados desfilaron entre una fila de guardias con yelmos alados y hachas bruñidas, hábiles jinetes y arqueros cretenses.

Los pajes de la unidad de animales salvajes cerrábamos el cordón de seguridad. Demetrio y yo nos sentíamos en la gloria. Él, sujetando la brida del caballo de su capitán, llevaba un halcón posado sobre el guantelete del brazo. Yo, ataviado con gorra y dalmática azules, refrenaba a mi guepardo cada vez que tiraba de la cadena de plata.

La multitud, encaramada a las murallas y asomada a las ventanas, lanzó vivas y arrojó flores. Los vahos brotaron de los alientos en la clara mañana invernal. Unas lágrimas cristalinas resbalaron por las mejillas de las mujeres de ojos grandes. Unas salvas de fuego griego, disparadas desde el puerto, surcaron el cielo dejando estelas blancas y chispas rojas sobre las olas marinas.

Los miembros de la expedición embarcamos con la misma solemnidad que habíamos lucido durante el desfile: ¡setecientos bizantinos como setecientos soles! Las galeras se fueron alejando de tierra firme, donde una multitud de súbditos braceaba, hasta entrar en aguas abiertas en el mar de Mármara. El emperador regente, Constantino de Morea, y los parientes Markos y María de Trebisonda, protegidos por guardaespaldas, despidieron al basileus

al pie del embarcadero.

A lo lejos se desvanecían los contornos de Constantinopla. Las cruces de las iglesias y las chimeneas de las casas iban hundiéndose en la ciénaga de la distancia. Las torres y las murallas se iban haciendo puntos diminutos en el paisaje. La línea curvada del horizonte engulló la majestuosa cúpula de Santa Sofía. El rayo verde de su reflejo contagió de nostalgia a los viajeros.

La flota hizo escala en el puerto de Kalamata, donde esperaban para enrolarse los sabios de la academia de Mistrás, Gemistos Pletón y Jorge Escolario. El déspota les había designado doctores para que le representasen en el Concilio. El general Orestes y el almirante Narsés les habían custodiado durante su itinerario terrestre. De ahí que mi amigo y yo pudiésemos despedirnos de nuestros familiares. Les prometimos defender el honor espartano hasta la última gota de sangre.

Pregunté a mi tío por mi señora Artemisa y por mi hermana. Me dijo que Irene era feliz como dama de compañía de la princesa Cleofa. En cambio, a mi madre, que acababa de dar a luz al pequeño Lucas, ni siquiera la venida de otro hijo al mundo la sacaba de su melancolía. No le confesé mi plan de matar a Lucio Lupi para que no se preocupase. Aunque ni por un momento pensé en desecharlo. Al contrario. Cada vez veía más cerca la hora de la justicia. Menos aún mencioné haberme enrolado como agente del Imperio Secreto.

La suerte estaba echada para el emperador de Bizancio. Ahora había que averiguar si estábamos confiando la oveja a los lobos: a los lobos latinos que esperaban en Ferrara y a los lobos familiares que quedaban en palacio. Sus aullidos podían escucharse en la noche de toda la cristiandad.

Mientras navegábamos por el mar Jónico, unos guardias imperiales, siguiendo la tradición, colgaron una espada y un escudo en la puerta del palacio de Blanquerna. Por encima de las armas expusieron un icono de Cristo. Los súbditos sabían por estos símbolos que el basileus estaba ausente. Bizancio permanecía en pie de guerra. Nuestro Señor, en su infinita bondad, le guiaría en su viaje por las escalas de poniente.

CUARTA PARTE

LAS ESCALAS DE PONIENTE

«El bajel avanzaba en el mar despejando su ruta.

Una vez sujetos los cabos del negro navío,

sacaron las cráteras colmadas de vino

e hicieron libación a los dioses de vida inmortal.

Tal el barco en la noche, y la aurora se abrió su camino.»

Homero, Odisea, canto II

XXXII

Puntos rojos sobre aguas verdosas

La arribada de la flota bizantina a Venecia fue todo un espectáculo: un truco de magia sobre las aguas encrespadas, un desfile de máscaras en un carnaval exótico. Los pequeños puertos de las islas nos llamaban hacia su regazo materno como nos llaman las cuevas en los viajes mitológicos. Sus pescadores salían al encuentro en barcas repintadas. Los vecinos agolpados en las riberas, a pesar del cielo lluvioso, ponían una nota de color agitando sus manos y pañuelos. Los venecianos refinados querían ver a los griegos decadentes. Les atraían por igual la diversión y la curiosidad. Acudían a la llamada de Su Serenísima —como se denominaba a sí mismo el gobierno veneciano— y del cotilleo sobre esos bárbaros. Asistían a un evento que nunca nadie volvería a ver con sus ojos mortales.

Nada más doblar el cabo de Jesolo, la escuadra imperial, todavía algo maltrecha por las tormentas, puso rumbo hacia el corazón del archipiélago. Las galeras donde viajábamos en conserva desde Constantinopla —nueve puntos rojos sobre aguas verdosas— enfilaron un canal secreto de la laguna. La seguridad de su navegación, libre de escollos y oleajes, la señalaban unas estacas amarradas en grupos que solo sabían interpretar los capitanes de las dos naves venecianas que nos guiaban.

Eran como nuestros exploradores cuando tanteaban el terreno antes de entrar en combate. Perros guía para nuestros pilotos ciegos ante las marejadas repentinas. Ángeles de la guardia que nos protegían amorosos en este viaje incierto.

—¿Cuál es el protocolo? —preguntó el basileus al embajador

veneciano.

—El dogo, de pie en el puente de mando de su galera Bucentauro, navegará al encuentro de la flota. Saludará a vuestra alteza y, luego, se retirará a palacio. Lleva unos días con fiebre y necesita reposar en cama.

—¿Y cuándo hablaré con él?

—Mañana domingo. Es la fiesta de San Teodoro, el antiguo patrón de la ciudad. Un soldado de Cristo que, por cierto, era griego como sus antepasados.

—Me han dicho que nos tienen reservada una entrada magnífica —añadió Demetrio, el hermano del emperador que conspiraba contra él.

—Es lo mínimo que podían hacer los latinos para agradecer nuestro esfuerzo —observó el achacoso patriarca.

—Ahora atracaremos en el muelle de los Schiavoni —prosiguió messer Marco Bellini—. Allí nos esperan algunos senadores de la República.

—Iremos en procesión hasta la basílica de San Marcos. En ella oficiaré una misa de acción de gracias por haber llegado sanos y salvos —añadió el religioso.

—Después les alojaremos en un palacio del Gran Canal.

—Tenemos que reponer fuerzas tras un viaje tan peligroso —aludió el príncipe Demetrio a los temporales sufridos.

—¡Anota! —ordenó el emperador al maestro del tintero—: «El día 9 de febrero del año del Señor de 1438, yo, Juan VIII Paleólogo, lugarteniente de Dios, basileus de Bizancio, césar del Imperio romano de Oriente, doy fe de que llegué a Venecia con una comitiva imperial para unir a las Iglesias cristianas en el Concilio de Ferrara. Oikós theodabistón!» —(«La casa hollada por los pies de Dios».) Y el escribano firmó con una arroba (@), que era el símbolo del sello imperial.

La ceremonia del encuentro fue de las que gustan a los cronistas para recrearse en sus detalles. El dogo, ataviado con túnica dorada y manto de armiño, nos recibió a bordo del Bucentauro seguido de doce galeras. Esta nave capitana solía zarpar en la fiesta mayor de la Asunción, cuando el señor de la República se desposaba con la laguna arrojando un anillo de compromiso al agua. Ahora navegó en honor de la comitiva bizantina. Estaba adornada con unas banderas de seda con el león de san Marcos y las águilas bicéfalas de los Paleólogos. Un símbolo de hermandad entre cristianos.

El basileus le aguardaba en su galera. Estaba sentado en un trono áureo. Vestía un brocado verde y oro. Debajo ocultaba su armadura. No nos acabábamos de fiar de nuestros anfitriones. Los senadores venecianos le fueron besando la mano. Luego, sentados el dogo a su derecha y su hermano a su izquierda, la comitiva naval desfiló por el Gran Canal. Escuchamos un repique de campanas, música de toda suerte de instrumentos y ovaciones de los espectadores apostados en las orillas y los puentes. Los cañones del Bucentauro dispararon salvas de fogueo.

—¡Mirad qué barbudos son los extranjeros! —exclamó una mujer oronda con pinta de verdulera.

—Un poco más morenos y pasarían por turcos —comentó una sirvienta a su lado.

—¡Vaya trajes lujosos que visten! —observó un sastre.

—No van a llevar ropa de andar por casa —replicó un cura—. Habrán traído sus mejores galas.

—¡Acerquémonos a la nao capitana! —animó un barquero a sus compañeros de remo—. ¡Los señores van a arrojar monedas!

En el castillo de popa, el emperador y el dogo, bebiendo vino de malvasía en copas de Murano, no dejaban de intercambiar halagos a través de un intérprete de griego. Los prelados bizantinos y los oligarcas venecianos también habían roto el hielo. Pronto encontraron el modo de hacerse entender. Algunos eruditos compartían el latín.

—¡Bienvenido a Venecia, majestad! —iba repitiendo un senador tras otro a nuestro basileus.

—¡Bien hallados, hermanos latinos! —respondía él.

—¿Qué tal la travesía? —le preguntó un almirante.

—Muy accidentada. No nos han dado tregua las borrascas.

—Como sabrá, en el Mediterráneo solo hay tres puertos seguros: Venecia, Constantinopla y… ¡el verano!

Los centinelas, siguiendo las órdenes del comandante Alejandro de Naxos, no perdíamos de vista a todo el que se acercaba a las personas soberanas. Triunfábamos sobremanera los pajes que portábamos animales. El público admiraba nuestros cuerpos atléticos, los halcones posados en los antebrazos y los gatos de mirada salvaje atados a unas cadenas. A esas gentes, a pesar de estar acostumbradas a ver extranjeros, les debíamos parecer una especie de circo oriental.

Una barca aislada se aproximó demasiado al castillo de popa donde iban las autoridades. Nos pusimos en guardia. Mi guepardo empezó a gruñir. Tuve que tirar de él para que no saltara. Yo mismo desenvainé mi espada. A bordo iba un tipo inquietante. Ataviado con un hábito negro, cubierto con una máscara blanca de carnaval, dejaba entrever tatuajes en su cuello propios de un bravucón patibulario. Cruzamos nuestras miradas desafiantes.

—¡Disculpen sus señorías! —gritó el barquero—. Se me ha roto el timón y no puedo hacer vida de la nave.

—¡Aléjate! —le respondió el capitán de guardia—. ¡Deja de remar hasta que te pares y no te acerques más!

Nuestra galera fue dejando atrás a la barca sospechosa. El hombre tatuado, que permanecía a pie firme a pesar del oleaje, no dejaba de retarnos con sus ojos fijos desde el anonimato de la careta. En ese momento pensé que su imagen no se me borraría. Pero también que nos volveríamos a ver no tardando mucho. Este incidente me dio mala espina. En los canales olía a humedad. El viento sabía a sal. La

cortina de la niebla fue cubriendo la laguna con una mantilla blanca.

XXXIII

La ciudad nenúfar

Los festejos para dar la bienvenida a nuestro emperador se prolongaron durante una semana. Un día era un equilibrista el que descendía por una cuerda desde el campanile hasta el Palacio Ducal. Otro, la música cortesana tenía continuidad en los bailes populares. Otro, se sucedían los teatros cómicos y las marionetas callejeras, en los que los personajes de la commedia dell´arte decían groserías al público. Otro, en fin, los fuegos artificiales ponían broche de oro a las diversiones de la jornada.

En las plazas lucían las mujeres de ojos azules, cabellos pelirrojos y labios cereza. Muchas de ellas eran prostitutas de lujo que, arregladas para su selecta clientela, marcaban la moda femenina. En los canales bogaban las embarcaciones entre un aspaviento de espumas. Algunas llevaban una cobertura, unos asientos bajo toldo, que garantizaba la discreción de los viajeros. La ciudad de San Marcos se había convertido ya en la mascarada de los barbudos bizantinos.

No obstante, la delegación griega no las tenía todas consigo al aceptar este paso por Venecia. Lo hizo porque era escala obligada antes de enfilar el camino más seguro para Ferrara. Pero no podíamos olvidar el terrible saqueo de Constantinopla en el año del Señor de 1204. Los venecianos desviaron la cruzada hacia ella. Perpetraron toda clase de atrocidades contra nuestros hermanos.

Los adolescentes griegos lo aprendíamos en la escuela, donde nos hacían leer en voz alta la crónica de Nicetas Coniata: «Destrozaron las santas imágenes y arrojaron al mar las reliquias de los mártires», decía el texto descarnado. «Tampoco mostraron misericordia con las

matronas, las doncellas y las vírgenes consagradas a Dios», evoqué esos renglones grabados en mi memoria.

Nos lo volvieron a recordar los cuatro caballos dorados que vimos antes de entrar en la basílica de San Marcos. Ese botín que nos habían robado del hipódromo de Constantinopla era una vergüenza para la cristiandad. Así que protestamos al dogo por herir nuestro orgullo bizantino y, al poco, los anfitriones los cubrieron de telas negras.

Esa misma noche se confirmó mi mal presentimiento. Unos criminales entraron en las habitaciones donde se alojaban el emperador y los patriarcas. Estaban compinchados con el ayuda de cámara del duque Marco Dándolo, dueño del palacio, el cual les facilitó la entrada por una ventana trasera que daba a un canal.

Los malhechores habían fondeado su barca debajo de ella. Subieron de uno en uno a través de una escala y entraron en una sala próxima a los dormitorios. Le susurraron un nombre a su cómplice y, dado que este conocía los pisos como la palma de su mano, les guio hasta la alcoba del huésped extranjero que querían asesinar. Uno de ellos vigilaba el pasillo. Otro tapaba la salida en la puerta. Los demás se abalanzaron sobre el hombre que dormía plácidamente en la cama. Le taparon la cara con una almohada y le cosieron a puñaladas. Después tornaron a desandar el camino y, descendiendo a la barca, pusieron rumbo hacia una isla de la laguna.

En la quietud del sueño se escucharon los gritos del patriarca de Kiev pidiendo socorro. Enseguida cundió el alboroto por todo el palacio. Los invitados salían de sus cuartos en paños menores preguntando qué pasaba. Los mandos militares, al igual que nosotros hicimos con el basileus, les pedían que volviesen al interior, mientras apostaban centinelas en las puertas. Pasado un rato, tras comprobar la identidad del difunto, el comandante de la guardia, Alejandro de Naxos, informó a su alteza de lo sucedido.

—Majestad, han matado al paje del patriarca ruso.

—¿Y cómo se ha librado él?

—Había salido del dormitorio para hacer sus necesidades. Al volver, se ha encontrado el cuerpo ensangrentado en la cama de al lado.

—Parece que los asesinos se han equivocado de hombre. Su objetivo era Isidoro de Kiev.

La flotilla del dogo, que había visto salir por el canal del palacio Dandolo una barca sospechosa, zarpó en persecución de los huidos. Les dieron caza a la altura de San Michele, la isla de los muertos, la cual estaba deshabitada por albergar el cementerio. Aún trataron de zafarse de los marinos venecianos golpeándoles con los remos cada vez que intentaban el abordaje. Al agruparse a babor de la barca, los criminales acabaron por volcarla, pereciendo uno ahogado y siendo apresados los otros.

Entre los capturados estaba el tipo inquietante del hábito negro y la máscara blanca. Los verdugos le torturaron a fondo en las mazmorras del puente de los Suspiros. No hubo forma de arrancarle una confesión. Fueron sus tatuajes los que le delataron: la cruz de ocho brazos y la letra Д, que significa «Dios» en caracteres cirílicos. El patriarca ruso reconoció en ellos a unos agentes del zar Basilio. El asesino de las marcas patibularias murió a causa del tormento. Sus camaradas se pudrieron en la humedad de la cárcel.

El ayuda de cámara, su cómplice, había escapado de la ciudad. Fue detenido por la policía en el pueblo de Bolzano. Le registraron de arriba abajo. El calzado veneciano tiene un compartimento estanco entre la suela y el pie para no mojarse cuando hay agua alta. En un zapato del apresado hallaron una orden de pago para un mercader ruso con el sello del príncipe de Moscú. Al día siguiente, delante de un público expectante, fue descuartizado en la plaza de San Marcos.

—Los asesinos no iban contra vuestra alteza —dijo el comandante.

—Tenía razón cuando dije que querían matar al patriarca ruso —respondió el basileus—. Y tú, Isidoro, ¿sospechas quién pudo enviarlos?

—¡El zar Basilio el Ciego! —afirmó contundente.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Tiene un nuevo consejero, un monje muy fanático, llamado Simeón, que es contrario al concilio. Probablemente se habrá arrepentido de enviar a un partidario de la unión de las Iglesias.

—Pero yo también lo defiendo.

—El zar nunca se atrevería a matar al emperador de Bizancio.

—¿Y vas a seguir adelante?

—Sigo. Estoy convencido de que solo una cristiandad agrupada puede hacer frente al peligro turco.

—Una amenaza cada vez más cercana.

—La verdad es que me temía algo así del zar. Las últimas palabras que me dijo fueron amenazadoras: «Cuando vuelvas del Concilio, tráenos la antigua ortodoxia del príncipe Vladimir. No traigas nada nuevo o extraño, porque me desagradaría».

—A pesar de la advertencia, estás aquí, y te lo agradezco.

—Mucho me temo que a mi vuelta a Moscú me ejecuten. ¡Que Dios se apiade de mi alma!

Este incidente no empañó nuestra estancia antes de que viniera a recogernos el duque de Ferrara. Poco a poco se rompió el hielo entre la nobleza que nos hospedaba y los delegados de nuestro séquito. También los pajes que llevábamos animales salvajes nos hicimos muy populares en la ciudad. Los adultos acercaban a sus niños a ver las rapaces y los gatos amaestrados. Los más atrevidos nos pedían acariciar su plumaje y su piel moteada, respectivamente. Mi maestro Besarión, que había solicitado visitar la famosa biblioteca de San Marcos, encontró un ejemplar ilustrado donde aparecían animales exóticos. Demetrio y yo le acompañábamos.

—Esta es una de nuestras joyas —le dijo el bibliotecario mostrándole un ejemplar lujoso del Libro de las maravillas.

—¡Qué preciosidad! —exclamó nuestro preceptor—. ¿De qué trata el texto?

—Relata los viajes de Marco Polo por el Lejano Oriente. Este célebre comerciante recorrió las rutas de las pieles, de la seda y de las especias, e incluso llegó a servir al rey de los mongoles, Kublai Khan.

—¡Un pájaro gigante vigilando unicornios!

—Bueno, más bien son rinocerontes.

—¡Y esos arqueros están disparando montados en elefantes!

—También hay monstruos de los bestiarios. Mirad esta página: hombres con cabeza de perro, con una sola pierna o con los ojos en el pecho —señaló el archivero.

—Fijaos en esa escena de caza del Kan —observó Besarión—. Acecha ciervos montado a caballo. Lleva un halcón en un brazo y un guepardo en la grupa. ¿Os recuerda algo?

—Nuestros animales salvajes del ejército.

—Para que veáis que no hay nada nuevo bajo el sol.

—Tenemos más ejemplares preciosos en nuestros estantes. —Y siguieron admirando bellos manuscritos.

—No me importaría que alguna vez mis obras viniesen a reposar en esta biblioteca —concluyó mi maestro, quien creo que amaba los libros sobre todas las cosas.

La verdad es que la sorpresa entre ambos pueblos había sido mutua. Los venecianos, que nos tenían por unos bárbaros, admiraron nuestra cortesía oriental. Y nosotros, que les teníamos a ellos por unos cruzados sanguinarios, descubrimos la belleza de la isla.

Venecia me pareció un nenúfar flotando entre el cielo y el agua. El cielo se miraba en el espejo del agua. El agua devolvía el reflejo del cielo. En medio brotaba una isla sostenida por un bosque. Una ciudad prodigiosa de raíces vegetales, pues el secreto de su construcción, como luego nos revelaron, estaba en sus cimientos de madera petrificada por la sal. Venecia me pareció un país de fábula. Una sirena varada entre el mar Adriático y la tierra firme. Un soplo

de aire fresco para coger impulso antes de acudir al concilio.

XXXIV

La dulzura de Ferrara

Las jornadas de euforia dieron paso a la rutina cotidiana, si es que en Venecia se puede llamar rutina a los preparativos del carnaval. Artesanos de máscaras, sastres de disfraces, barqueros y proxenetas se afanaban por tener sus mercancías a punto para la venta. Las diversiones se prolongaban durante meses, pero el momento álgido se daba en febrero, en los días previos al miércoles de ceniza.

Los vecinos se acostumbraron a la presencia de los «bárbaros griegos». También lo hicieron al trasiego de prelados latinos enviados desde Bolonia, donde estaba el pontífice, porque en Roma no se sentía seguro. Los venecianos, entregados a los ensayos festivos, dejaron poco a poco de prestarnos atención.

El marqués de Ferrara, Nicolás de Este, y el cardenal Alborgali, en nombre del papa, llegaron a Venecia para presentar sus respetos al basileus. Uno le cedió el gobierno de sus estados como una formalidad diplomática. El otro le entregó la invitación al concilio firmada de puño y letra por Eugenio IV. El emperador les devolvió los honores enviando a Ferrara dos obispos, tres caballeros y unos guardias como adelanto de su presencia. El dogo, cubierto con una lujosa capa de armiño, fue el testigo de excepción de este pacto diplomático entre griegos y latinos.

Unos días más tarde, navegamos por el mar Adriático hasta el puerto de Volano. Allí cambiamos las galeras por barcas fluviales que fueron bajando por el río Po hasta el pueblo de Francolín. En su pequeño muelle, los ilustres viajeros descendieron a tierra para hacer su entrada solemne en la ciudad montados a caballo, tal como mandaba el protocolo cortesano. La multitud había salido a

recibirnos en los barrios de las afueras.

Su alteza Juan VIII entró en Ferrara bajo un palio que portaban los hijos del marqués tocados con gorros de plumas de colores. Le seguía un desfile de capelos cardenalicios y mitras orientales. Tras recorrer calles, plazas y patios, entre guardias alineados a su paso, se apeó delante del palacio del papa. Este, a su vez, empezó a andar pasillo adelante desde el trono y, siguiendo lo pactado, se encontraron en mitad de la sala como iguales. Eugenio le abrazó con delicadeza, y el basileus le besó la mano. Pasaron a un cuarto reservado y hablaron en la intimidad. Al salir les aguardaban las dos comitivas, la católica y la ortodoxa, para celebrar la reunión más esperada por la cristiandad desde hacía siglos.

El séquito de su alteza se alojó en el castillo estense, una mole con cuatro torres rodeada por un foso con aguas profundas. El puente levadizo conducía al patio de armas. En un subterráneo se ocultaban el almacén, la bodega y la cárcel. Mientras que en el piso bajo se hallaban los guardias, la armería y las cuadras. Los marqueses habitaban las dependencias superiores. Sus cámaras, decoradas con pinturas italianas y tapices flamencos, daban a terrazas ventiladas. En algunas brotaban jardines colgantes.

Por su parte, cardenales y patriarcas, asistidos por sus criados, se repartieron por los palacios Schifanoia, Delicia y Contrari. Los correos de paso se acomodaron en las casas vecinas por el módico precio de obligar a sus dueños. A vista de pájaro desde los campanarios, Ferrara era una hilera de tejados rojos posada en la llanura, un encaje de casas cosidas y plazas caladas. Los arcos apuntados de las ventanas del ayuntamiento la elevaban hacia el cielo limpio de su campiña.

Las atenciones del marqués y de su esposa Livia no tuvieron nada que envidiar a las recibidas en Venecia. Nos cedió las mejores habitaciones en la torre de los Leones. Le regaló a su alteza un manuscrito miniado en el que se glosaban las virtudes del príncipe. El emperador le correspondió con un tratado de filosofía de la Grecia antigua. Más tarde, en cuanto cogieron confianza, le dio un icono donde estaban retratados los santos Cirilo y Metodio.

—¿Son mártires bizantinos? —preguntó el marqués.

—Son de todos los cristianos. Mantenían que Dios debe ser alabado en todas las lenguas.

Ambos señores acostumbraron a departir bajo la logia del Jardín de las Naranjas. Su alteza enseñó a su anfitrión a jugar al zatrikion, un tipo de ajedrez bizantino, y este le correspondió con la baraja veneciana. Un rato escuchaban canciones tañidas al laúd por doncellas. Otro, versos recitados por poetas. Oraban por turnos en la capilla familiar. Ojeaban los libros de genealogía. Comentaban los retratos de los antepasados. Confesaban intimidades de sus esposas. Entre ellos, ambos hombres de buen corazón, nació una sincera amistad.

Tan solo hubo un incidente diplomático. El anciano patriarca José, que había permanecido en Venecia por un resfriado, llegó tres días más tarde. Protestó porque no le fueron a recibir con la pompa que esperaba. La vejez le había vuelto un cascarrabias. El propio señor de Este, acompañado de unos cardenales, acudió a su encuentro para clamarle. Solo dejó de refunfuñar llegado a palacio, cuando pudo intercambiar con su santidad besos en las mejillas y en los anillos de la mano. Todo estaba dispuesto para iniciar el Concilio de Ferrara.

—¿Dónde se celebrarán las sesiones? —preguntó su majestad al anfitrión—. Porque he visto que la catedral se encuentra en obras.

—Está sin acabar. No nos parece un lugar seguro. Demasiado céntrica. Muy desguarnecida —respondió Nicolás de Este—. Por eso hemos escogido la basílica de San Jorge, que se halla extramuros de la ciudad.

—¿Y no es más peligroso ir y venir allí todos los días?

—Creemos que no. Desde el castillo nos trasladaremos en barca a través del canal del Po. Las orillas estarán vigiladas por nuestros soldados.

—También lo hará mi guardia imperial. Por parte de nuestra delegación, es un honor inesperado reunirnos en la iglesia del patrón de Bizancio, el venerado Jorge de Capadocia.

—También es el patrón de Ferrara. Eso nos deja a todos bajo su protección.

Enseguida saboreamos el refinamiento de la corte de los Este. Tampoco tardamos en probar los placeres de la ciudad. El marqués compartía el tiempo de ocio con nuestros príncipes Paleólogos. Sentado junto a donna Livia, llevando una carta recién abierta en la mano, departía con los huéspedes bizantinos. Alrededor permanecían de pie los hijos, las damas, el preceptor y hasta una enana que jugaba con los niños. Los hombres estaban tocados por un sombrero rojo, portaban una espada corta a la cintura y vestían el hábito corto dorado y cada una de las medias de un color. Las mujeres portaban una túnica rosa que caía al suelo en una cascada de pliegues. Cada puesta en escena seguía una elegante etiqueta cortesana.

En uno de los primeros domingos, el marqués nos tenía preparada una sorpresa: ¡una carrera de caballos a la que llamaban palio! La celebraban por San Jorge y por la Asunción de la Virgen. Sin embargo, en nuestro honor, hicieron una edición fuera del calendario litúrgico. Además, nos invitaron a participar con un corredor, por lo que seleccionamos el corcel más rápido y el jinete más diestro. Este último resultó ser el capitán de la caballería imperial.

Nos explicaron las reglas. El palio se corría a lo largo de la vía Grande, en paralelo al río, nada más concluir la misa dominical. La salida se daba en la plazuela de la Pioppa. La meta estaba en el acueducto. Participaban en esta competición jinetes de los ocho barrios con casacas de colores. Los favoritos eran los de la camisa verde de San Pablo, la roja de San Romano, la blanca de San Maurelio y la dorada de San Jorge, porque habían ganado muchas veces la prueba. Nuestro participante lucía la vestimenta púrpura de los Paleólogos. Bautizamos a su corcel con el nombre de Bucéfalo en honor de Alejandro Magno.

—Vigilad bien a vuestro caballo en el establo —avisó messer Nicolás al emperador—. Los barrios se juegan su honra en la carrera y quieren ganar como sea. Así que recurren a las tretas.

—¿A qué llamáis tretas?

—A todo tipo de sabotajes: aflojar las cinchas al caballo rival, quitarle una herradura, darle de beber un purgante para que se quede sin fuerzas, emborrachar al jinete la noche anterior…

—Eso no ocurre en nuestro hipódromo. No es un comportamiento honorable.

—Este es un espectáculo popular. Y a diferencia de los torneos, donde nos regimos por modales cortesanos, el engaño forma parte del juego.

La advertencia del marqués nos llevó a no perder de vista a nuestro caballo ni de día ni de noche. La carrera fue muy emocionante. Los bizantinos vibramos como lo hicieron los vecinos, que estaban acostumbrados a verla. Los corceles galoparon por la calle Mayor levantando una polvareda. Uno de los corredores cayó al suelo nada más salir. Le habían cortado las correas de la silla de montar. Otro derribó al contrario de un codazo en la cara. Los tres de cabeza fueron en un pañuelo durante un buen trecho. Pero cuando enfilaron la meta, el del barrio de San Jorge cobró ventaja, sacando un par de cabezas al de San Romano y a Bucéfalo.

El marqués cedió a mi señor Juan VIII el protagonismo en la entrega de premios. El ganador recibió la bandera de paño fino de San Jorge. El segundo, un cochinillo. Y nuestro capitán, un gallo. Los seguidores del vencedor le pasearon por toda la ciudad aireando el trofeo dorado. A mí me trajo los buenos recuerdos de la carrera disputada en el hipódromo de Bizancio. La victoria que conseguí capitaneando a los azules me granjeó la atención del basileus. El color que defendí pasó a ser el de mis vestidos. En Florencia se convirtió en mi apodo entre los vecinos. Paradojas de la vida. Llegué a ser capitán del equipo azzurro durante el juego del calcio.

Los festejos se prolongaron durante toda la jornada. Admiramos la habilidad de los abanderados: ora arrojaban sus banderas al cielo, ora dibujaban figuras geométricas en el suelo. Escuchamos a los músicos fanfarrias de trompetas y golpes de tambores durante la exhibición de estandartes. Degustamos las ricas verduras, carnes y vinos de los fértiles campos bañados por el Po.

También gozamos de los favores de hermosas damas: «Donne de

frentes perladas, mechones morenos y talles delgados», tal como cantaban los poetas tañendo el laúd. Unas jóvenes que, vestidas con sedas acuchilladas, presumían de pechos firmes bajo sus pródigos escotes.

Los rigores del invierno descascarillaban la corteza ceniza de los árboles. El viento travieso echaba al suelo el humo de los hogares. El río culebreaba manso entre verdes praderas. Las bandadas de palomas revoloteaban en las alamedas. Bajo la luz menguante de la tarde, admirando el paisaje desde la torre de los Leones, supimos de la dulzura de Ferrara.

XXXV

En la basílica de San Jorge

«El 19 de febrero del año del Señor de 1438 se inauguró en la iglesia de San Jorge de Ferrara el Concilio Ecuménico de las Iglesias cristianas…», anotaron los escribanos en las actas. El protocolo colocó el libro de los Evangelios delante del altar: entre las cabezas de los apóstoles san Pedro y san Pablo. La escultura de San Jorge, labrada en mármol blanco, miraba hacia los fieles desde una esquina del ábside. Sonaban latines y griego. Olía a incienso. Unos rayos de luz invernal se colaron a través de las vidrieras.

Todo siguió un orden minucioso. El papa Eugenio, cubierto con la tiara del vicario de Cristo, se sentó en su cátedra a la derecha. El basileus lo hizo en un trono a la izquierda. Se dejó una silla vacía en recuerdo del emperador de Occidente, Segismundo de Luxemburgo, que acababa de morir hacía un mes. El sitio contiguo lo ocupó el príncipe Demetrio. Detrás se sucedieron los doctores de las Iglesias, las órdenes religiosas y los embajadores.

A ambos lados se apostaron los escribanos de las dos delegaciones. Estaban encorvados sobre sus atriles y, cada poco, mojaban sus plumas de ganso en el tintero. En las filas de sillas de la nave central se hallaban los cardenales latinos y los patriarcas orientales. Al fondo se sentó una multitud de monjes de hábitos de colores. Les colgaban crucifijos de sus pechos. Los peinados en trenza o en cabello delataban sus confesiones. Uno de ellos sería el confidente que me revelaría los secretos de la delegación católica. Ya vería la forma de contactarle. Los soldados del marqués y de la guardia imperial nos repartimos entre las columnas del templo. Demetrio y yo, de pie junto a la puerta, nos sentimos orgullosos de ver entre ellos a nuestro preceptor Besarión.

La basílica era el templo más antiguo de la ciudad. En su fachada tenía un bajorrelieve de san Jorge alanceando al dragón. Pertenecía al borgo de San Giorgio, el barrio donde se bifurcaba el río Po, en cuya explanada se celebraban ferias agrícolas. Estaba pegada al monasterio de Monte Oliveto, cuyos hermanos habían jurado socorrer a los viajeros, dándoles limosna alimenticia y curando sus enfermedades.

Esta ubicación tenía varias ventajas. Al hallarse alejada del centro, la frecuentaba poca gente, solo los feligreses de la parroquia, lo que facilitaba su vigilancia. También se comunicaba con el monasterio, por lo que los asistentes al concilio charlaban en el claustro y comían en el refectorio con los monjes. De esa forma apuraban más la jornada antes de volver a sus dormitorios en Ferrara. Las dos naves laterales permitían a la guardia apostarse en las capillas rodeando a los eclesiásticos. El campanario, aún sin rematar, facilitaba la visibilidad a los arqueros en cuanto el sol levantaba la bruma. No había duda. El marqués de Este había hecho una buena elección.

En los meses siguientes se sucedieron las sesiones del concilio. Los católicos habían sido advertidos para no escuchar al oído confidencias de los bizantinos. Estaban asustados por la fama de los «argumentos envenenados» que podíamos soplarles para acabar con sus vidas. Pero ¿cómo íbamos a ir a envenenar a los latinos si lo que necesitábamos era su auxilio?

Los doctores latinos y ortodoxos debatieron asuntos doctrinales: la primacía del papa, la procesión del Espíritu Santo y hasta el sexo de los ángeles. Pero sin llegar a tratar la expansión turca que tanto preocupaba a nuestra delegación bizantina. De forma que los teólogos se enzarzaban en discusiones que no llegaban a buen puerto.

—Reconoced la existencia del purgatorio —dijo el cardenal Julián a los griegos—. Junto al cielo, el infierno y el limbo, forma la geografía de la eternidad.

—Antes explícanos cómo lo imagináis —le respondió Besarión.

—Como un lugar donde el pecador purga sus pecados. Sus

familiares vivos pueden ayudarle a subir al cielo comprando indulgencias.

—¿No pensáis que privarse de la vista de Dios es un castigo más que suficiente? —dijo el patriarca. Los católicos se alborotaron, y vuelta a empezar.

Las rivalidades atascaron el concilio. Entre los latinos, un grupo de cardenales, enemigos públicos del papa, había abandonado Basilea a regañadientes. Deseaban su fracaso en este proyecto de alianza de las Iglesias. Eso les abriría las puertas de Roma y, una vez en el trono de san Pedro, proclamarían la superioridad de la asamblea de los fieles sobre el papa. Enfrente estaban los partidarios de Eugenio IV, que contaban con el valioso apoyo de los Médicis y no dudaban en reprimirles mediante intrigas. Llegado el caso, a unos y a otros no les temblaría la mano en emplear el soborno, el veneno y el puñal.

Tampoco se libró de tensiones el séquito bizantino. Las semanas fuera de casa iban pesando en la moral. Unas veces era el patriarca José el que, viéndose morir en el extranjero, se quejaba de sus dolencias y proponía el regreso. Otras veces era el hermano del basileus, el hipócrita Demetrio, el que le metía el miedo en el cuerpo hablándole del riesgo de un complot de su madre. Nadie sosegaba en Ferrara.

El confidente del Imperio Secreto, recién agregado a la servidumbre del Concilio, mostró su cruz bizantina a mi maestro Besarión. Le dio una mala noticia. El sultán Murad II había creado un sistema de reclutamiento de jóvenes cristianos. Arrancados de sus familias, eran enviados a Anatolia, donde se les reeducaba en el odio al cristiano, hasta que se convertían en soldados de élite de los ejércitos turcos. En adelante, cada vez que se pronunciaba su nombre, los jenízaros, era para hablar de una derrota bizantina. El cardenal, de momento, no le dijo nada a su alteza. No quería angustiarle más de lo que estaba.

—No podemos retrasar más el tema del filioque —expuso el cardenal Alborgali refiriéndose a la doctrina católica según la cual el Espíritu Santo procede del Padre y el Hijo.

—Nosotros no la compartimos —respondió Gemistos Pletón acariciando su barba canosa y partida—. Eso hace al Espíritu Santo subordinado, cuando, en realidad, es igual al Padre y al Hijo.

—Llevamos siglos de discusión.

—Dejemos este punto para más adelante. Ahora avancemos en aquello que nos une.

Estos debates desesperaban al emperador. No servían más que para que los doctores se pavoneasen con su oratoria, pero no le resolvían sus problemas políticos, no le aportaban las tropas que necesitaba para frenar a los turcos. A tal punto que dejó de asistir a las sesiones. Solo halló consuelo en las distracciones que le preparaba su amigo Nicolás de Este.

XXXVI

De caza y confidencia

En la Sala de los Juegos, decorada con un fresco sobre las cuatro estaciones, disfrutaban de una sucesión de pasatiempos. Los más divertidos eran aquellos en los que participaba toda la familia del marqués. Los hombres apostaban durante las competiciones gimnásticas, la lucha entre gladiadores y las exhibiciones de destreza con las armas. Las mujeres, reunidas por donna Livia y sus damas de honor, se lo pasaban en grande con los bailes de salón. Los niños se quedaban boquiabiertos ante los malabarismos de bolas, los trucos de magia y los giros de las peonzas.

En este repertorio de ocio, como en muchas de las cortes principescas, ocupaba un lugar predilecto la caza. Los caballeros de Ferrara eran muy aficionados. Los pajes que domábamos animales salvajes enseguida fuimos invitados. Les pasaba como a nosotros en la montería del bosque Taigeto. Nunca habían visto cazar con felinos ni emplearlos como arma de guerra. La sola observación de los guepardos, su piel manchada y sus colmillos afilados, despertaba el asombro de los espectadores.

Salimos del castillo siguiendo una costumbre aristocrática. Las personas principales cruzaron el puente levadizo a lomos de corceles enjaezados. El basileus, su hermano y el marqués, tocados con gorros rojos y morados, empuñaban jabalinas de plata. El resto de los caballeros portaban ballestas y lanzas. Las damas lucían vestidos de brocados verdes, ultramarinos y sienas. Muchos llevaban aves rapaces en el brazo con su caperuza puesta. Esto alegró sobremanera a mi camarada Demetrio. Pensaba que podía competir en destreza con sus propios halcones. Les seguían a pie los criados con una reata de perros a los que acababan de sacar de las

perreras. Eran tan fieros, estaban tan hambrientos de presas, que los tenían que retener con mucha fuerza tirando de sus collares.

La compañía enfiló la calle Mayor del Po ante la expectación de los vecinos más madrugadores. Salió a campo abierto por la puerta de los Ángeles mientras los centinelas presentaban armas. Trotaron juntos hasta la isla del Belvedere, una reserva natural donde los marqueses habían reunido fuentes, esculturas, plantas exóticas y animales raros. En medio se alzaba un pabellón para el descanso tras la caza.

La batida comenzó desde ese edificio hacia las aguas mansas del río. Los criados, embutidos en mallas ligeras para poder correr, soltaron los galgos hacia el bosque. La mayoría de los caballeros —lanzas en ristre, capas al viento— galopaban tras ellos. Según salieron las liebres y los jabalíes de sus escondrijos, azuzados por los ladridos de los perros, los cazadores arrojaron sus jabalinas. Los ballesteros dispararon a los pájaros posados en las copas de los árboles. Los monteros iban rematando y recogiendo las piezas. En cambio, los ciervos resultaron más escurridizos y, nada más olfatear el peligro, se adentraron en la espesura de la arboleda.

Ahí es donde pude demostrar mis cualidades con mi gato salvaje. Eché pie a tierra. Sujeté firme la cadena del guepardo y, al soltarlo, seguí a la carrera su persecución del ciervo. Llegó un momento en que el animal, resollando y asustado, hizo un alto en un claro del bosque. Entonces le lancé una lanza ligera con plumas para mantener la dirección. Lo herí en el lomo y, en su huida desesperada, dejó un reguero de sangre. El gato la olió y lo siguió sin descanso hasta abatirlo. Tuve que separar sus colmillos del cuello de la presa para poder llevarla hasta el campamento.

Entretanto, los nobles de mayor edad, las damas y los adolescentes practicaron la cetrería junto a las riberas fluviales. Las palomas torcaces apresadas por sus halcones caían al agua. En la mansa corriente, flotando entre los patos, eran recogidas por unos perrillos nadadores.

—Mi señora —se dirigió mi amigo a una doncella—, si me permite un consejo, es mejor darle al halcón un bocado de carne entre vuelo y vuelo.

—¿Y no lo cebaré? —respondió ella.

—No. Le pasa como a los hombres: necesitamos un empujón antes de dar un salto.

—¡Mira el bizantino! Nos ha salido filósofo.

—A mí me empuja su belleza. Por eso le pido que demos un paseo tras la batida.

—¡Un filósofo seductor, eh!

—Un admirador de su cara de Madonna y su cuello de garza. —Demetrio echó el resto en sus halagos a la joven.

—Solo puedo prometerte que lo pensaré —respondió esta algo ruborizada.

—El señuelo, como en la caza, siempre hechiza a la presa —pensó mi camarada cuando, unas horas después, yacieron tras los matorrales.

Unos criados fueron apilando las piezas cobradas sobre un prado. Otros prepararon sillas, bancos y mesas. Sobre sus manteles colocaron panes, viandas y copas de vino para que los cazadores reparasen fuerzas después de la cabalgada. En un aparte, comprobando que estaban solos, el marqués de Este, sin perder la sonrisa en la boca, le hizo una confidencia al emperador.

—Su alteza me ha honrado con su amistad. ¿Puedo confesarle un secreto?

—Por supuesto. La hospitalidad que me brindas lo merece.

—Se habrá dado cuenta de las grandes medidas de seguridad.

—Eso me había parecido. Y te agradezco que me protejas.

—En realidad, no solo es por su persona, sino también por la mía.

—¿Por la tuya?

—¡Quieren matarme! Hay quienes no me perdonan el traslado del concilio a Ferrara. Envidian el prestigio que nos ha dado.

—¿Y quiénes quieren matarte? ¿Los suizos de Basilea?

—Aún no lo sé. Pueden ser ellos. O los enemigos del papa. O una vendetta de otras ciudades italianas.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Sé que el asesino es un condotiero y que tiene cómplices. Mis halconeros han interceptado una paloma con un correo que lo revela: «Ya estoy dentro del castillo. Preparad la paga de la condotta», como decimos nosotros, la paga de un contrato.

—Puedes disponer de mi guardia. Enseguida se lo ordenaré a su comandante. O mejor aún. Tengo un agente que pasa inadvertido. Es un enano ciego. Todo el mundo le ignora. Pero él se hace el sordo para enterarse de todo. Unas veces le llevo al concilio. Otras, le infiltro entre la servidumbre.

—Gracias, majestad. Tenemos que dar con el homicida antes de que actúe.

La partida regresó al castillo mientras el viento aullaba entre las torres. La hilera de guardias uniformados de azul rompió filas al cerrarse el portón. El sol débil se hundió entre unos tejados rojos de sombras huidizas. Volvimos a las diversiones que no cesan. Gozamos de la indolencia cortesana. Aquella que ciega a los hombres. La que les empuja a probar el loto del olvido. La que les hace ignorar que los placeres pasan rápido. No tardaría mucho en llegar el peligro. Apenas nada, en sentir el dolor. Esa noche, el marqués soñó que un gavilán devoraba una paloma.

XXXVII

Las banderas del condotiero

La primavera en los campos regados por el Po fue una explosión de vida. Las flores colorearon los prados como las plumas de un faisán en celo. Las bandadas de patos salvajes arribaron a las aguas fecundas del delta. Los jardines colgantes del castillo derramaron el perfume de sus naranjas. En medio de la llanura se alzaba una rica ciudad, la hermosa Ferrara, cuyas casas parecían desprender polvo de oro.

El asesino apareció antes de lo que Nicolás de Este esperaba. En vísperas del palio de San Jorge, cuando todo el mundo se toma una tregua, puso en marcha su estratagema.

—El condotiero actuará en breve —dijo el marqués a su alteza—. Hemos interceptado otra paloma mensajera que le delata.

—Estaremos en guardia —respondió el basileus—. Pero dime, ¿cómo sabéis las que tenéis que capturar? Nosotros anillamos con cintas de colores las palomas que llevan el correo desde el palomar de San Nicolás hasta el palacio de Blanquerna.

—Solo lanzamos a nuestros halcones contra determinadas palomas. Las que criamos en el palomar del castillo son todas blancas. Nuestros cetreros abaten a las que tienen plumas grises. Son de otros palomares del vecindario.

—¿Y cómo conseguís que las vuestras sean blancas?

—Muy sencillo. Matamos a los pichones que nacen manchados.

—Una selección eficaz.

—El enemigo debe estar cerca, porque la paloma que hemos cazado es de las que llamamos «colipavas», de las que tienen el vuelo muy corto. Alguien se está comunicando con el mercenario desde dentro de la ciudad.

El espía ciego del emperador, que además se hacía el sordomudo, corrió distinta suerte en sus pesquisas. Mezclado entre los religiosos del concilio sacó poco en claro. Católicos y ortodoxos, además de enfrentarse entre sí, se desangraban en luchas intestinas dentro de su propio bando. Los oradores alardeaban de haber vencido a los rivales con sus discursos bien escritos y mejor declamados. Los guardias habían caído en una tediosa vigilancia en la que nunca pasaba nada. Y hasta los monjes olivetianos, vecinos de la iglesia de San Jorge, estaban hartos de la intrusión de aquella multitud de clérigos en su vida contemplativa.

En cambio, cuando el agente se movió como pez en el agua por las estancias del castillo, hubo más suerte. Empezó a hacerse el encontradizo con los soldados de guardia, las criadas del marqués y con todos aquellos que se cruzaba por los pasillos. Escuchaba desde su ceguera. Nadie se daba cuenta de que no era sordo. Hasta que un día se coló en las cocinas y, mientras simulaba buscar la salida, oyó una charla entre dos tipos que hablaban en jerga militar. Memorizó algunas frases porque él no sabía italiano. Nada más salir, se las repitió al jefe de la guardia del marqués, el cual se apresuró a trasladárselas a su señor:

—«Lo haremos a través de la torre de los Venenos», «Será el día de San Jorge».

—¿Seguro que escuchaste eso? —le preguntó Nicolás de Este al ciego.

—Seguro. Le dije esas palabras a su oficial. Las entendió enseguida.

—Eso significa que nos quieren envenenar con la comida —dedujo el emperador.

—Y que será en el banquete de la fiesta —añadió el marqués—. Ahora mismo tomaremos precauciones.

El comandante de la guardia bizantina, Alejandro de Naxos, y el capitán del marqués, Tadeo Longo, introdujeron en la cocina a algunos de sus hombres disfrazados de pinches. También redoblaron el número de centinelas y sus cambios de guardia. La orden era mantener los ojos bien abiertos conforme se acercaba el aniversario del santo patrón.

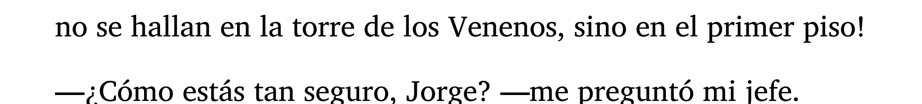
A diferencia de la carrera preparada para agasajarnos, en la que nuestro jinete defendió la púrpura Paleóloga, este nuevo festejo duraba todo el mes de mayo. En ese tiempo se iban sucediendo los espectáculos. Un día desfilaban los soldados por la calle ancha de Porta Mare. Otro, los grupos de música amenizaban los bailes de las doncellas, cuyos peinados coronaban guirnaldas de flores. Otro, los artistas de circo hacían sus números ante un corrillo de curiosos en la plaza Vieja.

En todos estos jolgorios no faltaban los abanderados: unos virtuosos del volteo y el lanzamiento de banderas que lucían en sus trajes los colores de los barrios. Desde muy temprano hacían pasacalles arropados por una banda de trompetas y tambores. Las mujeres los miraban con buenos ojos. Los niños les seguían en alegre algarabía.

En la mañana del palio, antes de que las autoridades se dirigiesen a presidir la carrera, los abanderados realizaron una demostración en el patio de armas. Los invitados a contemplar el juego de banderas en el castillo habían sido registrados. Los que iban armados, sobre todo los nobles y sus escoltas, tuvieron que dejar sus espadas en la armería de la entrada. Los soldados estaban en alerta máxima. Al poco, el basileus, el marqués y su familia se asomaron a unas ventanas engalanadas, de las que colgaban paños con escudos heráldicos. Lo mismo hicieron aristócratas, burgueses y eclesiásticos saliendo a las galerías. El patio estaba rodeado por un cuadrilátero de lanceros con escudos.

De pronto, a una orden del marqués, los músicos hicieron redoblar los tambores. Los portaestandartes de los gremios, vestidos con un peto de colores, desfilaron exhibiendo sus insignias. Los abanderados empezaron a lanzar sus banderas al aire. El público aplaudía. Los más entusiastas exclamaban.

—¡Atentos a aquella ventana! —grité desde el patio—. ¡Los asesinos



no se hallan en la torre de los Venenos, sino en el primer piso!

—¿Cómo estás tan seguro, Jorge? —me preguntó mi jefe.

—Mire las banderas enrolladas que arroja ese grupo. Suben hasta aquella galería, pero no bajan. ¡Creo que son espadas envueltas en telas!

—Es verdad —asintió el capitán—. Unos hombres las están recogiendo en las ventanas por debajo de la torre. Los falsos abanderados serán sus cómplices.

—¡El condotiero! —dedujimos a la vez.

Dimos la voz de alarma. El espectáculo se interrumpió ante un rumor de sorpresa de los espectadores. Los guardias nos dividimos en dos unidades: los del marqués permanecieron en el patio manteniendo el orden y cubriendo la retirada; los bizantinos de los gatos salvajes nos dirigimos al piso donde estaban recogiendo las armas. Nos indicaron un atajo: una escalera que era un caracol de sombras. No tuvimos miedo. Nos metimos en ella de cabeza. Mientras, los esbirros del condotiero, viéndose descubiertos in fraganti, se resistieron espada en mano. Nuestros guepardos terminaron por arrinconarles. Un par de sicarios resultaron muertos en la refriega. Los demás fueron hechos prisioneros. Su alteza Juan VIII, después de la carrera en el hipódromo de Bizancio, me puso cara por segunda vez.

El condotiero, fiel a su oficio de alquilarse al mejor postor, confesó con pelos y señales a cambio de renunciar a la paga y obtener la libertad.

—Mi objetivo no era el emperador —dijo el mercenario—. No estoy tan loco como para ponerme en contra a media cristiandad. Mi objetivo era el marqués.

—¿Quién te ha pagado para matarme? —le preguntó messer Nicolás.

—Su cuñado, Tulio Contrari.

—¡Dios mío! —exclamaron donna Livia y donna Lauretta.

—¡Mientes! ¡Llamad a Tulio! —ordenó su marido.

—No está en el castillo —dijo el jefe de su guardia tras un registro.

—Salió a uña de caballo cuando empezó el jaleo —confirmó un centinela.

—¡Mi propio cuñado, un traidor! —se lamentó el marqués.

Las familias de los Este y los Contrari venían rivalizando desde hacía mucho tiempo por el control de Ferrara. Para tratar de solucionar esta enemistad, sellaron una alianza a través de un matrimonio: el de Tulio, hijo del patriarca Contrari, con Lauretta, la hermana del marqués. Ambos bandos esperaban que la descendencia de los esposos acabara con la lucha por el poder.

No fue así. El cuñado de messer Nicolás quiso deshacerse de él para quedarse con los títulos, los palacios y el gobierno de la ciudad. Para eso contrató al condotiero. Le introdujo en el castillo como un guardia más. Nadie en la corte del marqués llegó a vincularlos. El traidor no calculó que en Ferrara solo se respetaba la vida a las palomas blancas.

En el séquito imperial cundió el desánimo. Pensamos que estábamos corriendo demasiados peligros. Dos atentados en unos meses y en distintas ciudades no eran el mejor balance de nuestro viaje por las ciudades italianas. A la tercera iría la vencida. Atacarían al basileus. El palio se suspendió y, de pronto, brotando el recelo en el corazón de los hombres, se rompió el idilio cortesano. Fue como si se hubiese marchitado la primavera. Como si esa conjura anunciase una desgracia por venir. La placidez de Ferrara se convirtió en la amargura del marqués.

XXXVIII

La danza de la muerte

Los cuatro jinetes del Apocalipsis siempre llegan al galope. Los cuatro siegan las vidas que encuentran a su paso. Los cuatro son un castigo de Dios por los pecados de los hombres. Pero solo la peste lo hace de forma callada: entra de puntillas en las casas, infesta de bubas los cuerpos. De nada valen los rezos. Ni súplicas, ni medicinas. La peste ensombrece la ciudad como una mancha de aceite que se extiende sin parar.

La voz de alerta la dieron los vecinos del barrio de los Ángeles en vísperas de la Navidad. Algunos de ellos se habían despertado con unos bultos, como pequeños huevos, en las axilas y las ingles. Ardían de fiebre. Sentían asfixia cuando tosían. La sangre empapaba sus pañuelos al sonarse. Los doctores, nada más ver los síntomas, los desahuciaron. No daban abasto para atender a todos los enfermos. Los sacerdotes tampoco llegaban a tiempo para dar la extremaunción a los moribundos. Los perros, corriendo por las calles, extendían la dolencia de sus amos. Las ratas campaban a sus anchas por los desvanes, los sótanos y las cloacas. La epidemia azotó el corazón de Ferrara con una violencia hasta entonces desconocida.

El marqués de Este mandó cerrar el foco infeccioso creando un lazareto: un vallado de madera que lo aislaba, unas cruces blancas pintadas en las casas infestadas. El emperador bizantino y los hombres de su séquito quedamos recluidos en el castillo hasta que pasase el peligro. Los criados repartieron hierbas olorosas por las habitaciones. Nos dijeron los doctores que así podían protegernos contra la enfermedad. Pensaban que se transmitía por el aire.

En el otro extremo de Ferrara, los cardenales y los patriarcas se refugiaron en el monasterio de San Jorge, apiñándose en las celdas de los monjes como un enjambre de hábitos. Las sesiones del concilio se suspendieron. Los centinelas de las puertas de acceso a la ciudad recibieron la orden de no dejar entrar ni salir a nadie. Pero, para entonces, una fila de vecinos huía por los caminos sin rumbo fijo. Trataban de salvarse al aire libre. Desconocían que la peste iba con ellos escondida en sus ropas.

—¿Qué ha podido causar esta pestilencia? —preguntó messer Nicolás a sus cortesanos.

—¡Los vicios de los hombres! —exclamó el capellán—. ¡Dios no perdona infamias como la de Tulio Contrari!

—Tal vez se deba a la conjunción de los cuerpos celestes —se atrevió a apuntar un astrólogo.

—Sea como fuere, hay que combatirla antes de que nos mate —dijo el emperador.

—Debemos hacer procesiones para rogar el perdón divino —propuso un cura.

—Mejor sería aislar las casas contagiadas y no dejar salir a sus vecinos —añadió un médico.

—Pero el viento salta las paredes y los demás lo respiramos —dijo otro.

—Si me permite el señor marqués —intervino el sabio Besarión, que se había ausentado del concilio para despachar con el basileus—. La experiencia nos dice que cuando se junta mucha gente, la peste se propaga. Los enfermos, a veces sin saberlo, contagian a los sanos. Luego crear lazaretos es una buena medida, pero no la única.

—Explicaos —le urgió messer Nicolás.

—Desconocemos la causa de la peste. Pero sabemos que es bueno acabar con las ratas que la propagan, quemar las ropas de los enfermos, limpiar la basura de las calles y encalar las casas afectadas.

—Son medidas muy razonables —añadió el emperador—. En Bizancio hemos combatido así las plagas.

—De acuerdo —asintió el marqués antes de dar órdenes a los médicos—. Proceded como dice el arzobispo. Protegeos con abrigos y máscaras. Disponed de carros que vayan recogiendo a los muertos. Sus conductores deben llevarlos al cementerio. Allí los enterrarán en fosas comunes, y luego las sellarán con cal viva.

Nuestro comandante, Alejandro de Naxos, pidió un par de voluntarios para hacer una visita a la iglesia de San Jorge. Demetrio y yo nos ofrecimos. Teníamos que ver cómo se encontraban los patriarcas. Su alteza quería saber cuándo se reanudaría el concilio.

Los dos pajes atravesamos la ciudad cubiertos como los médicos: con una capa de pies a cabeza y un antifaz en forma de pico que nos tapaba la nariz. Muchos muertos yacían en el suelo llenos de pústulas. Hombres y mujeres dejando al descubierto sus partes pudendas. Nadie se había apiadado para taparlos. Algunas ventanas se cerraban a nuestro paso. Los huérfanos lloraban abandonados a su suerte. En el matadero agonizaban los cerdos sin haber sido sacrificados. En las cuadras lo hacían los caballos reventados. Los ladrones lo mismo desvalijaban las viviendas que a los difuntos. Los carros de los muertos, enfilando el camino del camposanto, iban cargados hasta los topes.

Llegados al monasterio, sin deshacernos de nuestro atuendo, hablamos con el maestro Gemistos Pletón. Lo hicimos, por precaución, a través de la reja que clausuraba la portería.

—Estamos asustados —dijo el filósofo—. Nadie se atreve a salir del recinto.

—¿Y el concilio? —pregunté.

—Suspendido. El papa Eugenio ha propuesto trasladarlo a Florencia. Parece ser que Cosme de Médici se ha ofrecido para alojarnos en ella. Ambos son amigos y se deben favores.

—El cambio de sede costará mucho.

—Acaba de llegar su hermano Lorenzo para negociarlo. Los Médicis ofrecen alojamiento gratuito. Aunque les ha aflorado el amor al vil metal de los banqueros, prestan a nuestra delegación mil quinientos florines mensuales mientras duren las sesiones.

—¿Qué han respondido los delegados?

—Están de acuerdo. Los guardias del campanario han visto cadáveres enfrente de la iglesia. La peste se está acercando.

—Solo hay muertos en el centro. ¡Qué extraño! —pensé en voz alta.

—En cuanto sepa cuándo se inicia la evacuación, os aviso.

—Mañana volveremos.

De regreso al castillo, sin pararnos en las calles infestadas, nos cruzamos con escenas crueles. En algunas casas, los familiares vivos renegaban de sus difuntos, arrojándolos a la calle sin ninguna compasión. En un palacio, los sirvientes robaban los vestidos de sus señores enfermos, sin saber que con ellos llevaban la epidemia encima. En las puertas de la ciudad se agolpaban aquellos que veían en la huida al campo la única medicina contra las bubas. El mundo se había vuelto del revés. La dama negra reinaba a golpe de guadaña.

XXXIX

Misteriosos sepultureros

Al día siguiente, mientras repicaban las campanas doblando a muerto, Demetrio y yo hicimos el mismo recorrido desde el castillo hasta la iglesia extramuros. El aspecto de Ferrara era cada vez más macabro. Los perros callejeros arrancaban pedazos de carne humana. Las prendas quemadas humeaban. Los pozos desprendían mal olor. Un grupo de flagelantes se golpeaba las espaldas delante de una gran cruz. Los clientes del burdel cantaban borrachos de vino y terror.

Los carros de los muertos, tirados por un par de caballos, recorrían la ciudad sin parar. Dos carreteros con el rostro embozado y guantes en las manos iban cargando los cadáveres. Después los trasladaban hasta el cementerio de la Certosa, en el arrabal del norte, donde los sepultureros los arrojaban a fosas recién cavadas. Nada más tapar una con paladas de tierra y cal abrían otra.

—Mira, Demetrio. Fíjate en ese carro que va delante. Se está desviando de la tapia del cementerio sin dejar a los muertos que lleva.

—¿Adónde irá?

—Vamos a seguirlo.

—Su camino acaba… ¡en la iglesia de San Jorge!

—¡Es una treta! Alguien quiere asustar a los religiosos del Concilio para que se vayan de Ferrara.

—¿Quién podía beneficiarse de su marcha?

En ese momento, apretando el paso hasta estar cerca de los sospechosos, les dimos el alto a gritos. Los dos hombres pararon el carro y se bajaron aprisa. Pensamos que nos esperarían. En cambio, desengancharon los caballos, montaron en ellos y salieron al galope. Tratamos de alcanzarlos. Por mucho que corrimos no logramos detenerles.

De vuelta al carro, registramos un petate con las pertenencias de los conductores fugados. Entre ellas había anillos robados, un correaje militar y una bolsa con monedas desconocidas para nosotros. Nos pareció que se trataba del pago de una condotta, como habíamos escuchado decir al señor de Este tras el atentado: un contrato acordado entre un señor y un condotiero.

Nos allegamos a las puertas de San Jorge. En la iglesia, Gemistos Pletón nos confirmó que, ante la inminencia de la epidemia, el papa y el patriarca habían decidido aceptar la hospitalidad de los Médicis. En una semana llegarían unos guías para escoltarnos hasta Florencia. Dimos cuenta de las novedades al basileus. La delegación griega inició los preparativos para la partida.

—Nunca olvidaré tu generosidad —agradeció el basileus a Nicolás de Este su amistad.

—Yo tampoco olvidaré la majestad de su persona. Aunque haya sido en tan malos tiempos para Ferrara. —El marqués lamentó más la traición de su cuñado que la propia peste.

Mi amigo y yo hicimos averiguaciones sobre el origen del cinturón y de aquellas monedas. Nos dejamos caer por algunas tabernas. Compartimos partidas de cartas con los soldados del cuerpo de guardia. Preguntamos al servicio doméstico del castillo. Uno de los encargados de la armería nos puso sobre aviso.

—Las espadas del matón de Tulio Contrari y el correaje de los sepultureros son milaneses. Mirad este forjado en la vaina y las hebillas. Son iguales.

—¿Sabes a qué tropas pueden pertenecer?

—Quizá a las del condotiero Sforza. Siempre llevan estas armas.

—¿Quién es?

—Un capo de mercenarios muy poderoso. Dicen las malas lenguas que sirve a la vez al papa, a Florencia y a Venecia.

—Para fiarse de él.

El cambista de la calle Mayor, cuyo banco estaba cerrado para evitar el contagio, nos recibió tras decirle que íbamos de parte del emperador y que le daríamos una propina en dinero. El hombre, de gafas gruesas y espaldas curvadas, se inclinó sobre el escritorio. Pesó las monedas en un balancín. Observó con lupa sus inscripciones.

—Están mezcladas piezas de oro y de plata.

—Eso ya lo habíamos visto.

—Quiero decir que en la bolsa hay florines de Florencia y escudos de Milán. Estos tienen grabado el rostro de Francesco Sforza.

«¡Vaya! Parece que las piezas van encajando», pensé.

Antes de contarle al emperador el asunto de los falsos sepultureros, previamente a acusar a alguien, pedimos consejo a nuestro preceptor. Tal como nos había enseñado, tratamos de deducir a quién delataban esas monedas. «Si alguien pone apestados junto a la iglesia de San Jorge, aterrorizará a los cardenales», argumentó Demetrio. «Si alguien les ofrece llevar el concilio a Florencia, aceptarán de inmediato», proseguí el razonamiento. «Todo apunta a que el autor del plan pueda ser el patrón de los Médicis, y su ejecutor, el condotiero Sforza», llegamos a la misma conclusión los dos.

Los beneficios del traslado a Florencia eran evidentes. La ciudad donde se unirían las Iglesias ganaría fama en toda la cristiandad. Los eruditos griegos, portadores de libros de filosofía y tratados de arte, enriquecerían su vida cultural. Los banqueros subirían el interés de los préstamos. Los tenderos aumentarían sus ganancias. Los mercaderes que negociaban por el Mediterráneo tendrían nuevos contactos en las ciudades bizantinas.

No obstante, el sabio Besarión, una de cuyas muchas virtudes era la prudencia, nos recomendó ser cautos antes de acusar a nadie: «Los florines y los escudos corren de mano en mano por las ferias como lo hacen las ratas por Ferrara. Cualquier poderoso puede haber pagado a esos esbirros».

El día de los Reyes Magos, como si de su cabalgata se tratase, salimos por la puerta del sur camino de Florencia. No nos guiaba ninguna estrella ni dejábamos un rastro luminoso. No llevábamos oro, incienso y mirra en nuestras alforjas, sino la incertidumbre en el porvenir. Unos nubarrones tan negros como la peste nos despidieron de la ciudad vestida de luto.

QUINTA PARTE

DIVINA FLORENCIA

«La gente que ha tenido la ocasión de ver Florencia, su esplendor y magnificencia, sus esbeltas torres, sus iglesias de mármol, las cúpulas de sus basílicas, sus espléndidos palacios, sus murallas almenadas y sus numerosas villas, su encanto y belleza, se ha quedado asombrada de sus logros.»

Leonardo Bruni, Alabanza a Florencia

XL

Media naranja preñada de gajos

La cabalgata surgió de la bruma de enero en un tropel de colores. Unos exploradores se adelantaron para comprobar la ruta trazada sobre el mapa. Los demás jinetes refrenamos a los caballos para ir al paso. Veníamos cansados por el largo viaje desde Ferrara y, tras pasar la montaña ensabanada de nieve, sentimos alivio al divisar nuestra meta. Aún marchamos un rato por un camino erizado de cipreses que moría en la cresta de una colina. Nos asomamos a un mirador cercado de piedra.

De repente, el tiempo se detuvo. La arena de los relojes dejó de resbalar por el cuello de la ampolla. El bullicio de la larga comitiva enmudeció. La luna alta se retiró como alma que lleva el diablo. Entre las nubes cargadas de agua se hizo un claro y el sol estalló como una aparición. Quedamos fascinados ante la vista.

Nos deslumbró el fulgor del paisaje tendido en la llanura. Un tapiz de viñas podadas y olivos plateados cubría la campiña. Media naranja preñada de gajos sobresalía en el corazón de la ciudad. Las torres se alzaban esbeltas hacia la gasa azul del cielo. Las casas reverberaban formando un fresco de tejados granates y verdes. Las cruces de hierro, en cuyos brazos brillaba el rocío, señalaban las parroquias entre el callejero. Las murallas nuevas, en cuyas almenas flameaban banderas moradas, defendían al vecindario con sus cañones apostados en las troneras. Los penachos de humo olían a pan recién horneado.

De nuestros labios apenas brotaron admiraciones espontáneas, como palabras antiguas, como versos perfumados. Tan solo susurros breves que el viento arrastró ladera abajo.

—¡Qué belleza! —exclamó el emperador mesándose la barba negra.

—¡Dios mío! ¡Es digna de tu creación! —musitó el patriarca José, que, viejo y enfermo, se puso la mano por visera para ver mejor.

—Toda una gracia del cielo. Sobre todo para nosotros, que creíamos haber visto todo en esta vida —añadió cómplice Pletón.

—¡Era verdad! —exclamé sonriendo a mi maestro—. No se trataba de un cuento más de los viajeros.

—Parece ser que no era una leyenda, Jorge.

—Es como la pintura que regaló a mi madre el embajador Salvo Rossi. ¡Hay una Mistrás de Occidente! —Y di rienda suelta a mi amor por la poesía, que para mí eran los ojos para ver la belleza del mundo.

—También los latinos tienen sus siete maravillas. Esta cúpula tan hermosa es una de ellas.

—Es otra ciudad de Dios. Me contaron en Ferrara que hasta los ciegos la ven por un instante cuando la miran.

—Más bien la intuyen. Todo lo que es secreto nunca es una pregunta, sino una respuesta. Pero ¡cuidado! —advirtió Besarión—. Bajo la excelencia de la púrpura puede ocultarse la bajeza del pecado.

—Sé que las apariencias son traicioneras —respondí.

—Así te lo he enseñado. Jorge, ándate con prudencia por este falso paraíso. No es tu tierra prometida.

Un disco solar de haces punzantes agujereó las nubes. Los rayos reavivaron la brasa rojiza de los tejados. La cúpula de la catedral, recién construida, resplandecía evanescente a la luz del alba. Los destellos blancos, verdes y rosas del campanile semejaban un cirio de mármol encendido en el altar del Duomo. El baptisterio era el hermano menor de su hermana, la hermosura.

El curso del río serpenteaba terroso bajo los ojos reflejados de los

puentes. Los centinelas apagaban el parpadeo llameante de las antorchas consumidas. Las campanas repicaban a misa de nueve levantando un revuelo de palomas. La vista se perdía entre cipreses y olivos como en los amados campos de Mistrás.

Los sonidos nos llegaban nítidos en volandas de un frío que cortaba. Escuchamos chirridos de bisagras al abrirse las puertas de madera. Un murmullo de rezos entonado por los monjes de los conventos. Un vocerío grosero de vendedores que montaban las tiendas del mercado. Unos perros callejeros ladrando vaho al paso de los carros de abasto. El trino de los ruiseñores en los jardines recoletos. El canto de los gallos en los corrales de las granjas.

Florencia se despertaba como una gata perezosa que aún se relame del sueño.

Salimos de la niebla ciega al regalo de la vista. De la espesura húmeda del bosque a la luz que templó los corazones. De la hojarasca enmarañada al aire cristalino que sosegó nuestros pálpitos desbocados.

Todavía me estoy viendo. Soy un joven en su plenitud: el tipo atlético, los cabellos rubios, los ojos azules. La fuerza del guerrero. La sabiduría del filósofo. Hércules y Platón en uno. La encarnación del ideal de la Grecia antigua que me inculcaron mis profesores: el kalós kagathós («bello y valiente»). Reúno las virtudes del ciudadano en la Roma imperial: mens sana in corpore sano.

Visto el gorro persa y la túnica corta de color añil propios de un paje bizantino. Disimulo los escalofríos con elegancia cortesana. Una mano empuña las riendas. La otra sujeta a un guepardo agazapado en la grupa de mi corcel castaño. Por un instante eterno, apoyando las piernas en los estribos, me alzo sobre la montura enjaezada para otear el panorama.

Es verdad que han pasado muchos años desde esta imagen. Los cronistas de Florencia la bautizaron como La cabalgata de los Reyes Magos. El pintor Benozzo Gozzoli la inmortalizó mucho tiempo después. Tal vez demasiado. Mi vista está cansada y mi memoria ya no es la que era. Pero aún recuerdo que me brillaron los ojos como ascuas hasta el borde de la lágrima. Porque, sin poderlo adivinar,

contemplé la que iba a ser la jaula de oro de mi vida.

Entonces, por sorpresa, unos alaridos salvajes nos sacaron del ensueño. Un halcón del papa y un gato del basileus luchaban a muerte al borde del mirador. El ave pontificia clavó sus garras en el vientre imperial. Le sacó los ojos con su pico curvo. El gato malherido, cuyas cuencas vacías semejaban una calavera de osario, corrió desorientado hasta saltar el muro de piedra y precipitarse al vacío. Los griegos del cortejo pensamos que era una señal divina. Una mala señal, pensé yo.

XLI

Flechas anatolias

El cielo se cubrió de nubes cargadas de agua. Empezó a chispear sobre la colina. Los heraldos de los séquitos guardaron sus enseñas para que no se mojaran. Los animales se impacientaron. Los caballos empezaron a relinchar. Los pajes tuvimos que ejercitar a los gatos salvajes dándoles unas carreras. También los halconeros lanzaron al vuelo a las rapaces para desentumecer sus alas. Nuestros señores se refugiaron en la vecina Villa de la Pietra, aceptando la hospitalidad de sus dueños. Los demás, a pesar de mordernos el frío, mantuvimos el tipo parados en el mirador. Esperábamos el regreso de los exploradores.

No volvieron solos. Les acompañaba una guardia de honor presidida por los priores. Ese era el nombre de los consejeros de la Signoria que gobernaba Florencia, y habían nombrado a Cosme de Médici gonfaloniero de justicia. Los soldados formaban un grupo mixto. Los infantes estaban tocados con cascos y armados con lanzas y espadas. Lucían uniformes de gala. Los jinetes ondeaban banderines blancos, rojos, verdes y azules, que eran los colores de los cuatro barrios de la ciudad.

Al llegar a nuestra altura, la delegación presentó sus respetos al basileus, al patriarca, al papa y a los delegados de los demás países que habían acudido al concilio. El señor Cosme de Médici les regaló unas piedras preciosas en nombre de la República: un zafiro a Juan Paleólogo como símbolo de paz, un diamante de lealtad a José y un rubí de púrpura cardenalicia a Eugenio. Todos entendían el lenguaje de los anillos.

En la cabecera de las dos embajadas, teniendo la vista de Florencia

por testigo, prosiguió el intercambio de presentes diplomáticos. Ellos expresaron sus buenos deseos de paz entre las Iglesias cristianas. Poco después, atendiendo a un gesto discreto del patrón Médici, el capitán de la tropa florentina ordenó a sus hombres que diesen media vuelta sobre sus pasos. A nuestro comandante, Alejandro de Naxos, le invitaron a compartir el mando hasta su entrada gloriosa en la ciudad.

La guardia conjunta escoltó a la solemne comitiva durante su bajada por el camino de herradura. Marchamos pesadamente sobre el suelo embarrado. A media ladera tuvimos que picar espuelas porque se había desatado una tormenta inclemente. De forma que la cabalgata llegó deslucida a la puerta de San Gallo: la formación, desordenada; la carga, ladeada en las mulas; los vestidos lujosos, empapados y desteñidos. Nos esperaba un puñado de anfitriones ataviados con sus mejores galas. Eran los funcionarios, a los que se reconocía por ir vestidos con el lucco, el tradicional manto negro y rojo. Estos señores y sus esposas se habían resignado a cumplir con su deber cívico. Entramos, pues, en el paraíso bajo el mal agüero del diluvio universal.

Al rato escampó. El séquito se recompuso. Avanzó por la calle de San Gallo. Podía verse a las monjas de clausura asomadas a las rejas de los conventos. Las tentaba el pecadillo de la curiosidad. Las mujeres de la nobleza, que salían poco de palacio, también estaban apostadas en los balcones. Nos precedía un grupo de músicos tocando tambores y cornetas, y una guardia de honor cubierta con sombreros de plumas. Los portaestandartes llevaban banderas con los escudos de la ciudad. En las esquinas había crucifijos; en algunas paredes, vírgenes y santos en hornacinas con ofrendas florales a sus pies. Las autoridades que se habían quedado en la ciudad nos recibieron cubiertas bajo un toldo que sobresalía del convento de San Marcos. Estaban flanqueadas por maceros y portaestandartes. Tras dar la bienvenida a la cabecera, una banda de trompetas hizo sonar unas fanfarrias, aunque las rachas de viento amortiguaron su estridencia.

Apenas escuchamos el tañido de la Martinella: la campana de guerra de la iglesia de Santa María sopra Porta. El resto del recorrido avanzamos detrás del carroccio, un carro con cuatro

ruedas tirado por bueyes sobre el que ondeaba la bandera del color morado con la flor de lis. Era el símbolo militar de la ciudad. La República nos ponía así bajo su protección.

En la plaza, nada más escampar, se sucedieron las ceremonias. Un coro de hermosas doncellas, entrelazadas como cerezas en una cesta, cantó y bailó en corro. La aguja fina de sus voces bordó madrigales alegres. Un grupo de muchachos abanderados lanzó al vuelo las telas moradas con el escudo. Una niña, vestida de Madonnina con hábito y velo azul celeste, hizo reverencias al emperador, al papa y al patriarca, y les ofreció un ramillete de lirios. Un adolescente coronado de laurel, al modo de los héroes romanos, dio a sus majestades unos florines de oro. Los acababan de acuñar para el concilio. Llevaban grabado el escudo de los Médicis.

El obispo, debajo de un palio embalsado de agua, bendijo a los presentes empuñando un crucifijo del Giotto que tenía fama de milagrero. La caravana se adentró en la vía de los Caballeros. Estaba adornada con guirnaldas floridas y tapices colgados que pingaban. La llovizna de pétalos desde los balcones se fundió con el chaparrón que había encharcado el suelo. Los curiosos que se habían encaramado a los tejados bajaron a la calle para ponerse a cubierto.

De pronto, cual estrellas fugaces cortando el aire, silbaron dos flechas trazadoras. Fueron dos relámpagos con punta de hierro. Volaron desde sendos tejados afrontados. Cruzaron arqueadas sobre las cabezas de la gente. Me pareció que se dirigían contra el basileus. No dio tiempo a ordenar a la guardia que desplegara sus escudos. Así que tuve el reflejo de encabritar su corcel a latigazos. Los disparos fallaron el tiro. Una saeta alcanzó mortalmente el pecho de un escolta. Su sangre salpicó la cara de su alteza. La otra, por suerte, se clavó en la montura imperial. Los arqueros emboscados se pusieron en fuga.

El susto repentino desordenó aún más la hilera de mil viajeros. Al cardenal Cesarini se le cayó el caballo encima, aplastándole una pierna. Sus criados le evacuaron hacia un portal cercano. El arzobispo de Rodas, desenvainando su espada, gritaba a la guardia para que cubriera las espaldas del papa. El metropolitano Ireneo limpiaba la cara salpicada de su alteza. El patriarca José, sin darse

cuenta del atentado, no dejaba de preguntar a sus heraldos qué pasaba. Un guepardo desatado dio algunos zarpazos a diestro y siniestro entre el público. Los espectadores, presos del pánico, escaparon a refugiarse donde pudieron.

—¡Proteged a su majestad! —gritó el jefe a los escoltas—. ¡Ponedle a cubierto!

—Corramos hacia la iglesia de San Juan —se dirigió messer Cosme a sus invitados—. Allí estaremos a salvo.

—Sal tras ellos, Jorge —me dijo mi preceptor—. Tú puedes cazar a esos miserables.

No dudé un instante. Vi a uno de los arqueros escapar por los tejados. Piqué espuelas a mi caballo para perseguir al fugitivo. Descabalgué ante la mansión desde donde había disparado. Llamé un par de veces sin respuesta. Abrí las puertas de una patada. Subí las escaleras espada en mano. Gritaba a los vecinos que se apartaran si no querían resultar heridos. Llevaba conmigo el guepardo que había amaestrado. Al salir a la azotea solté al gato. Ambos corrimos tras nuestra presa.

Pasados varios edificios no pudimos alcanzarle. Tenía demasiada ventaja. Solo vi cómo se esfumaba dentro de una claraboya. Pero su huida no me desanimó. Me devolvió su mirada furibunda por un instante. No se me despintaría. En su carrera frenética, para correr más ligero, el asesino había abandonado el carcaj con las flechas. Todo un regalo para empezar a buscar a los culpables.

El arquero llevaba un turbante. La funda de las flechas era de cuero repujado. Sus plumas parecían anatolias. Por tanto, deduje que era un guerrero infiel, probablemente un jenízaro del sultán. Uno de esos cristianos renegados de los que habían hablado en la Escuela para Pajes. Conocía bien esas fundas caligrafiadas con frases del Corán. Se las había visto a los tenderos árabes en el mercado de Constantinopla. Estos mercaderes árabes, que llegaban con las caravanas de la Ruta de la Seda, lo mismo vendían telas de Damasco que gallinas de plumaje exótico. Lo comprobé cuando los agentes del Imperio Secreto seguimos a Cirilo, el Sedero.

Nuestros espías disfrazados de mendigos pedigüeños vigilaban a estos sospechosos. Sabíamos que entre ellos se habían camuflado peligrosos agentes del sultán. El enemigo enviaba de vez en cuando a los soldados más fanáticos para asesinar a nuestro basileus. Nuestros estrategas procuraban estar alerta. No tenía la menor duda. Debía seguir esa pista turca.

Los atacantes se escabulleron entre el público agolpado en las calles. Enseguida se cambiaron de ropa y se deshicieron de sus arcos. Los metieron en un saco ligero. Luego me di cuenta de que no querían que se hundiese. Lo arrojaron al río desde un puente poco concurrido. Un bulto flotó sigiloso en las aguas del Arno. Quedó varado en un remanso de arena.

XLII

La calma después de la tormenta

El basileus, por fin, me reconoció para siempre. Los miembros de la comitiva permanecimos recluidos en el templo hasta que pasó el peligro. La pequeña que había regalado un manojo de flores al emperador no paraba de llorar. Su alteza trató de consolarla secándole las lágrimas con la delicadeza de su pañuelo de seda. Su propio padre, el prior Domenico Martino, maestro del gremio de orfebres, le repetía: «Ya pasó. Ya pasó, Perlina. Este señor de la corona de brillantes nos protegerá. Es un ángel de Dios». Aquellos que veían la escena esbozaban una sonrisa nerviosa. Una mueca a medio camino entre la ternura y el miedo. Solo cesaron las lágrimas cuando acerqué su manita temblorosa a mi guepardo para que acariciase su lomo. La inocencia amansó a la fiera.

Algunos miembros de la Signoria, avisados por el jefe Médici, se desvivieron tranquilizando a los huéspedes más asustados. La escolta de los delegados del concilio había tomado posiciones en torno a sus protegidos. Para entonces, la milicia urbana, mandada por el condotiero Andrea de Tolentino, hijo del héroe de la batalla de San Romano, había controlado la situación en la calle. Después del incidente, conforme iban rehaciéndose los grupos de la comitiva, Cosme dio instrucciones al jefe de la guardia.

—Divide el cortejo en dos columnas. En una acompañáis al papa y a los cardenales hasta sus aposentos en el monasterio de Santa María Novella. Y en la otra lleváis al emperador y a los patriarcas hasta el palacio Peruzzi. Está muy cerca de la basílica de la Santa Croce, donde tendrán lugar las sesiones del concilio. Los bizantinos apenas tendrán que cruzar la plaza. Así será más fácil protegerlos.

—A sus órdenes. Pero ¿adónde irá messer Cosme?

—Me instalaré junto a los demás priores en la Signoria. Será nuestro cuartel general hasta que detengamos a los asesinos.

—Es lo más prudente —dijo el militar—. Las fortificaciones del Palazzo Vecchio lo hacen un lugar seguro.

—Me mandas mensajeros allí. Quiero mantenerme informado.

—Esté tranquilo. Un hombre de mi confianza será nuestro enlace. También pondré una guardia permanente en la sede de nuestros invitados.

—Bien pensado, Andrea —asintió el Médici—. De momento, les dices a los anfitriones de los palacios que colmen a sus huéspedes de las mejores viandas para reponer fuerzas. En sus despensas hay frutas, dulces, vinos de Trebbiano y quesos de la Toscana. Que también les den paños finos para que se sequen. A ver si con eso se les pasa el susto en el cuerpo.

—Muchos de los priores de la República estarán junto a usted en el Palazzo Vecchio.

—Pues que se encarguen las señoras amas de la casa. Que para esas cosas tienen mejor mano. Y si les faltase algo a los invitados, cualquier capricho, por extravagante que sea, que se lo pidan a mi mujer, madonna Contessina. Ella les dará lo que necesiten. Tiene las llaves de los almacenes de la familia en borgo San Lorenzo.

—Seguro, messer, que en sus aposentos se sentirán mejor. También me encargaré de buscar a los culpables de los disparos.

—Mi hermano Lorenzo está en ello. Un pescador acaba de encontrar un saco con flechas en la orilla del río. Parece ser que proceden de Anatolia.

—Entonces, ¿son turcos?

—Lo más seguro. De todas formas, ten los ojos abiertos y, a la menor sospecha, no dudes en avisarme. Ahora ve a alojar a los séquitos.

Esa misma noche reconstruí mentalmente los hechos. Dos buenos arqueros. Las saetas habían volado con la pluma alta trazando una parábola. Aún no sabía si para afinar el blanco o para evitar al público apostado en las aceras. Su alteza Juan Paleólogo se hallaba en medio de este fuego cruzado. Flechas y fundas anatolias. Todo apuntaba a una autoría de agentes del sultán. Máxime sabiendo que el basileus de Bizancio había venido en persona al concilio más para pedir ayuda contra la amenaza turca que por asuntos religiosos. Me pregunté dónde podían esconderse unos infieles en esta ciudad sin llamar la atención. Esa era la primera incógnita que debía resolver.

Muy pronto se confirmaron mis sospechas. El emperador me envió a la Signoria para hacer unas consultas a messer Cosme de Médici. Su alteza, a pesar de la seguridad en el palacio Peruzzi, no las tenía todas consigo. Debía regresar sin tardanza llevando la respuesta del señor de Florencia.

Me vestí con mi gorro y mi túnica azules. Pedí a los criados que me prestaran un calzado de cuero para andar por las calles llenas de barro. Al tratarse de una visita de cortesía, un trayecto corto, dejé la espada en mi cuarto. El caballo y el gato salvaje estaban a buen recaudo en las cuadras. Solo llevaba un puñal oculto en el cinto. Una capa de lana gruesa con capuchón me resguardaba de la lluvia y, de paso, me hacía pasar inadvertido entre la gente. Aún faltaba un tiempo para que los florentinos me llamaran el Greco Azzurro. El apodo debido a mi patria y al color de mis ropajes.

XLIII

Bajo la púrpura, el crimen

Las campanas tañeron con parsimonia. Los primeros vendedores ambulantes, cargando sus productos en mulas, se iban colocando en sus puestos. Los carros chirriaban sobre el empedrado de la vía Larga. Los tenderos sacaban sus mercancías a los mostradores. Los más madrugadores daban cuenta de un desayuno caliente. Los mendigos empezaban a sentarse en las escalinatas de las iglesias.

Mi anfitrión me indicó el camino a seguir hasta la Signoria. Tenía que atravesar la ciudad desde la plaza de la Santa Croce hasta el Palazzo Vecchio. Salí muy de mañana del barrio de los Peruzzi. Apenas me crucé con algunos vecinos tempraneros. Doblé un callejón estrecho para atajar hacia el Duomo. Se me cruzó un tipo tambaleándose como borracho. Cuando estaba en medio del pasadizo, me pasó rozando un cuchillo. Lo habían arrojado desde una escalera de piedra. De seguido, sin tiempo para reaccionar, cayeron sobre mí dos hombres que intentaron apuñalarme: el que se hizo el bebido y el que lanzó el puñal. Tal vez me había reconocido el arquero al que perseguí. Quizás sus cómplices siguieron al séquito del emperador hasta su alojamiento.

Uno trató de sujetarme por la espalda, tapándome los ojos con una mano. Otro me retorció un brazo. Conseguí zafarme de ambos. Al primero le solté un codazo en la garganta que le cortó la respiración. Al segundo le di un puñetazo en el hígado. No obstante, lograron ponerme una zancadilla y, antes de que me levantase, se aprestaron a rematarme con su puñal. Atiné a desviar el arma, que se deslizó rebotando por el suelo empedrado.

En ese momento, mientras intercambiábamos golpes, resultó

providencial el paso de la guardia que hacía la ronda por la vía Larga. Les llamaban los «vigilantes de la noche» porque salían al oscurecer para detener a los sodomitas que ofrecían sus servicios en las esquinas oscuras. Los religiosos presionaban a la Signoria para acabar con lo que calificaban de una plaga de inmoralidad. Al sentir el alboroto de la pelea, se adentraron en la calleja dando el alto: «¿Quién vive?», «¿Qué pasa ahí?». Sus gritos provocaron la huida de los asaltantes. Les esperaba un cómplice con los caballos preparados para escapar.

Me identifiqué como paje del emperador de Bizancio. Aseguré al sargento que me encontraba bien. Traté de despedirme agradecido de mis salvadores. No sin decirle una mentira piadosa, como fue prometerle que no volvería a andar solo por la ciudad. De momento, ya que iban de camino, fuimos juntos hasta la Signoria.

A mi regreso, llevando la respuesta de messer Cosme a mi emperador, fui pensando en el siguiente paso para dar con los asesinos que andaban sueltos. El tiempo apremiaba. El peligro no cesaría hasta detenerlos. Primero, Venecia. Después, Ferrara. Ahora, Florencia. Menos mal que no se había cumplido el proverbio: a la tercera no había sido la vencida.

Llevé conmigo el puñal y el colgante que los agresores habían perdido durante el forcejeo. Llamaba la atención que, en lugar del estilete de los florentinos, se tratase de una daga curva cuya empuñadura había sido reforzada con cuero de camello. Al igual que había hecho con el armero de Ferrara, consulté a un experto. Pregunté al comandante de la guardia imperial Alejandro de Naxos. Me dijo que el arma blanca era de las que se fundían en los talleres de Bursa.

Esta ciudad anatolia —según me explicaron mis profesores— era el santuario sagrado del Imperio turco. En su mausoleo reposaban los restos de los sultanes. En las escuelas o madrasas de la gran mezquita, los imanes impartían el Corán a los futuros combatientes del islam. En la ciudadela, los militares instruían a los ghazis, los infieles más extremistas que salían de allí para ingresar en los cuerpos de élite del ejército. Esos soldados juraban consagrar su vida a la guerra santa.

Además, Bursa tenía una población muy trabajadora. El mercado cubierto cobijaba un laberinto de galerías comerciales. Los caravasares brindaban descanso a los mercaderes que estaban haciendo la Ruta de la Seda. En las fábricas sederas, las jóvenes risueñas sumergían los capullos en agua tibia, mientras las mayores devanaban los hilos. De ahí que no resultara extraño que algunos de sus productos, como esa arma y ese collar, llegaran hasta Italia.

También el señor Neroni, nuestro anfitrión en el palacio Peruzzi, reconoció el colgante. Era un distintivo que debían llevar los mercaderes extranjeros para comerciar en la ciudad. Tenía grabados los símbolos de Florencia: el lirio morado y el cordero de san Juan. Además, según nos reveló, unos pescadores le habían entregado a Lorenzo de Médici arcos y flechas anatolias halladas en la ribera del Arno. De manera que averigüé el barrio donde se alojaban los caravaneros antes de volver a Palestina y enfilar el regreso a Oriente.

Todo parecía aclararse. Los criminales que habían huido eran combatientes ghazis, adoctrinados en las mezquitas, curtidos en la guerra, dispuestos a matar y morir por la causa del islam. Les habría enviado el gran turco para asesinar al emperador. Así evitarían que consiguiera ayuda para defender las fronteras de Bizancio. Me habrían atacado por ver la cara de uno de los arqueros en los tejados. Estarían escondidos en alguno de los albergues para forasteros que rodeaban los mercados. Tenía que dar con ellos antes de que volviesen a actuar.

No obstante, una duda me rondaba la cabeza: ¡todo este asunto era demasiado fácil! No era normal que los asaltantes fuesen dejando pistas allá por donde pasaban. No era tan sencillo escapar después de dos refriegas. Quizás alguien nos había escogido a los griegos para ponernos a prueba. Tal vez me estaban tendiendo una trampa mortal. Debía contactar con el agente del Imperio Secreto en Florencia. Pero ¿dónde buscarlo? Mi maestro y yo esperábamos que fuese él quien diese señales de vida.

—Seguro que no está lejos —me dijo.

—Puede ser cualquiera —le respondí.

—Todo menos cualquiera.

¡Qué paradójico! Acababa de llegar a esta ciudad de Dios y ya habían estado a punto de asesinarme. Quién me lo iba a decir cuando unos meses antes decidí venir a tierras latinas. Quería cumplir la promesa hecha a mi padre en el cementerio y a mi madre en su clausura del monasterio. Había viajado a Florencia para matar a un hombre. Pero también prometí en San Salvador de Cora servir al Imperio Secreto en nombre de la conservación de Bizancio. El consejo de sabios nos había encargado al cardenal Besarión y a mí como lugarteniente vigilar los pasos del papa y de sus aliados. De esa forma, la delegación griega sería asesorada para adelantarse a los rivales en el Concilio, para promover una cruzada que salvase a Constantinopla de la inminente conquista turca.

Tenía razón mi maestro cuando me advirtió: «En la lucha por la vida se corre el riesgo de que los ángeles puedan ser devorados por los demonios». Bajo la excelencia de la púrpura se escondía el pecado del crimen. Bajo la apariencia de la paz se ocultaba el azote de la guerra. Debía andar con cuidado por este falso paraíso. Debía desconfiar de nuestros anfitriones en esta tierra prometida. De momento, por si fuese mi último anochecer, me entregué al placer de la carne.

XLIV

El agasajo en el palacio Peruzzi

Al anochecer, alojadas las delegaciones del concilio en sus respectivas sedes, nuestros anfitriones nos habían preparado una cena de bienvenida. Como deferencia a la delegación bizantina, en lugar de celebrarse en la casa de messer Cosme, cerca del Duomo, tuvo lugar en la torre de los Peruzzi. El jefe Médici había encargado al arquitecto Michelozzo que le construyese un palacio más lujoso en la vía Larga. Pero los albañiles apenas habían echado los cimientos y alzado los andamios.

Los priores habían llegado desde la Signoria fuertemente protegidos. Los invitados griegos, novatos en una ciudad extranjera, no tendríamos que desplazarnos por la calle. El atentado contra el basileus estaba aún muy reciente. Parecía sensato cenar en un palacio fortificado.

Las estancias señoriales de Florencia cada vez eran más ricas. Admirables frescos embellecían sus paredes. Poco a poco, además del arca de boda, la cama y la mesa de la casa antigua, se tallaban muebles nuevos en maderas nobles. De ahí que el salón hubiese sido decorado con sumo gusto. Colgaban tapices de seda bordada en oro para amortiguar el paso del frío. Destacaban cuadros donde los maestros habían rivalizado por pintar ingeniosas perspectivas. En cada rincón se hallaba una escultura; en cada mesa, candelabros encendidos y cubiertos de plata. De los bancos hasta los techos pendían cadenetas de colores.

El papa y el emperador presidían la mesa principal. Messer Cosme, luciendo un llamativo lucco de color escarlata, se había reservado un sitio entre medias de ellos. Quería dar la imagen de pacificador

de las Iglesias. A un lado se hallaban su hermano Lorenzo y sus hijos Pedro y Juan. Al otro, su esposa, madonna Contessina, junto a sus primas Annalissa y Annastella Bardi. Las damas estaban sentadas debajo de unas guirnaldas de Pisa. Lucían vistosos brocados granates, blancos y verdes. Su busto levemente velado incitaba a mirarlo.

Ninguna familia poderosa, amiga o enemiga, faltó a la cita. Allí estaban los anfitriones Neroni —Vincenzo y su hermano el arzobispo— y los invitados Pazzi, Uzzano, Capponi y Strozzi. Unos señores que miraban de reojo a sus rivales para criticarles su aspecto vulgar o refinado. El caso era empañar la fama del contrario.

Los caballeros vestían jubones con mangas acuchilladas debajo de la casaca. Las damas eran elegantísimas. Más tarde, tras vivir años en la ciudad, me di cuenta de que se parecían a las Madonnas de Filippo Lippi y a las Anunciaciones de Fra Angélico. Al maquillarse se habían aplicado unas gotas de mandrágora que hacían brillar sus ojos despiertos. Los cabellos recogidos les despejaban su cara. Los habían espolvoreado con un afrodisiaco de hinojo. Las perlas relucían en su cuello grácil. Los anillos, en sus dedos finos. La guinda la ponían sus vestidos ajustados de largas colas que indignaban a los moralistas.

«Esas colas —criticaba fray Bernardino de Siena— hacen parecer a la mujer un animal fangoso en invierno y polvoriento en verano.» Un predicador hipócrita que no había tenido reparos en justificar el préstamo con interés de la Iglesia. «Hipócrita —nos explicó nuestro maestro— quiere decir “actor de la vida”. Entre los poderosos de este mundo son legión.»

Unos criados sirvieron vino en copas de Murano. Unos músicos amenizaron la velada. Unas bailarinas alegraron nuestra vista. Los bufones grotescos pusieron la sal gruesa. Tras los postres, y por expreso deseo de Cosme de Médici, nos colmaron de regalos.

El hombre más poderoso de Florencia quiso agradecerme mi persecución a los arqueros. De manera que ordenó hacerme un obsequio muy particular: «Un presente que solo reserva para personas especiales —me dijo el anfitrión—. Esta noche me ha

pedido messer Cosme que te preste a una de mis esclavas circasianas».

La muchacha era muy hermosa. Una criatura de cabellos dorados como las teselas de un mosaico. Una ninfa de ojos azules como las aguas del mar Egeo. Un rostro refinado como el de la Virgen Pantanassa en el monasterio de Mistrás. Una joya cuyas mejillas refulgían encarnadas como la flamante cúpula de la catedral. Recordé la palabra «circasiana» que había escuchado a la señora Dalmacia en Bizancio para describir el ideal de belleza femenina.

—Toma esta fierecilla —me la ofreció Neroni arrastrando a la joven de los brazos—, seguro que sabrás domarla como a tu gato salvaje.

—No hará falta —contestó el filósofo que soy—. El esclavo ansía la libertad como el alma desea escapar de la cárcel del cuerpo.

—¿La libertad? ¿La cárcel del cuerpo? —exclamó perplejo.

—Los humanos, señor, poseemos conciencia. No puedo tratar a esta muchacha como a una bestia.

—Si tú lo dices, paje. Aquí gozamos de muchas como esta. Los Médicis y yo te la prestamos. Tú la disfrutas como quieras.

Nuestro anfitrión siguió prodigando regalos de carne y hueso entre los invitados. Las Iglesias cristianas que se habían reunido en Florencia condenaban la esclavitud. Decían que era cosa de paganos. Pero en la práctica hacían la vista gorda. La mayoría de los creyentes la aceptaban como algo natural. Al igual que en el préstamo de los banqueros, el espíritu aconsejaba la virtud, pero la carne se inclinaba hacia el pecado. Sin embargo, para algunos de los que admirábamos a Platón, un esclavo era antes una persona que una mercancía.

—Estos latinos… No sé qué idea tienen de nosotros —comenté a mi preceptor, que había visto la escena.

—Aunque amasen montañas de dinero, seguirán siendo unos bárbaros —me respondió—. Los mercaderes adquieren los placeres más refinados, pero siempre tienen una grieta en el corazón: la

codicia.

—Se supone que estamos entre personas educadas.

—Estos burgueses tienen mentalidad de nuevos ricos. Creen que lo pueden comprar todo. Lo mismo les da las cosas que las personas.

—«Porque saben leer y escribir, creen que saben leer y escribir» —evoqué el reproche que me hacía la bella Lyra.

—Esa es la lección. No le hagas caso, Jorge. Trata a la esclava con sentido común. Como te he enseñado.

—Así lo haré, maestro. Descuide.

Los mercados de esclavos —me explicaron— se abastecían de las guerras fronterizas: cristianos y musulmanes en el Mediterráneo, rusos y tártaros en el mar Negro, dálmatas y eslavos en los Balcanes. Los vencedores esclavizaban a los enemigos derrotados. Algo de esto ya sabíamos en Bizancio, donde confluían las redes levantinas, que, a su vez, habían cazado presas en tierras de Siria y Palestina. La corte imperial necesitaba mano de obra servil. Su abasto se disparó con los Paleólogos, porque habían dado privilegios comerciales a los genoveses. Más aún de los que ya poseían en el barrio de Pera, al otro lado del Cuerno de Oro. De resultas, los genoveses trajeron abundantes esclavos de Caffa y de Armenia, cuyo rey les eximió de impuestos por la trata.

Lo mismo sucedía al contrario. Los sarracenos apresaban cristianos en las batallas de los reinos de Hispania. Turcos y berberiscos los raptaban mediante razias en las costas levantinas. Luego, los empleaban como esclavos irredentos, o como cautivos que podían libertarse por un rescate.

En los años del concilio, las ciudades italianas vivían un momento de esplendor gracias a las especias de la Ruta de la Seda. Los mercaderes de Génova y Venecia traficaban desde sus bases en Tierra Santa y Alejandría. Los cargamentos humanos compartían las bodegas de las galeras con los productos exóticos.

Por su parte, los toscanos, a través de la venta de Pisa a Florencia,

aseguraron una salida al mar. Acababan de incorporarse al negocio de la trata. A la cabeza de sus traficantes estaba un tal Giuliano de Marcovaldi, vecino de Prato, ciudad muy próxima a Florencia. Era un tipo sin escrúpulos que pescaba en todos los mercados. Surtía de mahometanos a la Orden de San Juan, llamados «de arado y guadaña» porque los dedicaban al cultivo del grano, el azúcar y la vid. A los señores italianos les ofrecía bosnios capturados en Ragusa para el servicio doméstico y galeotes para el remo. Pero, sin duda, su mercancía estrella eran las mujeres circasianas, de ojos azules y piel clara. Las compraba a los tártaros de Crimea, y las vendía lo mismo a turcos que a latinos. Eran las esclavas más caras, las más apreciadas, a las que sus amos las forzaban a mantener relaciones sexuales. Alma era una de ellas.

—Toma esta llave. Pregunta por mi cuarto y espérame dentro —le dije a la joven.

—Gracias, amo —susurró en griego.

—¿Sabes mi lengua?

—Mi anterior dueño era de Rodas.

—¿Y cómo has venido a parar aquí?

—Me vendieron a un comerciante italiano.

—Pagaría un dineral…

—Quince florines y una libra de pimienta.

—La mitad de la bolsa de Judas.

—Despídete, Jorge. Nos llama el basileus —terció mi maestro.

—Enseguida vamos. —Di instrucciones a la joven—: Enciérrate en el cuarto y no abras a nadie.

—Sí, porque me temo una vigilia de sátiros —añadió Besarión.

—Los fines de fiesta siempre son así. Más de uno saldrá de caza por el bosque de palacio.

El convite, llenos los estómagos y vaciadas las jarras, se fue apagando al compás de las velas. Los comensales nos retiramos a nuestros aposentos. «Señores: cada mochuelo a su olivo», dijo messer Neroni mandando recoger a los sirvientes. Aún pude ver a un burgués obeso ir besuqueando a una prostituta hasta su dormitorio. Todavía observé a un cardenal hacer tratos sodomitas con un criado. Me ordenaron hacer una última ronda para asegurarnos de que el basileus estaba a salvo. Dos guardias imperiales le protegían a las puertas de su alcoba. Parecían hoplitas tocados por el yelmo del águila bicéfala. Eran héroes armados con el hacha de doble filo.

Llamé a la puerta de mi habitación. Entré en un claroscuro trémulo a la luz de la vela. Quedé impresionado. La esclava me esperaba desvestida en la cama. Tenía cuello de garza. Un mechón rubio caía sobre sus ojos ultramarinos. Unos labios cereza coloreaban su cara de luna nueva. Atisbé un amago de sonrisa desleída entre el humo de la lumbre. Pensé que aquella promesa de placer era un regalo de la fortuna.

—No es necesario que lo hagamos —le dije.

—Me apetece que lo hagamos —respondió. Dos jóvenes cómplices del deseo. Dos almas exiliadas de su patria. Apenas cruzamos una palabra más. Apenas sentimos una pizca de vergüenza. Nos entregamos al abrazo partido entre las caricias de las sombras.

XLV

Esclavo de Venus

Amaneció lluvioso. Expulsé a ese hermano de la muerte que es el sueño. Los mirlos empezaron a cantar. Las ruedas de los carros chirriaron en la calle empedrada. Desperté a la luz invernal con el alivio del centinela que acaba su guardia. Abrazado a una mujer. La forma más gozosa de nacer al día. La mejor manera de sentirse vivo. Soy un guerrero. Sé lo que es dormir junto a un campo de batalla sembrado de cadáveres. Soy un filósofo. Sé lo que es inquietarse en la noche por preguntas sin respuesta.

Esta vez no me hizo falta seguir la orden de un general. No necesité el consejo de un preceptor. Lo había aprendido yo mismo. Me lo había demostrado mi orfandad. Me lo había enseñado mi vida. En una alcoba del palacio Peruzzi, vecina al dormitorio imperial, desperté abrazado a una joven cuya piel parecía nieve cuajada sobre seda china.

Mi educación sentimental, mi despertar al erotismo, se había basado en mis propias peripecias. Mi padre, el general Nicéforo Urano, estaba tan empeñado en sus empresas militares que no tuvo tiempo para hablarme de ello. Mi madre, la señora Artemisa, educada entre algodones cortesanos, nos inculcó más los buenos principios afectivos que sus prácticas. Los profesores de la academia, con alguna diferencia entre el maestro Pletón y su discípulo Basilio, nos hablaron solo del matrimonio bendecido por Dios. Nos dijeron que era un medio religioso para un fin creador: engendrar hijos.

—Es un sacramento. El más querido —nos explicaba Gemistos Pletón.

—Pero también es un contrato entre dos padres de familia —matizaba Besarión.

—¿Y el amor? ¿Qué es ese sentimiento? —les preguntábamos.

—Un estado del alma del hombre —decían sin sofocar nuestros deseos.

Todos eludieron comentar los apetitos que desasosiegan la adolescencia. Cada cual buscó saciar su sed carnal como pudo. De manera que buscamos relaciones con las jóvenes mediante el cortejo y el desahogo.

El cortejo nos dio pocos resultados. Las muchachas de nuestra condición, sumisas a la voluntad de sus padres, reservaban su doncellez hasta la boda. Además, su rechazo terco nos hizo desistir. Yo lo sentí en mis carnes cuando me enamoré de la hermosa Lyra y, sin más, me desdeñó. Tal rechazo fue dejando cicatrices en la fina piel de la inocencia que aún nos abrigaba. ¿Cómo olvidar su cabellera negra y sus ojos almendrados? ¿Cómo, su cuello esbelto y su seno firme? ¡Pobre Lyra! La peste no distingue entre la belleza y la fealdad. Es la emisaria de la muerte. Es igual de cruel para todos. Ninguna flor escapa a su guadaña.

El desahogo era más frecuente. Se nos ofrecía a cada paso. Unas veces nos entregaban sus favores algunas chicas de familias humildes. Eran hijas de campesinos embrutecidos por el trabajo que nos miraban a los nobles como a seres superiores. Otras veces, las más, hallábamos sexo en los burdeles, donde tomábamos una prostituta con la misma naturalidad que tomábamos una jarra de vino.

Nada que ver con el placer experimentado en el lecho del palacio Peruzzi. De mañana, tras los gozos repetidos, la esclava abandonó la cama. Surgió de entre las sábanas como Venus naciendo del mar. Sus ojos esmeraldas desafiaban al lucero del alba. Los atributos de muchacha en sazón —cabello ensortijado, pezones rosáceos, pubis azabache— desarmaban al guerrero más audaz. Su figura de cariátide, cuyo peplo empapaba el cuerpo, era más excitante que la propia desnudez.

Después, a paso quedo, se deslizó grácil por el cuarto, dejando sin querer un rastro voluptuoso, una suerte de arrebato perfumado. Se acercó a la ventana con la ligereza de una gacela para beber unos sorbos de agua. Sentí celos de la copa pegada a la comisura de sus labios. Sentí envidia de las gotas que le resbalaban entre los senos. Solo atiné a pedirle que regresara a la calidez del lecho. Al latido de la sangre desbocada. Al jadeo de los cuerpos ofrecidos. Nos convertimos en criaturas del momento, libres como águilas, congelando el tiempo de la noche. Ajenos, como estábamos, a la fealdad del mundo y a las miserias de los hombres.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté.

—Adigueya, amo.

—En adelante te llamarás Alma. —Y le di un pañuelo con una leyenda bordada.

—Como desees. ¿Qué pone en el pañuelo?

—«Como alma vivirás.» Es de un filósofo que se llama Platón.

—No sé qué es un filósofo.

—Otro tipo de amante. Pero eso importa poco. Desde ahora vestirás de blanco y dorado. Yo te regalaré túnicas con esos hilos.

—¿Son los colores de tu familia?

—No. Son los colores de las ninfas.

—¿De quiénes?

—De unas diosas que habitan en los ríos de mi país. ¿Sabes que poseen una belleza sobrehumana y viven mil años?

—Pero yo solo soy una esclava —susurró la joven.

—Ahora eres la ninfa de Jorge de Mistrás. Y reinarás sobre las aguas del Arno —respondí orgulloso de ser hijo de la púrpura.

Me tuve por un filósofo y un guerrero: Hércules y Platón en uno.

Como un piloto que acababa de enderezar el rumbo en la tempestad. Me sentí un solitario que acababa de encontrar su alma gemela en la selva oscura de la vida. Amo del mundo. Esclavo de Venus.

XLVI

La misión de los tres pajes

Mi ninfa Alma era hija de un jefe de clan circasiano. La habían raptado los tártaros en una razia y la habían llevado al mercado de esclavos de Crimea. Un caballero de Rodas quedó impresionado por su belleza. A pesar de haber hecho el voto de castidad, la compró pensando en convertirla en su amante, por lo que se la regaló a su mujer como criada servicial. La esposa, que era mal parecida, pero no tonta, le denunció al gran maestre de la Orden de San Juan. Este amonestó a su vasallo, quien se vio obligado a deshacerse de ella. En el mercado de Lindos se la vendió al comerciante italiano Giuliano de Marcovaldi. De regreso al hogar, la permutó con el noble florentino Vincenzo Neroni, a cambio de unas tierras en la ciudad de Prato, donde residía.

La joven era una preciosidad. La finura de su rostro y el erotismo de sus maneras cautivaban a primera vista. Tampoco olvidó su educación, dentro de lo que son las familias que gobernaban los pueblos de Circasia. A medida que nos fuimos entendiendo en el mismo idioma, me atrajo por la elocuencia de sus palabras. Alma fue para mí la mujer más hermosa y más sabia de Florencia. Más allá de los estudios y la nobleza de sangre. Mi alma, como aprendí de Platón, se enamoró de ella para vivir en su cuerpo.

No desaproveché este regalo inesperado. La vida es breve. El deseo apremia. Solo el placer da sentido a la decadencia de la carne. Porque la muerte, además de segura, no avisa. Es insensible. Es traicionera. Es brutal. Lo sé por mis padres, por mis parientes y por mis camaradas caídos en combate. No respeta nada ni a nadie. La guadaña de la dama negra siega todas las vidas por igual.

La muerte se presenta cuando menos te lo esperas. Después de los ataques contra el emperador y contra mi persona, decidí no aguardarla de brazos cruzados. Tenía que ir a su encuentro. Debía liquidar a los agentes del gran turco. Mi preceptor me había enseñado que quien evita la ocasión evita el peligro. Que, si se elimina la causa, no hay efecto. No tuve ninguna duda. Solo si seguía su consejo, si me anticipaba al adversario, su alteza y yo salvaríamos la vida.

Nuestro basileus despachó muy temprano con los consejeros en el palacio Peruzzi. Al acabar, acompañé a una delegación bizantina hasta el monasterio de Santa María Novella. En su trasera se alojaba el papa Eugenio durante sus estancias en Florencia desde que consagrase el templo unos años atrás. Pasada la farmacia, que era la más antigua de Italia, se hallaban los aposentos pontificios. Estaban al fondo de unos claustros enverdecidos, cuyas paredes lucían adornadas con pinturas. A lo largo de las naves de la iglesia, y sobremanera en las ricas capillas de los Bardi y los Tornabuoni, se ultimaban los preparativos para la apertura del concilio. Después de su inauguración, las sesiones diarias se trasladarían a la basílica de la Santa Croce.

Los vecinos nos miraban con la extrañeza de quienes descubren de pronto que hay prójimos en el mundo. Las mujeres comentaban los rostros barbados, los ropajes originales y el porte marcial de los griegos. Los hombres nos miraban con recelo. En el templo hacía guardia un retén de soldados. La bandera del carroccio, del carro militar de la República, ondeaba a sus puertas exhibiendo su escudo de armas. Florencia protegía al vicario de Cristo.

Por la tarde, una vez cumplidas mis obligaciones, ofrecí mis servicios al jefe de la guardia imperial. Le prometí descubrir a los arqueros infieles.

—Mi comandante —le dije—. Puedo localizarlos. Tengo suficientes pistas para dar con ellos.

—¿No crees, paje, que un caso así te viene grande? —me respondió Alejandro de Naxos—. Además, ya están en ello los Médicis y pueden molestarse si nos entrometemos.

—Usted me vio correr en el hipódromo. No me falta valor ni inteligencia. Y messer Cosme no se opondrá con tal de que se detenga a los culpables.

—No podrás hacerlo solo.

—Necesito a dos camaradas más: a los pajes Demetrio y Teodosis. Todos hemos combatido en las Montañas Malas y nos han adiestrado en Bizancio.

—¿Por qué tres agentes?

—Cada uno vigilará los mercados de Florencia: el Viejo, el Nuevo y el de Oltrarno.

—¿Y cómo sabes que hallarás en ellos a los arqueros?

—Creo que son turcos que se han hecho pasar por mercaderes.

—Pero nosotros acabamos de llegar a la ciudad. No sabemos movernos entre las calles y sus gentes.

—Me ayudará una persona que los frecuenta. —Pensé en Alma.

—Está bien. Informaré al emperador. Si nos da permiso, quedáis relevados de vuestras guardias.

La autorización del basileus llegó enseguida. No sé si se debió al temor de su alteza o a la persuasión del comandante. De repente, me sucedió algo inesperado. Iba a bajar a las cuadras para dar de comer a mi guepardo. Cogí de una caja que guardaba en un armario de mi cuarto la cadena de plata que servía para sujetar al animal. Hallé en el interior del collar una nota anónima escrita en griego que decía: «Sigue el hilo de la seda y te llevará hasta los gusanos». Alguien estaba al tanto de mis pasos. Alguien muy cercano.

Nos cambiamos de ropa en el palacio Peruzzi. Mi esclava prestada nos aconsejó cómo vestirnos para pasar por florentinos. Demetrio se puso el hábito negro de un monje dominico. Teodosis, la capa marrón de un viudo que estaba de duelo. Y yo, el paño basto de color gris que llevaban los esclavos. De esa forma no desentonaría con Alma cuando su ama, donna Claudia Neroni, la mandase a

hacer la compra.

Salimos a la calle en busca de pistas más sólidas. No era tarea fácil. En la ciudad estaban repartidos más de doscientos talleres dedicados a la industria de la lana. Algunos de ellos, los más ricos, tejían seda de forma más o menos clandestina. Los impuestos sobre los gremios de lujo eran altísimos. No obstante, confiaba en mi intuición, era tenaz ante los retos. Mis maestros me habían enseñado una lección impagable: «Si machacamos sobre el mismo clavo, se puede derribar una casa». Si íbamos una y otra vez al mismo mercado, podíamos averiguar el escondite de los ghazis turcos.

XLVII

Pesquisas en los mercados

Los tres pajes nos dispersamos por los barrios de Florencia. Habíamos acordado que, tras nuestras pesquisas, nos reuniríamos a la puesta del sol en la taberna del Caracol. Alma me había dicho que era la más bulliciosa de la ciudad. Allí podríamos hablar sin miedo a que nos escuchasen sus ruidosos bebedores.

Teodosis cruzó el río por el Ponte Vecchio. Los carniceros y los verduleros acaparaban sus puestos. Así podían tirar los desperdicios al río. Después, donde comenzaban las tapias del matadero, se adentró en los bajos fondos del sur. Embutido en su traje de luto, entró en la iglesia del Santo Espíritu, donde escuchó una misa de funeral por su esposa fallecida.

En el populoso Oltrarno podían verse las casuchas de los peones textiles. Mostraban telas puestas a secar delante de sus fachadas. Los sucios tintes, el hedor de los cueros curtidos, los abundantes burdeles y las mugrientas tascas habían dado un mote al lugar: Borgo Pidiglioso («Barrio Asqueroso»).

A pesar de tanta sordidez, había un par de almacenes ricos junto a los secaderos de paños. En sus estanterías se apilaban sedas y especias durante la temporada de las caravanas. El guardia bizantino se perdió entre ellos con aire de despiste. Solo halló a algunos peones subiendo piezas de tela a carros que, cargados hasta los topes, se dirigían a los talleres del centro.

El fraile Demetrio, como recién salido del monasterio de Santa María Novella, se paseó por el Mercado Nuevo entre los bancos de los prestamistas. Las monedas de las cajas se contaban con ábacos.

En las escribanías se firmaban las letras de cambio. Crucifijos y cálices brillaban engastados en oro, plata y piedras preciosas. Los cuadros terminados por los pintores de moda eran comentados por el público. Estos puestos de los vendedores de artículos de lujo estaban a salvo. Los cambistas se hacían acompañar de escoltas personales. Mi camarada griego no halló ni rastro de objetos asiáticos.

Mi querida Alma, que vestía la túnica blanca y dorada bajo la capa parda, me condujo por el laberinto del Mercado Viejo. Estaba asentado sobre el antiguo foro romano. Los tenderetes cubiertos con toldos de colores se ramificaban por las calles aledañas. Dimos un par de vueltas en torno a una columna que se había levantado recientemente. La coronaba una estatua de la Abundancia. Según me explicó, había sido labrada por el escultor Donatello, que era un protegido de los Médicis.

Las botteghe, pues así llamaban a los talleres de los artesanos, se arremolinaban como abejas en un panal de rica miel. En la plaza predominaban los puestos de alimentos: panaderías, carnicerías, fruterías y pescaderías. En las callejas de sus alrededores se sucedían los gremios: tejedores, sombrereros, zapateros, ropavejeros y traperos. Tampoco faltaban las casas de empeño, donde no hacían preguntas. Ni tascas donde los vendedores bebían un trago y comían a mediodía. Este espacio variopinto se prolongaba hacia los curtidos de la Santa Croce y hacia las mercerías del Ponte Vecchio. Alma y yo recorrimos sus rincones de cabo a rabo. No hallamos ni rastro de los arqueros ghazis.

Al atardecer, cambiados los disfraces por ropa corriente, nos juntamos en la taberna del Caracol. Tomamos precauciones para no desentonar. Apuramos unas jarras de vino. Bromeamos sobre los encantos de la camarera. Tarareamos las canciones que entonaban un coro de borrachines.

—¿Qué habéis encontrado? —pregunté a mis colegas.

—Nada que reseñar en el Mercado Nuevo —contestó Demetrio—. Todo está controlado por los banqueros.

—Tampoco en el barrio pobre. Bastante tienen con ganarse el pan

de cada día.

—Yo también vengo de vacío. Es como buscar una aguja en un pajar de tiendas.

—Mañana lo volvemos a intentar. Cambiaremos nuestros lugares de vigilancia. Así no nos reconocerán.

Me dirigí a las cubas donde el tabernero llenaba las jarras. Le pedí otra ronda. Abrió la espita de una de ellas y, mientras vertía el vino, se nos acercó un caballero de aspecto cuidado. Le pidió al patrón las llaves de la bodega. Debía ser un cliente conocido, porque se las dio sin rechistar. Después se me presentó como un amigo que quería hablarme de un asunto común, invitándome a bajar al sótano. «Sigue el hilo de la seda y te llevará hasta los gusanos —me dijo—. Fue buena idea ocultar la carta en el collar de tu guepardo. Nadie osaría buscar ahí cuando le pones la cadena. Les causa miedo el animal. Además, los mensajes están en griego. No los puede leer cualquiera que se los encuentre por casualidad.» Acabó de convencerme al mostrar una cruz bizantina de color púrpura: ¡era un agente del Imperio Secreto!

Encima no era un personaje cualquiera. Cuando cogimos confianza, se presentó como Matteo Conti y me reveló que trabajaba como contable para los Médicis. Le habían encargado llevar la administración de los préstamos al papa. Esto le permitía obtener confidencias vitales para nosotros en Florencia y en Roma. Nos había seguido los pasos a los bizantinos desde la llegada a la ciudad. Estaba al tanto de mis investigaciones sobre el atentado contra el basileus. Me dio la pista buena al revelarme que no toda la seda de los telares italianos era china. «La clave está en los intermediarios. Abre bien los oídos cuando te hablen de nuestros comerciantes —me aconsejó antes de volver al bullicio de la taberna—. Nos seguiremos viendo.»

En la vigilia del palacio Peruzzi, después de una cena copiosa, los huéspedes nos arrebujamos junto a nuestro anfitrión al amor de la lumbre. Entre charla y charla dejé caer el tema de los mercaderes orientales que venían a Florencia. El impulsivo Vincenzo Neroni, achispado por el vino, habló hasta por los codos de sus paisanos. Nosotros le preguntamos por los comerciantes de esclavos, sedas y

especias.

Messer les reprochó, más que el afán de usura, sus vicios personales. Los contrapuso a la sangre azul que corría por sus venas, aunque su figura grotesca —de vientre abultado, piernas cortas y rostro sanguíneo por el trago— distaba mucho del modelo ejemplar de la nobleza. Desconocía aún que su nieta casaría con un Médici para evitar la ruina de la familia.

De paso, sin pensarlo, fue señalando mentalmente sobre el plano de la ciudad los comercios donde negociaban esos codiciosos burgueses.

A Salvuccio Carrino, cuya joyería estaba en la vía Calímaca, le calumnió de sodomita. «Tiene relaciones con efebos en la trastienda —dijo—. Lo sabe hasta su mujer.»

A Massimo Mateotti, dueño de un taller de lana fina en el barrio de San Lorenzo, le echó en cara que dilapidaba sus ingresos jugando en garitos. «Lo que gana por el día lo pierde por la noche.»

A Rosanna Cavani, casada con el cornudo Gian Girolamo, el boticario de drogas exóticas, la describió como «una fulana que entregaba sus encantos al primero que pasaba. ¡Y gratis!».

Al fabricante textil Biagio Moretti, que tenía una manufactura en la zona exclusiva de vía Vacchereccia, le acusó de acaparar a los mejores bordadores sin importarle su procedencia. «Los tiene de todos los colores.»

—Su casa parece una torre de Babel. No sé por qué los Médicis le brindan su amistad —continuó la crítica.

—Messer, ¿ha dicho bordadores y no bordadoras? —le pregunté.

—Sí. En Florencia es oficio de hombres. Y muy bien pagado, por cierto. Sus oficiales hacen los mejores brocados de Italia. Tejen sus tramas con hilos de oro y plata.

—Entonces trabajarán con las mejores sedas.

—Se las traen de Venecia.

—¿De Venecia? —dije sorprendido y recordé la pista que el agente del Imperio Secreto me había dado en la taberna del Caracol.

—Es la puerta del lujo oriental. Las caravanas árabes llegan desde la China a Tierra Santa. Allí las galeras venecianas cargan especias, lapislázuli y seda. Luego hacen escala en Constantinopla y Morea, donde compran más madejas. Cuando están bien llenas, las traen a Italia.

—Serán dignas de verse. Aunque no es muy cristiano tener aprendices de otras razas —piqué al maledicente.

—Eso pienso yo. Que con artesanos tan buenos como los de aquí no hay por qué traerlos de fuera.

«El sabueso acaba de olfatear la madriguera —pensé sonriendo—. Hemos buscado la seda en el lugar equivocado. Ahora iremos a tiro hecho.»

Al día siguiente, Alma nos guio a los tres pajes hasta la calle Vacchereccia, a un palmo de la populosa plaza de la Signoria. Montamos guardia delante de la Botteghа del Brocato. Como muchos talleres, tenía las puertas abiertas para que los clientes entraran a ojear la mercancía en los mostradores. De ahí que viésemos trabajar a los artesanos desde la calle. Al principio, todo parecía normal. Unos oficiales tejían en telares con hilos de colores. Otros bordaban inclinados sobre sus obradores. Los aprendices descargaban piezas de tela de un carro que acababa de llegar de los tintes de Oltrarno. El maestro Moretti daba instrucciones a todos sus subalternos.

Nos armamos de paciencia. Al anochecer, cuando iban a echar el cierre, salieron tres hombres con aire marcial. Enseguida reconocí a uno de ellos. Era el arquero al que perseguí por los tejados. Los otros dos serían los que me atacaron en el callejón. Y aquí vino lo más sorprendente: ¡hablaban en italiano! Acabábamos de dar en el centro de la diana. Les seguimos hasta una taberna a orillas del río. Repetimos la vigilancia hasta que nos aprendimos sus hábitos cotidianos. No dejé de repetirme unas palabras del bueno de Besarión: «La rutina es la carcelera del alma».

XLVIII

Desmontando a messer Cosme

El alba rojiza despertó tras los cipreses de la colina. El tañido de la campana anunció las diez en la torre de Arnolfo. El viento recio hizo girar el león de la veleta, que, armado de lanza con una flor de lis en la punta, fue rasgando la gasa del cielo plomizo.

A pesar del tiempo desapacible, una multitud de curiosos se agolpaba ya en la plaza de la Signoria. Esperaban la llegada del carro con barrotes donde iban encerrados los turcos que habían intentado asesinar al emperador. La noticia de su detención había corrido como un reguero de pólvora por los corrillos de Florencia. El pregonero la fue dando por los barrios. Los repiques machacones de la Vaca, la campana que solo llamaba a rebato para sucesos públicos, había hecho el resto. El gentío insultó a los acusados cuando entró el vehículo que los llevaba encadenados. Algunos exaltados les tiraron piedras. Otros pedían a gritos sus cabezas.

El séquito bizantino marchó a pie desde el palacio Peruzzi. Solo el basileus, el patriarca y el comandante llegaron montados en caballos enjaezados. Los vecinos, apostados en calles y ventanas, aún seguían mirándonos con extrañeza. Les llamaban la atención nuestras lujosas vestiduras, los raros peinados, los animales exóticos y los sirvientes mongoles, tártaros y armenios que nos acompañaban.

Al pasar por la trasera del ayuntamiento, un grupo de leones, alterados por el ruido, se revolvieron en su jaula. Los exhibían los gobernantes florentinos como un gesto de propaganda política. El león, imitando a los césares romanos, era el símbolo heráldico de la ciudad. Además, cada vez que nacían cachorros, los florentinos

creían que traerían cosas buenas. Y al contrario. Cuando moría un ejemplar, auguraban una desgracia. De momento, sus animales rugieron a nuestros guepardos, a los que guiábamos con brillantes cadenas de plata.

Llegamos a la plaza. Descabalgaron las autoridades. Avanzamos por un pasillo que nos habían abierto los guardias entre el público concentrado. No paraba de cuchichear a nuestro paso. En un lado, los carpinteros habían montado un cadalso, justo donde se estaban erigiendo las columnas de la loggia. Sentado en un peldaño de la escalera, como el artesano que se afana en su obra maestra, el verdugo repasaba los nudos de las sogas.

Las autoridades descabalgaron. Los pajes atamos a los corceles en las anillas de la fachada. En la puerta del palacio, los centinelas, ataviados con el casco y la capa roja, alzaron sus lanzas cruzadas para permitirnos el acceso. Messer Lorenzo de Médici, enviado por su hermano, nos recibió en el patio de las columnas.

El sitio estaba manga por hombro. Había piedras, herramientas y poleas colgando de las paredes. Un acaudalado Cosme se había propuesto embellecer los edificios más notables de Florencia. Para ello había encargado al arquitecto Michelozzo adecentar el Palazzo Vecchio, reformar el convento de San Marcos y hacerle una residencia señorial en la vía Larga. De forma que anduvimos entre andamios polvorientos, materiales de construcción y albañiles bulliciosos hasta entrar en el Salón de los Doscientos.

Una vez cerradas sus puertas, pudimos ver al tribunal. Estaba compuesto por el gonfaloniero de justicia, messer Cosme de Médici, el decano de los priores de la Signoria y un magistrado venido de otra ciudad, para ser más imparciales. El emperador de Bizancio, el patriarca griego y el papa latino ocuparon sitiales de honor para seguir el juicio. El resto de los priores o señores que gobernaban la ciudad, los juristas y los invitados ilustres permanecieron sentados a lo largo de la estancia. Los reos, arrastrando cadenas, entraron por una puerta lateral fuertemente vigilados. El presidente declaró abierto el juicio.

—¿Sabéis por qué habéis sido detenidos? —se dirigió el Médici a los acusados, quienes negaron con sus cabezas—. ¿No habláis nuestra

lengua? —Repitieron el gesto.

—Os acusamos de haber disparado contra el basileus de Bizancio —intervino el decano.

—Quizás el maestro Biagio Moretti pueda explicarnos el refugio de estos arqueros en su taller —añadió otro magistrado.

—Han abusado de mi hospitalidad —respondió el maestro textil—. Al acabar la jornada, los aprendices se quedan a dormir en el taller y, como los tengo de distintos países, estos hombres se habrán camuflado entre ellos.

A medida que avanzaba el interrogatorio, me di cuenta de que tanto jueces como testigos seguían un plan premeditado. Era como si se hubiesen aprendido de memoria las preguntas y las respuestas. Yo estaba al lado de Pedro de Médici, el hijo primogénito del jefe de la familia, que seguía la causa con gran interés. Su preceptor, Bruni de Arezzo, le había enseñado leyes. Le apasionaban los pleitos.

El joven apenas me sacaba cuatro años y, en cuanto empezamos a comentar los testimonios, me di cuenta de su sólida formación cultural. Coincidimos en muchos puntos. Fuimos cómplices en nuestras deducciones. Por eso me atreví a preguntarle si podía testificar en calidad de captor de los arqueros. Me respondió que lo hiciese cuando su padre el gonfaloniero dijese: «¿Alguna alegación antes de dejar el juicio visto para sentencia?».

—Está claro que messer Moretti no tiene culpa alguna. Estos indeseables se le habían colado en su taller —dijo el decano excusando a su amigo.

—Parece probado que los acusados son extranjeros. Se niegan a hablar para que no sepamos de dónde vienen ni quién les ha enviado —apostilló otro magistrado.

—¿Alguna alegación antes de dejar el juicio visto para sentencia? —dijo messer Cosme.

—Con el permiso de sus señorías. —Me hice entender mezclando latín y lengua franca—. Yo formé parte de los pajes que detuvimos

a los acusados. Les escuchamos hablar en una lengua occidental.

—¿No sabes en cuál?

—Nos pareció que era en italiano. En cualquier caso, puedo demostrar que no son guerreros fanáticos del islam. —El público elevó un murmullo de asombro.

—Si estás tan seguro, paje, adelante —dijo el presidente.

—¡Que les desnuden los guardias!

—¡Proceded! Y ahora ¿qué?

—Observad sus miembros viriles.

—No será una broma de sodomitas.

—¿Creen sus señorías que este juicio a los atacantes de mi basileus es para tomárselo a broma? —Algunos curiosos se fueron acercando a los acusados.

—Tiene razón el paje bizantino. ¡Los prisioneros no están circuncidados! ¡No pueden ser agentes otomanos! —dedujo el perspicaz Pedro de Médici desatando un gran revuelo.

—¡Torturadles! ¡Veréis como juran en turco! —estalló messer Cosme contrariado por la agudeza de su hijo y mi desparpajo.

—¡Pietá, signore! —rompió el silencio uno de los reos.

—¡Per caritá! —imploraron clemencia los otros dos.

—Tenemos que averiguar la verdad del caso —dijo el decano.

—Lo sabremos si se los entregamos al verdugo —insistió el magistrado.

—Está bien —aceptó el jefe Médici, que se sintió atrapado en su treta—. Devolvedles a la cárcel y sometedles a tormento. Después reanudaremos el juicio. ¡Se levanta la sesión!

Mis sospechas se confirmaron. Los arqueros, que eran mercenarios

italianos, habían dejado pistas para confundir a todo el mundo. Las flechas anatolias. Los puñales curvos. El colgante de los caravaneros. A la vista de estas pruebas deduciríamos que eran agentes del gran turco enviados para matar al basileus.

Pensé que había sido el astuto Cosme quien había tramado todo. De esa forma ganaría fama de protector ante sus invitados. Yo le acababa de desmontar su plan. Me reafirmé en esta idea en cuanto supe que los prisioneros se habían fugado. Mejor dicho, les habían dejado escapar sus carceleros. Alguien quería que no confesasen, y ese alguien solo podía ser el gonfaloniero de la Signoria. Florencia se había convertido en la ciudad más envidiada de la cristiandad latina.

SEXTA PARTE

LOS MESES DEL CONCILIO

«Bajo la autoridad de Florencia toda la Toscana es un paraíso de felicidad.»

Inscripción en el Palazzo del Podestà

XLIX

El Concilio de Florencia

El sosiego volvió a guiar la vida de Florencia. Dos meses después de nuestra llegada, se reanudó el concilio, trasladado desde Ferrara. Corría el año del Señor de 1439. Messer Cosme escogió la basílica de Santa María Novella como escenario para inaugurarlo. La fachada de mármol blanco y verde oscuro recibía a los visitantes admirados ante su belleza. Los arcos góticos de las naves nos llevaban en volandas hasta el crucifijo que flotaba sobre el altar. Los bizantinos nos maravillamos con el fresco La Trinidad, recientemente pintado por el maestro Masaccio, porque vimos por vez primera eso que llamaban la perspectiva.

Unos años atrás, su santidad Eugenio IV, exiliado de Roma, se había alojado en casa de los Ubriachi, al otro lado de la puerta de San Frediano. Pero, desde que consagró la ampliación de la iglesia dominica, pidió que le construyesen unos aposentos junto al claustro, los cuales le sirvieron de residencia papal cada vez que visitó la ciudad.

En cambio, las sesiones plenarias tuvieron lugar en la basílica de la Santa Croce. A la delegación bizantina, encabezada por el basileus y el patriarca, le era muy cómodo cruzar la plaza caminando desde su residencia en el palacio Peruzzi. De esa forma, el gonfaloniero de justicia, messer Cosme, quiso contentar a las dos órdenes religiosas predominantes en la ciudad.

Para entonces ya nos habían explicado a los griegos que la geografía eclesiástica de Florencia se dividía en dos zonas: la de los dominicos, al noroeste, con centro en la basílica de Santa María Novella, y la de los franciscanos, al sudeste, cuya base era la iglesia

de la Santa Croce. La rivalidad entre ellas se manifestaba en todos los ámbitos: la captación de fieles, el número de cofradías, el boato de las procesiones y la edificación de capillas. Esta rivalidad religiosa se traducía en beneficios materiales para cada una de las órdenes.

—Antes de nuestra llegada, ambas iglesias ya competían por atesorar las mejores obras artísticas —me explicó Besarión—. Las dos habían encargado una crucifixión a sendos pintores: los monjes blancos escogieron a Donatello, y los monjes negros a Brunelleschi.

—He visto las pinturas de esos maestros durante los turnos de guardia —le respondí.

—Lo interesante viene ahora, Jorge. Observa bien ambas piezas. Verás que el Cristo en madera de Donatello es muy humano.

—Jesús parece más un campesino que el Hijo de Dios.

—Miremos ahora el majestuoso crucifijo de Brunelleschi. Es el retrato de un ser divino. Sangra por sus heridas, pero sin mostrar sufrimiento.

—Serán estilos personales.

—Más que eso. Son dos formas distintas de ver a Dios. Y te aseguro que se van a enfrentar en las discusiones del concilio —vaticinó mi preceptor haciendo gala de su sabiduría.

El concilio recién reanudado tuvo los mismos desencuentros entre latinos y griegos que en Ferrara. Unos querían cobrar indulgencias a los creyentes para salir del purgatorio. Los otros se negaban a comerciar con el culto sagrado. Los occidentales defendían el pan ácimo sin levadura en la eucaristía. Decían que era un recuerdo de la pureza judía. Los orientales usábamos el pan natural en las hostias consagradas. Al parecer, solo estaban de acuerdo en que la «Iglesia de los pobres» debía seguir siendo rica.

Ahora bien, donde los doctores se daban cabezazos como carneros con hábito era en la cuestión del filioque: el espinoso asunto de la procedencia del Hijo de Dios:

—El Espíritu Santo viene del Padre y del Hijo —afirmaba el delegado papal Ambrosio Traversario.

—¡No, no y no! El Espíritu Santo solo procede del Padre —respondía encendido el arzobispo Marcos de Éfeso.

Tras la riña, el arzobispo Besarión y el cardenal Cesarini, que parecían llevarse muy bien, se encargaban de convencer a cada bando para volver al concilio. El carácter de nuestro emperador se volvió sombrío. Sabía que el tiempo de la ayuda militar contra los turcos se le acababa.

En los debates pedimos ayuda al agente del Imperio Secreto que se había infiltrado en la casa Médici. El prudente Matteo Conti nos fue adelantando las posturas que iban a defender los doctores latinos en las sesiones. De esa forma, estábamos preparados para replicarles enseguida. Sin embargo, nos preocupaba su inmediata reacción a nuestros argumentos, como si también estuviesen al tanto de las ideas bizantinas. Si citábamos a santos griegos del cristianismo primitivo, ellos tenían preparados a otros romanos que nos contrarrestaban. Si les pillábamos en un renuncio, una cita errónea o un vacío documental, al día siguiente venían preparados para devolvernos la jugada. La más banal de las querellas se convirtió en una batalla verbal encarnizada.

Las discusiones teológicas parecieron eternizarse. De nada valieron los gestos simbólicos de los Médicis llamando a la unión de las Iglesias. En una ocasión encargaron al orfebre apodado el Pisanello acuñar una medalla con la efigie de Juan Paleólogo, evocando así las de los emperadores romanos. En otra, organizaron una cabalgata de los Magos de Oriente que desfiló durante las fiestas de San Juan. En el cortejo, el papa, el basileus y el señor Cosme hicieron el papel de Reyes a los ojos del pueblo. Al cabo, fue oficiada una misa mayor en la catedral, en la que se combinaron los ritos católico y ortodoxo para contentar a las dos delegaciones. Cobijadas bajo su cúpula protectora, se fundieron en un abrazo fraternal.

Todo hacía presagiar el fracaso. Cuando, sin pactarlo, hubo un movimiento de ajedrez por cada parte. El arzobispo Besarión convenció a los griegos de la necesidad de reunir a las Iglesias. «Es la única manera de convencer a los latinos para que lancen una

cruzada contra el islam», concluyó. En el bando contrario, el papa Eugenio prometió al emperador que, si aceptaba la reconciliación, le ayudaría a frenar la invasión turca. De repente estábamos a punto de alcanzar un acuerdo.

Lástima que el patriarca José no llegara a verlo. Falleció consumido por los años. Le enterramos en el nicho de una pared de Santa María Novella. Por encima, mandamos pintar un fresco con su retrato de larga barba cana. Por debajo, una leyenda en latín y otra en griego honraban su memoria.

—Habrá entrado en el gran mar —dijeron los florentinos para referirse a la muerte.

—Estará ya en el jardín de los justos —lamentamos los griegos.

Las delegaciones prosiguieron los contactos hasta redactar la bula de unión de las Iglesias cristianas. El 5 de julio de 1439 sellamos el compromiso mediante la firma del Decretum Unionis. Al día siguiente fue anunciado solemnemente en la catedral, durante una ceremonia en la que no cabía un alfiler. Hasta la cortina que separaba a hombres y mujeres fue retirada para que juntos disfrutasen del momento. El cardenal Cesarini en latín y el arzobispo Besarión en griego pronunciaron estas frases ecuménicas:

«Que se regocijen los cielos y se alegre la tierra, pues el muro que separaba a las Iglesias occidental y oriental ha caído. La paz y la concordia han regresado».

A continuación, los dos se abrazaron, mientras el emperador y los demás prelados se arrodillaron ante el papa. Las autoridades soberanas salieron en procesión por la puerta de Santa María. El pueblo que llenaba la plaza profirió alabanzas al Señor. «¡Una Iglesia, una cruz!», repetían los pastores a las ovejas descarriadas que habían vuelto al redil. Messer Cosme dio orden a los escultores para que inscribiesen esas palabras en uno de los pilares que soporta la cúpula. Los correos partieron para comunicar el acuerdo a toda la cristiandad.

L

El éxodo de los doctores

Para la delegación bizantina, dirigida por el basileus, el viaje al poniente latino había terminado. Los doctores del papa siguieron negociando flecos religiosos con otras Iglesias orientales. Los jacobitas, los nestorianos, los armenios, los siríacos, los coptos, los etíopes y toda una serie de cultos orientales fueron invitados a seguir el debate teológico. Pero quien más, quien menos fue abandonando Florencia. Para entonces, sus vecinos ya se habían acostumbrado a «los griegos barbudos».

Los ortodoxos que volvieron a casa no fueron bien recibidos. El emperador Juan Paleólogo intentó en vano convencer al clero. «¡Qué vergüenza! Han traicionado nuestra religión», clamaron unos obispos. Otros, que habían asistido al Concilio, renegaron de sus acuerdos. «¿Por qué habéis firmado?», les preguntaban sus colegas. «Por miedo a los francos. Nos tenían encarcelados», respondieron con mentiras.

El propio hermano del basileus, Demetrio, cambió de bando. Calculó que una revuelta podía deponer a Juan y elevarle al trono. De hecho, las protestas populares, incitadas por su astuta madre Helena Dragás, supusieron en la práctica rechazar el acuerdo. Para ello, la matriarca se valió de un portavoz, el arzobispo Marcos de Éfeso, que se había negado a firmar el documento. Su apasionada propaganda de la ortodoxia sublevó a las masas. Fue arrestado. No se retractó. Acabaron por recluirle en un monasterio. Sin embargo, el magistrado Jorge Escolario continuó su obra, aun a costa de arruinar su futura carrera de diplomático.

La lucha entre el partido latino, amigo de Roma, y el partido

bizantino, contrario al acuerdo con el papa, se saldó en favor de quienes maldijeron el concilio. La mayoría de los bizantinos rechazaron la autoridad papal. Los eclesiásticos se negaron a aceptar el credo romano. Además, el sultán Murad II se encolerizó, porque veía con desagrado cualquier acercamiento entre cristianos orientales y occidentales. Los grandes duques de Moscovia, sintiendo que habían ultrajado la ortodoxia, dejaron de ser aliados de Bizancio. La unión de las Iglesias quedó en papel mojado.

Tampoco obtuvo Juan la ayuda que le había prometido el papa de forma inmediata. Tuvo que esperar hasta que Eugenio predicase una pequeña cruzada contra los turcos sin contar con el apoyo de las grandes potencias. Aprovechando que el sultán tuvo que viajar a Asia Menor, estallaron algunas revueltas en los principados cristianos de los Balcanes. Albergaban la esperanza de marchar todos a una contra las posiciones infieles. Ladislao III de Hungría logró aliarse con los gobernantes de Serbia y Transilvania. Un renegado musulmán, Jorge Castrioto, sublevó a los campesinos de Albania contra los invasores otomanos. Y el hermano del emperador, Constantino, déspota de Morea, volvió a reforzar el muro Hexamilión. El astuto sultán Murad, mordiéndose la rabia, esperó el momento propicio para golpear a los cruzados eslavos. A pesar de estos alzamientos tan prometedores, Constantinopla estaba cada vez más cercada, cada vez más abandonada a su suerte.

El patriarca Isidoro de Kiev, al que ya habían intentado matar en Venecia, fue mandado detener por el gran duque de Moscú. Sobre los hombros de Basilio II pesaba el dudoso honor de haber desencadenado la mayor guerra civil en la historia del principado. Siempre desconfió de «ese griego de Tesalónica que le había enviado el patriarca de Constantinopla», como decía al referirse a Isidoro. Por eso aprovechó la coartada de la unión de Iglesias para acusarle de haber vulnerado la ley divina, de haberse pasado al bando enemigo de los católicos. Enseguida nombró patriarca de Rusia a Jonás, un obispo sumiso a su tiranía. La Iglesia rusa se independizó de la tutela bizantina. No obstante, dos años después de su encierro, Isidoro fue ayudado a escapar, junto a sus libros, por fieles seguidores. Viajó de incógnito hasta Italia. A su llegada fue nombrado cardenal por el papa Eugenio. Nunca volvió a Rusia.

Mi preceptor Besarión había redactado junto a Ambrosio Traversario el decreto de unión de las Iglesias. Zanjaban así el cisma del cristianismo. En agradecimiento, el papa Eugenio IV le invistió cardenal en Roma, donde le fueron asignados sucesivos obispados. Había sido el verdadero árbitro entre latinos y griegos. Por él se juntaron las Iglesias divorciadas durante siglos. Se merecía ese premio. También se merecía mejor suerte de la que le aguardó.

Tras la muerte del papa Nicolás V, a punto estuvo de ceñirse la mitra del vicario de Cristo. Le traicionaron los prelados que años atrás le habían alabado como defensor de la fe única. Tratando de alejarle de la Ciudad Eterna, el nuevo pontífice le concedió el arzobispado de Pamplona, situada entre unos reinos hispanos enzarzados en guerras civiles. El bueno de Basilio no picó el anzuelo. Mandó a su vicario general para administrar la diócesis y, en previsión de que le fueran requisados, donó más de 800 códices griegos a la biblioteca Marciana de Venecia. Allá donde había admirado el Libro de las maravillas de Marco Polo.

Luego, paciente, esperó su recompensa espiritual. Hasta que, en 1463, su santidad Pío II le nombró patriarca de la Iglesia católica en Constantinopla. Para entonces hacía una década que la capital bizantina se hallaba bajo el yugo otomano. Aún tuvo fuerzas para realizar gestiones diplomáticas que cuajasen en una nueva cruzada. En los estados alemanes le escucharon porque la avanzadilla turca había llegado a Centroeuropa. Pero en Francia sufrió una afrenta despiadada. Su insolente monarca Luis XI, después de hacerle esperar un mes para recibirle, le tiró de las barbas y le llamó «griego salvaje». Al poco, dicen que mi amado maestro murió de pena en Rávena. Demasiado tarde para todos.

Seguí todos sus pasos. Al fin y al cabo, yo era su lugarteniente en la red de agentes del Imperio Secreto. En realidad, nunca perdimos el hilo, porque nunca dejamos de enviarnos cartas. En ellas le pedía consejos de maestro. Me respondía dándomelos, pero me recordaba que estaba más que formado para tomar mis propias decisiones. Incluso llegamos a vernos en Roma durante un viaje que hice a la Santa Sede para llevar mármol de Carrara en nombre de los Médicis. Ese encuentro fue muy revelador. Continuamos nuestra amistad hasta el mismo instante en que abandoné Florencia.

Demasiado tarde para mí.

Por fin, a mi querido amigo Demetrio le notificaron que debía regresar con la expedición bizantina. Su padre, el general Orestes Mazapos, había pedido licencia para que formara parte del ejército de Mistrás. Entre sus filas montaría una unidad de halconeros. Nos despedimos emocionados. Habíamos estado juntos desde niños. Compartimos los buenos y los malos momentos. No sabíamos si algún día volveríamos a vernos.

Solo unos pocos griegos no regresamos a casa. Messer Cosme y sus amigos Leonardo Bruni y el cardenal Cesarini habían aprendido las enseñanzas del maestro Gemistos Pletón. Gracias a él, explicaban con soltura las diferencias entre Aristóteles y Platón. O hacían compatible el cristianismo con el pensamiento de los antiguos. De manera que el Médici le propuso a Pletón quedarse en Florencia. Enseñaría filosofía a un grupo de jóvenes que, en pocos años, estarían preparados para fundar una academia platónica. Pero al sabio bizantino le pesaban sus 80 años y volvió a Mistrás para morir en casa. No sin antes haber delegado en su discípulo Ireneo Filelfo, un monje ortodoxo, el encargo que le había hecho el gonfaloniero de la Signoria. Pronto, el religioso y este hicieron buenas migas.

—El amor eleva el alma hacia el paraíso —le decía Ireneo.

—En esto coincide Platón con el cristianismo —asentía el converso Cosme.

Por mi parte, antes de tomar una decisión, esperé órdenes del Imperio Secreto. Consulté a mi maestro Besarión. Él lo hizo con el consejo de sabios que se reunía en San Salvador de Cora. Valoraron mi situación en Florencia como privilegiada. El Greco Azzurro se había ganado un respeto. Debía mantener el contacto con el agente Matteo Conti y conseguir un enlace seguro para pasar la información a Bizancio. De ese modo, el Imperio Secreto sabría en todo momento qué pensaba el papa, cómo maniobraban las repúblicas italianas y cómo respondían los reinos latinos a la amenaza del gran turco. El enlace lo conseguí a través de los mercaderes florentinos que viajaban hasta Constantinopla. Llevarían sin saberlo mensajes en el cargamento que iban a vender en los mercados bizantinos. El hábil Stéfanos estaría al tanto para

recogerlos durante su ronda diaria por los tenderetes de los vendedores.

Me ofrecí, pues, a quedarme con el monje Filelfo mientras ponía en marcha su proyecto educativo. Solicité licencia al basileus y me fue concedida. Los bizantinos nos alojamos en una casa que, próxima al palacio Peruzzi, nos habían cedido las autoridades de la Signoria. Los florentinos empezaron a llamar a la zona el Borgo de los Griegos. En torno a su hogar celebrábamos reuniones con los primeros alumnos locales. Los habían reclutado los Médicis entre la flor y nata de la alta sociedad. Aunque la verdad era que el tiempo me apremiaba.

Tenía que encontrar una excusa para permanecer en la ciudad hasta que se decidiese la suerte de Constantinopla. Mantendría informado al Imperio Secreto. De paso, echaría el guante al canalla de Lucio Lupi. Se lo había prometido a mis padres. Me lo había jurado a mí mismo. Y un soldado espartano, hijo de la púrpura, se deja la vida en el empeño. Para entonces, mi geografía personal se dividía en dos conmociones: la afrenta de Mani y la venganza de Florencia.

LI

Malas nuevas

La unión de las Iglesias fue una buena nueva para la cristiandad. En cambio, pasados unos días, esa noticia se ensombreció para mí. Los miembros de la embajada griega recogimos las pertenencias en el palacio Peruzzi. El basileus Juan estaba muy animado por dar a conocer el acuerdo en la corte de Bizancio. Desconocía la amarga decepción que le aguardaba. Las despedidas entre doctores latinos y griegos, a pesar de las disputas pasadas, fueron muy afectuosas. Se dejaron llevar por la euforia del momento.

Antes de abandonar Florencia, previamente a mi traslado a la casa de los filósofos, llegó un mensajero enviado por mi tío Narsés desde Mistrás. El correo entregó su carta en secreto al arzobispo Besarión. El buen sabio, sin poder disimular su tristeza, me llevó a un cuarto reservado.

—Mi querido discípulo. Sabes que detrás de la traición a tu padre en la batalla de Mirto estaban los Lupi, que ellos habían sobornado a los cortacabezas para matarle.

—Sí. Hallamos las bolsas de oro que habían pagado a los meligs.

—Jorge. Ármate de valor. Tengo que darte otra mala noticia —me dijo compungido—. ¡Tu madre ha muerto!

—¡Dios mío! —exclamé encogido de dolor—. ¿Qué ha pasado?

—Después de la agresión en Villa Olimpia solo fue empeorando. No acababa de recuperar el ánimo. Vivía postrada en una celda del convento. Hasta dejó de pintar iconos.

—Pero ¿tan mal estaba?

—La melancolía consume a las personas.

—La habrán enterrado junto a mi padre.

—Así se ha hecho. En las tumbas soterrañas de tu familia. Los Urano y los Paleólogos ya están juntos en el jardín de los justos.

—¡Que el Señor los tenga en su gloria!

—Verás. Tengo que hacerte una confesión. Es un asunto muy delicado. Doña Artemisa me hizo prometer que no te la revelase hasta que ella falleciera.

—Presiento algo malo.

—Ahora eres un hombre hecho y derecho. Tienes fuerzas para encajarla. Aquel día nefasto en Villa Olimpia sucedió algo terrible.

—¿Algo que no sepa?

—¡Lucio Lupi violó a tu madre!

—¡¿Qué?!

—Hay algo más. Fruto de aquel atropello nació un niño: ¡Lucas es hijo de ese malnacido! Me han dicho que es tan violento como él.

—¿Por qué no lo confesó mi madre antes de enterrarse en vida?

—Por mantener el honor de la familia. No quería haceros daño a Irene y a ti.

—¡Le mataré! ¡Juro ante este icono de la Virgen de Pantanassa que le mataré!

—Jorge, escúchame: ¡que la ira no oculte tu dolor!

Las malas nuevas nunca vienen solas. En la carta que había enviado mi tío desde Mistrás se daba cuenta de reveses militares frente a las tropas otomanas. Una expedición de castigo, en la que participaron jenízaros y albaneses, había vuelto a romper la muralla de

Hexamilión. Los infieles habían abierto una brecha desde Corinto que teníamos que taponar para no desangrarnos.

Enseguida me puse a pensar cómo podía ajusticiar a aquel canalla. Tenía un margen de maniobra. La misión que me había encargado el Imperio Secreto conllevaba un tiempo de estancia en Florencia. El juicio de los falsos arqueros me había permitido hacer cierta amistad con Pedro de Médici. Nos acercó haber coincidido en nuestra deducción gracias a la lógica. Los dos habíamos estudiado a los filósofos antiguos. Aunque yo nunca le comenté mis sospechas acerca de su padre. En ningún momento le insinué que podía estar detrás de los sepultureros de Ferrara. Ni que planeara el atentado con flechas anatolias.

Unas veces, nos habíamos encontrado en Santa María Novella mientras hacía de correo bizantino en la residencia papal. Otras, nos habíamos visto entre el Duomo y la plaza de la Signoria, donde paseábamos mezclados entre las gentes. Los florentinos me empezaron a llamar el Greco Azzurro por el color de mi ropaje. Los dos éramos jóvenes con hambre de aprender. Los dos queríamos comernos el mundo. Todavía creíamos en la verdad.

LII

La amistad con Pedro de Médici

La mansión de los Médicis se convirtió en la segunda residencia del basileus. Como ya le sucediese en Ferrara, llegó un momento en que Juan Paleólogo se cansó de los debates teológicos y dejó de asistir a las sesiones del concilio. Messer Cosme procuraba mantenerle entretenido con pasatiempos. Madonna Contessina se desvivía en irle presentando a lo más granado de la alta sociedad de Florencia. Le seducía la belleza de las damas. Una perla colgando en la frente. Unos rizos cayendo como ramas de sauces. Un armiño entre manos blancas de nieve. Estos detalles que realzaban su elegancia volvían loco a nuestro emperador.

Un día me tocó hacer guardia delante de las oficinas de la banca Médici. El patrón había preparado una tertulia para el basileus. Cuando el joven Pedro salía por la puerta se detuvo a saludarme. Aproveché su confianza para comentarle algunos asuntos. Que si había avances en el concilio. Que si desde Bizancio llegaban noticias de razias otomanas. Que si había leído tal o cual libro antiguo. El caso es que acabé preguntándole por el paradero de los malditos Lupi que habían mancillado a mi madre.

—¿Qué sabes de Lucio y Luchino Lupi? Los conocí en Mistrás. Eran embajadores de Florencia. Me gustaría saludarles.

—Cuando volvieron aquí, acrecentaron su mala fama —me respondió—. Si habían traicionado a su pariente Rinaldo, podían traicionar a cualquiera. Si eran violentos con sus familiares, podían ser violentos con cualquiera. La gota que colmó el vaso fue su traición a mi padre. Nos enteramos de que habían comerciado con armas a sus espaldas.

—¿Y qué fue de ellos?

—Mi padre les alejó de la ciudad con tacto diplomático. Nombró a Lucio director de la filial que nuestra banca tiene en el puerto de Rávena. Su hijo le acompañó.

—Parecían inseparables.

—Tú porque apenas has tratado con ellos. Pero te aseguro que son una pareja de desalmados. Venderían a su madre por un puñado de lentejas.

—A mí me gustaría conocer Rávena. En la Escuela para Pajes de Bizancio nos hablaban de la belleza de sus mosaicos.

—Yo solo he ido una vez a visitar nuestra oficina. Te garantizo que tus profesores tenían razón. La ciudad es una maravilla.

—¿Le podías pedir a tu padre que me enviase allí?

—¿Para qué?

—Tengo un plan que ofrecerle: ¡recuperar las reliquias de Dante! Lo agradecerían mucho los florentinos. —Recordé lo que me había contado el embajador Salvo.

—¡Los restos de Dante! Suena bien. Te concertaré una cita con messer Cosme.

A través de Pedro, con el que fui estrechando nuestra amistad, conseguí que me invitasen a uno de los famosos banquetes de los Médicis. Se celebró en el comedor de la casa heredada de sus padres. Haber acogido al emperador de Oriente y al papa de Roma le había dado un gran prestigio a la familia. De forma que estos banqueros enriquecidos, tan denostados antes por su práctica de la usura, eran ahora la envidia de muchos gobernantes de la cristiandad. Ningún miembro del alto clero ni del patriciado faltó a la cita. Messer Cosme había obtenido del concilio un enorme rédito político.

Madonna Contessina, de modales nobles y mente despierta, era la maestra de ceremonias. Lucía su cabellera recogida en una

redecilla, unas perlas en el cabello, un vestido de seda de Damasco y unos zapatos de cuero repujado. Vista desde fuera podía pensarse que era una reina rodeada de sus damas burguesas. «Parece una gallina clueca», la criticaban sus comadres envidiosas. Pero su marido Cosme pondría la mano en el fuego por defender sus dotes personales. Desprendía una simpatía personal que no estaba reñida con su belleza. Administraba la casa como cualquiera de las sucursales bancarias de su marido. Era todo un carácter consagrado al buen nombre de la familia Médici.

Por la tarde, mientras los invitados charlaban apaciblemente, el hombre fuerte de Florencia me hizo ir a su oficina.

—Así que la gente te llama el Greco Azzurro.

—Es por el color de mis ropajes.

—Te has ganado fama de joven resuelto. La captura de los arqueros y tu ingenio en el juicio no han pasado desapercibidos.

—La fama depende de los demás. Yo solo me limité a cumplir lo que me habían enseñado mis maestros.

—Ambos sabemos que tus sospechas parecían verosímiles. Pero no las haremos públicas por la cuenta que nos tiene.

—Cuente con mi silencio, messer.

—¿Y bien, paje? Me ha dicho mi hijo que tienes un plan para recuperar los restos del Dante. Mira que se lo hemos pedido veces a los gobernantes de Rávena. Pues nada. No ha habido manera: ni con dinero ni con amenazas.

—Lo haríamos discretamente. Viajaríamos dos hombres de armas vestidos de comerciantes. Parecería que vamos a tratar negocios en la filial de su banca. Estudiaríamos cómo se custodian los huesos del poeta. Los robaríamos y se los traeríamos a Florencia.

—Parece muy arriesgado.

—Merece la pena el riesgo.

—Seguro que Rávena nos denunciaría.

—Qué más le da. No tiene fuerza militar con la que hacerle frente.

—Y está alejada.

—Su cofradía podrá sacar en procesión las reliquias hasta depositarlas en la iglesia de la Santa Croce. Me han contado que el poeta era muy devoto de esa orden. Nunca le faltarán admiradores que las visiten.

—No está mal pensado.

—Déjeme intentarlo. En Rávena viven descendientes bizantinos. Contactaré con algún pariente lejano.

—De acuerdo. Te asignaré a uno de mis guardias de confianza.

—Gracias, messer. No se arrepentirá. Tan solo le quería pedir un pequeño favor.

—Tú dirás.

—Que alguien se ocupe de mi guepardo durante mi ausencia. Es como la extensión de mi brazo en la guerra.

—Lo cuidaremos en una de las jaulas de la leonera. Allí estará bien atendido.

Me había acostumbrado a los atardeceres de Florencia. En verano, cuando los días se alargan, los últimos rayos del sol van escalando por los tejados. Acarician las colinas con sus guantes de terciopelo. Derraman fulgor en las lomas cosidas por hileras de cipreses. Cubren con un velo encarnado las terrazas plantadas de viñas. Poco después, las estrellas se desprenden del cielo y, como si se desvistiese una dama, dejan caer sus delicadas prendas de luz. Lástima que en ese crepúsculo mis ojos contemplasen el velo como un sudario. Miraban ya a través de la mala nueva de mi orfandad.

LIII

La coartada de Rávena

Me presentaron al guardia que me acompañaría en la empresa. Se llamaba Ruggiero de Prato. Era algo mayor que yo. Curtido en combate con el condotiero Andrea de Tolentino, el hijo del héroe de la batalla de San Romano, había luchado en el sangriento cerco de Lucca.

Nos tenían preparados unos caballos resistentes para la marcha. En sus bolsas, atadas a las sillas de montar, nos dejaron letras de cambio falsas y cartas de recomendación para los clientes de Rávena. Debíamos aparentar ser unos empleados de la banca Médici. De ahí que también nos vistieran con un lucco de viaje, el manto pardusco que disimula el polvo del camino, y que nos cubrieran con el gorro rojo de los comerciantes.

Mi camarada me contó su vida con pelos y señales. Yo le oculté mis propósitos. Había nacido en la villa de Prato. Pero, desde niño, su familia se había trasladado a Florencia para trabajar en el gremio de la lana. Sus padres y hermanos eran oficiales en el taller del maestro Fabrizio Datini. Era uno de los artesanos textiles más respetados de la ciudad. Cuando cumplió 19 años, messer Cosme mandó al capitán Tolentino hacer una recluta para la guerra contra Lucca. Mi maestro me recomendó al militar porque había visto en mí dotes marciales.

—Es un buen patrón para vosotros —le dije.

—Desde luego. Mi boda con una prima de los Datini, donna Isabella, estrechó aún más nuestros lazos familiares —resumió su biografía.

—Al llegar a Rávena tenemos que aparentar que hacemos tratos —asesoré a Ruggiero.

—¿No basta con ir disfrazados de mercaderes?

—No. Tenemos que comportarnos como banqueros. Nos alojaremos en la mejor posada. Iremos al ayuntamiento para presentar nuestros respetos a las autoridades. Haremos alguna visita a clientes de los Médicis. En suma, nos dejaremos ver.

—¿Quién nos informará sobre la custodia de los restos de Dante?

—Lo averiguaremos a través de algún paisano. Estas cosas suelen ser un secreto a voces.

Dicho y hecho. Nada más llegar, preguntamos por la mejor posada a los guardias que cobran el peaje de acceso a la ciudad. Nos recomendaron hospedarnos en el albergue Degli Onesti. Estaba en la concurrida plaza del Popolo. A los ojos del posadero y sus criadas éramos comerciantes florentinos. Pronto nos ganamos la confianza de los parroquianos de su taberna. Resulta fácil siempre que se invita a unas rondas de vino gratis. Por ellos supimos que los huesos de Dante se hallaban en un sarcófago junto a la basílica de San Francisco.

Muy de mañana, nos presentamos en el palacio del Comune, donde fuimos recibidos por el señor de la ciudad, Francesco de Polenta. Le preguntamos por el mejor camino para llegar hasta el puerto. En uno de sus edificios tenían la sucursal nuestros señores Médicis. El director era el malnacido Lucio Lupi. Messer Polenta nos señaló en un mapa cómo atravesar el pinar de Classe por el sitio más seguro.

—Desde Rávena llegáis a la basílica de San Apolinar. Preguntáis a los curas por el camino de la Marina y seguís por él sin desviaros.

—Sí, porque nos han dicho que es una selva muy densa en la que es fácil perderse.

—También os advierto que los Lupi no son trigo limpio.

—¿Por qué lo decís?

—Porque cada vez que vienen a Rávena causan problemas.

—¿Buscan pelea?

—Los domingos se dan golpes de pecho en la iglesia de Santa María in Porto. Asisten a misa junto a sus esposas e hijos. Pero tras la misa mandan a estos de vuelta al puerto con un criado. Mientras, ellos se dedican a acosar a las jóvenes, retar a los hombres y desafiar mi poder.

—Nosotros no los conocemos.

—Son unos tipos peligrosos. No estaría de más que, a vuestro regreso, se lo dijeseis a messer Cosme de Médici.

Las veladas en la taberna dan mucho de sí. Preguntas por este y aquel. Un cliente contesta: «Si yo te contara». Le respondes: «¡Pues cuenta, cuenta!». Bebe una jarra de vino para refrescar el gaznate y, como si fuese su última confesión, ya no para de criticar a todo el vecindario. De modo que, aquella misma noche, supimos dónde estaba la urna que guardaba los restos de Dante, las correrías de los Lupi cuando venían a la ciudad y los adulterios más populares del momento. Un charlatán ebrio es más hablador que la biblioteca de Alejandría.

LIV

Ante la tumba de Dante

Nos levantamos con el canto del gallo. Un águila enseñaba a volar a su aguilucho en el cielo radiante. Se quedaba inmóvil en el aire. Dibujaba un círculo. Recogía las alas y se lanzaba en picado. El paisaje despejado de nubes anunciaba un día caluroso.

Teníamos que hacer visitas a las casas de los Capello, los Scarabigoli y los Martini. Estas familias, o bien tenían lazos de parentesco con bizantinos, o bien relaciones mercantiles con la banca Médici. Los hijos de este último linaje, Lucca y Francesca Martini, jóvenes deseosos de hacer nuevos amigos, se ofrecieron a enseñarnos las famosas iglesias de la ciudad.

—Rávena fue capital del Imperio romano bajo Octavio Augusto. Su puerto militar era estratégico —dijo Lucca mientras caminábamos hacia el templo de San Vitale.

—Y un enclave bizantino en tiempos de Justiniano —añadió Francesca, que me miraba con buenos ojos.

—Me interesa mucho conocer esta ciudad. Tengo raíces griegas. Me eduqué en Bizancio antes de trabajar para messer Cosme —les respondí.

—Entonces tienes que ir a ver a nuestra patrona: la Madonna Greca. La custodian los monjes de Santa María in Porto. La imagen vino desde Constantinopla y hace muchos milagros. —Enseguida pensé en las misas a las que iban los Lupi.

—Yo tengo curiosidad por los mosaicos. Traté con los artesanos que decoraron el baptisterio de San Juan, y elogiaron mucho los de

Rávena —completó la excusa Ruggiero.

En el ábside del templo dedicado al mártir Vitale contemplamos la corte terrenal de Bizancio. El emperador Justiniano, profundamente enamorado de su mujer Teodora, quiso que fuesen coronados juntos. Aparecía retratado como lugarteniente de Dios. Un nimbo dorado brillaba sobre su cabeza. Simbolizaba el reflejo de la luz divina. Nadie le podía hacer sombra. Estaba flanqueado por el arzobispo Maximiano y el general Belisario: la iglesia y el ejército. Los partidos verdes y azules. Los pilares del Imperio. La púrpura cubría al basileus con los hilos del sol, que son de oro.

La figura de Teodora le iba a la zaga. Lucía los atributos del poder: el manto púrpura, la triple diadema de piedras preciosas y los pendientes de perlas. La emperatriz, a la que los vecinos llamaban la Madonna de Oriente, encabezaba una procesión con un cáliz entre las manos. La seguían una compañía de damas, funcionarios, eunucos y doncellas. Esta basilissa de ojos almendrados me recordó a mi señora Artemisa. Ambas eran un «don de los dioses». Cada vez que pensaba en ella me apremiaba más matar a su violador. Solo su sangre lavaría la sangre de mi madre.

—Mis profesores decían que la belleza de las ceremonias reforzaba la autoridad imperial. —Recordé—. Y era cierto. Justiniano y Teodora, refulgiendo en teselas de vidrio y oro viejo, parecen los enviados de Dios a la tierra.

—A mí me gustan más los mosaicos con la corte celestial —opinó donna Francesca—. Ese cielo azul que flota en la cúpula del mausoleo de Gala Placidia. O ese cortejo de los Reyes Magos en San Apolinar el Nuevo, con sus capas negras, verdes y blancas y sus gorros rojos. En la escuela nos enseñaron que formaban el libro del universo.

—En ellos está toda la Biblia —añadió Lucca.

—Voy más allá de las escenas sagradas, hermano. Pienso que esas luces y esos colores de las teselas inspiraron a Dante cuando escribió el «Paraíso».

—Donna Francesca, ¿le gusta La divina comedia? —pregunté a la

joven.

—¡Me fascina! —respondió la muchacha, cuyas mejillas se encendían cada vez que me miraba—. Os puedo enseñar dónde está la tumba del poeta.

—¡Me encantaría! —acepté entusiasmado—. Yo también admiro sus versos.

—Esta es una pareja de sentimentales. Nosotros, Ruggiero, somos más prosaicos. Si quieres, mientras van a ver a su divino poeta, hacemos un recorrido por las tascas de la ciudad —añadió el joven Martini.

La enamoradiza donna Francesca —ojos azabache, cara ovalada, talle espigado— me llevó hasta el sepulcro de Dante. Estaba resguardado bajo el pórtico de la iglesia de San Francisco. Era un sarcófago adosado al muro del convento al que nunca le faltaban admiradores. El poeta había sido muy devoto de ella. En sus bancos se retiraba a meditar. En su altar se oficiaron sus funerales.

«Sus amigos —me contó la joven— trasladaron el cuerpo desde su casa en una camilla de la que colgaban faldones rojos. El cortejo fúnebre estuvo encabezado por su protector en Rávena, Guido Novello da Polenta. Le seguían cofrades con los estandartes de sus gremios y monjes franciscanos que llevaban una gran cruz de madera. El pueblo se santiguaba a su paso. Las madres acercaban a sus hijos para que besaran el hábito del poeta. Las plañideras lloraban desconsoladamente.»

No sería tan fácil robar sus restos. La plaza que estaba delante de la iglesia era muy transitada. Las beatas dejaban flores a los pies de sus cenizas. Enseguida descarté hacerme con sus huesos. Esa había sido una buena excusa para convencer a messer Cosme. Recurriría a unas falsas reliquias en lugar de ponernos en peligro. La verdad es que ante la tumba de Dante solo pensé en ajustarle las cuentas a Lucio Lupi.

El ocaso de agosto envuelve a Rávena en un fulgor dorado como el de sus mosaicos. Después de la visita a los templos de la mañana, había quedado con donna Francesca frente al sarcófago del poeta

para hacerle una ofrenda. Depositamos una corona de laurel. Recitamos algunos versos. Hablamos de nuestras ilusiones. Nos entendimos por la mirada. Luego, conforme caía el sol, me ofrecí gentilmente a acompañarla a casa de sus padres. No fuera que tuviese un mal encuentro. Aunque por el camino siempre se cruza la tentación: sea un beso furtivo bajo los soportales, sea un jardín desierto donde dar rienda suelta al deseo. La joven se entregó a mis abrazos de buen grado. Puso la misma pasión que habían contenido sus ojos ardientes durante todo el día.

LV

Justicia entre los pinos

Acomodados en Rávena, pasado nuestro instante de novedad, nos dividimos los papeles. Ruggiero pidió al prior de los franciscanos que le recibiese. Le ofreció un trato en nombre de Cosme de Médici. Le propuso que le diese una reliquia de Dante, una sola, a cambio de una generosa donación al convento. Eso me dejó a mí las manos libres para viajar hasta el puerto y ajusticiar al malnacido Lucio Lupi.

De manera que seguí el consejo que nos dio messer Francesco de Polenta. Cabalgué hasta la basílica de San Apolinar. Un sacerdote me indicó el camino de la Marina. Marché por él pensando que estaría más transitado. Las veredas que se abrían entre la maleza eran propicias para emboscadas. Apenas me crucé con unos arrieros que llevaban el pescado a la ciudad y un carretero con una carga de madera. El pinar de Classe era una cinta verde entre Rávena y los arenales de la playa. A la salida de esta selva fragosa divisé los barcos anclados en el muelle. Viajé con los ojos bien abiertos, no fuera que me asaltasen.

Al llegar al barrio de las afueras, me alojé en la posada del Canto de la Sirena, situada a una legua del caserío. Una silueta de mujer pez colgaba de la entrada. Oculté al posadero mi condición de enviado de los Médicis. Tampoco podían verme los Lupi, porque me reconocerían. Desde este campamento base, como en la campaña de las Montañas Malas, desplegaría mi estrategia contra ellos sin levantar sospechas.

Antes de partir hacia el puerto, había tenido la precaución de pedirle a Ruggiero que me escribiera una carta en italiano. En ella

citaba al malvado Lucio para acudir al palacio Comunal. La coartada era que el gobernador tenía que entregarle unas letras de cambio que le habían enviado los Médicis. Se la hice llegar con un mercader que había hecho noche en la posada. Se lo pedí como un favor entre colegas. De esa forma, su hijo Luchino se quedaría al frente de la sucursal durante un par de días. Entretanto, yo podría aprovechar el viaje en solitario del padre para darle caza como al lobo asesino que era.

El camino hacia Rávena empezaba en el albergue del Canto de la Sirena. Esperaría a que en una de las jornadas venideras el malnacido pasase por allí. Entonces le perseguiría hasta hacerle pagar su crimen.

Mientras Ruggiero pedía al prior una reliquia de Dante en el claustro de San Francisco, yo hacía guardia desde la ventana de mi cuarto. Vigilaba a cada viajero que llegaba desde las casas del muelle. Al segundo día de espera, en un amanecer despejado, vislumbré a un despreocupado Lucio Lupi llegando a la taberna. La mosca acababa de caer en mi tela de araña.

El tirano que dirigía la sucursal Médici se sentó al calor del hogar. Dio cuenta de un copioso desayuno. Quería reponer fuerzas antes de adentrarse en el bosque de Classe. Me fijé bien en el tipo para calcular su punto flaco. Vestía un lucco verde y oro. A mi juicio, demasiado lujoso para las manchas que produce el camino. De su cinturón de piel de nutria colgaba un puñal. No llevaba escolta ni un caballo de refresco. Tras el último bocado, entregó unas monedas a la mesonera, no sin acompañarlas de una serie de obscenidades. El patrón, conociendo el pelaje del individuo, hizo la vista gorda. Decidí seguirle a una distancia prudente hasta que encontrase el paraje idóneo. Caería sobre él con la misma fiereza de mi guepardo en combate.

Tras un corto trecho, sin que Lupi se diera cuenta de que le seguía, mi presa se adentró en la selva fragosa de los pinos. Yo trotaba detrás por el camino de herradura, sin acercarme, pero sin perderle de vista, gracias a las huellas de su caballo. Tan solo se nos cruzaron unos mercaderes a lomos de mulas que se dirigían al puerto para zarpar. Los abanicos de las ramas nos daban algo de frescura bajo la canícula del sol. Pero, cómo decirlo, se oía un

extraño silencio, se respiraba un preludio de tragedia. Tan solo una brisa intermitente agitaba las copas de los pinos. El recuerdo remoto de Villa Olimpia me inflamaba la sangre. El corazón me latía tan rápido que lo sentía como un tambor en el pecho.

Llegamos a un claro del bosque surcado por un arroyo pedregoso. De esos regatos que obligan a cruzarlos con sumo cuidado para que el caballo no se quiebre las patas. De pronto, al desmontar, sonó el chasquido de unas ramas secas. No le di tiempo a reaccionar. Porque en ese instante, picando espuelas, me lancé al galope sobre el malvado Lucio. Le derribé de un golpe en el rostro que le hizo dar con sus huesos en el lecho del cauce. Le arrebaté el puñal antes de que pudiera reaccionar. Nos partimos el pecho en la pelea. Durante un momento quedamos parados frente a frente.

—¿Me reconoces? —le dije.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? —respondió a medida que iba poniéndome cara.

—¡Soy el hijo de Artemisa Paleóloga! ¡La señora a la que ultrajaste en Mistrás!

—No sé de qué me hablas.

—¿Recuerdas tus sucios negocios para robar a mi familia? ¿Acaso has olvidado las armaduras y los tintes dorados?

—Soy un humilde comerciante.

—¡Un canalla desalmado! ¡Eso es lo que eres! Reza lo que sepas, porque de esta no sales vivo.

Sin embargo, antes de que me abalanzara sobre él, sacó un machete de caza que llevaba oculto en una bota. Forcejeamos un rato cruzándonos cuchilladas. Yo cargaba mis golpes de puñal hacia el brazo que tenía malparado desde que le hiriese mi madre. Él me lanzaba derrotes al cuello para rebanarlo. En el fragor de la pelea resbalé. Se dispuso a aplastarme la cabeza con una piedra. Me revolví hacia un lado, el golpe chocó con los guijarros y le hundí mi acero en el costado. Luego perdí la cuenta de las veces que le

apuñalé, dejando su lucco de terciopelo hecho jirones. Antes de que agonizase, con sus ojos abiertos de par en par, le castré para castigarle por la violación de mi madre.

Cuando cesó mi rabia, me miré en el espejo del río. Estaba manchado de sangre de arriba abajo. Eché una ojeada alrededor para ver si había algún testigo. Después arrastré su cuerpo hasta unos matorrales, camuflándole bajo los helechos para que tardaran más en encontrarlo. Le hurté la bolsa, la ropa y el cinturón de armiño para que pareciese obra de ladrones. Espanté a su caballo hacia la espesura del bosque. Me lavé como pude en una poza del arroyo. De seguido tomé sendas apartadas del camino de la Marina para regresar a Rávena. En cada trecho me fui desprendiendo de las prendas robadas.

Llegué a la basílica de San Apolinar. Hice tiempo rezando como si de un piadoso peregrino se tratase. Aunque no me arrepentí ni un ápice de mi venganza. Aguardé a que se hiciese de noche para entrar en Rávena. La ira no ocultaba mi dolor, como había supuesto mi maestro. Tampoco tenía nada que perdonarme. Estaba convencido de haber hecho justicia entre los pinos de Classe.

LVI

Falsas reliquias

Me encontré en el albergue Degli Onesti con mi camarada Ruggiero. Me contó cómo había tanteado al prior de los franciscanos, fray Mauro, para que le diese algún recuerdo de Dante, por pequeño que fuera. Le comenté que había resuelto un asunto pendiente en la sucursal que la banca Médici tenía en el puerto. Le convencí para regresar a casa con unas falsas reliquias del poeta.

—No podemos volver con las manos vacías —le dije—. Messer Cosme no nos lo perdonaría.

—¿Y qué propones? —me preguntó.

—Crear nuestras propias reliquias.

—Pero eso es un pecado, y si nos descubren nos castigarán.

—Peor castigo es caer en desgracia ante el señor de Florencia. ¿Acaso no sabes que la mayoría son falsas?

—Ni se me había pasado por la cabeza. Entonces, ¿no es auténtica la Vera Cruz que donó el emperador Carlomagno al baptisterio de San Juan?

—Amigo Ruggiero. Si uniésemos todos los pedazos de la cruz que hay en la cristiandad formaríamos un bosque mayor que el pinar de Classe.

Al día siguiente pedimos a Lucca y a Francesca que nos recomendasen algunas tiendas de los gremios. Les dijimos que queríamos llevar regalos a nuestras familias. En un taller de telas

compramos un paño carmesí al que llamaban «color de la mortaja del poeta». En otro, pagamos a un escribano para que nos redactase unos versos del «Paraíso» en un papel envejecido. En el de los carpinteros adquirimos un arca desgastada que guardaban en un rincón del almacén. Nuestros amigos, incluido Ruggiero, no entendían nada. Menos aún cuando pregunté por el vertedero de la ciudad.

—¿El vertedero? —preguntó donna Francesca.

—Confiad en mí. Lucio Lupi me dio unos papeles muy comprometidos en su oficina. Tengo que deshacerme de ellos.

—Pues quémalos —propuso Lucca.

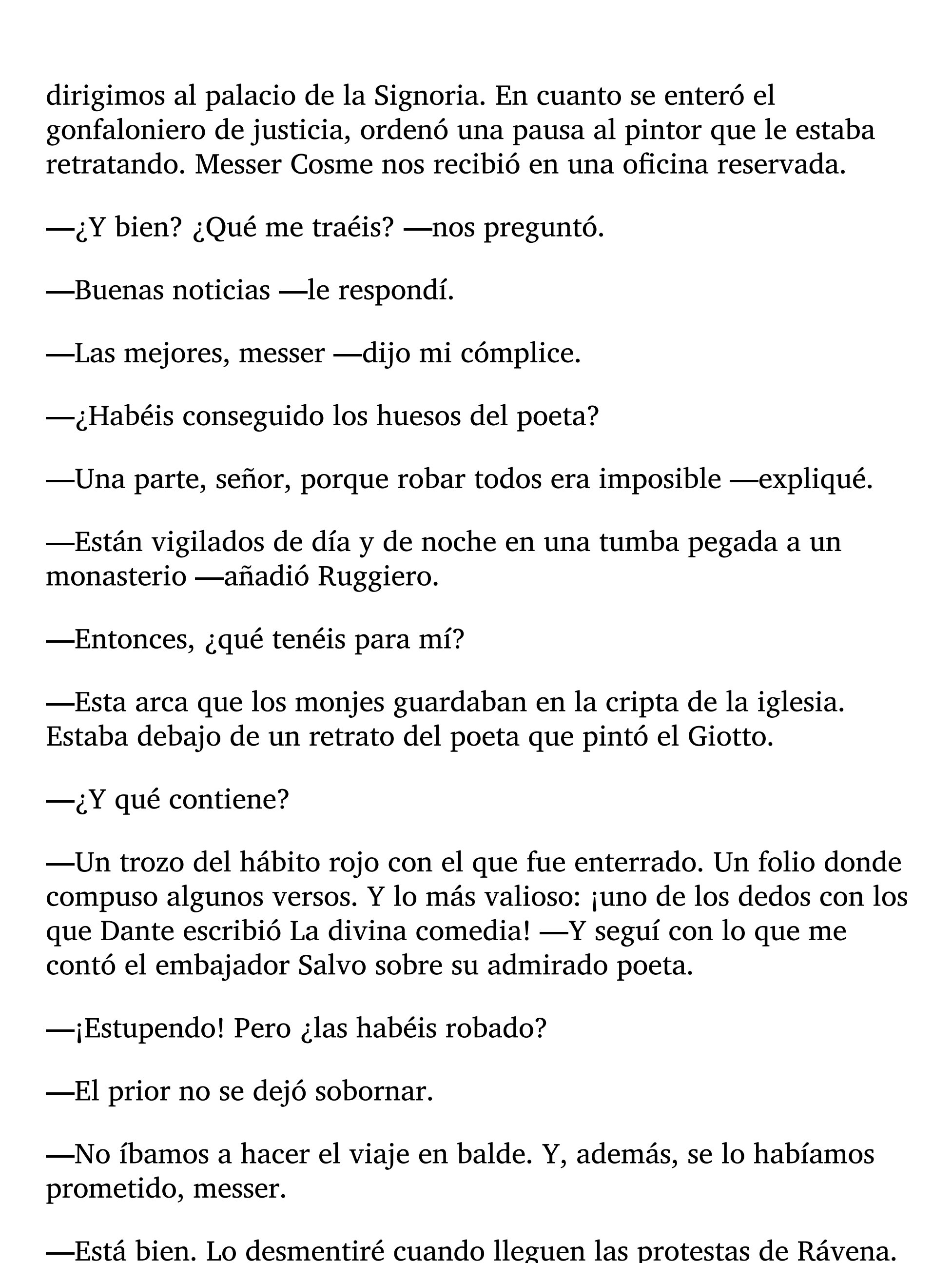
—Eso había pensado, pero en la ciudad pueden verme. Decidme dónde queda. Los quemaré allí. Después esparciré sus cenizas entre los desperdicios.

Aquel basurero fue para mí como una mina de oro sobre la que estaban posados los buitres. Guardaba la pieza maestra de mis falsas reliquias. Entre los desechos hallé lo que buscaba: huesos de un perro muerto. Después volví sobre mis pasos y, tras contarles una mentira piadosa a mis compañeros, les propuse celebrar en la bodega de la posada nuestra despedida.

Poco a poco, animados por la euforia del vino, nos fuimos acalorando. A tal punto que Ruggiero y Lucca empezaron a cantar canciones populares subidas de tono. Solo la enamoradiza Francesca permanecía mustia. Le prometí que volvería a verla cada vez que la banca Médici tuviera que hacer un trato en Rávena. Pareció conformarse de mala gana.

El viaje de vuelta a Florencia se nos hizo más corto. Ruggiero estaba deseoso de encontrarse con su mujer y sus hijos. Yo sentía curiosidad por ver cómo se tomaría messer Cosme el rescate de las reliquias de Dante. No me preocupaba la muerte del malnacido Lupi. Tardarían en encontrar su cuerpo en el pinar. De paso, a los Médicis les había quitado de encima un quebradero de cabeza.

De esta forma, nada más atravesar la puerta de la muralla, nos



dirigimos al palacio de la Signoria. En cuanto se enteró el gonfaloniero de justicia, ordenó una pausa al pintor que le estaba retratando. Messer Cosme nos recibió en una oficina reservada.

—¿Y bien? ¿Qué me traéis? —nos preguntó.

—Buenas noticias —le respondí.

—Las mejores, messer —dijo mi cómplice.

—¿Habéis conseguido los huesos del poeta?

—Una parte, señor, porque robar todos era imposible —expliqué.

—Están vigilados de día y de noche en una tumba pegada a un monasterio —añadió Ruggiero.

—Entonces, ¿qué tenéis para mí?

—Esta arca que los monjes guardaban en la cripta de la iglesia. Estaba debajo de un retrato del poeta que pintó el Giotto.

—¿Y qué contiene?

—Un trozo del hábito rojo con el que fue enterrado. Un folio donde compuso algunos versos. Y lo más valioso: ¡uno de los dedos con los que Dante escribió La divina comedia! —Y seguí con lo que me contó el embajador Salvo sobre su admirado poeta.

—¡Estupendo! Pero ¿las habéis robado?

—El prior no se dejó sobornar.

—No íbamos a hacer el viaje en balde. Y, además, se lo habíamos prometido, messer.

—Está bien. Lo desmentiré cuando lleguen las protestas de Rávena.

—Ahora puede ceder las reliquias a la iglesia de la Santa Croce.

—Las depositaré en la capilla de la familia Bardi. Messer Alejandro es mi suegro, y le agradará. En ella hay frescos del Giotto sobre la vida de san Francisco. Así que van a estar bien acompañadas.

—¿Los monjes no se las devolverán a sus hermanos de Rávena?

—En absoluto. Antes que franciscanos son florentinos. Ahora os podéis retirar. Estaréis cansados del viaje.

Un hábil Cosme enseguida sospechó que le habíamos dado gato por liebre. Mi historia le pareció demasiado pobre. De manera que mostró el arca a expertos artesanos. Un carpintero le dijo que la madera era de pino joven. Un tejedor advirtió que la tela carmesí no estaba muy ajada. Un escribano certificó que el papel era veneciano como el que se usaba entonces. Y lo más grave: su médico le aseguró que el hueso del dedo no era humano.

Tampoco llegó ninguna reclamación de Rávena. Luego si los monjes de San Francisco no habían echado en falta la urna con los restos del poeta, era porque seguía estando allí. «¡Vaya con el paje griego! ¡Qué astuto para ser tan joven!», exclamó el señor de Florencia.

Unas semanas después hallaron el cadáver de Lucio Lupi mordisqueado por las alimañas. El señor de la ciudad, messer Francesco de Polenta, escribió una carta al director de la banca Médici. En ella aseguraba que había sido víctima de los bandidos. El joven Luchino se había hecho cargo de la sucursal. Cosme, aliviado por la muerte de un director tan conflictivo, puso a prueba las dotes mercantiles de su hijo.

No obstante mi engaño, a sabiendas de la falsedad del arca, decidió seguir adelante con la pantomima. Pidió a su suegro permiso para depositarlo en la capilla de los Bardi. Ofreció a los franciscanos de la Santa Croce los supuestos restos de Dante. Tras el asunto de los sepultureros, los arqueros y las reliquias, se dio cuenta de mi agudeza. No era más que el pensamiento lógico que me habían enseñado en las academias bizantinas.

De forma que decidió aprovechar mi ingenio en su favor. Uno de sus criados se acercó a la casa donde residíamos Ireneo Filelfo y sus discípulos. Me citó al día siguiente en el Palazzo Vecchio. Tenía que hacerme un par de encargos que, según me advertía, no podría rechazar.

Había ejecutado al violador de mi madre. Ya solo me retenía en

Florencia el encargo que me habían hecho los consejeros del Imperio Secreto. La información que me pasaba el agente Matteo Conti fluía regularmente desde tierras latinas a Constantinopla. Nada debía interrumpirla. Por eso demoraba volver a ver a los míos. Evitaba encontrarme con un hijo del pecado como era mi hermano Lucas. En mi balanza pudo más la virtud del servicio a la patria que el vicio del regreso al hogar. Ahora quería saber qué me iba a ofrecer el rey de los banqueros.

SÉPTIMA PARTE

EL TIEMPO VUELA, LA PATRIA AGONIZA

Festina lente. (Apresúrate despacio.)

Máxima latina adoptada por la Academia Platónica de Florencia

LVII

De leones y libros

La República era una fachada política. Messer Cosme manejaba los hilos del poder de Florencia con la sutileza de un bordador de paños. Su fortuna procedía de la banca y el comercio: el préstamo y el cambio monetario. Lo practicaba mediante una extensa red de sucursales repartidas por toda Europa. Estas le proporcionaban un flujo incesante de dinero. En los negocios, no le hacía asco a nada. Lo mismo traficaba con especias y sedas de Oriente que con metales preciosos, obras de arte, niños de coro, manuscritos antiguos y esclavas levantinas. Estas eran preferentemente circasianas, como mi querida Alma, porque su belleza exótica era la más apreciada por los hombres.

«El gobierno solo tiene sentido para proteger nuestras propiedades y a nuestros amigos», solía repetir a sus hijos Pedro y Juan durante las veladas domésticas. Para mantener esa protección en el tiempo, sus armas predilectas fueron las bodas, las relaciones sociales y la familia. El dinero, su Dios burgués, se le presuponía.

Concertó matrimonios con los linajes más prestigiosos: ora de cunas nobles, ora de ricos burgueses. Todos venían bien para sumar apellidos ilustres al clan de los Médicis. Los prosaicos florines de un banquero enlazaron con los líricos títulos de sangre azul.

También formó un círculo de amigos leales a sus intereses. Estos clientes, según salían elegidos en los sorteos para los cargos políticos, votaban a favor de su patrón en las decisiones de la Signoria. Para colmo, su condición de banquero del papa le hizo jugar un papel de árbitro en el tablero de ajedrez de las ciudades italianas.

La piedra angular de su edificio político fue la familia. Messer Cosme se dedicaba en cuerpo y alma a la vida pública, a los negocios de la banca y a los asuntos de gobierno. Mientras que su esposa, donna Contessina, administraba la casa, la prole y la servidumbre. Los hijos de ambos, Pedro y Juan, encarnaban el futuro de esta dinastía burguesa. A tal punto que su padre hizo poner en el escudo de armas de los Médicis cinco esferas doradas y una azul. Eran las famosas palle o bolas con las que decoró todos los rincones de Florencia. A su pie se podía leer el lema: «La manzana dorada brota del tronco, y en cuanto se arranca una, otra ocupa su lugar». Advertía a sus enemigos de la inutilidad de asesinarle a él o a uno de los suyos. Siempre habría un Médici que tomaría el testigo del gobierno de Florencia.

Sin embargo, pudiendo alardear de tamaño poder, Cosme llevaba una existencia modesta. Alimentaba la imagen de un comerciante chapado a la antigua. De un hombre trabajador, hecho a sí mismo, pero austero como pocos de sus conciudadanos. De un buen burgués que tan solo se concedía el lujo de pasar algunos días de descanso en su villa Careggi y de retirarse a una celda del convento de San Marcos en busca de sosiego espiritual. «Dos varas de tela rosada bastan para distinguir al hombre de bien», solía decir frente a los burgueses engreídos.

El día de la cita, nada más levantarme, me dirigí al Palazzo Vecchio. Paré un momento en la calle de los Leones. En sus cuadras habían preparado unas jaulas para los guepardos que no regresaron a Constantinopla. Sentía admiración por los animales salvajes. Tenía curiosidad al verlos en una ciudad tan hermosa. Me gustó pensar que la barbarie habitaba en el corazón de la civilización. Miré a los ojos de mi gato salvaje. Su reflejo ardiente me llenó de coraje. Su aura luminosa confortó mi corazón. Después, dando un rodeo al ayuntamiento, me presenté a los centinelas que hacían guardia en su puerta.

Esta vez fue mi amigo Pedro quien bajó a recibirme al patio para conducirme ante la presencia de su padre. Atravesamos salones a medio decorar. Todo estaba manga por hombro. Los maestros pintaban frescos encaramados en andamios. Los tapices colgaban de paredes y ventanas abrigando las estancias. Entramos en su

despacho. El jefe de la Signoria acababa de posar para su retrato en la galería de magistrados. Dentro me esperaban dos personajes de aspecto bien distinto: uno parecía un monje copista, y el otro un laico de aire marcial. Messer Cosme pidió a su primogénito que cerrase la puerta de la oficina.

—¡Bienvenido, paje! Te presento a los ciudadanos Poggio Bracciolini y Ercoli Rucellai. Vas a trabajar con ellos mientras permanezcas en Florencia —me dijo el patriarca de la familia.

—Señores —saludé cortésmente.

—Tu maestro Besarión me dijo que te habías formado en las armas y las letras.

—Dijo bien. En Mistrás, mi padre, el general Nicéforo Urano, me preparó para el arte de la guerra. Y el sabio Gemistos Pletón, al que usted tanto admira, me enseñó la filosofía platónica.

—¿Cómo viniste en el séquito del basileus?

—En Constantinopla completé mi educación en la Escuela para Pajes. Aprendí la doma de gatos salvajes en el hipódromo. Y estudié a los escritores antiguos en la academia. —Por supuesto, callé mi ingreso en el Imperio Secreto.

—Aquí te ofrezco la oportunidad de demostrar tus aprendizajes.

—¿Qué tengo que hacer?

—Por las mañanas ayudarás a messer Rucellai a reformar la casa de fieras. En ella guardamos a nuestros leones, y ahora a vuestros guepardos. Los animales exóticos confieren prestigio al gobernante de una ciudad. Tú puedes enseñarnos a cazar con gatos salvajes.

—¿Y por las tardes?

—Asistirás a messer Bracciolini en el archivo del convento de San Marcos. Quiero trasladar allí parte de los manuscritos que están en mi casa. La mayoría han sido copiados en latín por los monjes de los escritorios.

—Quizás puedas aconsejarnos libros griegos para completar su colección.

—Pero ¿he de viajar a Bizancio para adquirir esas obras?

—No. De eso se ocupará tu director. Solo has de seguir sus instrucciones para formar la nueva biblioteca de los Médicis.

—¿Qué pasará con las clases en la escuela del maestro Ireneo?

—Para eso están los días de fiesta.

—De acuerdo, messer Cosme. Lo haré lo mejor que pueda.

—No esperaba menos de ti, paje.

La mala fama tiene las alas muy cortas. Enseguida supe por sus ayudantes que el bibliotecario con cara de fraile era un ladrón de libros de guante blanco. Lo mismo trabajaba para el papa que para los Médicis. Él solito había saqueado los ejemplares más valiosos de los monasterios de media Europa.

Me enteré de que las familias de los Strozzi y de los Médicis pugnaban por el control de Florencia. Se estaban disputando el poder de la Signoria. Se peleaban por ser mecenas de los artistas más famosos. Cada cual había creado su sede religiosa en la ciudad: la de messer Palla era el monasterio de Santa Trinitá, y la de messer Cosme el convento de San Marcos. Acababa de mandar reconstruirlo al arquitecto Michelozzo. Ambos dotaron a sus centros de obras de arte, joyas y libros hermosos que les diesen reputación ante los italianos.

El otro personaje de trazas militares no se quedaba atrás. Era el responsable de cuidar a los leones. Estos honraban a los antepasados romanos de la ciudad. Para ello recibía una asignación del gobierno de la Signoria, de la que sisaba una parte de los sueldos de sus ayudantes y otra de la comida de los animales. Pensé que debía ser cauto en mi colaboración con aquel tipo corrupto que me miraba como a un intruso. Haría la vista gorda hasta que ganase su confianza. Ya me lo advirtió mi maestro Besarión: «En Florencia, como en cualquier otro lugar, no es oro todo lo que reluce».

LVIII

El cortejo de los reyes Médicis

Llegó la navidad a Florencia y vi mi primera nevada azul. La mezcla del blanco de los copos con el verde de las colinas formaba un paisaje azul ultramarino. Como el color del manto de las Madonnas. Como el de las nubes de la gloria celestial. Como el de los frescos del convento de San Marcos. La luz envolvía la ciudad con una gasa de seda añil. La campiña era un encaje delicado. A través de sus huecos se colaban árboles, chimeneas y campanarios.

En esos días festivos, la ciudad se engalanaba para recibir al Año Nuevo. Parientes y amigos se deseaban mutuamente «¡Felices Pascuas!». Algunos grupos tomaban las calles paseando, riendo y cantando. Otros hacían corro en torno a músicos callejeros. Otros visitaban las iglesias para pedir gracias al santo patrón de su cofradía. Celebraban el nacimiento de Cristo y, por eso, los niños tenían mucho protagonismo. De ello se encargaban sus madres: bien ofreciendo exvotos a la Virgen tras una enfermedad curada, bien asistiendo en familia a la misa del gallo para adorar al Niño Jesús.

Menudeaban las procesiones. Una de las más populares era la del hospicio. El flamante Hospital de los Inocentes, diseñado por el gran Brunelleschi, acogía a los niños abandonados en su torno de madera. Albergaba la cofradía del «arte de la seda», el rico gremio que había pagado su construcción, cuyos miembros encabezaban la marcha. Les seguían unos sacerdotes con un estandarte en el que estaba pintada la Madonna de la Caridad. Bajo su capa abierta cobijaba a los bebés abandonados. Los huérfanos más mayores desfilaban con hábitos marrones. El resto lo hacía con ropas donadas por los fieles. Todos marchaban con las manos unidas para ir rezando.

La nieve cuajada despertaba el sentido artístico de los florentinos. Padres e hijos esculpían en las calles lo que llamaban «leones de nieve». Hacían así un homenaje a esos felinos que eran el símbolo de la República. Los barrios competían por modelar la figura más grande. Aunque casi siempre, costeada por los canónigos, ganaba la que se plantaba frente al campanile de la catedral.

Los escultores esperaban la nevada con ansiedad. Unos hacían desnudos de estatuas grecolatinas. Otros, ciudades de hielo con altas torres. Otros, puertos en cuyos muelles estaban atracadas unas galeras con chuzos por remos. Era una ocasión de oro para que los mecenas apreciasen sus méritos artísticos e hiciesen encargos a sus talleres.

En el convento de San Marcos me familiaricé pronto con los monjes dominicos. El padre archivero, fray Tomasso, asumió la dirección de la biblioteca en la práctica. Messer Bracciolini viajaba durante largas temporadas para perpetrar sus robos de libros. En su ausencia, el anciano fraile disfrutaba contemplando con sus «ojos de vidrio», como llamaba a las gafas, las letras capitulares, los animales fabulosos y las plantas exóticas que iluminaban los manuscritos. Le hacían sonreír las escenas picantes que aparecían entre las notas de los cantorales. Muchas veces, antes de colocar la obra en la estantería, me enseñaba algún truco de librero.

—Mira, Jorge, los pergaminos se guardan bajo llave. Contienen los privilegios dados por el emperador, el papa y el fundador del convento.

—¿En ese cajón de nogal?

—Sí. Es un arca de tres llaves: una la tiene el padre prior; otra, messer Cosme de Médici, y otra, yo. No sea que el diablo nos tiente a alguno.

—¿Por qué se colocan en horizontal los libros encuadernados?

—Porque si estuviesen de pie en las estanterías se abarquillarían. En esta sección están los valiosos volúmenes del sabio Niccolò Niccoli. Cuando falleció, ahora va para dos años, estaba endeudado con messer Cosme. Le dejó en pago su biblioteca particular.

—¡Padre, padre! ¡Venga a ver la pintura! —entró gritando un novicio a lo largo de las columnatas de la biblioteca.

—¡Ya voy! —le respondió el archivero—. Acompáñame, Jorge. Es la obra que ha hecho Fra Angélico para la Nochebuena.

Este fraile pintor se dedicaba exclusivamente a decorar las estancias del convento con alegres frescos. Cada hermano le decía cuál era su tema preferido, y el maestro Angélico lo pintaba. Las escenas más populares eran las Madonnas milagreras, las crucifixiones, los santos, pasajes de la Biblia y vistas de la campiña toscana. Porque nunca había estado en Tierra Santa para contemplar su paisaje. De esa forma, el convento parecía un panal de monjes de hábito negro en el que cada celda miraba hacia afuera por las ventanas de sus pinturas.

—Bienvenido, messer Cosme y compañía —se dirigió el prior fray Doménico a su mecenas, rodeado de frailes y acompañantes—. Nuestro hermano ha terminado su obra en vísperas de la Epifanía.

—Veamos el resultado —respondió—. Aunque, conociendo su maestría, seguro que no nos defrauda.

—Esta es La adoración de los Reyes Magos —dijo el artista mientras mostraba el fresco pintado en la celda reservada para messer Cosme.

—¡Qué bonita! —exclamaron los espectadores—. ¡Cómo deslumbran los colores de los vestidos!

—Es muy detallista. Puedo reconocer en ella a algunos de los asistentes al Concilio —observó el Médici—. Se nota que antes fuiste iluminador de misales.

—Messer, me ha guiado mi devoción. Además, me ha ayudado el joven aprendiz, Benozzo Gozzoli —contestó humilde.

—La misma devoción con la que mañana partirá desde aquí la cabalgata de Reyes —añadió Cosme—. El padre prior nos bendecirá delante de esta Adoración. Después recrearemos por las calles el viaje de los Magos de Oriente al portal de Belén.

El culto a los Reyes Magos estaba muy arraigado en Florencia. Eran patrones de los reyes, de los sabios, de los mercaderes y de los viajeros. En la iglesia de San Marcos se reunía una cofradía muy popular que, presidida por la familia Médici, organizaba fiestas a lo largo del calendario litúrgico. En ellas se celebraban partidos de calcio, torneos, justas y bailes en los que competían los jóvenes de los barrios. Era tradición asentada que desde ella saliese el cortejo de la Epifanía.

A la cabeza marchaba a pie un fraile dominico portando una gran cruz de madera. Le seguían unos hermanos esparciendo humo con incensarios. El jefe Cosme hacía de Melchor. Le flanqueábamos dos pajes. Uno florentino, vestido con los colores de la familia Médici —blanco, verde y rojo—, exhibía la bula Decretum Unionis que habían firmado las Iglesias del Concilio. El otro, que era yo, ataviado de azul de la cabeza a los pies, sostenía en una mano un ejemplar de los Diálogos de Platón y con la otra sujetaba la cadena de oro de mi guepardo. Detrás iba mi dilecto Pedro en el papel de Gaspar y su hermano Juan en el de Baltasar. Montaban en unos caballos blancos que hacían juego con la nieve orillada a los lados de la vía Larga.

Los gobernantes de la Signoria, seguidos de ciudadanos que se iban incorporando a la cola, cerraban la cabalgata. Rendían una especie de culto al soberano en la persona de Cosme de Médici. A su paso, los partidarios de los Médicis arengaban a los vecinos al grito de «¡Palle, palle, palle!». Aludían a las bolas o manzanas que figuraban en el escudo de la familia de banqueros. La comitiva acabó en el baptisterio de San Juan. Delante de sus puertas se representó la matanza de los inocentes ordenada por Herodes, y aunque se degolló a falsos niños que eran muñecos, más de una madre lloró desconsoladamente. Cosme y sus hijos ofrecieron oro, incienso y mirra a un Niño Jesús acunado junto a la pila bautismal. El obispo bendijo a los fieles. La procesión se deshizo al salir a la plaza.

Toda Florencia había visto que sus Reyes Magos eran los Médicis. Los creyentes decían que, a su paso, curaban a los enfermos con el aura que desprendían. Pero también el común de la ciudad supo que tenían un paje bizantino. Un paje al que ya llamaban el Greco Azzurro.

LVIX

La lección de los guepardos

El otro encargo que me había hecho messer Cosme fue la doma de animales salvajes. Los leones eran muy respetados por los florentinos por su nobleza. Les atribuían el poder de augurar el destino. Los representaban en los escudos heráldicos. Los forjaban en las veletas de los campanarios para que les protegiesen.

No obstante, a Cosme de Médici ya no le bastaba con lucirlos en un espectáculo de circo. Ni con que desfilasen en las fiestas patronales de San Juan. Le hablé del empleo de animales salvajes en Bizancio como regalos diplomáticos. Mirándose en el espejo de los emperadores romanos, imitando a los césares de Occidente y Oriente, se propuso coleccionar fieras. De manera que cursó cartas a las filiales de la banca que se repartían por el Mediterráneo para que le comprasen ejemplares exóticos. Esperaba de mí que los adiestrase en las jaulas de la leonera.

Esa confianza me granjeó la enemistad del guardián de la casa de fieras. El cobarde Ercoli Rucellai pagaba con los animales sus problemas domésticos. El suyo había sido un matrimonio desigual con donna Claudia, hija única de la ilustre familia de los Moretti, la cual se encaprichó un día de aquel joven fornido que dominaba a los leones. Pero la mujer era veleidosa. Pronto se desilusionó y sus continuos adulterios fueron sonados.

El domador, llevando fatal su fama de cornudo, se vengaba con las personas y las fieras. No perdía ocasión para sembrar cizaña sobre mí. Que si era un joven inexperto. Que si descuidaba a los leones. Que solo atendía a mi gato salvaje. Que si era un mal cristiano por mis amoríos con la esclava Alma. Un día que llegó encolerizado a

las jaulas, empezó a dar latigazos a las fieras, hasta que le sujeté el brazo cuando se disponía a golpear a mi guepardo.

—¡Cornuto! ¡No te atrevas a ponerle la mano encima! —le grité.

—¿Y qué vas a hacer para impedirlo?

—¡Matarte! —Y le apreté la garganta hasta casi asfixiarle.

—¡Maldito griego! ¡Me las pagarás! —amenazó según salía del establo.

Tras nuestra pelea, el vengativo domador fue a quejarse a Cosme de Médici, quien, usando el sentido común, tomó una decisión salomónica: Ercoli se encargaría de los leones, y yo del resto de las fieras. Messer nos reunió para notificarnos su decisión. Mi rival la asumió de mala gana. En cambio, yo se lo agradecí. Aproveché para pedirle que asignase a Ruggiero de Prato el cuidado de animales salvajes. Desde entonces nos hicimos inseparables. El guardia que me había acompañado a robar las reliquias de Dante se convirtió en mi camarada más leal en Florencia.

En los años siguientes llegaron todo tipo de especies a la casa de fieras. Los empleados de la banca Médici las fueron comprando en mercados mediterráneos: leones africanos en Libia, camellos en Alejandría y Palestina, faisanes en Sicilia, caballos en España, halcones en Malta, gacelas en Túnez, pájaros en Chipre y guepardos en Constantinopla. A estos últimos los adiestramos Ruggiero y yo en la caza y la guerra. Pronto pudimos exhibir en público nuestro trabajo de doma.

El jefe de la Signoria quería mostrarse como un príncipe a los ojos de sus conciudadanos. La ocasión se la brindó una visita del papa a Florencia. Aproveché que el contable de la banca Médici, Matteo Conti, fue llamado a los aposentos pontificios en Santa María Novella. Simulé que había ido a rezar a la tumba del patriarca José. Nos hicimos los encontradizos en una capilla solitaria. Me dio noticias de primera mano para que las enviase al consejo de sabios.

—El príncipe Leopoldo de Hungría le ha pedido a Eugenio que bendiga una cruzada contra los turcos —me dijo.

—¿Cuentan con la participación de Bizancio? —le pregunté ansioso por liberar a mi patria.

—De momento, no. Las murallas de Constantinopla están cercadas por tropas otomanas. Leopoldo está buscando aliados entre los pueblos de los Balcanes.

—¿Y cuándo entrarán en combate?

—El papa le ha respondido que cuenta con su beneplácito. Pero, antes de lanzar la ofensiva, van a fortificar la ciudadela de Smederevo, que está a orillas del Danubio. Será su campamento base desde donde avanzar siguiendo el curso del río.

—Enseguida escribiré una carta al Imperio Secreto. La semana que viene parte un mercader de sedas hacia Constantinopla.

—Ten mucha precaución con la tinta invisible que vas a usar. El cardenal Besarión me advirtió en Roma que el papa ha encargado a uno de sus secretarios más brillantes renovar el servicio de espionaje. Es un humanista genovés. Un tal León Battista Alberti.

—Me suena el nombre. Se lo he oído pronunciar a messer Cosme. Algo sobre hacerle el encargo de acabar la fachada de esta basílica.

—Es probable, porque sus obras abarcan la arquitectura, las matemáticas, la filosofía y la música. Sostiene que el artista que sabe de todo ha superado el estado del artesano.

—¿Y sabe también de tintas simpáticas?

—Más que eso. Tu maestro me dijo que estaba trabajando en un método de cifrado mediante discos.

—Usaré códigos en alfabeto griego. Confiemos en que no consiga traducir este mensaje tan crucial para Bizancio.

Las relaciones entre el papa y messer Cosme no habían dejado de estrecharse desde los tiempos del Concilio. Su santidad le confiaba las riquezas de la Iglesia católica. Y el mecenas Médici le prestaba los artistas más ilustres para embellecer sus estancias pontificias. Los grandes artistas florentinos, como Ghiberti, Donatello y Fra

Angélico, eran enviados a Roma nada más solicitarlos su santidad. Además, este disponía de toda un ala en la basílica de Santa María Novella, por lo que cada vez que residía en la ciudad gozaba de todas las comodidades. Tampoco era casualidad que hubiese elegido su dormitorio al lado de la farmacia más antigua de la cristiandad.

—Le he preparado una sorpresa —anunció Cosme al papa.

—¿Una sorpresa?

—Un circo con animales salvajes. Como los que organizaban los emperadores romanos.

—¿Te refieres a tus leones?

—No solo a ellos. Ya verá su santidad. Va a asistir a la lucha entre las criaturas más feroces del mundo.

El sol de primavera templaba la arena de la plaza de la Signoria. Las calles que desembocaban en ella se habían cerrado. El público estaba parapetado tras barreras de tablones ensamblados. Los espectadores se agolpaban en las gradas provisionales, se asomaban a las ventanas de los edificios, y hasta se habían subido a los tejados. Nadie quería perderse el espectáculo.

En la tribuna de honor presidía el papa Eugenio. A su derecha estaban messer Cosme de Médici, sus hijos Pedro y Juan y su hermano Lorenzo. A su izquierda, donna Contessina, su padre Alejandro Bardi y sus primas Annalissa y Annastella. Por debajo se habían sentado nobles como los Tornabuoni, cuya hija Lucrecia acababa de prometerse con Pedro. A los lados les flanqueaban los priores o magistrados de la Signoria y algunos embajadores de paso. La ciudad de Florencia estaba nerviosa como una novia antes de dar el «¡sí, quiero!».

La exhibición de animales empezó con nuestros guepardos. Siempre estaban en la plenitud de su vigor, porque los íbamos renovando conforme morían, comprándolos en los mercados bizantinos. A una señal mía, Ruggiero soltó unos conejos. Nuestros gatos, corriendo como relámpagos, los atraparon y les clavaron los colmillos en el cuello. Después le tocó el turno a uno de los cuidadores. Protegido

de pies a cabeza, dimos a olfatear a los animales sus ropas, por lo que le rodearon y hubo que refrenarlos para que no le despedazaran. El público nos aplaudió a rabiar. Los mayores del lugar aún se acordaban de aquellos griegos barbudos venidos de Oriente.

A continuación vino el plato fuerte ideado por messer Cosme. Un halcón de oro, movido por un hondero, sobrevoló por encima de los espectadores. Entonces, un cetrero lo capturó arrojándole una red con los colores de los Médicis. Más aplausos.

De seguido entró en la arena un caballo de Troya, en cuyo vientre se escondían guardias armados. Los domadores abrieron las jaulas. Salieron caballos, jabalíes, búfalos, vacas y cabras. Después hicieron lo propio con una veintena de leones que eran el orgullo de la ciudad. Se mascaba la tragedia. El ataque parecía inminente. Sin embargo, el cornuto Ercoli había cometido el fallo de atiborrarlos de comida durante toda la semana. De forma que los leones, satisfechos por acabar de devorar su ración de carne, apenas olisquearon a los animales nerviosos que vagaban por la arena. Más tarde se tumbaron en el suelo y, alguno, hasta se amodorró. De nada valió que los soldados salidos del caballo de Troya los azuzasen con sus lanzas para despabilarlos. Los animales, criados como perros falderos, hicieron gala de su vaguería para cazar.

—Vaya con los «emperadores de las fieras» —ironizó el papa.

—Estarán cansados de tantos ensayos —trató de disculparse messer Cosme.

—Al final de la jornada habremos derramado más vino que sangre.

La situación era muy embarazosa para nuestro patrón. Solo se escuchaba el murmullo del público. Entonces, como resortes, volvimos al coso Ruggiero y yo con nuestros guepardos. Sus ojos felinos reflejaban el brillo del fuego. Al grito de «aera», con el aire y el alma a la vez, les soltamos las cadenas y los azuzamos. Causaron una feroz carnicería entre los animales elegidos como presas. Más de un león tuvo que rugir ante los zarpazos de los gatos salvajes. El público sentía una mezcla de miedo y morbo ante tanto bicho moribundo.

Al final del combate circense no sé si se había derramado más sangre que vino. Lo cierto es que la lección de los guepardos conservó el prestigio de los Médicis. Nunca más faltaron en la casa de fieras. Todos pasaron por mis manos para amaestrarlos. Sin duda, messer Cosme, calmado tras el apuro, se sentía de nuevo como el príncipe de Florencia.

LX

La fiesta de San Juan Bautista

La campiña revivía con el nacimiento de la primavera. El deshielo hacía crecer los ríos. El sol calentaba los terrones humedecidos por la lluvia. Regresaban las cigüeñas de su migración. Los padres decían a sus hijos que ellas traían a sus hermanitos. Los florentinos creían que esa tibieza del aire era ideal para que las mujeres concibieran. La hierba recién brotada anunciaba un año de abundancia. Y con la llegada del buen tiempo lo hacían también las fiestas.

Celebrábamos renaceres. Las rosas germinaban en el «Paraíso» de Dante. Fra Angélico pintaba cada abril una resurrección de Cristo. La apoteosis vegetal culminaba en la Toscana plantando árboles. Los músicos cantaban maggi o coplas galantes bajo su sombra. Pasado el mes de las flores, todo se precipitaba hacia la estación de las cosechas, cuya fiesta mayor en Florencia era la de San Juan Bautista.

La ciudad se engalanó como lo hacía una emperatriz para su coronación. En la víspera, los gremios adornaron el exterior de sus tiendas. Los puestos mostraban oro y joyas rodeados de guirnaldas de flores. Las mesas de pietra dura, con sus incrustaciones de colores, se sacaron a la calle. Los toldos eran piezas de seda labrada. Los símbolos de los oficios relucían tras haber sido abrillantados. De las ventanas colgaban grandes tapices que daban a las casas un aire palaciego. Los dueños de algunas viviendas adornaron los patios con arreglos florales para que los vecinos los admirasen.

Las protagonistas de los festejos eran las mujeres. Liberadas de sus quehaceres en el hogar, se movían por las calles ataviadas con sus

mejores galas. A las ricas no les faltaba un collar precioso en el pecho ni unos vestidos de seda recamados en oro. A las más humildes, una flor en el pelo y la ropa de los domingos. Hasta las prostitutas más caras levantaban un rumor en la iglesia al formar sus faldas una campana de aire cuando se arrodillaban. Los hombres observábamos los vaivenes de esas ninfas risueñas sin disimular nuestro deseo.

Quedé con mi amigo Ruggiero y su familia en el taller del maestro Fabrizio Datini. Desde su puerta decorada con lirios de papel morado partimos en grupo hacia la plaza de la Signoria. Donna Isabel había vestido a su prole de punta en blanco. Allí se nos unió mi querida Alma, a la que sus dueños, los Neroni, dejaron libre por unas horas. El gentío había venido a curiosear desde los barrios más alejados. Las campanas de todas las iglesias sonaban con un tañer ensordecedor. Nos dedicamos a callejear sin rumbo hasta la hora de las procesiones.

Primero fue la de los clérigos, que salieron de las iglesias en dirección al baptisterio de San Juan. Cada hilera exhibía su reliquia más preciada. Los parroquianos la seguían entonando cánticos de alabanza dedicados al patrón de la ciudad. Los sacerdotes estaban ataviados con colores radiantes. Los vendedores de artículos religiosos aprovecharon para gritar sus mercancías.

Después le tocó desfilar a las autoridades civiles. El gonfaloniero messer Cosme, los priores de la República y los gobernantes de las ciudades de la Toscana marcharon desde el Palazzo Vecchio hasta el Duomo. A las puertas del baptisterio hicieron ofrendas de figuras de cera moldeadas por los mejores escultores. El arzobispo de Florencia les bendijo en la capilla. Las gentes estaban apostadas en los tejados y las ventanas. Desde arriba destacaban las cestas de los vendedores de naranjas, el brillo de los crucifijos y los objetos de pietra dura. La marea tumultuosa del vecindario desembocaba en los pretiles del río.

En la noche de San Juan se encendieron hogueras en los barrios. Los vecinos habían cortado leña muerta, sacado algún mueble viejo y recogido virutas y astillas de los talleres de carpintería. Les prendieron fuego. Los más atrevidos saltaban sobre sus llamas. Los demás veíamos un revuelo de pavesas al atizar las cenizas. Los

florentinos creían que así se purificaban: quemaban las cosas malas del año pasado, renacían de sus cenizas las bondades del porvenir. Nuestro grupo estaba disfrutando del espectáculo en el Borgo Greco cuando un muchacho me dio un recado al oído. Una dama que estaba enfrente quería verme. Me dirigí hasta ella. Me enseñó la cruz del Imperio Secreto.

—Soy la esposa de este mercader genovés —señaló al caballero que tenía al lado—. Hemos venido a Florencia a comprar lana hilada.

—¿Qué tiene que ver eso con Bizancio?

—Vendemos esa lana en nuestra tienda de Gálata —intervino el hombre.

—¿Y qué queréis de mí?

—Ponerte al día sobre la cruzada contra el turco —dijo ella.

—¿Ya está en marcha?

—El príncipe de Hungría ha reforzado la fortaleza de Smeredevo. Ha concentrado sus tropas en ella. Espera que se le sumen los pueblos cristianos vecinos.

—¿Los serbios?

—Y los moldavos, transilvanos y albanos. La cuestión es que necesita la bula del papa para entrar en acción. Aquí tienes la solicitud del príncipe para que la hagas llegar a Roma.

—Confía en mí. Tengo un enlace que se la entregará en mano a su santidad.

—Si nos da su bendición, tenemos cruzada. Solo ella puede salvar a Constantinopla.

Esa misma noche dejé un mensaje cifrado para el agente Conti al tabernero del Caracol. Nadie nos prestó atención. La clientela, despreocupada porque no tenía que madrugar, alborotaba a grito pelado. «Avisa a messer Matteo lo más pronto que puedas», le dije. «No te preocupes. Sé dónde encontrarle», me respondió. No me

agradó dejar un asunto capital en manos tan zafias. Pero no me quedó más remedio. El Imperio Secreto necesitaba una respuesta urgente de Roma.

A la mañana siguiente, los vecinos nos fuimos concentrando en la plaza de la Signoria. En ella se había escenificado un planetario en cartón piedra. Alrededor de una esfera que simbolizaba a Florencia, giraban varias torres doradas, las cuales representaban a las ciudades vasallas de la Toscana. Su decoración de animales, jinetes y bailarinas hacía las delicias de los espectadores.

En un lateral del Palazzo Vecchio se celebró una justa del sarraceno. Un caballero con armadura y lanza en ristre picó espuelas a su corcel para alancear a un muñeco de aspecto árabe. De seguido tuvo lugar una carrera de caballos entre la Porta de Prato y la Porta Santa Croce, en la que menudearon las riñas por culpa de las apuestas.

Poco después, los grupos de tamborileros y trompetistas fueron desfilando desde la Signoria hasta el Duomo, abriendo un pasillo entre el público arremolinado. Le siguió una fila de jinetes encabezada por Cosme de Médici portando pali, pendones con los colores de las casas nobiliarias, los gremios y los barrios. Estas insignias fueron depositadas en la puerta del Paraíso del baptisterio. A su alrededor se habían levantado tiendas de campaña azules con lirios amarillos. Músicos callejeros interpretaban madrigales. Un coro de monaguillos entonó canciones sacras para acompañar el traslado de las reliquias de san Juan desde su capilla a la catedral. El arzobispo ofició misa mayor en un templo abarrotado.

A la salida, devueltas las reliquias a su altar, los vecinos nos diseminamos por las calles para ir a comer. El grupo del artesano Datini lo hizo a las puertas de su taller. Habíamos montado unos bancos corridos en el callejón. Cada cual fue depositando los platos que había preparado: la esposa de messer Fabrizio aliñó ensaladas; otra hizo huevos revueltos; donna Isabella, carne asada; su prima llevó frutas, y su vecina, natillas con azúcar tostada. El pan y el vino Trebbiano fueron un regalo del maestro textil a sus oficiales y aprendices y a los familiares de todos ellos. Lamenté la ausencia de Alma. Tenía que servir el banquete en el palacio Peruzzi. Nos reencontramos más tarde para asistir al calcio florentino.

El torneo de calcio se disputó por la tarde en la plaza de la Santa Croce. La tribuna de autoridades, compuesta por messer Cosme y los magistrados de la República, estaba situada en la escalinata de la basílica. A los lados y al fondo se alineaban los graderíos populares. De los edificios que rodeaban la explanada colgaban pendones, banderas y tapices de colores. El suelo se había cubierto de arena para que los jugadores no nos estampáramos contra la piedra. Bastantes golpes nos propinábamos ya entre nosotros. La plaza fue despejada de público por una comparsa de heraldos vestidos de colores chillones. Los músicos tocaban tambores y fanfarrias. Los abanderados iban arrojando sus banderas al cielo azul de junio. El público jaleaba a sus equipos.

Todo estaba listo para que diese comienzo el juego. Competíamos cuatro equipos en representación de otros tantos barrios: los azzuri de la Santa Croce, los rossi de Santa María Novella, los bianchi del Santo Espíritu y los verdi de San Giovanni. Las escuadras estaban compuestas por una veintena larga de jugadores que teníamos que introducir una pelota en cada uno de los dos agujeros que había en los extremos del campo de juego. Los árbitros contarían los puntos que fuese sumando cada equipo. Salvo el uso de armas, todo estaba permitido: cabezazos, placajes, zancadillas, puñetazos y hasta luchas marciales. No era raro que más de un jugador resultara malherido. La final la disputamos los azzurri y los rossi. Yo era el capitán de la Santa Croce. El cornuto Ercoli Rucellai, el jefe de la casa de fieras, el de Santa María Novella. La batalla campal estaba servida.

Los jugadores éramos los tipos más fuertes de la ciudad. Los más aguerridos se situaban en primera fila para frenar el ataque rival. Los más rápidos, en retaguardia, para correr con la pelota hasta el agujero de marcar puntos. Los veteranos, como el domador y yo, nos movíamos por el medio dando órdenes al resto.

La partida comenzó con la violencia de un combate. Pronto brotó la sangre de las cejas a causa de los codazos. Los lesionados iban siendo retirados de la arena. En un momento dado, Ercoli y dos de sus camaradas me cerraron el paso. Ruggiero me avisó de que llevaban un estilete. Alguien había camuflado el arma entre sus ropas. Reaccioné a tiempo. Me zafé del cerco. Propiné un puñetazo

al cornudo. Al quedar el puñal a la vista de todos, se desató una pelea multitudinaria. La guardia de la Signoria tuvo que reducir a los contrincantes. El gonfaloniero suspendió el partido antes de que se convirtiera en un problema de orden público.

Los espectadores poco a poco enfilaron camino del río Arno. En sus orillas iban a tener lugar los fuegos artificiales. Una ternera recién sacrificada en el matadero colgaba del graderío presidencial. Era el premio que habría recibido el equipo ganador. Messer Cosme ordenó que la llevasen a las cocinas del palacio Médici. Su familia comió carne durante una semana a la mayor gloria del calcio florentino. Él era el auténtico vencedor.

LXI

El lugar ameno de Villa Careggi

Una de las virtudes del buen burgués consiste en ser previsor. Mucho antes de que messer Cosme acaparase el poder en Florencia, su padre, Giovanni di Bicci, tuvo buen cuidado en traspasar sus ganancias del banco a la tierra. Fue adquiriendo casas rurales que mandaba transformar en mansiones ajardinadas. De esa forma seguía explotando los cultivos agrícolas, en particular la vid, a la que era muy aficionado. Al tiempo, disponía de villas de recreo donde descansar de los asuntos públicos. La riqueza del dinero se casó, pues, con la hacienda de la tierra. Y, como toda promesa matrimonial, fue una alianza indisoluble para la familia Médici.

Al principio compraron edificios fortificados en la comarca de Mugello, como las estratégicas torres de Trebbio y Cafaggiolo, de donde era originaria la familia. Desde sus almenas, el patrón dominaba las fincas de viñas, olivos y trigo, los rebaños de ovejas y las granjas de cerdos. Más tarde, a medida que messer Cosme pulió su cultura política y su mecenazgo artístico, encargó a su fiel arquitecto Michelozzo edificios más urbanos. Tales fueron los casos de las villas de Fiesole y Careggi, dotadas de logias, galerías y jardines. Su aspecto se alejó ya de los viejos castillos para adoptar trazas palaciegas. En sus estancias se olvidaron las labores agrícolas para sumirse en el disfrute del placer y la fiesta.

Durante los meses del verano, en busca de la frescura de las colinas, la familia Médici se trasladaba a lomos de caballo hasta Villa Careggi. Apenas estaba a una hora de viaje. Liberado de sus obligaciones como gonfaloniero, o jefe de justicia de la República, messer Cosme gustaba de rodearse en ella de sus seres queridos: su bella esposa, sus hijos, Pedro y Juan, su hermano Lorenzo y sus

admiradores, con los que gustaba departir sobre lo humano y lo divino.

A su vez, madonna Contessina invitaba a sus primas y amigas, con las que formaba una corte de damas refinadas. Se sentía en la gloria compartiendo novedades con ellas. Desde las ventanas de la mansión, los hombres las podíamos ver paseando a la sombra de los emparrados, almorzando sobre los prados floridos y riendo con sus confidencias. Sus cabellos iban destrenzados. Sus vestidos eran de colores vivos. Azules, verdes y rojos sobre camisas blancas. Su algarabía las asemejaba a un coro de pajarillos.

Me recordaron a las jóvenes que se cuentan cuentos en un libro que había visto a escondidas en la biblioteca de San Marcos. Se titulaba Decamerón. Estaba entre los fondos del sabio arruinado Niccolò Niccoli. Había escapado a la censura mezclado entre los manuscritos del convento. El Decamerón, a su vez, me hizo rememorar las historias sobre mujeres bizantinas que nos contaba doña Dalmacia en la pensión de Constantinopla.

Esas mujeres libres despertaban nuestros apetitos. A mí me encandiló una joven pelirroja que, según averigüé, se llamaba Caterina Barone. Era hija de unos banqueros venidos a menos. Lo que es la vida. De pronto, un recio espartano, Hércules y Platón en uno, sintió que le seducía una pasión repentina.

La autoridad de la suegra madonna Contessina no eclipsaba a la nueva musa de Florencia: Lucrecia Tornabuoni. Acababa de casarse con su hijo Pedro. Había tenido una esmerada educación humanista y pasaba por una escritora reconocida. Sus poemas provocaban la comidilla de la alta sociedad: ¡una mujer que quería rivalizar con los más excelsos escritores! Era la modelo predilecta de los pintores más famosos. Filippo Lippi, Ghirlandaio y Botticelli fueron los artistas privilegiados para los que posó.

Tras la boda, reconociendo su carisma, el marido le encomendó ocuparse de la caridad cristiana. Los conventos, los huérfanos y las jóvenes sin dote le profesaban admiración por las limosnas que les daba. Ella misma repartía comida en los hospitales y supervisaba la educación de los pobres. Esa presencia beatífica se tradujo en ciudadanos devotos de los Médicis. Madonna Contessina empezaba

a ser el pasado de unos banqueros ambiciosos. Lucrecia Tornabuoni encarnaba el futuro de unos príncipes refinados.

Entre esos huéspedes de nuestro generoso anfitrión no faltábamos, de vez en cuando, los griegos que habíamos permanecido en la ciudad tras el Concilio. El maestro Ireneo Filelfo y sus discípulos, entre los que me contaba, protagonizábamos las tertulias más animadas de la villa. Había transcurrido un tiempo desde la unión de las Iglesias. Había sido incumplida tanto en Bizancio como en Roma. Sin embargo, el patrón de los Médicis persistía en su idea de crear una escuela de filósofos, una cantera de jóvenes platónicos en Florencia.

—Estas villas son ideales para fundar una academia —observó Ireneo.

—Parecen paraísos terrenales… —añadió messer Cosme.

—Decía un pensador latino que el campo es el lugar del otium, esto es, el lugar del ocio. Mientras que la ciudad es la negación del ocio, el nec otium, el negocio.

—Entonces, ¿cuál es el espacio de los filósofos?

—El término medio: el otium cum dignitate. Y ese ocio con dignidad solo lo hallamos en un lugar idílico como este.

La familia Médici se instalaba en sus mansiones campestres sin renunciar a los lujos urbanos. Desde el culto a la Virgen en el oratorio a las obras de arte, desde la servidumbre al mobiliario, estos ricos burgueses se sentían a sus anchas, como si estuviesen en un palacio florentino. Las mujeres y los niños tenían mayor libertad de movimientos; los adultos, menos obligaciones públicas. Solo soportaban la misma carga de trabajo los criados domésticos. Los campesinos de las aldeas vecinas los miraban como a seres superiores. Ángeles del cielo que aterrizaban en la tierra con la llegada del calor.

A messer Cosme le servía, además, para reforzar su imagen de ciudadano discreto. «La envidia es una planta que nunca se debe regar», le había aconsejado su padre. Y él, obediente, lo mismo

deparaba un trato afable a los grandes personajes que a los lugareños. De hecho, enseguida se cambiaba el lucco de seda por el traje de lana y salía a los pueblos de los alrededores. En las tabernas se encontraba con los labriegos. Intercambiaba consejos con ellos. Compartían las carnes adobadas de sus ganados y bebían el vino Trebbiano de sus bodegas. De vuelta a la villa, escuchaba versos de los poetas, filosofaba con los invitados. Decía a sus amigos que «hacía escapadas a las villas para descansar el alma». Pero yo pienso que lo que descansaba era el cuerpo y, tal vez, apaciguaba sus remordimientos.

El joven Pedro de Médici poseía un carácter muy distinto. Su padre tenía la capacidad de disfrutar por igual de un manuscrito iluminado que de podar sus propias viñas. Sin embargo, las diversiones del hijo eran más refinadas: ya se tratase de lecturas eruditas, ya de la caza con cetrería. A los ojos del pueblo, messer Cosme era un político astuto, mientras veían a su primogénito como un intelectual falto de coraje. Esto le hacía vulnerable para cuando llegase el momento de la sucesión.

En una de estas tertulias al amor del jardín coincidí con el agente del Imperio Secreto Matteo Conti. Había ido a la villa a repasar unas cuentas con el patriarca de los Médicis. Estuvimos un rato a solas en torno a una fuente. Aprovechamos que sus chorros amortiguaban nuestra conversación. Le pregunté si había novedades en la cruzada bendecida por el papa. Para Bizancio era vital liberar los feudos turcos que rodeaban nuestra capital.

—Las hay, y muy prometedoras —me dijo.

—Cuenta, por favor.

—El príncipe húngaro ha pactado ir a la guerra con los gobernadores de Serbia y Transilvania.

—En el hipódromo nos hablaron de la fiereza de sus guerreros. Tienen fama de empalar a los prisioneros infieles.

—Es una forma de que les teman —comentó Matteo—. Las tropas aliadas se han concentrado en la fortaleza de Smeredevo.

—¿Cuándo lanzarán la ofensiva?

—Están esperando más aliados. Algunos pueblos eslavos se están rebelando contra el rapto de sus hijos para hacerlos jenízaros.

—Avisaré al consejo de sabios de que la guerra está en marcha.

Mi dilecto amigo pidió permiso a su progenitor para modernizar Villa Careggi. Encargó jaulas para aves exóticas, estanques con peces de colores, estatuas diseminadas por los laberintos, autómatas persas y huertos con flores exóticas. Creó, en suma, un jardín del edén, del que solía presumir.

Más tarde, puso toda su ilusión en cultivar limoneros, bajo cuyos frutos de oro celebraría sus cultas tertulias. Encargó a sus jardineros que los sembrasen ya crecidos en grandes macetas. De forma que, durante la mayor parte del año, estaban al aire libre, mientras que con los rigores del otoño sus hortelanos los trasladaban al invernadero. Quería que sus invitados se sintiesen dentro de una alegoría de la edad dorada. A mí, en cambio, me provocaba la añoranza por los años felices en Villa Olimpia: previos a mi orfandad, previos a mi exilio.

De vez en cuando, en torno a una fuente cantarina, debatíamos sobre el significado de esos limoneros. El sol de julio hacía brillar sus frutos amarillos. Las amapolas silvestres que brotaban entre los cultivos salpicaban de pinceladas rojas el jardín. La sombra de las parras trepadoras nos refrescaba. Los haces de luz que se colaban entre las hojas destacaban las rugosidades doradas de los limones. Aquella jornada, por expreso deseo de madonna Contessina, se nos habían sumado las mujeres de la familia. Ahora sí que estábamos reunidos todos los protagonistas del Decamerón.

—Aquí es fácil imaginar el jardín de las Hespérides —observó el maestro Ireneo.

—Por eso nuestro escudo lleva cinco palle. Las bolas simbolizan las manzanas que cultivan sus ninfas. Son los dones de la naturaleza que recibieron nuestros antepasados —fabuló Lorenzo sobre su genealogía.

—¿Sabéis que igual que leemos libros podemos leer el paisaje? —dijo de pronto la hermosa Caterina.

—¿Leer con la vista? —preguntó madonna Contessina.

—Más que eso. Con los cinco sentidos.

—Yo me ofrezco a leer Florencia desde aquí —intervine para lucirme.

—¡Adelante, paje! —me invitó messer Cosme.

—Una ciudad es como un ser humano. Tiene cabeza, cuerpo y extremidades.

—Más bien es un cuerpo cívico —apostilló Ireneo.

—Contemplemos nuestra amada Florencia. Las arterias son las calles, las plazas y las casas. Las venas desaguan en el Arno. Los pulmones respiran en los jardines. Las almas rezan en las iglesias. El vientre se alimenta en los mercados. Y el corazón late en sus vecinos.

—¿Y dónde está su parte más noble? ¿Dónde está la cabeza? —preguntó Cosme.

—En su señoría, messer. En la generosidad de la familia Médici —adulé al patrón.

—Muy interesante, joven —aplaudió madonna Contessina.

—Ingenioso, diría yo —farfulló el maestro Ireneo algo envidioso.

A mis 23 años había aprendido a leer la ciudad como si de un libro abierto se tratase. A cartografiar su mapa mediante el arte de pasear. A mirar a sus gentes con los cinco sentidos. Me había enseñado mi madre, la señora Artemisa, percibiendo la campiña espartana bajo los hijos del sol. Ahora era un florentino más que me perdía por la ciudad para encontrarme.

LXII

Mi boda estéril

Durante esos años en Florencia nunca había dejado de tener relaciones con mi querida Alma. Aprovechábamos cualquier excusa para vernos: su compra diaria en el mercado, mis descansos entre la casa de fieras y la biblioteca, pero, sobre todo, los anocheceres. En unos me franqueaba la entrada de servicio del palacio Peruzzi. En otros, arriesgaba el tipo por yacer con ella donde pudiésemos. Sin ataduras ni promesas.

No contaba con encapricharme de la hermosa Caterina en Villa Careggi. Tampoco con el apremio de messer Cosme para que sentara la cabeza con una joven libre en edad de merecer. Solo casado —me dijeron— podría formar parte de la sociedad florentina. Se lo consulté a Alma. Comprendió mi obediencia al patrón. Nos prometimos no dejar de vernos.

Empecé a cortejar a la joven pelirroja. A las salidas de misa. En las procesiones religiosas. En los bailes populares. El padre de la muchacha, Massimo Barone, era un pequeño cambista dependiente de la banca Médici. Su esposa, donna Alessandra, le había dado dos chicas. Solo habían podido casar a la mayor, Rosanna, con el oficial del negocio que regentaba la familia. De ahí que ambos vieran en el enlace de su hija segundona la mejor salida antes de que acabara ingresando en un convento.

En cuanto a mí, sin casi familia que me esperase en Mistrás, me gustaba trabajar con los libros y los animales al servicio de messer Cosme. Me compensaba el exilio el espionaje para el Imperio Secreto. Me sentía útil tratando de salvar a Bizancio de las garras otomanas. El pago por licenciarme del ejército había sido escaso. En

cambio, el sueldo que recibía de los Médicis me había permitido ahorrar cierta suma de florines. Pensé que era el momento de sentar la cabeza. Formaría mi propia familia florentina. El Greco Azzurro decidió convertirse en un ciudadano de pleno derecho.

El compromiso tuvo lugar en el domicilio de los Barone. El padre de la novia sacó sus fondos del Banco de Dotes. Con ellos me ofreció la compra de una casa en el barrio de San Borgo. Mi contradote consistió en regalar el traje de mi prometida y el arcón para que guardase el ajuar. Los testigos de las partes fueron messer Cosme y su hijo Pedro. Los mejores padrinos que podíamos tener. Las cláusulas del contrato contemplaban la devolución de la esposa a su familia en dos casos: si no satisfacía al marido la dote tras la boda y si la mujer no tenía hijos. Donna Caterina y yo hicimos votos de casarnos. Nos intercambiamos los anillos. El notario certificó en acta que ya estábamos comprometidos.

El 23 de abril de 1445, festividad de San Jorge, se celebró la boda en la basílica de San Lorenzo. El padrino, messer Massimo Barone, acompañó a la novia al altar. Madonna Contessina, a la que había impresionado con mi oratoria en Villa Careggi, me hizo el honor de ser mi madrina. El arzobispo de Florencia Antonino Pierozzi y el monje Ireneo Filelfo oficiaron bajo el rito de unión acordado en el concilio. Fue un gesto de hermandad entre cristianos.

Tras el enlace, al que asistieron muchos curiosos, los esposos montamos sobre un caballo blanco. Era un símbolo de pureza. Marchamos en procesión hasta nuestro nuevo hogar en el barrio de San Borgo.

—¡Mirad el cinturón rojo que lleva la novia! —observó una vecina.

—Se lo habrá dado su madre. Es un amuleto de fertilidad —respondió otra.

—¿Y qué me decís de la vajilla de plata que cuelga de la silla de montar? —añadió un artesano.

—Es la garantía de que el padre pagará la dote —sentenció un cura resabiado.

El banquete nupcial estuvo a la altura de los bizantinos. El cocinero de los Médicis, el maestro Biagio Fallaci, había preparado almendras confitadas, ensaladas de verduras y escabeches, chivo al horno, ternera especiada, pastel de pescado, golosinas y frutas toscanas. El vino era blanco Trebbiano, cosechado en las propias cepas de las villas de la familia Médici, y tinto Chianti, en las de Cafaggiolo y Careggi.

Mientras nos relamíamos de la copiosa comida, amenizaron la sobremesa músicos, poetas y malabaristas. No faltó un borracho al que hubo que llamarle al orden. No faltó un moralista que condenase la cola del vestido de la novia. Tampoco las críticas ni los chismes. Los recién casados nos retiramos a nuestro dormitorio. Desde el lecho conyugal oímos un griterío ensordecedor hasta altas horas de la madrugada.

Iba temprano a la casa de fieras. Olía al pan recién cocido por los panaderos. Me cruzaba con albañiles trabajando en andamios de palacios. Los adolescentes se dirigían a la escuela. Llevaban los libros de aritmética, gramática y latín. Sus hermanas se habían quedado en el hogar bajo la tutela de la madre. Disfrutaba de las calles recién embaldosadas. Desde que se pusieron canalones para desaguar la lluvia estaban menos embarradas. También curioseaba por las callejas de los gremios: libreros, tejedores, sastres, jaboneros, carpinteros, bordadores… Los trabajadores de los barrios llegaban a sus puestos en el centro. Los mendigos pedían limosna a las puertas de las iglesias.

Mientras cumplía con mi jornada de trabajo, donna Caterina atendía nuestra casa. Después visitaba a sus familiares, yendo a comprar con su hermana. Tenían que protegerse de los piropos gruesos que les lanzaban verduleros y pescaderos, y, sobre todo, de los ladrones que acechaban las bolsas. A su paso sonreían ante la mirada ardiente de los jóvenes burgueses ataviados a la moda. De vuelta a casa, atizaba el fuego del hogar, preparaba la cena y abría la cama. Todo estaba a punto para mi regreso. Los días volaban apaciblemente.

Poco duró este estado feliz. Pasaron dos años de casados. No había forma de que mi mujer se quedase embarazada. Ni médicos ni curanderos atinaban con el remedio. Yo, que nunca había roto del

todo mis amoríos con Alma, empecé a desilusionarme con ella. A tal punto que cada vez llegaba más tarde a casa. Hablábamos menos. Discutíamos más.

—¿De dónde vienes? —me interrogaba mi esposa.

—De la biblioteca de San Marcos.

—¿De noche? ¡Tú has estado con esa puta del palacio Peruzzi!

—¡Ya estamos! A última hora ha llegado una remesa de libros y había que desembalarlos.

—¡Mientes! —Y rompía a llorar montando en cólera—. ¡Maldita tártara! ¡El día menos pensado le arranco los ojos!

Dejamos de mantener relaciones maritales. Perdimos la esperanza de tener descendencia. Nos faltábamos al respeto constantemente. Consulté la situación con mi amigo messer Pedro. Me puso al día sobre las tradiciones matrimoniales de Florencia. El repudio no estaba mal visto si se habían incumplido los términos del contrato. Por ahí atisbé la solución. Tiré del hilo de la esterilidad de donna Caterina. La devolví a la casa de sus padres con cierto escándalo en los mentideros de la ciudad. La familia de los Barone se sintió deshonrada. Mi mujer, marcada por su falta de fecundidad. Al final entró como novicia en uno de los numerosos conventos que jalonan la vía de San Gallo.

—Siento algo de pena —le confesé a Pedro.

—¿Por la clausura de tu esposa?

—Sí. A pesar de nuestras discusiones, a pesar de que la casa se había vuelto un infierno, no sé si la he enterrado en vida.

—Mira, Jorge. En Florencia hay más de dos mil monjas. La mayoría han profesado por no poseer dote. Así que todos tenemos hermanas, tías y sobrinas que se aburren de bordar lienzos para los parientes. ¿Crees que llevan la castidad a rajatabla?

—Supongo que habrá excepciones. Como en los cuentos del Decamerón.

—Muchas excepciones, diría yo. Y algunas se han hecho legendarias. La más sonada acaba de ser el secuestro de la monja Lucrezia Butti por el maestro Filippo Lippi. El pícaro la raptó aprovechando su salida del convento de Santa Catalina de Prato en una procesión.

—Estarán excomulgados.

—Ya no. Al principio, el papa Pío se enfadó. Pero mi padre le convenció para que la pareja renunciase a los votos. Estima mucho la obra de Lippi.

—¿No me digas que están casados?

—No solo eso, sino que tienen ya dos hijos. El maestro los retrata como angelotes en sus cuadros de Madonnas. Nunca mejor dicho que pinta temas «familiares».

—Espero entonces que donna Caterina no sea una monja inconsolable.

—Lo único que la amargará como mujer es no haber tenido hijos.

Mi boda había resultado baldía. Ahora tenía que rehacer mi vida. No me faltaba el trabajo ni en la casa de fieras ni en la biblioteca del convento de San Marcos. De momento, regresé a la casa donde habitábamos los filósofos griegos de Ireneo Filelfo. Este cada vez me envidiaba más. Nos estábamos quedando sin patria de vuelta a casa. El rumor de una nueva cruzada en Hungría nos elevó la moral. Sería nuestra tabla de salvación, el socorro in extremis, o, si no, Constantinopla tenía los días contados.

LXIII

La cruzada de Varna

Las ilusiones de una cristiandad unida se diluyeron como un azucarillo. El sultán Mehmed II se enfureció por los acuerdos del Concilio. Para vengarse de Bizancio, donde cundía la desesperación, mandó activar todos los frentes de batalla. Desde la caída de Tesalónica, el Imperio se había partido definitivamente, quedando reducido a dos manchas sobre el mapa: Constantinopla y Morea.

El estrecho de Galípoli, rebautizado como Çanakkale por los turcos, se convirtió en un puente de plata por donde los musulmanes cruzaban hacia los países latinos para repoblarlos. Las galeras de la armada otomana dominaban las aguas de levante. Solo le plantaban cara los caballeros de la Orden de San Juan desde su feudo en Rodas. Pero bastante tenían con defender la isla de los asedios como para acudir en socorro de nuestra capital. Las tropas de choque de los jenízaros rendían una tras otra las plazas de poniente. La bandera de la media luna que ahora ondeaba en Europa había llegado para quedarse.

Los agentes del Imperio Secreto éramos puntualmente informados de estas noticias bélicas. El contable de los Médicis, Matteo Conti, viajaba con regularidad a la Santa Sede para tratar con el papa asuntos de finanzas. Luego, con lo que había averiguado, escribía notas en latín con tinta simpática. Hacía dos copias. Una se la daba al cardenal Besarión en Roma. La otra me la entregaba a mí cuando regresaba a Florencia. Leía sus mensajes a la luz de las velas. Los memorizaba y, enseguida, destruía los papeles. Calculaba cuándo había pasado el peligro de que los descubrieran. Después los volvía a escribir en griego con tinta invisible y los camuflaba en el correo ordinario. Los enviaba al consejo de sabios a través de los

mercaderes florentinos que iban a comerciar a Constantinopla.

Quedé con messer Conti en la taberna del Caracol. Tenía algo urgente que revelarme. Vino acompañado de un sedero bizantino de paso para Roma. Me mostró la cruz del Imperio Secreto. Llevaba una mitra bordada como regalo para el papa. En realidad, era un agente que, de acuerdo con mi maestro Besarión, iba a suplicarle auxilio militar. El tabernero le dio a Matteo la llave de la bodega. Nos sentamos entre unas cubas que olían a vino rancio. Mi paisano nos contó los pormenores de la cruzada de Hungría.

«En el pasado año del Señor de 1440 —empezó su relato—, el papa Eugenio predicó por fin la cruzada. Esperó a que en Albania triunfase la rebelión del renegado Jorge Castrioto contra sus amos turcos. El déspota de Serbia, Jorge Brankovic, y el gobernador de Transilvania, Juan Hunyadi, aceptaron ponerse a las órdenes de Roma. El propio hermano del basileus, Constantino, reconstruyó la muralla del Hexamilión, obligando al gobernador de Atenas a que le pagase tributo de vasallaje. Hizo de Morea un bastión bizantino resistente al invasor. Todos estos movimientos en el teatro de operaciones despejaron el camino para iniciar la campaña.

»Las tropas aliadas se concentraron en la recién fortificada Smeredevo. A las unidades húngaras, serbias, polacas, bosnias y albanesas se sumó el cardenal Cesarini con refuerzos de mercenarios alemanes. El objetivo era alcanzar el puerto de Varna, nuestra cabeza de puente en el mar Negro, donde se embarcarían en galeras venecianas que estaban de camino. En ellas bajarían por la costa hasta romper el cerco de Constantinopla.»

En ese momento pensé que la cruzada había sido posible gracias a la amistad entre mi maestro Besarión y Cesarini. Fueron los que más hicieron por la alianza de las Iglesias. Formaron un frente común frente a la desidia de los reinos latinos. Echaron toda la carne en el asador de esta cruzada libertadora.

«Los ejércitos cruzados —continuó el agente— siguieron el curso del río Danubio. Recortados en el paisaje, se veían imponentes, aunque las fuerzas estaban algo desequilibradas frente a las unidades infieles: trescientos mercenarios de infantería, un centenar de carros de guerra y caballería pesada. Por eso fue primordial que

en su avance a través de Bulgaria se le sumasen otras tropas cristianas, como los nobles que bajaron desde Polonia, los señores búlgaros de Vidín y Nicópolis y los refugiados armenios.

»El sultán temió perder sus dominios europeos. Por eso solicitó a Leopoldo que le enviase emisarios a su corte de Adrianópolis, a los que propuso una tregua de diez años. Los cruzados, arengados por el cardenal Cesarini, la rechazaron. Al sultán no le quedó más remedio que pedirle ayuda a su padre, Murad, mejor estratega que él, para que se pusiese al frente de las huestes otomanas. Fue el único momento en que el Imperio turco sintió peligrar sus conquistas europeas.»

—Entonces, ¿han llegado a Varna? —pregunté ansioso.

—Llegaron a sus puertas. Sin embargo, entró en juego un factor inesperado: un traidor —me respondió el sedero—. La flaqueza humana le llevó a vendernos. La tiranía del dinero.

—Allá donde se venera el dinero y se desprecia a los hombres buenos, el tirano vivirá rodeado de mediocres que le harán sentir seguro —recordé las lecturas de Platón.

—Tan seguro que, después de la traición, el sultán contraatacó con un ejército de sesenta mil guerreros.

«Lo peor estaba por llegar. El capitán de uno de los barcos de la flota veneciana aceptó el soborno de los enemigos. En lugar de bloquear el estrecho de los Dardanelos, ayudó a los refuerzos turcos a cruzar hacia la orilla europea. El sultán dirigió el grueso de sus fuerzas al norte del Danubio. Los bizantinos de Varna, esperando unas galeras de socorro que nunca llegaron, vieron cómo les rodeaban las tropas infieles. Los cruzados quedaron emparedados entre el mar Negro y las empinadas laderas del bosque de Frangen. Cesarini sugirió resistir parapetando a sus hombres tras los carros. Los príncipes aliados optaron por hacer frente a los turcos en una batalla campal. "Escapar es imposible, rendirse es impensable. Luchemos con valor y honor", parece ser que dijo Juan Hunyadi.

»Los infantes cruzados se desplegaron a lo largo del frente. La infantería dibujó un arco. Los estandartes ocultaban las bombardas

y la caballería apostadas en la retaguardia. El sultán, observando esa formación desde un montículo, les tendió una emboscada. Los turcos atacaron por un flanco, desordenando nuestras filas. Al tratar de responder, los cristianos fuimos embolsados por la caballería ligera de Anatolia y los camellos de los árabes. La lucha se hizo incierta. Pero las tropas cruzadas, llevadas por la euforia, cometieron un error. Irrumpieron en el campamento enemigo para apresar a Murad. Los arqueros ghazis las estaban esperando escondidos en la arboleda que rodeaba a las tiendas. Los masacraron. El cardenal Cesarini y Ladislao de Hungría murieron en combate. Los cuerpos de los caídos se pudrieron en los pantanos. Los prisioneros fueron vendidos como esclavos.»

—¿Y la guarnición bizantina de Varna?

—Pasada por las armas.

—Entonces, ¿hemos perdido el puerto?

—El puerto y el control del mar Negro.

—¡Que Dios nos coja confesados!

«Constantinopla ha quedado aislada. Es cuestión de tiempo que los turcos caigan sobre ella. Lo peor es que los sacerdotes dicen que la derrota es un castigo por nuestros pecados. Pero que un ejército de arcángeles nos socorrerá. “Bizancio es en la tierra lo que el reino de Cristo es en el cielo. Es invencible”, predicaba el patriarca. Están ciegos. Por eso, los consejeros del Imperio me han enviado urgentemente a Roma —concluyó el agente—. Ayudadme a llegar sin contratiempos.»

LXIV

Alma libertada

La derrota de Varna aceleró mis planes. Pensé en liberar a Alma cuanto antes. Luego viajaría con ella a defender Mistrás. Solicité ayuda a mis superiores del Imperio Secreto. Me respondieron que les era más útil como paje en Florencia que como soldado en Bizancio. Marchara o me quedara, lo haría ya con la mujer a la que amaba.

En mi cabeza había aflorado la idea de casarme con Alma y tener hijos. Guardé el traje de mi prometida. Vendí el arcón para el ajuar de la contradote que me había devuelto mi suegro Massimo Barone. Si ahorraba algo, si me prestaban el resto, compraría la libertad de mi amante. Escuché la voz de mi conciencia. Atendí al deseo de mi corazón. El esclavo ansía la libertad como el alma desea escapar a la cárcel del cuerpo.

La vida de las esclavas domésticas era muy penosa. Habían sido adquiridas en diversos mercados del Mediterráneo y del mar Negro. De acuerdo a su origen, tenían distinta fama: las libias estaban asilvestradas y había que meterlas en vereda; las griegas tenían buena mano con los niños; las rusas eran trabajadoras, y las circasianas, muy hermosas.

El propio messer Cosme se prendó de una de ellas durante su exilio en Venecia. Magdalena se llamaba. Le dio un hijo. Su mujer, donna Contessina, montó en cólera cuando pretendió que vivieran en su casa. El jefe Médici tuvo que alejar al bastardo de la familia. Para ello le encaminó hacia la carrera religiosa, en la que pasó de párroco a abad y más tarde a nuncio apostólico. Sin embargo, Cosme siempre siguió viendo en los ojos azules del clérigo la belleza

de su madre circasiana.

Sus ocupaciones laborales resultaban extenuantes. En el transcurso de una jornada barrían las habitaciones, cocinaban las comidas, lavaban los platos, compraban en el mercado y hacían la colada. Las familias las solían apreciar, pero eran una tentación para los hombres de la casa, por lo que muchas acababan preñadas por sus amos. Sus hijos ilegítimos eran depositados en el torno del hospicio de los Inocentes.

A los bizantinos llegados a Florencia nos chocó aquella actitud para con la esclavitud entre los latinos. No es que faltara tolerancia en Constantinopla. Pero teníamos otra idea sobre el trato al esclavo. Luego supimos que, salvo algunos humanistas que la condenaban, la gente la aceptaba con naturalidad. ¡Qué mejor prueba de ello si, cada poco, el propio papa repartía esclavos entre sus cardenales! Por eso tenía que reunir pronto la cantidad de florines necesaria para comprar la libertad de Alma, antes de que los hombres del palacio Peruzzi le hiciesen un hijo.

Este Vincenzo Neroni era un tipo de cuidado. Dedicado a la banca y los tratos, se había hecho un fiel cliente de los Médicis, para los que manipulaba las votaciones en la Signoria. De ahí que, nada más condenar al exilio a la familia Peruzzi, el gonfaloniero Cosme le cediese en usufructo el palacio de aquellos nobles desterrados.

—¿Cómo puedo pagárselo, messer?

—Tú sigue sacando a candidatos fieles en las magistraturas.

—Eso está hecho.

—Te voy a encargar algo más. Vas a asesorar a mis hijos en asuntos de la vida pública. Pedro y Juan son jóvenes. Tienen que curtirse para cuando me sucedan.

—Que será dentro de muchos años. Por el bien de Florencia.

Del mismo modo, su mujer Roberta estableció buenas relaciones con madonna Contessina y sus primas Bardi. Unas y otras se hacían visitas. Compartían palco en las fiestas. Iban juntas a misa. Los hijos

varones de ambas familias compartían las pruebas ecuestres, las justas del sarraceno, los grupos de abanderados y los torneos del calcio. Las niñas jugaban a maquillarse y vestirse de mujeres adultas. Estas amistades fueron la llave que abrió a los Neroni la entrada en la alta sociedad florentina.

Averigüé esto vigilando pacientemente a los moradores del palacio Peruzzi. Los Neroni tenían dos hijos varones y una chica. El mayor era sodomita. Tenía relaciones con jóvenes garzones que se reunían en un tugurio de Oltrarno. Pero su hermano adolescente estaba al acecho de Alma cada vez que la encontraba a solas. Tanto va el cántaro a la fuente que acaba por romperse. El día menos pensado, el menor de la casa podía forzar a la sierva. Mi plan era sencillo. Tenía que encontrar una coartada para hacerle un favor a la familia Neroni. Solo así me abaratarían la compra de Alma.

La oportunidad se me presentó en el Mercado Viejo. Ruggiero y yo habíamos ido a comprar el rancho para los animales de la casa de fieras. Donna Roberta había decidido ese día hacer la compra con sus amigas Annalissa y Annastella. Llevaban vestidos lujosos, recamados de oro, collares de coral y tocados floridos en sus cabezas. A las damas las acompañaban sus respectivas esclavas. Las nobles salían poco de casa, salvo para ir a misa, por lo que la calle era para las mujeres del pueblo que se tenían que ganar la vida. No obstante, al adentrarse en el mercado asumían un riesgo, porque en él se mezclaban gentes de toda condición.

—Madonnas, vengan a mi tienda. ¡Tengo pendientes de oro y perfumes de ámbar! —las invitaba un vendedor.

—Pasen a mi taller a ver telas y medias de seda —replicaba otro.

—Cuánta gente hay en la plaza —observó donna Roberta.

—Deberíamos ir directamente a la Bottegha del Brocato —dijo Annalissa.

—Y, de paso, compramos velas para la iglesia de San Lorenzo —añadió Annastella.

Al cruzar los puestos de un callejón, con cestas de frutas y hortalizas

alineadas en el suelo, las verduleras empezaron a burlarse de los paños finos que adornaban a las damas. Los bebedores de una taberna cercana se sumaron a la bronca. Los insultos subieron de tono. Algunos exaltados les arrojaron el vino de sus jarras. Las vendedoras hicieron lo propio con verduras podridas. Las criadas trataron de proteger a sus señoras. Parecía que no iban a salir bien paradas. Alma recibió una pedrada.

Esa fue la gota que colmó el vaso de nuestra paciencia. Ruggiero y yo, maldiciendo a aquella pandilla de miserables, nos abalanzamos contra los hombres. Les propinamos una paliza. Después pegamos puntapiés a las cestas de las verduleras, hasta sacar a las señoras del tumulto. Las devolvimos sanas y salvas a su palacio. El valor del Greco Azzurro y de su amigo fue durante unos días la comidilla de Florencia.

—Os agradezco lo que habéis hecho por mi esposa y sus amigas. Nunca se sabe adónde puede llegar una turba de villanos —nos dijo messer Neroni.

—Usted habría hecho lo mismo —le respondí.

—Defendimos el honor de unas damas —añadió mi camarada.

—¿Cómo puedo recompensaros? Os daré una bolsa de florines.

—¡Véndame a su esclava Alma! —le propuse.

—¿Vender a una esclava? ¿Tú sabes lo que cuesta?

—Dígame una cifra. Le prometo que se la pagaré.

—¡Tres mil florines!

—Es mucho.

—¿Lo ves, paje? Lo que me pides es imposible.

—Si ahora me da a la esclava, le prometo que reuniré el dinero en un tiempo razonable.

—¿Y cómo sé que me seguirás pagando una vez que te la ceda?

—Usted hace negocios con letras de cambio.

—Como todos los banqueros.

—Pues yo le doy la mitad en efectivo y le firmo una letra para pagarle el resto a plazos.

—Bueno —se lo pensó un momento—, siendo así. Todo sea por la ayuda que prestasteis a mi mujer.

Esa misma tarde, Alma salió del palacio Peruzzi para no volver. De momento, mientras yo buscaba un hogar común, la mujer se fue a vivir a casa de donna Isabella y Ruggiero. El maestro Fabrizio Datini le dio un puesto de tejedora en su taller de lana. Entre los jornales de los dos podíamos vivir modestamente. Por eso pedí a mi patrón que me dejase hacer exhibiciones con los guepardos por los pueblos de la Toscana: a él le darían prestigio, y a mí, dinero. De este modo reuniría el precio de su libertad. Aceptó sin pensarlo mucho. Por un momento sentí que me sonreía la vida.

LXV

Un regalo en mármol de Carrara

Mi matrimonio con Alma fue agridulce. Agrio porque en años sucesivos dio a luz dos niños que murieron a los pocos días. Dulce porque nos queríamos mucho en nuestra vida modesta. Si preguntaran a los vecinos, solo hablarían bien de nosotros, solo dirían que el griego y su mujer convivieron felices durante muchos años.

Mi mujer se desvivía por hacerme feliz. Cumplía con creces en su trabajo como tejedora. No escatimaba esfuerzos. El maestro Datini estaba muy contento con ella. Encima sacaba tiempo para administrar el hogar. Sabía qué alimentos me gustaban más. Y no tenía pereza para ir a comprarme pescado fresco en la vía Peciaiuoli, sandía de Pistoia en el Mercado Viejo o carne llegada del matadero al Ponte Vecchio. Tenía la casa como una patena. Yo la trataba con mucho cariño. Como me había enseñado mi maestro. Hablábamos de nuestra jornada. Paseábamos los domingos. Hacíamos visitas a Ruggiero y donna Isabella. Éramos felices.

No obstante, mi enlace con una antigua esclava incomodó a algunos ciudadanos poderosos, como a los clérigos que velaban por la buena moral pública. Y eso que nos casamos por el rito de la Iglesia latina. Ahora comprendo que nunca dejaron de mirarnos como a dos extranjeros paganos. Algunos amigos de messer Cosme también le hablaban pestes de nosotros. Le repetían que éramos un mal ejemplo cívico.

Los mensajes de Constantinopla tampoco nos dejaban en paz. Tras la pérdida de Varna, estando más aislados que nunca, los bizantinos no cobraron conciencia del desastre que se avecinaba. El clero

ortodoxo radicalizó a sus fieles hasta rozar el delirio. «Un ejército de ángeles bajará del cielo en nuestra ayuda —predicaba el patriarca en Santa Sofía—. Los mártires santos dirigirán las cargas de caballería contra los demonios infieles.» Tampoco se dieron cuenta de que su tiempo había pasado. Algunos cristianos que habían vivido bajo gobierno musulmán durante un par de generaciones preferían la tolerancia de sus nuevos señores.

Cada correo era más preocupante que el anterior. «Murad ha jurado vengarse de los bizantinos por su apoyo a la cruzada.» «Una fuerza de choque de jenízaros ha invadido Grecia y ha cruzado el istmo de Corinto.» «El déspota Constantino ha aceptado ser vasallo del sultán para salvar a Morea.» «El valeroso Hunyadi, héroe de Varna, ha sido derrotado en la batalla de Kosovo.» «El basileus Juan VIII ha muerto sin herederos.» Y así, desgracia tras desgracia, las noticias iban golpeando sobre el yunque de mis esperanzas.

A la cabeza de mis detractores en Florencia estaba el cobarde Ercoli Rucellai. El cuidador de los leones no paraba de divulgar mentiras sobre mi trabajo en la casa de fieras. Menos mal que nuestro patrón tenía un sentido muy práctico. Hizo oídos sordos al chivato y me mantuvo en la doma de los guepardos. Aunque tantas calumnias sembraron un poso de duda. El patriarca Médici se mostró más autoritario conmigo.

—Messer, le pido permiso para ir a defender Constantinopla. Por el correo del maestro Filelfo sabemos que está asediada por los ejércitos turcos. Acaban de construir una muralla alrededor para que sus vecinos no reciban suministros. ¡Morirán de hambre!

—Irás en su momento. Pero antes tienes que realizar un servicio para mí.

—¿Qué servicio?

—Vigilarás un cargamento que voy a regalar al papa.

—Eso lo pueden hacer mejor los soldados del condotiero.

—No. Desguarnecerían Florencia. Te quiero a ti y a Ruggiero con los gatos salvajes. Debéis proteger a mi hermano Lorenzo. Él

dirigirá esta misión diplomática.

—De acuerdo, messer. Pero después ¿podré irme a Bizancio?

—Cuando regreses de Roma serás libre como un pájaro.

El papa Nicolás V era un reputado humanista. Tenía planes claros para la reconstrucción de la Ciudad Eterna. Primero mandó recuperar el acueducto de Aqua Virgo y sanear el barrio de San Borgo. Después encargó a los artistas más famosos adecentar la antigua basílica de San Pedro para atraer a los peregrinos. Estos hacían cuantiosas ofrendas con motivo del jubileo. También dejaban dinero en efectivo durante su visita a los siete templos de la ciudad. Era costumbre no dejarse ni uno para no perder gracias espirituales. En realidad, eran esos creyentes de paso los que estaban pagando el embellecimiento de Roma, cuyos monumentos acreditaban que era la capital de la cristiandad latina.

Ahora bien, sin lugar a dudas, la joya de la corona pontificia fue la Biblioteca Vaticana, recién inaugurada en el año de 1453. Desde su creación aumentó hasta albergar nueve mil volúmenes antiguos. Para dirigir esta empresa, contrató al filólogo Lorenzo Valla, al que puso a traducir del griego al latín las obras maestras de la Antigüedad. Homero, Tucídides y Estrabón pasaron a residir en sus anaqueles. La inminente llegada de la imprenta multiplicó los ejemplares de este tesoro de papel entintado.

En la construcción de esos edificios, los arquitectos utilizaron más de dos mil carretadas de piedras, columnas y mármoles robadas al Coliseo. Una hilera de carros las descargaba alrededor del obelisco egipcio de la plaza de San Pedro. Llegó un momento en que escasearon los materiales. El papa hizo un llamamiento de ayuda a los señores italianos. Además, los maestros florentinos León Battista Alberti y Bernardo Rossellino le habían solicitado mármol de Carrara para labrar una pila bautismal. El primero era el ingenioso inventor de los mensajes cifrados del que me habló el contable Matteo Conti. De ahí que, enterado el banquero de la Santa Sede, messer Cosme, se ofreciese a regalar al pontífice esos bloques que necesitaba.

La comitiva florentina que llegó a Carrara fue menos numerosa de

lo que pensamos. Presidida por messer Lorenzo, la formábamos un magistrado de la Signoria, un religioso que iba a pedir bulas, el banquero de la casa Médici, Matteo Conti, un maestro en escultura, un mozo de cuadra encargado de los caballos y seis guardias. Entre estos nos contábamos Ruggiero y yo, y nuestros guepardos para lucirlos. «Los doce apóstoles», nos dijo el patrón al salir de Florencia. «Los doce actores», pensé yo al darme cuenta de que íbamos a representar un teatrillo ante el papa. En este viaje importaban más las apariencias orientales, como éramos un griego y unos gatos salvajes, que el objetivo práctico del regalo.

—Aquí tienes lo acordado con mi hermano —dijo messer Lorenzo al jefe de las canteras.

—Los papeles están en regla. Acuso recibo de que me pagáis en efectivo —respondió.

—Ahora vamos al tajo.

—Esa es la cantera de los Alpes que nos da el mármol más blanco del mundo: la del monte Altissimo.

—El corte debe hacerse en este sentido —indicó el escultor—. El maestro Alberti ha sido muy preciso en este punto.

—Pues no se hable más. ¡Poneos manos a la obra, muchachos! —se dirigió el capataz a los mineros.

Al cabo de unos días, las carretas tiradas por bueyes trasladaron dos bloques de mármol hasta el puerto de Luni. Navegamos pegados a la costa hasta desembarcar en la playa romana de Ostia Antica. Desde ahí, repetimos la operación terrestre de descarga. Transportamos pesadamente el mármol hasta el centro de la Ciudad Santa. En sus calles se alineaban las casas de madera y, de vez en vez, algunas de piedra comidas por el verde y retejadas de rojo. Los pájaros anidaban en los huecos de las vigas. Los vendedores, las busconas y los pedigüeños se recostaban en las paredes de ladrillo rosado. Los capiteles yacían en el suelo de rodillas. La ciudad todavía conservaba algunos encantos de su pasado imperial.

Messer Cosme calculó mal la curiosidad de los romanos. Estaban

acostumbrados a ver a personas de todas las razas, a animales de todas las especies y a viajeros de todas las clases. Apenas prestaron atención a nuestro pequeño séquito. La lentitud de las carretas fue desesperante. De continuo eran frenadas por caballos, perros y peatones que se cruzaban. La llegada a la plaza de San Pedro, atiborrada de peregrinos, tablones y albañiles, nos decepcionó. Ni siquiera pudimos estrenar la comedia exótica que nos había planeado nuestro jefe. Los vecinos no prestaron mucha atención a unos forasteros que llevaban gatos moteados de colores.

El papa Nicolás nos concedió una breve audiencia. En ella agradeció el regalo de mármol de los Médicis y, devolviendo el gesto, dio al eclesiástico una bula destinada a messer Cosme. Fijándose en nuestros animales, tuvo una ocurrencia repentina. «Esos gatos podían luchar con un unicornio que me acaban de traer de África», propuso. Yo no estaba dispuesto a sacrificar a mis guepardos. Máxime cuando comprobé que el unicornio era un rinoceronte. Menos mal que su santidad pronto se olvidó del asunto como se olvidó del obsequio de los mármoles.

Antes de abandonar Roma, messer Lorenzo y Matteo el contable hicieron negocios, desde revisar las finanzas papales a inspeccionar la sucursal de la banca Médici. Después visitamos al maestro Alberti, que, como florentino y artista de la familia, mantenía una estrecha relación con sus mecenas. Este nos reveló que los bloques de Carrara estaban destinados a una pila para el bautismo y, si sobrara algo, a una columna para el templo de San Pedro.

Me entusiasmó su taller. Era una auténtica cueva de las maravillas: libros iluminados con miniaturas, bustos labrados a la romana, tablas a medio pintar, tintes y cinceles. Me pregunté dónde practicaría su método para descodificar los mensajes. Pensé que debía estar oculto para ser eficaz. Yo mismo era un informante del Imperio Secreto. Un secretario es aquel que guarda los secretos.

LXVI

Réquiem por Bizancio

El último día de estancia en Roma, como despedida del papa Nicolás, le escuchamos decir misa en la basílica de San Pedro. Estaba muy orgulloso de las reformas arquitectónicas de Alberti y Rosselino. Deseaba lucirlas ante sus invitados. Le queríamos agradecer la bula que había dado a la familia Médici. Al acabar la ceremonia, se me acercó un monaguillo. Me dio una carta manuscrita con una cruz bizantina.

—De parte del cardenal Besarión —me dijo el chico.

—¿Espera respuesta?

—No. Me ha insistido en que la leas a la luz de las velas.

—Dile que la he recibido.

Me aparté hacia la capilla de la Virgen María. Fingí poner un cirio a la imagen. Al colocar la carta sobre la llama se reveló un mensaje oculto que había sido escrito con zumo de limón. «Tenemos que vernos —decía—. Noticias fatales. Este mediodía, en las termas.» La premura de la cita me alarmó tanto como el anuncio de malos informes. El procedimiento me era familiar, porque evocaba las reuniones del Imperio Secreto en la cripta de San Salvador. Me las arreglé con messer Lorenzo para acudir a la cita. Le conté una mentira piadosa: deseaba ver el foro imperial porque me recordaba a Constantinopla. Me desvié hasta las termas de Caracalla, cuyas ruinas descarnadas, como un esqueleto de piedras, estaban desiertas. El cardenal me estaba esperando entre el silencio de las cisternas.

—¡Maestro! ¡Le he echado de menos! —exclamé emocionado.

—¡Jorge! ¡Cuánto tiempo! —Me dio un abrazo—. Estás hecho un hombretón.

—A usted se lo debo. Un filósofo y un guerrero: Hércules y Platón en uno.

—Siento ser portavoz de una desgracia. La mayor de todas.

—¿Qué ha pasado?

—¡Los turcos han conquistado Constantinopla!

—Pero si sus murallas eran inexpugnables.

—Eso creíamos. Los infieles la han abatido con un cañón gigante. Después, se desató el caos. La saquearon con más saña que los cruzados. Asesinaron al emperador. Perpetraron un baño de sangre.

—¿Y Mistrás?

—Aún resiste. Aunque tiene dos déspotas, y uno de ellos se ha declarado vasallo del sultán. ¿Te acuerdas de Demetrio? Vinimos con él al concilio. Ese es el traidor.

—Nos hemos quedado sin patria.

—Peor aún. Nos hemos quedado sin regreso. La pérdida de Varna durante la cruzada —empezó a relatarme el cardenal— dejó a la capital de Bizancio a su suerte. Cesó el abasto de cereales procedentes de Ucrania, y de pieles y esclavos desde Rusia. El enemigo cortó el suministro de petróleo del Cáucaso con el que elaborar el fuego griego. El mar Negro pasó a estar dominado por la Armada turca.

—Dicen que el nuevo sultán es más sanguinario que su padre.

—Creció en el odio a Bizancio. Nada más heredar el trono, se propuso rendir nuestra capital.

—Pero ¿cómo lo ha conseguido? Aún no me lo puedo creer.

—Por culpa del fanatismo ortodoxo y del olvido de Occidente. A partes iguales. El sultán Mehmed II tomó como base nuestra añorada Adrianópolis. La flota otomana, desplegada en la península de Galípoli, bloqueó el tráfico naval por el Bósforo. El ejército de tierra cercó Constantinopla para poner a prueba sus defensas. Al comprobar la solidez de sus tres murallas, sobornó a un artillero húngaro, que se hacía llamar Urban, para que construyese un cañón gigante. Esa arma poderosa fue decisiva en el desenlace de la batalla.

—¿Cómo reaccionó nuestro basileus? —pregunté.

—Mandó reforzar las murallas y, a la vez, envió embajadores a Occidente pidiendo ayuda desesperada.

—¿Y la consiguió?

—Solo respondió Génova. Envió dos navíos y un centenar de mercenarios. Su capitán, Giovanni Giustiniani, pasó a ser jefe de la defensa terrestre.

»Las fuerzas —prosiguió— eran desiguales. Los turcos reunieron a medio millar de soldados y una flota de ciento cincuenta naves. Las tropas de élite, los jenízaros, ascendían a diez mil. Los bizantinos, incluyendo a algunos genoveses y venecianos recién llegados, apenas alcanzaban los quince mil combatientes. En mayo, el sultán, apostando la enorme bombarda del traidor Urban, ordenó el asalto final. La artillería turca empezó a martillear los muros de la ciudad. ¡Qué podían hacer contra ella los sitiados con sus catapultas, flechas y lanzas! Solo ponerse a cubierto para aguantar la tormenta de fuego que les diluviaba.

—«Si machacamos sobre el mismo clavo, se puede derribar una casa.» —Recordé con amargura la lección de mi maestro.

—La cadena tendida entre ambas orillas del Cuerno de Oro impedía el paso a los barcos otomanos. Entonces, Mehmed tuvo una idea tan genial como malvada: cruzar los barcos por tierra firme. Consiguió transportar setenta birremes haciéndolos rodar sobre troncos de madera. Desde la torre de Gálata, los vigías bizantinos vieron aterrorizados cómo avanzaban por el campo las naves con sus velas

desplegadas. Más tarde, fueron botados en el norte del golfo, al tiempo que las dos orillas quedaron unidas mediante un puente de barcas.

—El palacio de Blanquerna está cerca.

—Y la iglesia de San Salvador. Nuestros hermanos del Imperio Secreto rezaban en su capilla.

—¿No hubo ninguna propuesta de tregua?

—El sultán envió al basileus Constantino un emisario pidiéndole la rendición. Parece ser que le respondió: «No está en mis manos entregarte la ciudad. Sus habitantes hemos hecho el propósito de morir».

—Esas palabras honran a su alteza.

—Fue el principio del fin. Los cañones dispararon a bocajarro. Los arqueros no dejaban de disparar a los centinelas apostados en las almenas. Los soldados ghazis treparon por las escalas. El foso fue rellenado de arena desde una torre de madera. La gran bombarda abrió una brecha en Kerkoporta por la que penetraron los jenízaros. El emperador ordenó desplegar las banderas con el águila bicéfala y, tras orar ante los iconos, se aprestó a sacrificarse con honor.

—¿No aguantó la doble línea de Teodosio?

—Ni los bastiones ni los palacios. Los turcos avanzaron matando a todo ser viviente que les salía al paso. En Santa Sofía se habían refugiado mujeres y niños esperando un milagro. A medida que las desalojaron fueron violadas y esclavizadas, y lo mismo sus hijos. El saqueo se prolongó durante tres días con sus noches. Los invasores asesinaron, destruyeron y robaron lo que no está en los escritos. El botín no se limitó al oro y las piedras preciosas rapiñadas en las iglesias, sino que apresaron bellos muchachos y hermosas muchachas que, esa misma noche, fueron a parar al lecho de los vencedores.

—¡Es espantoso!

—Dicen los testigos que, si no lo hubieran visto con sus ojos, nunca

lo habrían creído. En el mensaje de un agente leí que toda la ciudad fue despoblada, reducida a la nada, dejando columnas de humo y un tufo a cadáveres descompuestos.

—¡El apocalipsis!

—Occidente nos ha abandonado, Jorge. Sus príncipes han sido insensibles a nuestros ruegos. No se han dado cuenta de la plaga turca que se cierne sobre ellos.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Comunica al agente Matteo Conti la noticia de esta hecatombe. Le dices que tantee la reacción de messer Cosme. Necesitamos que un gobernante italiano dé asilo al heredero legítimo de Bizancio.

—¿Se sabe quién es?

—Saldrá de la guerra civil entre los dos déspotas de Morea: Demetrio y Tomás. Ahora entenderás por qué urgía que habláramos.

—Maestro, quiero que me prometa algo antes de separarnos.

—Te has ganado el derecho a ello.

—¿Me dirá algún día quién está detrás del Imperio Secreto?

—Te lo prometo. Ahora es mejor que volvamos hacia el foro por separado. Jorge, una última cosa —me gritó antes de perdernos de vista—. ¡Estoy muy orgulloso de ti!

Regresamos a Florencia. Lorenzo estaba muy contento con los resultados de la embajada. Había demostrado su habilidad diplomática ante su hermano Cosme. En la casa del barrio de los griegos, el maestro Ireneo Filelfo, visiblemente afectado, me confirmó la caída de Constantinopla en manos infieles. El correo de un superviviente le había puesto sobre aviso. La noticia corrió como un reguero de pólvora por Florencia.

Me explicó que la ayuda de los latinos —unos arqueros napolitanos, unos soldados venecianos y unos navíos genoveses— había llegado

tarde y mal. Ni la aguerrida guardia imperial ni el fuego griego de nuestros cañones habían podido parar el empuje de los jenízaros. Los turcos masacraron al vecindario.

Nuestro basileus, Constantino IX Paleólogo, que había sido coronado en mi amada Mistrás, murió en combate y fue decapitado. La cabeza del último emperador de Oriente quedó expuesta a la burla pública sobre una columna de pórfido. La bandera de las águilas bicéfalas fue atada a la cola de un asno. El animal, aguijoneado en el lomo, la arrastró por el suelo entre el regocijo de los infieles. El sultán entró en la «reina de las ciudades» a lomos de un caballo blanco que chapoteaba sobre ríos de sangre. Tras años de guerra, colmada su ambición, Mehmed II consiguió ser el dueño de la «manzana roja».

Sentí el dardo de la soledad. Que se rompía el hilo de oro con mi familia bizantina. Que se había hecho un vacío humano a mis espaldas. Ahora que me hallaba huérfano de patria, dudaba en abandonar Florencia.

OCTAVA PARTE

LA CABALGATA DE LOS REYES MAGOS

«El tirano todo lo atropella y todo lo tiene por suyo. Expulsa a los mejores hombres de la comunidad. Cuando la tiranía es un exceso intolerable, algunos piensan que es virtud de fortaleza matar al tirano.»

Juan de Mariana, De rege et regis institutione

LXVII

El complot de los limoneros

Los años no perdonan. Messer Cosme, aquejado de artritis crónica, tenía que ser transportado por el palacio en una litera. Podían oírse sus quejas en la vía Larga. Los dolores le volvieron muy triste. A medida que se aproximaba el fin de su vida, intuyendo el ocaso de la familia, le preocupaba cada vez más el futuro político de los Médicis. Estaba inquieto por saber quién iba a recoger su testigo en el gobierno de Florencia.

Esperaba poco de su primogénito. Mi amigo Pedro el Gotoso, aunque solo tenía 40 años, nunca gozó de buena salud. Si llegaba al poder, no lo mantendría por mucho tiempo. Era tan refinado en el gusto —coleccionista de libros, mecenas de artistas— como inexperto en el oficio de gobernar. El respeto de sus conciudadanos le venía por su esposa, Lucrecia Tornabuoni, que era una mujer encantadora, devota y culta. Su pelo tejido de perlas y su figura elegante la distinguían entre las damas florentinas. Ella le dio, entre otros, un niño precoz, Lorenzo, cuya educación excelente le hacía candidato a ser algún día el señor de la ciudad.

El jefe Médici confiaba más en la capacidad para los negocios de su hijo Juan. A pesar de ser un mujeriego, un glotón y un bebedor, se había fogueado en los negocios en la sucursal de Ferrara y, a la vez, se había cultivado entre los cardenales de Roma. Sin embargo, la dama negra no entiende de clases ni de edades. Un inesperado ataque al corazón le fulminó una noche de juerga. Cosme nunca se recuperó del golpe.

Al patriarca le consolaba un poco haber formado la academia filosófica que soñara durante el Concilio. Poco después, había

adoptado a un joven estudiante de medicina, llamado Marsilio Ficino. Le puso a aprender griego para traducir las obras de Platón al latín. Además, tras fallecer el monje Ireneo Filelfo, convenció a otro erudito griego, Juan Argyropoulos, para que viniese a Florencia. Tuve el honor de participar en alguna de aquellas reuniones celebradas en Villa Careggi. Sus asistentes, tan cultos como apasionados, discutían sobre lo humano y lo divino hasta la madrugada.

—La vida debe encaminarse hacia la salvación —observaba Ficino.

—También, hacia la sabiduría —añadía Argyropoulos.

—En esto coinciden la doctrina cristiana y Platón —concluía messer Cosme.

—Es la forma para que el alma del hombre sea conducida hacia Dios.

Algunos de los amigos que visitaban a messer Cosme en esta villa tramaron un complot contra su hijo. Me gustaba montar a caballo en las noches de luna llena. Recorría los caminos a la luz de sus formas caprichosas. Espantaba los miedos del campo. En una de estas rondas de vigilancia, según me acercaba al establo, escuché voces que me sonaron familiares. Desmonté a una distancia prudente. Me acerqué con sigilo. A través de su puerta entreabierta vislumbré a tres hombres. Estaban sentados en taburetes de ordeñar. Reconocí a algunos invitados de Cosme y, agazapado en las sombras, pude escuchar su conversación.

—El Gotoso es un indigno sucesor de su padre —dijo Luca Pitti, cuya familia ansiaba el poder.

—Debemos evitar que gobierne la Signoria —añadió su cómplice messer Agnolo.

—El patrón y su hijo están igual de enfermos. Ha pasado el momento de los Médicis —afirmó el traidor Vincenzo Neroni, a quien Cosme había encargado la tutela de su primogénito.

—Pedro es un cobarde. No se ocupará de los asuntos públicos. Solo

de sus libros.

—Tenemos que darle un escarmiento.

—Un aviso para que le entre el miedo en el cuerpo.

—Podemos amenazarle con nuestros puñales.

—Disponemos de un confidente: un guardia que se llama Bonanno, alias Pippo. Es un espadachín de taberna que ha dejado un rastro de duelos.

—Por él sabemos que Cosme abandonará la villa mañana. Escuchó que le reclamaban en su banca.

—El Gotoso suele leer por la mañana entre los limoneros.

—No quiere que nadie le moleste. Podemos sorprenderle cuando esté a solas.

—Entonces, ¿de acuerdo? Cada uno de nosotros simulará que vamos a apuñalarle. Veréis como se le quitan las ganas de suceder a su padre.

Tras escuchar el plan, me retiré sin hacer ruido.

El descontento de estos cómplices había dividido a los ciudadanos en dos bandos. El partido de la Colina, formado por seguidores de Luca Pitti, tenía por cuartel general el descomunal palacio Pitti, en el barrio de Oltrarno. El partido de la Llanura, clientes de messer Cosme, situaban su feudo en el palacio Médici de la vía Larga. De forma que el Ponte Vecchio era la frontera entre los rivales políticos de Florencia.

En Villa Careggi, la naturaleza estaba en su esplendor primaveral. Los peces de colores nadaban en las piscinas. Los pájaros piaban alborotados en las ramas y las pajareras. Las plantas florecían en el huerto. Los limoneros lucían bajo el sol de mayo. Los hortelanos habían sacado sus macetas de los invernaderos. Las habían alineado bajo el emparrado del jardín. Así, los frutos amarillos, las ramas marrones y las hojas verdes formaban un pasadizo vegetal con un efecto óptico. Mirando desde la fuente de la Fortuna, parada ante

dos filas de árboles, se veía en perspectiva la mansión de los Médicis.

Este paisaje evocaba a messer Pedro uno de los trabajos de Hércules. Aquel en el que robó las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. Los destellos de naranjos, limoneros, cedros, cipreses, olivos y viñas tejían un tapiz policromado. Los olores de las flores nos hacían sentir en un huerto de delicias. El señor estaba tan a gusto que se olvidó voltear el reloj de arena, una joya de cristal fino de Murano. En estas ensoñaciones andaba tumbado en una litera con un libro entre las manos.

—De prisa, messer. Debe salir de aquí y esconderse.

—¿Qué pasa, Jorge?

—Han tramado una conjura contra usted. Yo mismo he sido testigo.

—Ayúdame a levantarme.

—Ruggiero le llevará a un lugar seguro.

—Déjeme su gorro y su lucco de terciopelo.

Al rato, guiados por el camorrista Pippo, los conspiradores llegaron por la espalda. Llevaban el rostro cubierto por un pañuelo. Desenvainaron sus puñales. Rodearon la litera. El matón llevaba una cuerda para atar a messer Pedro. Sin embargo, cuando iban a cerrar el círculo sobre su víctima, me puse en pie de un salto. Quedaron paralizados ante la sorpresa. Ni por asomo se esperaban ese cambio de personas. Menos aún, mi ataque daga en mano. Los fanfarrones Pitti, Agnolo y Neroni echaron a correr.

Solo me hizo frente el bravo Pippo. Luchamos desde la litera a la fuente. Cruzamos puñaladas. En una de ellas, tras acorralarle contra los setos del parterre, le hice un tajo en la cara. Corrió dejando un rastro de maceteros derribados en su huida.

No sé si había salvado la vida o no de messer Pedro. No sé hasta dónde se habrían atrevido aquellos desalmados. Lo cierto es que los conspiradores habían recibido su merecido. Durante un tiempo dejarían en paz al primogénito Médici. Miré alrededor. Algunos

limones estaban moteados de puntos rojos. Eran gotas de sangre de Pippo resbalando por sus cortezas amarillas.

Esa sangre derramada resultó ser un presagio fatídico. Al regresar a mi casa de Florencia, el maestro Fabrizio y donna Isabella me estaban esperando apesadumbrados. Me dieron la noticia de que mi querida Alma, mi amada esposa, había muerto de unas calenturas fulminantes. No oía sus pésames. No veía dónde estaba. Nada volvió a ser lo mismo en mi vida. Parecía condenada al desasosiego. Siempre en lucha contra la tiranía. La del cuerpo, la del alma, la del poder… Y ahora, la tiranía de la muerte.

LXVIII

La nevada azul

Afuera mordía el frío. Afuera arreciaba la ventisca. Los copos bailaban a su antojo sobre los tejados ateridos. Las ráfagas doblaban la delgadez de los cipreses hasta su cintura. Unos noctámbulos corrían a refugiarse bajo techado. Unos perros callejeros merodeaban entre la basura esparcida. Los mendigos, a pesar de ir forrados de harapos, tiritaban en torno a una lumbre pobre que habían hecho con astillas del mercado. Los centinelas de la muralla no se separaban un ápice de los braseros que caldeaban sus garitas.

Florencia se dormía bajo las sábanas de la nevada azul. Afuera aullaban las sombras. Afuera, solo el relente y la noche.

El palacio de la Vía Larga estaba sumido en el silencio. Hacía rato que donna Lucrecia Tornabuoni había acostado a los niños. Les habían seguido el resto de los moradores. Tan solo Pedro de Médici, motejado ya como el Gotoso por su enfermedad, despidió a los servidores. Aguardaba en su estudio arrimado a la chimenea. Avivaba el fuego cuando sus llamas habían roído la leña. Oía chispear los troncos en la hoguera y el golpeo de los copos de nieve en los cristales. El temporal le había hecho amigo inseparable de la lumbre.

Las llamas rojigualdas describían contorsiones danzarinas. Veía sus reflejos en las terracotas vidriadas de Luca della Robbia. Miraba el juego de luces y sombras en los tapices con escenas mitológicas. Aspiraba el olor a campiña que esparcían los tizones de sabina. Pero, sobre todo, se impacientaba. Se impacientaba por momentos. Hasta pasar del enfado a la ira.

En esa lujosa biblioteca, rodeado de ejemplares exquisitos, hallaba la paz que la política le negaba. Un respiro tras la conjura que a punto había estado de costarle la vida entre los limoneros de Villa Careggi. Esas joyas de papel —«preciadas como florines, delicadas como doncellas», decía de sus libros— nunca le defraudaban como lo hacían los hombres de continuo. Esos tesoros de tinta —«ricos como banqueros, cómplices como amantes», decía de sus manuscritos— eran un refugio donde paliar el dolor de la gota que le amargaba hasta el llanto.

De nada le servían las sangrías, las purgas, la leche de burra y la sal de higuera, las friegas de vino y las perlas trituradas. Ni tan siquiera el anillo de zafiro engarzado en oro que, lucido en el tercer dedo de la mano izquierda, rozaba la piel para evitar los humores nocivos.

Esa era otra. Los ciudadanos no debían ver el sufrimiento del señor de Florencia. Perdía carisma. Restaba autoridad. Pasaría a ser uno más. Un ser frágil y mortal como todo hijo de vecino.

Llegamos tarde a la hora convenida. Hicimos una señal con una antorcha desde la calle. Un guardia de imaginaria nos abrió la puerta del palacio Médici. El maestro Gozzoli, mi amigo Ruggiero y yo pasamos al recibidor. Después de sacudirnos la nieve estrellada de los abrigos seguimos al mayordomo llevando candiles en la mano. Nos pidió que no hiciésemos ruido.

Veíamos a la luz de las mechas. La estatua del David de Donatello proyectó su sombra de bronce sobre las columnas del patio. Cruzamos los soportales gélidos que albergaban las oficinas de la banca Médici. Anduvimos bajo un repertorio de bustos, inscripciones y medallones a la manera romana. Después, rodeando un par de sarcófagos, subimos al primer piso por la escalera de amplios peldaños. Sin tiempo que perder, atajando por pasillos desiertos, alcanzamos la estancia favorita del dueño de la casa: su estudio privado.

—Señor, acaban de llegar —anunció el criado a su patrón, sentado en una butaca, con la pierna hinchada sobre unas almohadas.

—Hazlos pasar, Nicolino. Después, cuando salgamos, cierras el estudio y te retiras.

—¡A la paz de Dios, messer Pedro! —le saludamos.

—Pensé que ya no veníais, que os había pasado algo.

—La nevada está siendo abundante —disculpé el retraso.

—Había que andar con cuidado para no resbalar —añadió el pintor.

—Tampoco ayuda esta noche de boca de lobo. —Me mostré preocupado por la seguridad—. No sabes qué vas a encontrar a la vuelta de la esquina.

—El bueno de Jorge, mi Greco Azzurro, siempre tan suspicaz, siempre con la mosca detrás de la oreja.

—Ese es mi deber.

—Y bien que lo cumples, mi querido amigo. Pero dejemos de hablar del mal tiempo. Ha llegado el momento que tanto he esperado. Quiero ver las pinturas antes de que sean bendecidas en la misa de la Epifanía.

—Los horóscopos presagian maravillas para este año del Señor. Mil cuatrocientos sesenta está bajo la influencia de Venus y Marte, del amor y de la guerra —le aduló el artista.

—A ver si es verdad, Gozzoli. Y resulta que las primeras de ellas son tus frescos en mi palacio —replicó el mecenas.

—Pues vamos allá. Apóyese en mí. No tenga reparo. —Le ayudé a incorporarse, abrigándole con una capa de terciopelo y armiño—. Andaremos despacio hasta el oratorio.

—Toma la llave maestra, Jorge —me dijo—. Veamos esos prodigios del Año Nuevo.

—Adelante, messer. —Le cedí el paso y di órdenes a mis acompañantes—. Tú, Ruggiero, te quedas en la puerta haciendo guardia. Y tú, Benozzo, toma este candelabro y nos vas alumbrando las pinturas.

Este reparto de papeles no fue caprichoso. En la vigilia había

soñado con cuervos que vaticinan lucha y muerte. Pero, además, soy un lince detectando las armas. Soy un sabueso olfateando el peligro. Y durante el paseo me pareció que alguien nos seguía. Que en la penumbra del corredor destellaba un brillo de acero. Que no estábamos solos en los umbrales de la capilla. Tomé precauciones empuñando mi daga bajo la ropa. Descorrí las cortinas de una ventana para mirar la calle. No vi a nadie, pese al claro de luna.

Florencia yacía sepultada por las sábanas azules de la nevada. Afuera aullaban las sombras. Afuera, solo el relente y la noche.

LXIX

El dolor de la lucidez

No iba a ciegas al encuentro con las pinturas de la capilla. Un par de años antes, cuando Pedro el Gotoso contrató el fresco de los Reyes Magos con el maestro Gozzoli, le pedí a messer un favor muy especial. Que en premio a los servicios prestados a la familia Médici permitiese que me retratasen en el séquito bizantino de la cabalgata. El primogénito de la casa accedió sin pensárselo mucho. Aún estaba reciente el primer complot de los rivales —los Pitti, Acciaiuoli y Neroni—, y yo le había salvado el pellejo. Me estaba muy agradecido. Aunque los hombres somos olvidadizos. Más aún, los gobernantes. Los meses fueron pasando mientras el maestro pintaba la capilla. No hablamos más del asunto.

Tampoco le contamos nada Benozzo y yo a Pedro de Médici sobre nuestro pacto secreto. Yo le encomiaba ante su mecenas, pues no le faltaban enemigos deseosos de que perdiese el encargo, y, a cambio, él me retrataba dentro de la comitiva griega. Eso sí, con las facciones reconocibles del Greco Azzurro, el nombre coloquial con el que se me conocía en Florencia. Una mezcla de vanidad y revancha me empujaban a figurar entre los mejores para la posteridad, entre «esas historias excelentes y hombres dignísimos y famosísimos», como dijo el arquitecto del papa, Filarete, cuando contempló las pinturas de la capilla.

De ahí que yo hubiera visto los murales dos días antes de esta visita de Pedro al oratorio aquella noche de la nevada azul. En ellos había reconocido mi figura. Habían pasado veinte años desde mi llegada a Florencia con motivo del Concilio. Quedé más que satisfecho con el resultado: ¡figuraba entre los hombres famosos de la cabalgata! Ahora le tocaba el turno de examen de los frescos al señor de

Médici.

Las campanas tocaron a medianoche. Los relojes de mesa, ecos de manecillas atrasadas, repicaron sobre los muebles de nogal en la quietud de los salones. Nos adentramos en un pasadizo secreto para evitar cruzarnos con nadie. Ni siquiera con la escolta que estaba de guardia. Ni siquiera con los galgos de la casa, no fuera que despertasen al personal con sus ladridos.

Al rato subimos despaciosos los anchos escalones hasta llegar a la capilla en penumbra. Abrí su puerta con la llave maestra que me dio messer Pedro. Mi camarada Ruggiero se quedó haciendo guardia como en la visita furtiva de la víspera. No las tenía todas conmigo. Sentía un mal presagio. Los demás entramos expectantes. Encendimos unos cirios en el altar de la Adoración del Niño. Nos santiguamos ante el retablo de Filippo Lippi. Después dirigimos nuestros pasos hacia la pared oeste, donde se hallaba la vanguardia de la comitiva. Aún creí vislumbrar los destellos metálicos de un puñal en la oscuridad de la galería.

El temblor de las velas alargaba nuestras sombras hasta la multitud que se agolpaba en las paredes. A su luz trémula relucían el oro de las coronas, la plata de las cruces y las gemas de los relicarios. Los personajes volvían a cobrar vida. Los caballos, en fila, iban al paso. Las aves cantaban su algarabía en esa alegre pajarera. Los colores brillaban tanto que parecían recién barnizados.

—Propongo seguir el sentido de los Magos guiados por la estrella —nos dijo el maestro—. Así veremos las escenas desde el inicio del cortejo hacia atrás.

—Tú mandas, Gozzoli —consintió el mecenas—. El caso es entender bien el hilo de la historia. Como si fuésemos pasando las páginas de un libro iluminado.

—En este caso, las páginas de La leyenda dorada de Jacobo de la Vorágine, en la que me he inspirado —confesó el pintor.

—Una fábula preciosa, en la que el oro simboliza el amor; el incienso, la plegaria; y la mirra, la mortalidad de la carne —evocó el culto messer Pedro.

A medida que Gozzoli deslizaba las llamas del candelabro, viajamos hacia el portal de Belén por un camino serpenteante, cuyas curvas ascendían por las suaves colinas de Florencia. Las casas blancas y rosas, besadas por el sol, dibujaban el ameno paisaje de la campiña toscana. Los pajes, unos atletas a la carrera, cazábamos con guepardos amaestrados. Corríamos entre las villas y las torres, los palomares y las terrazas. Los halcones de cetrería portaban entre sus garras el lema de Pedro: «SEMPER».

—¡Qué hermosura! —exclamó el señor con los ojos abiertos de par en par—. ¡Ni por asomo me había imaginado así los frescos! ¡Tan deliciosos! ¡Y, a la vez, tan reales!

—Le encantarán a su esposa Lucrecia. Ella también tiene un gusto exquisito —le dije.

—Los he pintado siguiendo los consejos de mis maestros Ghiberti y Fra Angélico. Ambos decían que la verdad se revela en los detalles.

—Y revive en los colores —recordó la cita messer.

—¡Fíjese! El oro fino y el azul veneciano imitan la heráldica de los Médicis.

—No seas modesto, Benozzo —le eché una mano cómplice—. Si has satisfecho el gusto de messer Pedro, si has despertado su asombro de experto, ese es el mejor elogio que puedes recibir.

—Ahora sí que hemos superado la Adoración de los Reyes Magos de Palla Strozzi —aludió el mecenas a la tabla que Gentile da Fabriano había pintado para su rival en Santa Trinitá.

—No solo le ha ganado en las pinturas, sino en la hermosura de este oratorio —añadí—. Los Médicis han postrado a los Strozzi.

—Tienes razón. La mejor prueba de nuestra victoria es que gobernamos Florencia.

El Rey Mago anciano lucía la barba florida de sabio y montaba una mula cansada por el peso de la edad. Encarnaba la reconciliación entre las Iglesias cristianas que se dio en el Concilio de 1439, la asamblea ecuménica que puso a Florencia en el mapa de la

cristiandad. El comienzo de su edad de oro.

—¡Qué natural aparece! —observó messer—. Así es exactamente como lo recuerdo. Y eso que han pasado más de veinte años.

—Pobre patriarca. Estaba tan achacoso que vino a morir aquí. Que Dios le tenga en su gloria —dije de buena fe.

—¡Ese es tu autorretrato, Gozzoli! —dijo Pedro al ver escrito Opus Benotti en el gorro de un personaje.

—Está de moda entre los artistas.

—¡Ya veo, ya veo!

—Y ese jinete de azul, ¿no es Jorge? —observó Pedro y recordó la promesa que me hiciera un año antes.

—Sí —respondió con timidez—. Lo he pintado como un paje del séquito bizantino. Tal como llegó a Florencia.

—Simboliza la fidelidad al basileus de Oriente —me apresuré a explicar sin desvelar el pacto que había hecho con el maestro.

—Eso de los símbolos lo sabes tú —respondió algo arrepentido—. Pero todos los que lo miren reconocerán en ese paje al Greco Azzurro.

—En el oratorio solo entran invitados de su familia. Como tienen anunciado su santidad Pío II y el hijo del duque de Milán. Mi figura no restará protagonismo a sus parientes.

—¡Por supuesto! ¡Eso es imposible! —respondió contrariado—. Está bien. Lo prometido es deuda. Consiento esta licencia —sentenció Pedro.

Me di cuenta de que, por un momento, su confianza en mí flaqueó. El silencio se apoderó de la capilla. Durante unos minutos que parecieron eternos ninguna palabra brotó de nuestros labios. Lo rompió el chillido de un ratón cazado por una trampa. Tras el enfado pasajero, sin pronunciar palabra, messer Pedro reanudó la revista a los frescos. Gozzoli y yo le seguimos unos pasos por detrás.

Me sentí aliviado. Afuera hostigaba la nieve. Afuera, la vida seguía como si nada. Afuera me esperaban el recuerdo y la rabia.

LXX

A la mayor gloria de la familia Médici

La historia pintada en las paredes era un libro abierto. Tras ver la cabecera giramos a la izquierda. En un muro intermedio figuraban unos arqueros. Después, en medio de esta apoteosis del poder, iba el emperador de Oriente. Encarnaba la última esperanza de salvación para Bizancio.

Sin embargo, la efigie de Juan Paleólogo era la de un príncipe taciturno. El rostro severo. La piel morena. El brocado verde y oro forrado de pieles. La luz de las candelas iluminaba la postrera hebra de plata en su barba rizada. No en balde ya hacía unos años que Constantinopla había sido conquistada por los turcos cuando fue pintado el cortejo. Ahora solo resistían al sultán Mehmed un puñado de hoplitas espartanos en Mistrás. El maestro Benozzo sabía ocultar mensajes detrás de cada personaje. Por eso acentuó los atributos del caballo imperial, tratando de expresar el anhelo de potencia de su jinete. Aunque detrás del basileus se escondía la muerte de un Imperio.

El séquito continuaba a través de una hilera de heraldos, sirvientes y esclavos que seguían al Rey Mago más joven. No podía ser otro que el hijo de Pedro, el excelso Lorenzo, al que los cronistas ya empezaban a alabarle con tan solo 12 años. Le cubría el manto de armiño que estrenase durante un torneo en honor del papa. El resto de sus prendas eran las que lucía en la procesión de los Reyes Magos que partía del convento de San Marcos. La cabeza se recortaba sobre una mata de laurel como una aureola de héroe. Estaba tocado por una corona incrustada de piedras preciosas. Todo un Apolo moderno destinado a la mayor gloria de Florencia.

—A su hijo le he retratado a lomos de un caballo blanco —terció Gozzoli—. Como el de la estatua de Marco Aurelio en la colina Capitolina. El blanco es el color del bien que vence al negro del mal.

—Blancos fueron los corceles de Alejandro Magno, de san Jorge y de Constantino —cité modelos bizantinos.

—¡Qué elegante! —observó su padre.

—Su retrato denota la misma autoridad de los emperadores. La virtud de los santos. La bondad de los justos —regalé sus oídos para que se olvidase de mi retrato en el fresco.

—Mi hijo, Jorge. Mi ilusión —dijo orgulloso Pedro—. Solo él puede asegurar el futuro de la familia.

—Esté tranquilo. Lo han educado a conciencia para que sea un príncipe magnífico. Los humanistas Marsilio Ficino y Gentile Bechi han sabido cultivar su carisma entre los ciudadanos.

—Eso espero. Pero sabes como yo que la rueda de la fortuna es caprichosa. Que el azar no está en nuestras manos.

—Posee sabiduría política. Seguro que llevará bien las riendas del buen gobierno.

—Confiemos, Jorge, en su buen juicio y en la ayuda del Señor.

A esta imagen viril del joven Lorenzo la arropaban los retratos de las mujeres de la casa: madonna Contessina de Bardi, su madre, y Lucrecia Tornabuoni, la esposa de messer Pedro. Lucían hermosas como ninfas paganas. Los caballos caracoleaban subiendo la colina. Los camellos, los guepardos de caza, los monos, los esclavos negros y los arcos sirios evocaban Oriente. Los países mágicos desde donde habían partido los reyes astrólogos.

Los Médicis y su clientela ocupaban el muro más amplio. Estaba cortado tan solo por el altar de la capilla. Ellos, y no los Reyes Magos, eran los verdaderos protagonistas de la historia. Los patriarcas de la familia aparecían rodeados de aliados políticos: los señores Segismundo Malatesta y Galeazzo María Sforza. Detrás

estaban los banqueros de las sucursales y los artistas de los gremios, incluido el propio Gozzoli. Tampoco faltaban los humanistas de la escuela platónica: los maestros Gemistos Pletón y Besarión, con sus barbas partidas y albinas, y los jóvenes discípulos Salviati, Ficino y los hermanos Pulci.

Los rostros de los caballeros, muy reales, desprendían la nobleza de espíritu que da el dinero, ya que no la podían tener de cuna. Los ropajes —el gorro rojo y los paños ricos— mostraban una elegancia refinada. Los símbolos heráldicos realzaban las bondades de la casa que tutelaba Florencia: las bolas o palle en los arreos de los caballos, las plumas de avestruz y los colores blanco, rojo y verde de los Médicis.

—Qué prestancia lucía mi padre en los días del Concilio. Y qué enfermo está ahora —lamentó un Pedro nostálgico—. Hoy no ha tenido fuerzas ni para levantarse de la cama a ver los frescos.

—Ha sido siempre muy humilde —añadí con segundas—. Quiso que le retrataran a lomos de un borrico. A imagen y semejanza de Jesús cuando entró en Jerusalén el Domingo de Ramos.

Esos familiares, amigos y partidarios de los Médicis, ahora eran ancianos. Posaban aquí con los rasgos finos de la juventud que no ha de volver. El tempus fugit de los romanos. Ese tiempo que vuela para todos por igual. Por mucho que en los frescos se repitiese el lema de la familia: SEMPER. «Siempre» no existe en la frágil condición humana.

LXXI

Lucio…, Luchino… y verde hierba

Antes de abandonar el oratorio, mientras messer Pedro felicitaba al pintor delante del altar, regresé hasta esta escena de los personajes florentinos. Me había sobresaltado una imagen. El maestro Gozzoli los había pintado con el rostro que tenían en los tiempos del Concilio. La generosidad del patriarca Cosme permitió que en el cortejo figurasen también los antiguos rivales de su familia. Reconocí las caras de los Uzzano, los Capponi, los Strozzi, los Pitti y demás clanes que habían tratado de derrocar a los Médicis.

Entre el grupo de caballeros, con su mirada sucia y su arrogancia de seductor, se hallaba el malnacido de Lucio Lupi. Reconocí su rostro repulsivo: los ojos feroces, la nariz partida, los coloretes en las mejillas. Su figura despertó mi odio contenido. Recordé cómo le ajusticié en el pinar de Classe con mis propias manos. La diestra, espada de justicia. La siniestra, sed de venganza. La fuerza del guerrero. La sabiduría del filósofo. Hércules y Platón en uno.

Me acerqué un poco más. Le escupí en el rostro. Se lo había jurado a mi madre, ultrajada por ese canalla. Se lo había repetido en su lecho de dolor cuando se encerró en el monasterio de la Pantanassa. Ahora lo he cumplido. Ahora puedo descansar. Las volutas de humo disipaban el rencor de mi mirada. Los pigmentos frescos olían a sangre derramada.

Seguí mirando. Junto al bastardo Lucio, reconocí a su hijo, cuyo semblante era el del paje que conocí en Mistrás. El rostro aniñado —la mirada angelical, la cara barbilampiña— escondía sus malas entrañas. De repente sentí un pálpito en el pecho, como una bofetada que me espabiló y me retuvo ante el retrato de Luchino.

Había algo en él que no me cuadraba. Algo secreto e inquietante.

—¿En qué te has inspirado para pintar a estos personajes? —pregunté a Gozzoli.

—En unos retratos abocetados durante el concilio.

—Entonces, los Lupi tendrían la edad de su embajada a Bizancio.

—Esa era su apariencia hace veinte años.

—Así los recuerdo yo durante sus visitas a Villa Olimpia. —De repente caí en la cuenta—. «Perro…, niño…, hierba…», susurraba mi madre tras la paliza.

—¿Qué significan esas palabras? —dijo el pintor.

—«Perro» podía referirse a los ojos rabiosos del padre con el que discutió mi señora Artemisa. «Niño» quizás sea su hijo Luchino, por su rostro pueril. Pero ¿«hierba»? —Y volví a mirar el fresco.

—Puede aludir a un color —me sugirió.

—¡Eso es! ¡Verde hierba! ¡Mi madre decía que los colores tenían apellido! ¡Luchino llevaba un gorro de plato verde hierba! Por eso, una criada dijo que había visto a un infiel con turbante.

—No entiendo adónde quieres ir a parar.

—¡Luchino fue el violador de mi madre, y no Lucio! ¡Tengo que matarlo!

Iba a cumplir mi promesa de verdad. Había llegado la hora para ese bastardo. Saldría de la capilla decidido a ejecutarle. Un hilo de sangre resbalaba por las figuras de los Lupi. Mi saliva había corroído la pintura roja del jubón que vestían en sus embajadas.

De nuevo volví a ver el fulgor plateado de una daga agazapado entre las sombras. No me dio tiempo a más. Apenas un instante después sentí una puñalada por la espalda. Alguien quería matarme a traición, como habían hecho con mi padre. Me revolví lanzando cuchilladas en círculo a los esbirros que me rodeaban. Apenas

reconocí el rostro de Renzo Negri cuando, sujetado por sus dos cómplices, se aprestó a hundirme el acero en el corazón.

El icono de la Virgen Pantanassa, bajo mi túnica, detuvo la puñalada mortal. Entonces cambiaron las tornas. Me volví y pasé al ataque. A uno le corté la cara. A otro le rompí un brazo. A ambos les puse en fuga. Mientras que el traidor Renzo solo tuvo tiempo para esbozar un gesto de angustia. Una mueca impotente conforme le clavaba mi daga en sus entrañas.

En la puerta del oratorio, messer Pedro y Benozzo, presos de un ataque de nervios, gritaron socorro a la guardia. Los centinelas llegaron a la llamada de alerta. Unos evacuaron a su señor y al maestro. Otros hallaron un cadáver detrás de las cortinas. Ruggiero yacía mostrando un collar de sangre alrededor de la garganta. Los asesinos le habían asfixiado con un hilo de hierro dulce para que no diese la voz de alarma.

Mi amigo florentino «había entrado en el mar», como decían sus paisanos. Habitaba ya en el silencio del jardín de los justos de los griegos. Sentí en el alma su pérdida. Me sacudió el escalofrío de la soledad. Supe que, en adelante, no habría nadie que me guardase las espaldas.

LXXII

El cebo de la bella Bianca

Entré en ese tiempo en que los años se cuentan por pérdidas. La edad de las renuncias. Durante unos días, según me dijo el médico, me estuve debatiendo entre la vida y la muerte. El cuchillo me había desgarrado la espalda. Mientras sanaban mis heridas, como un calmante para mis dolores, soñé con mi niñez espartana en la plenitud del verano. Soñé con el sol de Mistrás.

«Cuando uno está lejos de su tierra —nos había enseñado Besarión—, herido el cuerpo y mustia el alma, la mayor nostalgia es la de la infancia. La de los días en los que uno vive despreocupado.»

No se aclaró el asunto de Renzo Negri y sus secuaces. Tampoco hubo mucho interés en ello por parte de los señores del palacio. Ni yo podía malgastar mis fuerzas mermadas por las heridas. Descubrir al violador de mi madre y revolvérseme las tripas fue todo uno. Tenía que vengar a mi señora Artemisa sin perjudicar a mis patrones. Pensaría en una maniobra discreta para cazar a mi presa. «El que guarda su lengua, guarda su persona de los peligros», dice un proverbio griego.

Le solicité a Pedro que intercediese ante su padre para que me dejara hacer un pequeño viaje. Me movían asuntos personales. El cornuto Ercoli en la casa de fieras y fray Tomasso en la biblioteca se las arreglarían sin mí. El primogénito Médici, agradecido como estaba por haber desbaratado el complot de los limoneros, me consiguió el permiso de messer Cosme. Disponía de una semana desde el domingo hasta la próxima fiesta de guardar.

Tenía que poner un cebo para que el perverso Luchino picase. Ya no

me servía simular un negocio de banquero como en la visita anterior a Rávena. Tampoco podía repetir la farsa de ir a comprar las reliquias de Dante. Me preguntaba cuál sería el punto flaco de mi enemigo. Y siempre me respondía: ¡las mujeres! El bastardo gozaba con pegarles y vejarlas para que le pidiesen clemencia. Hasta que di con la clave: ¡le propondría la venta de una esclava!

¿De dónde sacarla? No tenía dinero para comprar una en Florencia y, además, levantaría la liebre acerca de estar tramando algo. Debía ser una mujer valiente que se hiciese pasar por cautiva. Lo consulté con mis amigos de confianza, la viuda donna Isabela y el maestro Fabrizio, todos muy dolidos por el asesinato impune de Ruggiero. Al artesano se le ocurrió que podía encarnar ese papel para mí la hermana de uno de sus aprendices: la hermosa Bianca. La muchacha era decidida y, aunque hubiese nacido en el mismo barrio de San Borgo, tenía rasgos exóticos: los ojos achinados y el cabello rubio. Pero, sobre todo, necesitaba dinero para casarse y montar un negocio familiar junto a su prometido, el oficial Alberto de Pistoia.

Los gremios florentinos se dividían en mayores y menores. Los vecinos los llamaban «las artes». Entre medias quedaban algunas artesanías novedosas que se encontraban en una laguna legal. Una de las más rentables era la confección de gafas y espejos. El taller más reputado de la ciudad pertenecía al maestro Luigi Scrovegni, situado a orillas del río, donde disponía de un lavadero para enfriar monturas y dorar marcos. De paso, no molestaba a los maestros de las «artes mayores», como la lana, la joyería y el cambio monetario, cuyas tiendas se concentraban en los barrios más ricos.

Por aquel tiempo, el negocio había prosperado, pues no solo se hacían las lentes con el costoso vidrio de Murano, sino también con cristales minerales de la Toscana. El anciano Scrovegni era viudo. Sus dos hijos habían preferido la aventura de la milicia a la rutina del trabajo. De manera que los oficiales rivalizaban por ser los herederos de su taller. El dueño, tratando de asegurarse una jubilación acomodada, había dejado caer que solo se lo traspasaría a quien le comprase los derechos por un dineral. El joven Alberto, enamorado de Bianca, le daba vueltas y vueltas a la forma de reunir ese dinero para hacerse con el local de su maestro. La chica, que era muy despierta, en cuanto le hablé del asunto de Rávena vio en mi

propuesta la solución a los problemas de la pareja.

No dudé mucho. Traté con el padre de la joven, el tejedor Biagio Acquaviva, y con su prometido, asegurándoles que Bianca no correría grandes peligros. Les expliqué que la joven solo tenía que hacerse pasar por mi hija. Dieron su consentimiento a cambio de un pago en florines como adelanto. Le dejaría la mitad de mis bienes para que le sirviese de dote a la muchacha soltera. Ella también aceptó ante la perspectiva de verse pronto casada con el flamante maestro de un taller de lentes y espejos.

Esta vez hice el viaje a tiro hecho. Montados en un par de caballos de refresco, la bella muchacha y yo cabalgamos por caminos muy transitados. El deshielo había teñido la campiña de manchas blancas. Por nuestras ropas parecíamos una pareja familiar. Por nuestros corceles dábamos muestras de bienestar económico. De manera que, al llegar a Rávena, en lugar de dejarnos ver en la plaza del Popolo, buscamos un albergue discreto cerca de la basílica de San Vitale para informarnos antes de darnos a conocer. Le dije al posadero que éramos padre e hija. Que habíamos venido para visitar a la familia Martini. Nos presentamos como parientes lejanos.

—Entonces sabrá que messer Benedetto, el padre, acaba de fallecer —me dijo el mesonero.

—Sí, sí. Esa es una de las razones de nuestro viaje. Darles el pésame a la viuda y los allegados —improvisé una mentira.

—¡Qué mala suerte ha tenido con sus hijos! Yo creo que eso es lo que le ha llevado a la tumba. Y su mujer va por el mismo camino.

—¿A qué te refieres?

—A los disgustos por ver destrozadas las vidas de sus hijos: el chico, hecho un borrachín; y la muchacha, apaleada por su marido.

—¿Lucca, un borracho?

—Sí, sí. Y donna Francesca sufriendo un calvario.

—¿Quién es tan canalla para hacerle eso?

—¡El fanfarrón de Luchino Lupi! Ha salido como su padre. Tiene atemorizada a media Rávena.

A la mañana siguiente nos pusimos nuestras mejores ropas. Bianca vestía un hábito rojo. Un discreto velo le cubría el rostro. Yo llevaba un lucco florentino verde y plata. El puñal, colgando del cinturón. No pasamos desapercibidos para ninguno de los ciudadanos que andaban por las calles. Notábamos los cuchicheos a nuestro paso. El porte que lucíamos dejaba claro que éramos un par de burgueses forasteros. ¿Qué habrían venido a hacer a Rávena? ¿Qué se traerían entre manos? —se preguntaban los vecinos—. La curiosidad enriquece a los cultos y empobrece a los simples.

LXXIII

Una sangre lava otra sangre

El teatro que estábamos interpretando, como en las antiguas tragedias griegas, pronto entró en su desenlace letal. Decidí rematar el plan en el albergue. Dejé a Bianca en nuestro cuarto. Bajé a la cocina. Me puse la máscara de actor. Confesé al posadero que la joven era, en realidad, una esclava. Que quería venderla en Rávena al mejor postor. Le pedí que no se lo dijera a nadie. Enseguida se corrió la voz.

Me hice el encontradizo en las plazas y calles principales. Recibí propuestas de un par de nobles del lugar. Los mandaban sus propias esposas, interesadas en una criada barata. Hasta que el lobo no tardó mucho en caer en la trampa. Luchino, al que le habían hablado de una esclava de belleza oriental, me abordó frente al ayuntamiento. Me pidió precio por la muchacha.

—Soy director de la banca Médici en el puerto de Classe —me dijo —. Dinero no me falta. Pero antes quiero ver la mercancía.

—Me parece razonable. ¿Quedamos mañana a las ocho en la basílica de San Vitale? A esas horas estará vacía.

—De acuerdo. No digas nada de este trato.

—¡Tranquilo, messer! Nadie sabrá que nos hemos visto allí —le aseguré.

A nuestro paso por la plaza de San Francisco nos cruzamos con donna Francesca y una criada de compañía. La mujer que un día me amó se puso pálida al reconocerme. Le hice una seña para que se dirigiera a la puerta de la iglesia. Le susurré con los labios:

«Danteee». Poco después, parados frente a la tumba del poeta, simulando depositar unas flores, hablamos un momento. Ni los monjes ni los vecinos verían nada extraño en que un extranjero acomodado y una dama de Rávena, acompañados ambos de sirvientas, coincidiesen ante las reliquias más famosas de la ciudad.

—Te acompaño en el sentimiento por la muerte de tu padre —le dije.

—«Ahora goza de eterna prisión en el paraíso» —recitó unos versos del poeta.

—Madonna, ¿qué te ha pasado?

—He tenido mala suerte. Me casé con el hombre equivocado.

—Pero sabías que los Lupi eran unos malos bichos. En las academias me enseñaron que los bastardos son hijos del acaloramiento; los legítimos, del hábito; por lo que Luchino lleva veneno en la sangre.

—Después de la muerte del padre, Luchino vino a vivir a Rávena. Parecía que se había enmendado. Me cortejó y, tras mucho insistir, acepté su petición de matrimonio.

—¿Y luego?

—Luego, un infierno. Arruinó a mi padre. Le chantajeó para gastar sus préstamos en derroches.

—¿Y qué le hizo a tu hermano Lucca?

—Sedujo a su prometida. Le empujó a la bebida.

—¡Maldito canalla! El mal paño siempre sigue siendo malo.

—Mi vida es un suplicio diario. Me insulta, me pega, me arrastra por el suelo, me engaña con otras mujeres…

—¿Y si te dijera que he venido para matarlo?

—Te estaría eternamente agradecida. Nadie merece lo que estoy

pasando.

Abandonamos el albergue con las primeras luces del día. Bianca iba cubierta de pies a cabeza. Me armé con un par de dagas en el cinto y en la bota. Entramos en el recinto de basílicas por el camino que se bifurca entre San Vitale y Gala Placidia. Até los caballos a unas anillas colgadas de la pared. Quería tenerlos a punto para nuestra retirada. El bastardo Luchino —el gesto arisco, la mano en la funda del cinto— nos esperaba en el ábside de la iglesia. Estaba parado bajo el mosaico del emperador Justiniano, que es por donde entran los rayos del amanecer. Así nos deslumbrarían mientras tratábamos. No podíamos ver con claridad sus gestos.

—Esta es la esclava —dije quitando el velo a Bianca.

—Parece joven y sana. ¿Cuánto pides?

—Tres mil florines. —Recordé el precio de la libertad de Alma.

—Un poco caro, ¿no te parece?

—Ten en cuenta lo hermosa que es. Me ha costado mucho en el mercado de Florencia.

—Está bien. Toma la bolsa.

—Tú no me recuerdas, ¿verdad?

—No. Y a mí no se me despinta una cara.

—¡Soy el hijo de la señora Artemisa de Mistrás! ¡Y voy a vengar el ultraje que le hiciste!

—¡Será si puedes! —Desenfundó su puñal.

—Bianca, ¡corre hacia la puerta y abandona la ciudad! Ya te alcanzaré.

—Eso si sales vivo de aquí.

—¿Por qué no habría de salir? Ya maté a tu padre hace unos años. Y ahora te toca a ti.

—¡Fuiste tú! ¡Maldito asesino! ¡Te vas a arrepentir de infamar a los Lupi!

Empezamos a luchar. Yo trataba de clavarle mi daga en el pecho. El bastardo se defendía como un animal herido. Nos enzarzamos en una refriega. Perdí mi puñal. Enseguida saqué el que llevaba oculto en la bota. Nos revolcamos por el suelo. Me aplastó la cabeza contra el pavimento. Traté de asfixiarle con mis manos. Había calculado mal mis fuerzas. La edad no perdona. Estuve a punto de sucumbir. De repente se escuchó un porrazo seco. Luchino cayó como un peso muerto sobre mí. Bianca le había golpeado la cabeza con una piedra.

Aún estaba inconsciente. Le até de pies y manos a una columna. Volvió en sí. Me pidió clemencia. Entonces, mirándole cara a cara, le rajé la yugular. Se desangró en unos minutos. La escena fue presenciada desde lo alto por los ojos almendrados de la basilissa Teodora. Me recordaron otra vez a los de mi señora Artemisa en el mirador de Mistrás. Ambas miradas aprobaban mis actos. Me dije orgulloso que una sangre lava otra sangre.

Teníamos que huir pronto. Antes de que algún devoto madrugador entrase en la basílica. Bianca y yo traspasamos la puerta oeste de la ciudad y cabalgamos a la carrera por el camino de herradura. A pesar del cielo gris de enero, volvimos la vista atrás: Rávena brillaba dorada como sus mosaicos bizantinos. Más tarde, al mirar el perfil de Florencia, la catedral de Santa María afloraba como una naranja de gajos rojos. En medio de ambos espejismos yacía un criminal al que nadie lloraría. Ahora que había vengado a los míos, ahora que mis compatriotas luchaban a la desesperada en Mistrás, no tenía sentido permanecer en la ciudad de los Médicis. Empecé a pensar en volver a mi patria herida de muerte.

LXXIV

Epístola de Besarión

Todo me empujaba a partir. El vacío que me dejó la muerte de mi querida Alma. Los correos alarmantes que llegaban desde Mistrás. El desinterés del viejo Cosme hacia mi doma de guepardos y mi labor como bibliotecario. Tan solo esperaba la orden del Imperio Secreto, o lo que quedara de él, para dar por concluida mi misión en Florencia.

Siempre suele haber una gota que colma el vaso. La mía rebosó en la taberna del Caracol. El enlace Conti me citó a la caída del sol. Al entrar en el local, el tabernero, más amable de lo normal, me dio las llaves de la bodega. «Messer Matteo me ha avisado de que vendrá más tarde —me dijo—. Le puedes esperar abajo. Tómate mientras un vaso de vino.» «Gracias. A tu salud», le respondí. Era la primera vez que tenía esta actitud en años. Me puso sobre aviso.

Encendí un candil. Bajé la escalera muy despacio. Parecía que estaba desierta. Me senté a esperar al contable. Apenas se oía el corretear de las ratas. Pasó media hora. Pensando que me había relajado, un hombre salió de una cuba vacía. Vi cómo se alargaba su sombra en la pared. Me atacó por la espalda. Esquivé la puñalada. De un soplo apagué la luz. Rodamos a ciegas entre los taburetes. En medio de la pelea entró la guardia de los Médicis. Iluminó la estancia con antorchas. Desarmó y arrestó a mi agresor. ¡Era Pippo, el matón del complot de los limoneros!

Nos llevaron a todos al palacio de la Vía Larga. El espadachín y el tabernero fueron de cabeza a la mazmorra. A mí me esperaba messer Pedro en su estudio. Mandó a sus criados que nos dejaran a solas.

—¡Vaya susto, Jorge! Menos mal que hemos llegado a tiempo.

—Me ha pillado desprevenido.

—Ahora soy yo el que te ha salvado la vida.

—Le estoy muy agradecido.

—Eso quiere decir que estamos en paz.

—¿Cómo compensarle?

—Te aconsejo que te marches de Florencia.

—¿Tan mal están las cosas?

—La encerrona en la capilla de los Reyes Magos fue un encargo de mi padre a Renzo Negri.

—¿Por qué querría matarme?

—Le escuché una conversación con mi tío Lorenzo. Sabía que descubriste a los sepultureros de Ferrara y a los arqueros de Florencia. Pero, sobre todo, conocía cada uno de tus movimientos. ¡Matteo Conti trabajaba para él!

—¿Conti? ¿El agente del Imperio Secreto?

—Por eso se adelantaba la delegación romana a la griega en los debates del Concilio. Por lo mismo, Roma se resistía a prestar ayuda a tu emperador.

—¿Qué le importaba a messer Cosme?

—Mucho. Es el banquero de la Santa Sede. Disuadió a los diferentes papas de socorrer con dinero a Bizancio.

—¡Vaya traidor el contable! ¡Me las pagará!

—No creo. Salió ayer de la ciudad para dirigir nuestra sucursal en Amberes.

—Por eso quiso matarme en la taberna. Para taparme la boca. ¿Y

Pippo? ¿No era su enemigo?

—Es un asesino que se alquila a quien más paga. Jorge, sabes demasiado. Eres un testigo incómodo para mucha gente, sal de Florencia si quieres salvar la vida.

Abandoné el palacio por la puerta de servicio. Puse los cinco sentidos en mis pasos. Era noche cerrada. Me dirigí a la casa de los filósofos en el barrio griego. Juan Argyropoulos, que ignoraba mi condición de espía, me esperaba despierto. Me dio una carta lacrada que iba a mi nombre. «La trajeron esta mañana de parte del cardenal Besarión. He pensado que será importante y no me he acostado para dártela», me explicó. Le di las gracias y me apresuré a abrirla en mi cuarto a la luz de una vela. Enseguida se reveló el mensaje escrito en tinta simpática. Me sonó a despedida de mi maestro.

Querido discípulo:

Mi fiel Jorge. Te escribo antes de partir desde Roma hacia los reinos cristianos de Europa. Voy a intentar convencerlos de que armen otra cruzada que libere a Constantinopla de las garras turcas. El peso de los años me recuerda que será mi última misión al servicio de la unidad cristiana. Pero te debía contar lo que te prometí en las termas de Caracalla. Muchas veces he confesado tus pecados. Ahora soy yo quien desnuda su alma ante ti.

De Mistrás solo me llegan mensajes funestos. He de contarte una desgracia que me ha encogido el corazón. Acaba de morir nuestro querido Gemistos Pletón. Maestro de maestros. Durante sus últimos años enseñó el politeísmo griego. Los ortodoxos más exaltados le persiguieron. Los guardias arrestaron a algunos de sus discípulos por rezar ante estatuas paganas. El hombre que albergaba en su cuerpo el alma de Platón. El genio que ha sido más apreciado en los reinos latinos que en Bizancio. Parece una maldición. Ninguno de nosotros ha sido profeta en su tierra. El poeta ya vaticinó que estamos condenados a vagar por patria ajena.

Los agentes del Imperio Secreto también me han informado de que en el

territorio de Morea reina el caos. Hay dos déspotas, dos hermanos enfrentados y dos actitudes políticas: Demetrio y Tomás Paleólogo. Demetrio está a punto de aceptar la propuesta turca para rendir Mistrás. Le han prometido respetarle la vida si entrega a su mujer y a su hija al harén del sultán. Y parece que está dispuesto a ello. Siempre fue un egoísta. Lo demostró durante el viaje junto a su hermano Juan al Concilio de Ferrara. El basileus buscaba ayuda a la desesperada. Demetrio esperaba agazapado para arrebatarle el trono. Además, está manchando el buen nombre de tu familia, porque ha hecho de tu hermanastro Lucas uno de sus capitanes.

Tomás es partidario como nosotros de la unión con los latinos. Atrincherado en el castillo de Salménico, ha conseguido frenar una incursión otomana. Las súplicas que había dirigido a Occidente han sido desoídas. La ciudad de Ragusa, aliada de los otomanos, ha prohibido a sus barcos acoger a cualquier embajador bizantino. Venecia le ha ignorado alegando que, si le ayudaba, otros griegos de sus colonias se alzarían contra Su Serenísima República. Solo el papa, por mediación mía, le ha ofrecido Roma para exiliarse cuando sea el heredero legítimo del Imperio romano de Oriente. Veremos si sale vivo en la guerra con los demonios turcos.

Sé que ansías conocer quién es el jefe supremo del Imperio Secreto. No te mentí cuando te dije en San Salvador de Cora que era acéfalo, sin una cabeza única, porque tiene las de los sabios consejeros. Sin embargo, por encima de ellas está la del ser superior: Nuestro Señor. Actuamos a la mayor gloria de Dios. Pero también a la de su lugarteniente en la tierra: el emperador de Bizancio. El ser supremo es inmutable. Su lugarteniente cambia. Se llama Miguel, Juan, Constantino… Se apellida Cantacuceno, Paleólogo, Dragasés… ¿Acaso crees que íbamos a defender el Imperio a espaldas de nuestro basileus? Él es la principal cabeza del Imperio Secreto en este mundo. Dios le guía desde su gloria celeste.

Me despido de ti, Jorge. Te convertiste en un filósofo y un guerrero: Hércules y Platón en uno. Luchaste contra tiranos: el cuerpo, el alma y el poder. Eres inquieto por naturaleza. Amas la belleza sin ostentación. Buscas el saber tenazmente. Tan solo la ira oculta tu dolor. Debes empezar por perdonarte. Adiós, mi caro discípulo. Somos ya sombras del exilio.

LXXV

El exiliado es una sombra

Me acosté más temprano que de costumbre. No pegué ojo en buena parte de la noche. Desperté con el canto del gallo. Madrugué con el lucero del alba. No había tiempo que perder. Me vestí con ropa de viaje. Guardé las prendas del Greco Azzurro en una bolsa. Me santigüé ante el icono de la Virgen de Pantanassa. Confiaba en que el frío por las brumas mañaneras agilizara los trámites en la puerta de la ciudad. Los centinelas estarían deseando volver a sus garitas. Mi coartada para viajar por negocios de los Médicis era sólida. Por si acaso, sin hacer ruido en el vecindario, me armé hasta los dientes. Salí decidido a la calle desierta.

Dirigí mis pasos a la leonera donde tenía aparejadas mis monturas. Entré en el establo de puntillas: para que nadie me viese, para que los animales no se espantasen. Escuché cómo se colaba el viento en las cuadras. Sentí la respiración de las bestias que aún dormían. Ensillé mi mejor caballo. Cargué el liviano equipaje en una mula. Y antes de abandonar el cobertizo, en un gesto libertador, en una prueba de lealtad, abrí las jaulas de los guepardos. Su instinto los guiaría hasta las colinas que rodean Florencia.

En un rato, dando un rodeo a la plaza de la catedral, abandoné mi propia jaula de oro por la puerta de San Gallo. La misma por la que había entrado en la ciudad en el año del Concilio. Pensé que era toda una parábola de mi vida. El regreso a las entrañas de la madre que me dio a luz. El retorno a la patria griega donde me crie.

No tuve problemas con los guardias. Les dije que iba a Bolonia por orden de Cosme de Médici para tramitar unas letras de cambio del papa. Apenas hicieron un registro superficial de la carga. La fineza

del aire me despabilaba. La nieve, barrida por el viento, caía espolvoreada de las ramas. La diadema blanca de la luna se desvanecía en lo alto. Trepé por una senda desierta que serpenteaba hasta la colina de Fiesole. Marché al trote corto entre hileras de cipreses y cepas vendimiadas. Las parcelas estaban protegidas por cercas de piedra. Las laderas, cubiertas de violetas mustias.

Al coronar la cima, cuando me sentí a salvo, un sol tibio había levantado las sábanas blancas de la niebla. El viento arremolinado deshojaba los robles de sus últimas hojas amarillas. La luz brillaba en la resina de los pinos. Las aceitunas verdeaban en los olivos. El ocaso de los campos y de mis días emigraban juntos hacia dilatados horizontes. Me asaltó el desengaño. Me invadió la melancolía. Recordé el proverbio del maestro Besarión: Exil umbra, «El exiliado es como una sombra». Porque me sentí exactamente eso: como una sombra que se esfumaba en la lejanía. El Greco Azzurro se disolvía como una pavesa arrastrada por la corriente del este.

Llevaba dos pensamientos en el corazón: mi retorno a casa y mi último viaje. Tal vez por la angustia que me embargaba, hice un alto en el camino a un tiro de piedra de Florencia. Quería revivir la cabalgata de los Reyes Magos. La escena soñada me trajo buenos recuerdos. Me asomé al mirador veteado de piedra y musgo desde donde contemplamos la llanura. Deseaba recobrar una brizna de ilusión. Rememoraba la juventud perdida. Fantaseaba con vislumbrar la mano blanca de mi amada Alma agitando un pañuelo desde nuestra casa. No contaba con que tanta añoranza me encogiese el ánimo ante una vista tan hermosa. «El hombre —recordé una lección de mi maestro— es el huerto donde brotan las flores de la melancolía.»

Me emocionó la belleza del paisaje pintado en la campiña. Una escalinata de terrazas cultivadas tenía por peldaños casas de labranza y villas de recreo. Media naranja preñada de gajos sobresalía en el corazón del valle delicioso. Las torres se alzaban esbeltas hacia la gasa azul del cielo. Los tejados brillaban húmedos bajo el tímido sol. Las casas relucían como una alfombra persa de retales coloridos. Las cruces de hierro, cuyos brazos lamía el rocío, despuntaban en las parroquias entre el laberinto callejero. Las murallas de ladrillo, plantadas de los lirios morados de sus

banderas, protegían al vecindario con cañones en las troneras. Olía a pan recién cocido. Sabía a dulzura hogareña. Todo un regalo para los sentidos en el otoño de mi vida.

El campanile repicaba alegre entre revuelos de palomas. El caserío abría sus puertas con un chirrido de bisagras. Llegaba hasta la colina el vocerío ronco de los tenderos en el mercado. Escuchaba los ladridos fanfarrones de los perros callejeros. Las ráfagas de viento hacían danzar el humo de las chimeneas. De pronto, el cielo empezó a cubrirse. El paisaje se volvió gris. La punta de los cipreses hirió el vientre de las nubes. Comenzó a chispear. La lluvia regó la hierba nueva de los pastos. Pensé que la belleza, como nuestras vidas, se desvanece y no vuelve nunca más.

EPÍLOGO

Ir y venir por patria extraña

«Tú dejarás todas las cosas que amas

más entrañablemente; y este es el dardo

que el arco del exilio primero saetea.

Tú probarás cuán amargo

es el pan ajeno, y cuán dura es la calle

de subir y bajar por ajena escala.»

Dante Alighieri, «El paraíso», canto XVII,

La divina comedia

En ese momento, parado en un remanso de Fiesole, me miré en el espejo de una fuente. No me reconocí. Habían pasado veinte años largos desde mi llegada a Florencia. Era un hombre de edad madura: el tipo curtido, los cabellos pajizos. El crepúsculo del guerrero. El reposo del filósofo. Pálidas semblanzas de Hércules y Platón.

Observé mi reflejo en el agua. Vestía el gorro rojo, la túnica morada y el abrigo propios de un viajero florentino. Mostraba el semblante triste de un condenado al destierro. Se desvanecía mi imagen de

héroe bizantino: el kalós kagathós («bello y valiente») de los antiguos griegos. El relente me producía escalofríos. La espesura del bosque destemplaba mi ánimo. Una mano se aferraba a las riendas del corcel que montaba. La otra, al nudo de la carga que llevaba la mula. Alzándome sobre los estribos del caballo, aguzando mi vista cansada, miré por última vez la silueta de la divina Florencia para despedirme.

Y lloré sin querer. Lloré con el desconsuelo de un hombre cansado. Lloré como no lo había hecho ni en mi más tierna infancia. Lloré mi suerte y mi adiós. ¿Qué había sido de mi amor por la poesía del mundo que aprendí en la academia? ¿Qué, de sus ojos para ver la belleza? Atrás dejaba todas las cosas que más amaba. Quedaban mi mujer y mis hijos descansando en paz en una tumba. Los amigos florentinos: messer Pedro, un muerto en vida; Ruggiero, un vivo muerto. La ternura de mi amada Alma. Decir su nombre es un verso. Pensar su cuerpo me enciende. Notar su ausencia agranda los desgarrones de mi soledad.

Entonces me di cuenta. Comprendí que este era el primer dardo que te clava el arco del exilio. Probé el sabor amargo del pan ajeno. Sentí cuán duro es el ir y venir por patria extraña.

Mi vida se acaba. Nada más llegar a Fiesole pagaré a un correo para que lleve este manuscrito a messer Pedro. De jóvenes fuimos amigos. Él sabrá encontrarle un hueco en su rica biblioteca. Necesito contarle mi vida azarosa. Recordarle mis servicios a los Médicis. Confesarle mi sacrificio personal por el Imperio Secreto. También le pediré que se cumpla mi última voluntad. En mi testamento cedo la mitad de mis bienes a la joven Bianca, y la otra mitad a la viuda donna Isabella. Me despojo de las vanidades del mundo.

Ahora, rehecho el ánimo, me cambio de ropa. Me pongo el jubón azul cosido por hilos de oro. Vuelvo a ser el Greco Azzurro. El paje de la cabalgata de los Reyes Magos.

Marcho por la ruta de levante. Aunque sé que no avanzo. Desando el camino. No me mueve tanto el deseo de partir como el de regresar. No descubrir un nuevo mundo, sino reencontrar el antiguo que había perdido. Me enseñaron que humano viene de humus, que

significa tierra. Por eso vuelvo al seno de la madre tierra que me alumbró. Cierro la cortina de los años entre Florencia y yo. Pico espuelas sin volver la vista atrás. Las herraduras hacen saltar chispas de las piedras. Acudo presto a defender a mi patria del enemigo turco. El déspota Tomás aún resiste en Morea las embestidas infieles. Quiero honrar la sepultura de mis padres. Verter mi sangre Paleóloga. Morir por Bizancio.

De pronto, como campanadas a rebato, resuenan en mi cabeza las palabras de mi maestro Besarión: «La ira oculta tu dolor: empieza por perdonarte». No quiero escucharlas. Combatí la tiranía del cuerpo, del alma y del poder. Luché contra tiranos. Serví a Bizancio como agente del Imperio Secreto. Cumplí la promesa hecha a mi madre. Maté a los malnacidos que la habían violado. Un espartano siempre venga su honor manchado. Una sangre lava otra sangre. Un hombre herido en su orgullo hace palidecer a una manada de lobos.

No. La ira no oculta mi dolor. No siento ira. No siento dolor. No tengo nada que perdonarme. Soy hijo de un linaje de nacidos en la púrpura. Soy hijo del héroe griego forjado por los hilos del sol. La luz divina que solo habita en Mistrás. El paraíso perdido de mi infancia. La edad dorada de mi familia. La ciudad de Dios. ¡El destino fatal adonde voy a encontrarme con la muerte!

Mistrás-Florencia, año 2020

ÍNDICE DE PERSONAJES

Adigueya: Esclava circasiana bautizada por Jorge de Mistrás como Alma.

Agatón el Monje: Profesor de Historia en la academia de Mistrás.

Alborgali: Cardenal al servicio del papa Eugenio IV.

Alejandro de Naxos: Comandante de la guardia imperial de Bizancio.

Alikas Pelios: Consejero del déspota de Mistrás Teodoro II.

Alma: ver Adigueya.

Ambrosio Traversario: Portavoz del papa de Roma en el Concilio de Florencia.

Ana de Moscú: Primera esposa del basileus Juan VIII.

Andrea de Tolentino: Hijo del condotiero y jefe de la guardia de los Médicis.

Artemisa Paleóloga: Madre de Jorge de Mistrás y pariente del linaje del basileus de Bizancio.

Basilio Besarión: Discípulo de Gemistos Pletón. Fue el maestro de Jorge de Mistrás. Acompañó al basileus Juan VIII al Concilio de Florencia. Nombrado cardenal por el papa, fue uno de los consejeros del Imperio Secreto.

Basilio II el Ciego: Zar del principado de Moscú. Contrario a la unión de las Iglesias.

Benozzo Gozzoli: Discípulo de Fra Angélico. Fue contratado por

Pedro el Gotoso para pintar los frescos de La cabalgata de los Reyes Magos.

Cesarini: Cardenal que defendió los argumentos papales en el Concilio de Florencia. Amigo de Besarión. Murió en el transcurso de la cruzada de Varna.

Cleofa Malatesta: Hija de los italianos conde de Pésaro e Isabella Gonzaga. En 1421 se casó con Teodoro II en Mistrás y se convirtió en princesa del despotado.

Clío Paleóloga: Hermana de la señora Artemisa y tía de Jorge de Mistrás.

Caterina Barone: Primera mujer de Jorge de Mistrás, a la que repudió por estéril.

Cirilo Pafos, el Sedero: Mercader de sedas de Mistrás que traicionó a Bizancio y fue envenenado por una agente del Imperio Secreto.

Contessina Bardi: Hija del banquero Alejandro de Bardi. Fue la esposa de Cosme el Viejo y matriarca de la dinastía Médici.

Cosme de Médici: Llamado el Viejo. Nació en Florencia en 1389 y murió en Villa Careggi en 1464. Este banquero y político, proclamado «padre de la patria» a título póstumo, fue el fundador de la dinastía Médici.

Demetrio Mazapos: Amigo de Jorge de Mistrás e hijo del militar Orestes Mazapos.

Demetrio Paleólogo: Hermano del basileus Juan VIII y déspota de Morea antes de la conquista turca.

Ercoli Rucellai: Encargado de la leonera de Florencia.

Eugenio IV: Papa de Roma entre 1431 y 1447. Amigo de los Médicis y promotor del Concilio de Florencia.

Fabrizio Datini: Maestro de un taller textil donde trabajaba la familia de Ruggiero de Prato.

Fra Angélico: Monje pintor del convento de San Marcos.

Fray Tomasso: Monje bibliotecario del convento de San Marcos.

Francesca Martini: Hermana de Lucca Martini. Amante de Jorge en Rávena y esposa de Luchino Lupi.

Francesco Sforza: Condotiero que sirvió al papado, a Florencia y Venecia.

Gemistos Pletón: Filósofo griego y ferviente admirador de Platón. Creó en Mistrás una academia de sabios e introdujo el platonismo en Florencia.

Genadio Kristóvulos: Capitán de la unidad de animales salvajes en el ejército de Bizancio.

Giovanni de Ragusa: Mensajero del papa Eugenio IV ante el basileus.

Guillermo Villehardouin: Cruzado que construyó el castillo de Mistrás y fue príncipe de Acaya.

Heinrich Henger: Mensajero del papa Eugenio IV ante el basileus.

Helena Dragás: Esposa del basileus Manuel II y madre de Juan VIII.

Irene Urano: Hija de la señora Artemisa y del general Nicéforo, y hermana de Jorge de Mistrás.

Ireneo Filelfo: Monje ortodoxo a quien Cosme de Médici encargó la formación de la Academia Platónica.

Isabella Datini: Esposa de Ruggiero de Prato.

Isidoro de Kiev: Patriarca de Moscú y defensor de la unión de las Iglesias.

Jonás: Patriarca de Moscovia bajo el zarato de Basilio el Ciego.

Jorge Escolario: Discípulo de Gemistos Pletón en la academia de Mistrás y contrario a la unión de las Iglesias.

José II: Patriarca de Constantinopla desde 1416 a 1439. Acompañó al séquito del basileus al Concilio de Florencia.

Juan Argyropoulos: Filósofo griego venido a Florencia al servicio de Cosme de Médici.

Juan de Médici: Hijo de Cosme y hermano menor de Pedro de Médici. Fue un banquero y mecenas que falleció prematuramente en 1463.

Juan VIII Paleólogo: Emperador o basileus de Bizancio de 1416 a 1448.

Karameligs: Jefe de la banda de los meligs o cortacabezas que habitaban en las Montañas Malas.

Laia Crisolis: Esposa de Teófanes, jurista de Mistrás.

Lauretta de Este: Hija de Nicolás de Este y esposa de Tulio Contrari.

Leónidas Crysoloras: Cartógrafo mayor del déspota de Mistrás.

Lucca Martini: Hermano de Francesca Martini y cicerone de Jorge en Rávena.

Luca Pitti: Rival de los Médicis por el gobierno de la Signoria.

Lucas Urano: Hijo de la señora Artemisa y de Luchino Lupi, y hermano pequeño de Jorge de Mistrás.

Lucio Lupi: Embajador de Florencia en Bizancio y director de la sucursal de la banca Médici en Rávena.

Luchino Lupi: Hijo de un embajador florentino en Bizancio y sucesor del mismo en la dirección de la banca Médici en Rávena.

Lucrecia Tornabuoni: Esposa de Pedro de Cosme de Médici y

madre de Lorenzo el Magnífico. Fue una poetisa notable, mecenas de las artes y la mujer más culta de Florencia.

Livia de Este: Esposa del marqués de Ferrara.

Lyra Mazapos: Hermana de Demetrio Mazapos. Amor platónico de Jorge de Mistrás.

Manolis Galateo: Jefe de cocinas y maestro de ceremonias en el palacio imperial de Bizancio.

Marco Bellini: Embajador de Venecia en Bizancio. Acompañó al basileus en su travesía desde Constantinopla a la Ciudad de los Canales.

Marcos de Éfeso: Arzobispo que hizo de portavoz bizantino en el Concilio de Florencia.

Marsilio Ficino: Filósofo de la Academia Platónica de Florencia bajo el mecenazgo de los Médicis.

María de Trebisonda: Segunda esposa del basileus Juan VIII e hija de Markos de Trebisonda.

Markos Megalos: Cocinero del déspota de Mistrás y discípulo de Manolis Galateo.

Markos de Trebisonda: Padre de María de Trebisonda y suegro del basileus Juan VIII.

Metilene Urano: Esposa del almirante Urano y tía de Jorge de Mistrás.

Michelozzo: Arquitecto de Cosme de Médici que construyó el palacio de la Vía Larga y Villa Careggi.

Miguel Ático: Filósofo de la Academia de Constantinopla.

Narsés Urano: Almirante de la flota del despotado y tío de Jorge de Mistrás.

Nicéforo Urano: Padre de Jorge de Mistrás y general del

ejército del despotado de Morea.

Nicolás de Este: Marqués de Ferrara. Alojó al séquito de Juan VIII en el castillo estense.

Nikos Kalambaka: Jefe de los espías del déspota de Mistrás.

Nora Crysoloras: Hija del cartógrafo Leónidas Crysoloras.

Orestes Mazapos: Oficial de confianza del general Urano y padre de Demetrio Mazapos, amigo de Jorge de Mistrás.

Palamida Lamos: Viuda perteneciente a la alta sociedad de Mistrás.

Pedro de Médici: Llamado el Gotoso a causa de esa enfermedad. Fue el hijo mayor de Cosme de Médici y Contessina Bardi. Vivió en Florencia entre 1416 y 1469.

Poggio Bracciolini: Bibliófilo al servicio de Cosme de Médici y ladrón de manuscritos antiguos.

Ruggiero de Prato: Guardia de los Médicis que acompaña a Jorge a Rávena, y su mejor amigo en Florencia.

Salvo Rossi: Noble embajador florentino en Mistrás, amigo de la señora Artemisa, ejecutado tras una falsa acusación.

Samaras: Obispo de Mistrás.

Segismundo de Luxemburgo: Emperador del Sacro Imperio Románico Germánico, muerto un mes antes del Concilio de Ferrara.

Sofía de Monferrato: Segunda esposa del basileus Juan VIII.

Teodoro II Paleólogo: Déspota o gobernante de Mistrás desde 1407 hasta 1443 y hermano de los emperadores Juan VIII y Constantino XI.

Teófanes Kostakos: Jurista del despotado de Mistrás.

Tomás Paleólogo: Hermano pequeño del basileus Juan VIII.

Tulio Contrari: Esposo de la hija de Nicolás de Este, Lauretta.

Vincenzo Neroni: Señor del palacio Peruzzi tras el exilio de sus dueños.

Biografía

Pedro García Martín es historiador y escritor.

Catedrático de Historia Moderna en la Universidad Autónoma de Madrid, también ha ejercido docencia como visitante y conferenciante en centros de Prato, Florencia y Cerdeña (Italia), de Helsinki, Turku y Laponia (Finlandia), de Oporto y Viseu (Portugal), de Nantes, Lyon y Amiens (Francia), de Moscú (Rusia), así como en la Tufts University de Boston y el Skidmore College de Nueva York en sus sedes españolas. Así mismo, ha impartido dos MOOC sobre La España del Quijote y El lenguaje de los mapas, respectivamente, a alumnos de un centenar de países.

En calidad de investigador, ha publicado varios libros sobre el mundo rural en la Europa moderna, la trashumancia y la Mesta, la percepción del paisaje, la formación de Rusia, la Orden de Malta, cruzadas y peregrinaciones, las «imágenes pobres» del Quijote y, sobre manera, la cultura de la España del Siglo de Oro.

Como escritor, ha cultivado varios géneros literarios. Entre sus novelas están Ruter el Rojo (EDHASA, 2005; traducida al portugués en 2008), El químico de los Lumière. Cazadores de colores en La Belle Époque (XII Premio Ciudad de Salamanca, Algaida, 2007); La Virgen de Lope de Vega (Atanor, 2011) y El lobo de Ávvakum (Planeta de Libros, Click Ediciones, 2015).

Ha publicado cuentos juveniles como Los comuneros (Bruño, 1990), La casa verde (Bruño, 1992), El agua de la serranía (Bruño, 1993), y los libros bilingües La ciudad prendida de los pájaros - Le mystère des gardiens de la cité (Punto Didot, 2012), La niña románica - La jeune fille à la fresque (Bohodón, 2014) y Los mapas de Julio Verne - Les cartes du monde de Monsieur Verne (Paganel, 2020). También ha escrito relatos para adultos como El linternista vagamundo y otros cuentos del cinematógrafo (A. Machado Libros, 2011) y

Cuentos de la nevada azul (Bohodón, 2014) rememorando el Decamerón de Boccaccio.

En poesía, ha preparado la antología Filopoesía y letras (UAM, 2014), que reúne poemas de profesores de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid, así como Versos del alma mater, junto a Helena González (UAM, 2018). Ha prologado el Atlas de la España imaginaria de Julio Llamazares con el texto «Nostalgia del Paraíso» (Nórdica Libros, 2015). Ha coordinado el libro colectivo Atlas de literatura universal. La vuelta al mundo en 35 obras (Nórdica Libros, 2017). Y ha escrito el libro de viajes Paisajes geopoéticos. Viajes por la belleza auténtica y mis pensares (Bohodón, 2018).

Notas

1. El término bizantino «déspota», a diferencia del matiz peyorativo que se le da en Occidente, significaba simplemente «señor» y solo era otorgado a los miembros de la casa imperial. Después de la cuarta cruzada, las provincias dependientes de Constantinopla pasaron a llamarse «despotados» y sus gobernadores, «déspotas». Los de Morea, con capital en Mistrás, eran los hijos menores del basileus. De esta forma, Teodoro II, que gobernó desde 1407 hasta 1443, era hermano de dos emperadores sucesivos: Juan VIII Paleólogo, el cual participó en el Concilio de Florencia, y Constantino XI, último césar de Bizancio.

1. La tribu salvaje de los meligs había llegado a las montañas del Taigeto con las invasiones eslavas que siguieron a la caída del Imperio romano. San Nicón el Penitente los juzgaba como una horda espantosa de demonios miserables y desalmados, asesinos sanguinarios, cuyos pies los conducían siempre al mal.

Contra tiranos

Un paje bizantino en la Florencia de los Médicis

Pedro García Martín

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2021

ISBN: 978-84-08-24269-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Una oveja para Trebopala

S. B. Francisco

La soledad del mando

Isabel Sierra

